



MEMORIAS DE ARIADNA
MÓNICA VIRASORO

ciccus
Literaria



MEMORIAS DE ARIADNA



Virasoro, Mónica

Memorias de Ariadna / Mónica Virasoro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación CICCUS, 2020.

320 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-693-813-6

1. Literatura Argentina. 2. Memorias. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD 808.883

Primera edición: febrero 2020

© Ediciones CICCUS - 2020
Medrano 288 (C1179AAD)
(54 11) 4981-6318 / (54 11) 2127-0135
ciccus@ciccus.org.ar
www.ciccus.org.ar



Corrección: Mirtha Bareiro
Coordinación, diseño y producción editorial: Andrea Hamid

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina



Ediciones CICCUS recibió el **Diploma de Honor Suramericano** que otorga la Fundación Democracia desde su Programa “Formación en Valores en el Mercosur y la Unasur”.
Círculo de Legisladores,
Honorable Congreso de la Nación.



Ediciones CICCUS ha sido merecedora del reconocimiento **Embajada de Paz**, en el marco del Proyecto-Campaña “Despertando Conciencia de Paz”, auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

MEMORIAS DE ARIADNA

Mónica Virasoro



UNA MÁSCARA AUTOBIOGRÁFICA

Juan Albin

Escribirse a uno mismo: ese proyecto suele balancearse entre dos polos extremos y las *Memorias de Ariadna* –digamos– parecen moverse entre uno y otro, recorriendo la distancia entre ambos y también los puntos en que ellos se vuelven indiscernibles.

En primer lugar, la escritura autobiográfica puede pensarse como aquella en que llegado a un punto importante de su desarrollo un sujeto decide frenar la carrera y mirar el tiempo transcurrido: se trata entonces de hacer un relato de lo vivido y ello implica darle un orden, reorganizarlo, señalar etapas, enfatizar y jerarquizar momentos, salvarlos de su trivialidad. Sin dudas, en esa reorganización de la experiencia que posibilita el relato, se trata de tejer un hilo entre las vivencias dispersas y así acceder a un sentido global de esa experiencia; el sujeto, por medio de la escritura autobiográfica, escribe para saber lo que piensa y siente y así termina por acceder a una verdad respecto de sí mismo. Expresémoslo en términos hegelianos: a fin de cuentas, el sujeto accedería a algún tipo de autoconciencia. Todo ello se puede pensar en las *Memorias de Ariadna*: a pesar de su trabajo a partir de fragmentos textuales, la experiencia en ella se organiza y se ordena en grandes estructuras de sentido que implican etapas y momentos diferenciales –los primeros tiempos de la infancia y la juventud; los años del exilio; etc.– y a través de ellas, podríamos decir, Mónica Virasoro construye el sentido de su propia existencia. Claro que lo hace de una manera particular: desdoblándose en varios personajes –Ariadna, sí, pero también Ivana Matus u Omar Olivas– y dándole así a la autobiografía una inflexión decididamente ficcional. Digamos, entonces, que incluso en

esta primera modalidad de la autobiografía –aquella cuyo relato reorganiza lo vivido, da sentido total a la existencia, y en que el sujeto accede a algún tipo de autoconciencia– se da una posible inflexión ficcional: al tomarse el sujeto como objeto, en el acto de autoconciencia, por momentos puede aparecerse como un doble. ¿No les ha ocurrido verse en fotos del pasado y sentir que ese que está ahí no es uno mismo, sino precisamente otro? Al mirar hacia atrás, el yo del pasado puede muy bien percibirse durante un momento como una suerte de doble y en ese desdoblamiento se produce una particular experiencia de extrañamiento. Momento ficcional de toda autobiografía, en las *Memorias de Ariadna* ello se radicaliza especialmente: el yo se desdobra y se desplaza intermitentemente hacia la tercera persona y el nombre propio se enmascara bajo otros nombres.

En esa radicalización, podríamos decir, la escritura autobiográfica termina por rebotar hacia el otro polo hacia el que suele orientarse. Porque la autobiografía no tiene por qué pensarse necesariamente como la escritura de un sujeto que accede a una verdad respecto de sí mismo; también puede pensarse –en la vereda opuesta– que todo relato autobiográfico es invención de sí, desfiguración o incluso transfiguración: no acceso a una supuesta verdad de sí mismo, a un momento de autoconciencia, sino liberación del primado de la conciencia, entrega de uno mismo a un juego que implica jugar a ser otro y volverse otro en el juego. Expresemos esta segunda vertiente, entonces, en términos nietzscheanos: en la autobiografía así entendida se expresaría esa potencia que el arte tiene para permitirnos vernos a la distancia, simplificada y transfiguradamente, ponernos en escena y convertirnos así en personajes, no importa si son trágicos o cómicos. En esta modalidad autobiográfica, podríamos decir, la ficción no es solo un momento sino que se revela en un lazo inevitable con la escritura de sí. Las *Memorias de Ariadna*, pensamos, se trabajan en este registro fundamental que cruza autobiografía y ficción, y el mayor indicio de ello es que falta algo básico en el género: la

identidad de los nombres –de autor, de narrador y de personaje– que funda el pacto del género autobiográfico. Si hay una primera máscara ficcional, esa máscara es el nombre.

“Los artistas, y especialmente los del teatro [...] son los primeros que nos han enseñado [...] el arte de poder verse a sí mismo como héroe, desde la distancia y, por así decir, simplificada y transfiguradamente –el arte de “ponerse en escena” ante sí mismo–, escribía Nietzsche en *La ciencia jovial*. No es casual que en varios de sus libros previos –pienso en *De ironías y silencios* de 1997 y, sobre todo, en *Zaratustra, la experiencia del guerrero* de 2007– Mónica se haya dedicado especialmente al pensamiento de Nietzsche y que este haya sido también uno de los núcleos permanentes de sus clases como profesora en la Universidad Nacional de las Artes. Para quienes hemos asistido tanto tiempo a sus clases, este nuevo libro se nos aparece como un pasaje al acto. Digámoslo rápidamente: de enseñar y pensar Nietzsche en el espacio del aula, de pensar y volver a pensar ese llamado que hace Nietzsche respecto de la importancia del arte para la filosofía y para la vida, a la práctica concreta de jugar el juego de ponerse en escena, transfigurarse y enmascararse. Tal vez, finalmente, la única verdad del sujeto sea la de esas máscaras múltiples que se construye e inventa a sí mismo.

En la construcción de sí que acontece en *Memorias de Ariadna*, son especialmente constitutivos dos procedimientos básicos. Del primero ya hemos dicho algo: se trata del pasaje intermitente entre la primera persona –ese yo que no deja de irrumpir en el texto– y la tercera que remite a esos nombres o máscaras que son Ariadna, Ivana u Omar. La reproducción y el retoque de textos pasados es sin dudas el segundo procedimiento fundamental: se trata de un trabajo de collage o incluso de bricolaje que tiene la función de despertar la memoria. Por ese procedimiento, entra al relato el anacronismo: retocando, reescribiendo, sobrescribiendo e interviniendo los textos pasados desde el presente, lo que se termina por producir por momentos es una fusión de los diferentes tiem-

pos, fusión que es un rasgo central del funcionamiento de la memoria. Por otro lado, en relación al retoque y reintervención permanente de esa escritura del recuerdo y también al trabajo por momentos involuntario y por otros voluntario de esa memoria, surge también su vinculación fundamental con la invención: como se dice explícitamente en las *Memorias de Adriana* aquello que no se sabe del todo al recordar el pasado, como la imagen de una casa de infancia de la que no se tiene recuerdos conscientes o incluso la numeración de su calle, puede ser finalmente imaginado e inventado incluso sin mucha conciencia de ello. Por eso, también, el texto propone una conexión entre memoria y sueño: con la memoria de la propia vida acontece algo similar a lo que sucede al recordar los sueños; uno sólo recuerda un pedazo y –el resto lo va acomodando–, se nos confiesa.

En varias conversaciones, Mónica ha insistido en que, al empezar a escribir este libro, tuvo la intención de escribir una novela, pero al fin se dio cuenta que estaba escribiendo algo diferente. Pienso, sin embargo, que si se tiene en cuenta la larga tradición de experimentación con el género novelístico que nos dejó el siglo XX y a la que las *Memorias de Ariadna* remite constantemente, incluso desde su título, podemos afirmar que sí: su obra es a fin de cuentas una suerte de novela autobiográfica hecha a partir de retazos textuales. Tal vez a algunas sensibilidades puedan chocarle aún las astillas de la memoria que forman esta obra y que señalan su carácter fragmentario; pienso de todos modos que la mayor parte de los lectores disfrutará, aun en su dispersión, de esos recuerdos y de la luz ficcional que arrojan sobre una experiencia de vida.

ARIADNA EN LA CIUDAD

El hombre común soy yo. James Joyce en Ulises.

Adriana, yo –con este nombre, circunstancial, construido por oposición masculino-femenino, luego devenido en Ariadna para hacerlo cercano y así sea desde ahora– doy comienzo a estas memorias un día por el que declina agosto del 2000. Llueve, son las seis de la tarde, mientras transito en el vehículo más plebeyo. Siglos me separan de la voluntad de marcar la diferencia por las señales de sangre, –léase a causa de mi propia pertenencia a un bajo rango– es la libertad que concede el carecer. Y sin embargo me seduce la imagen de los espacios nobles para estas actividades del buceo en el recuerdo. Cuánto contraste entre unas memorias engendradas en el *bondi* y aquellas nacidas en el marco de un interior burgués decimonono, ya familiar por don abundante del siglo del cinematógrafo. Desde mis alturas, alturas de la autopista montada sobre el paisaje de las azoteas porteñas, veo la ciudad que tiene sus dignidades aunque no se me escapen sus desperdicios. “Antropología de la basura”, sabia ciencia recientemente inventada, aportará acaso notas claras y distintas para una reflexión sobre la vida, o sobre estos seres vivos, tan terrestres, tan humanos, con sus usos y costumbres: civilización del plástico, de la “siempre libre”. El tema de la libertad reducido a la disponibilidad para actuar nuestra programación, el santo instante de la decisión, el “o bien, o bien” reducido a una elección de marca. Pero..., ¿a qué hablar de libertad que no es tema poético? Ya lo decía el sabio Goethe, referido a la libertad con que se inflamaban los espíritus revolucionarios de su época, misma inflamación de nuestros sesenta, setenta, en las canciones de protesta saturadas de sangre y de fusiles. Y sin embargo, el carácter poético no es algo que se pueda atribuir a

los temas, libertad puede decirse de mil maneras, lo no poético es el tono, la “falta de aliento”.

Y vuelvo a mis alturas, las del ómnibus, que ya le mudé la palabra, por afán de precisión, porque no se trata exactamente de *bondi*, por repulsa de lo excesivamente contrastado, por estética, desde aquí, desde donde se ve la ciudad desde arriba, me ataca el sabor agridulce del recuerdo, porque el ómnibus se contornea por las calles de la adolescente Ariadna, que ya tampoco son las calles sino los espacios abiertos, las autopistas, los invasivos vacíos. Ariadna piensa en Haussman, la París del segundo imperio, la de las venas abiertas, la de las anchas avenidas. Recuerda que tuvo que regresar para mirarla con esos ojos nuevos, después de la lectura de Benjamin, y toda esa literatura nostálgica, para comprender por propia vivencia la sensación aplastante, abrumadora de los espacios despejados, de las aberturas, del descubrimiento, de haberlo hecho todo visible, disuelto todos los recovecos, todas las barricadas naturales, despojo total, sin armaduras, sin escudos, sin los pliegues ni los rincones donde la ciudad se esconde, donde es posible disimularse, en suma, sin la sombra. Frente a las fuerzas represoras en tiempos de guerra, época de revueltas y comuneros –por hablar solamente de París, que desde aquí también nos comprendemos por eso de lo no dicho que también dice– frente a la igualación, homogenización igualmente represora en tiempos de paz, sobretodo en tiempos de paz, en tiempos del común, protegerse de los veranos ardientes, el sol incompasivo sin tregua. Esa es la manera en que Haussman ataca hoy –Ari recuerda aquel verano en París, sol de agosto– ciego y cruel; la manera en que la modernización es sentida en el dorso del caminante –e imagino también– en el de la multitud misma, nacional o residente, un árbol, aquí, por favor, un himno al árbol.

¿Y qué de mi ciudad? del lugar donde crecí por donde casualmente transito, el sitio de mi perspectiva cuando miro la ciudad desde el ómnibus remontando la autopista, atravesando la 9 de Julio; el sitio mismo de mi casa adolescente, donde crecí mis *dieci*, la que fue expropiada y demolida en aras de la

modernidad, por extender las avenidas, y otra vez... abrir, ampliar... Pero en verdad me es en parte indiferente, me molesta la idea de vacío, el irrevocable ya no estar para siempre, pero en cambio me place que desde el lugar donde estaba mi casa se vea sin impedimento las agujas de aquella iglesia cuyo nombre ignoré e ignoro, clavada en un lateral de la Plaza Constitución; todo se torna una cuestión estética. ¿Autopistas...? también el tema se reduce en los vaivenes de mi reflexión a la escueta oposición entre utilidad y belleza y por qué no ambas cosas para dirimir la cuestión. Afejar la ciudad no es un precio loable a pagar a la utilidad o la velocidad. Y éticamente hablando, digo, a modo de autocita, “pesa en mí, alma romántica, la muerte de los ancianitos Baucis y Filemón”, inmolados por Fausto en el santuario de la modernidad para abrir cauce a sus ansias prometeicas, más propiamente digamos, “fáusticas” de la gran acción, los grandes canales para vencer al mar, vencer a la naturaleza, el hombre en lugar de Dios, como el gran constructor, pero entonces también como rey de justicia, legislador supremo sobre la vida y el sacrificio. Porque ellos, los ancianitos, también eran vida más allá de los ardides de la vida, de ese tan goetheano, “venga la muerte para que nazca más vida”. Para “el grande hombre” a decir de Napoleón, poeta y hombre de acción, el gran Goethe, que apuesta después de larga e inexorable duda al “árbol de la vida”, la jerarquización de las manifestaciones en que el ser se expresa, la distinción entre sus variadas formas, no es más que una astucia demasiada humana. Matar la vida para salvar la vida, nada más que un lema iluminista, ¿que lleva en su seno el germen de su destrucción? No. Sólo lleva consigo los signos de su contradicción, o acaso, desahuciados, reconozcamos: las coordenadas de su autoconservación. La bella frase de Goethe “la muerte no es más que un ardid de la vida misma para que haya más vida”, habría de seducirnos sólo en tanto se tenga a la naturaleza como legisladora soberana. Hay números en que la cantidad se torna cualidad, 750.000 muertos por año para la construcción del canal de Panamá..., inmolados, no a favor de la vida sino de una abstracción llamada “progreso” como máscara acaso de

podereos que buscan enseñorearse. Pero qué antigüedad, hoy, hablar del canal de Panamá, habiendo tantos ejemplos, no es más que burda asociación, porque en el *Fausto* se trataba también de canales, los de Holanda.

Entretanto, nada que decir, apenas murmurar para adentro, de cómo día a día nos cambian, la ciudad, esta que quiero hacer protagonista, pero se me escapa, se me enajena, no por ocultamiento, porque por sus rincones nos llevábamos bien, sino por su delatora visibilidad. No hablemos ya de las avenidas de las autopistas, hablemos de las pequeñas cosas: viejos cafés, convertidos en vitrinas, homologados en tamaño, en disposición, en material vidrioso, ¿quién les habrá persuadido de que esos reciclados responden al gusto del público? Recuerdo hace unos años en marchas nostálgicas por nuestra Corrientes, la que no dormía, cabía todavía la protesta: aquí estaba *La comedia*, allí el *Politeama*, uno a uno fueron cayendo sacrificados a la *posmo*. Hoy ya no es posible ni ese comentario quejumbroso, todo no más que una masa amorfa de sitios vidriados anónimos e iguales, convertidos en un algo indefinido entre café, pizzería..., restaurant. Mañana la pregunta será: dónde el Foro, dónde La Paz, dónde el espacio en que colocar el tiempo de ese pasado. O acaso el recuerdo no sólo debe ser tiempo sino también espacio almacenado, que no sólo es tiempo el que huye, porque se nos va también el espacio, imagino, como ciudad atacada por vendaval. ¿Dónde estarán aquellos los que fueron? o bien, apenas, las cosas, los sitios que por ser materia inorgánica –pensaríamos– habrían de perdurar más allá de los tristes cuerpos y sus acompañantes almas? Pero Ariadna no es una nostálgica que sólo llora, sabe apreciar los buenos cambios, sólo destesta las máscaras que tras el cartón no dejan ni adivinar las huellas de lo que fue. Esta tarea, la novela que bien podría transformarse en la roca sobre el que se sostiene su transcurrir, no puede apresar a la ciudad que quiere hacer protagonista. Cunde el extrañamiento, Buenos Aires, nombre de un conglomerado de espacios, vacíos de tiempo y vivencias que llenen esas puras formas. La vida como una casa demasiado amplia cuyo amo, no puede

ocupar todos sus compartimentos –dice Marguerite Yourcenar en sus memorias de Adriano.

LA CIUDAD Y EL TIEMPO

El paisaje está brumoso que apenas se ve nada.
Pero la luna llena, redonda, cercana que se cae se cae.
Y mi corazón que nada puede decirle y se cae se cae.

Después de 26 años se vuelve creyendo poder armar
un retablo de pasadas vivencias, pero la ciudad
tanto ha cambiado que ya no me devuelve la mirada.
Nada le dicen mis trajines callejeros, esta terquedad mía.
Por las esquinas la gente camina atareada y me distraigo
mirando no sé qué cosa inútil
para mi arcón de los recuerdos.
Y luego está el mar, ¿pero qué le importa al mar mi infinita insignificancia?

Qué día fue aquél en que te rozó el deseo una ventana
y te arremolinaste entre los pasantes

La ciudad se me escapa con sus peinados modernos.
Los bares avitrinados, demasiado cemento a los costados,
van dibujando siluetas detenidas y parcas.
Un aire de presente inunda la memoria
y disuelve el relato en astillas de barro.

Escenas de la infancia hechas de puro barrio.
De lejos en el tiempo las perfilo cercanas.
Ilustradas ahora de esquinas familiares,
balconean a la vereda de las sillas
sacadas a la tarde del mate.

Lucho, el de la cochería, roto el protocolo de la muerte
habla del tiempo o de la vecina de enfrente.
Los chicos juegan vaya a saber qué,
que ellos solos comprenden
Hay quienes chismean en la puerta
o espían detrás de las ventanas.
A la vuelta de manzana,
en el patio del conventillo, la mesa
arma la escena de la niña extraviada;
llega la madre con asustada-culpa
a arrancarla a los ojos que la indagan.
Sólo hasta el mediodía el carro de a caballo
ambulea frutas y verduras para la gente del barrio.
Y más tarde el hielero con su voz
de tormenta desgarrada.
Me acuerdo todavía del tranvía,
la espera en los fríos bulevares resistiendo el tornillo,
nosotras, las niñas, por entonces,
no vestíamos pantalones,
apenas faldas con breves medias.

LA VOZ EN EL TELÉFONO

Imposible saber que esa llamada sería el comienzo del tornado. –¿Reconocés esta voz? –Por supuesto... Neuronas trabajando para hilar hechos y circunstancias, más bien recuerdos de estímulos sensoriales por lo de que la voz llega por los oídos. Pero él ya se contestaba: Ernesto. Luego explicaría –por ansiedad– y ella, rápida a pesar de los 26 años transcurridos, el tiempo y la distancia, encimó y completó Ernesto Moral. Previa emoción recíproca por la voz reconocida, y otras coincidencias, mezcla de reclamos y declaraciones de amor siempre juntos y confundidos. –Supe que que estuviste en *Baires*

otras veces, ¿por qué no llamaste? –Por miedo, explicación incompleta pero suficiente porque a Ari le pasaba lo mismo. Cuando regresó de Perú, tras nueve años de exilio, nada quiso con los viejos amigos. En verdad, sí quería verlos, pero lo dejó librado a la casualidad que no se dio. Pero ni tanto, porque dieciséis años sin un encuentro fortuito es ya un hecho casual..., antes y en otros lados eran más que frecuentes. ¿Cuántas veces por los rincones del mundo encontrábamos los mismos personajes o hasta desconocidos vinculados por algún extraño lazo. Reactivación de la casualidad, coincidencia, algunos preferían hablar de sincronización. Pero este no era el tema, el tema era el miedo. Ariadna podía comprender el miedo de Ernesto porque lo sufría en carne propia. –Sí, me encontré con alguien, ¿te acordás de Ricardo Colombres? Me lo encontré un día, al poco tiempo de mi regreso en un bar de Corrientes, había tenido unos brotes, confinado en el Borda según me contó. A esa se sumaron otras historias de locura, cuando no, eran desapariciones, locura y muerte me rondaban y yo las esquivaba como la casualidad de encuentros me esquivaba a mí.

Nunca se sabrá si los miedos recíprocos se definían de la misma forma porque Ernes no se explayó, pero se podía inferir de las tantas historias de desaparecidos como la de Silvia Reyes, amiga entrañable curtida entre noches de estudio y anfetaminas. Eran cosas que Ari no quería conocer pero se imponían como la mancha de lo reprimido en el inconsciente, y ahora Ernesto las sacudía, un poco diluidas por una distancia tiempo de 26 años.

Ahora el encuentro, no casual, disparado por un llamado, estuvo signado por la velocidad, tenían una semana que se calificó con un récord de cinco encuentros semanales. Ernesto, que padecía de verbosidad y estaba más verbosidad que nunca obsesionado por el inmenso tamaño del tiempo que pasó y de la brevedad del tiempo que le restaba en *Baires*, ahora –que era español y la madre tierra lo esperaba– quería –paradójicamente– ponerse al día de los años transcurridos, no tanto indagando en Ari sino contando de sí. Ella se preguntaba porqué tanto apremio para narrarse. Primer encuentro:

¿te parece que podemos perder tiempo buscando cigarrillos? En verdad no podían, tenían apenas media hora antes de la larga sesión de las “Jornadas de un siglo de pensadores argentinos” –donde Ari iba a leer una ponencia sobre su padre– y acaso, después un par de horas más. Segundo encuentro: una hora ininterrumpida de Ernes y su historia de vida. Para en seco. Bueno, ahora cuenten ustedes. No sé qué pasó, debemos haber sido demasiado lentos para su ritmo pues recommenzó por otra hora y media sin parar. Luego se despidió no sin antes asegurarse otro encuentro.

Pero todo estaba bien, lo de la verbosidad del otro tenía sus derechos, por lo de que cada cual a su papel histórico, ella la eterna escucha; porque aquella la de Ernes sí que eran vidas, llena de peripecias mientras que ella rebuscaba y rebuscaba para nunca encontrar, vida plana inenarrable, aunque en eso, en verdad, erraba porque en esta escena del mundo en que todos somos actores, todo transcurrir es una vida, a la espera, con derecho, de ser narrada. Y aquí la prueba “mi roca que como pedestal me sostiene” –decía Flaubert de su *Madame Bovary*– una de esas frases que Ari gustaba robar con disimulo. No es acaso esta novela, por ahora no más que un proyecto, desde la hora del proyecto mismo, la prueba irrefutable de la *narrabilidad* de todo transcurrir, y de que la vida comienza a ser una vida cuando se la cuenta y comparte como dice Hannah. Actuar, sí, pero luego recordar para poder sostener sobre la memoria la pregunta incesante por el sentido y entonces narrar. O como dice Borges, las cosas ocurren porque se las cuenta, o los hechos y los hombres existen porque se los nombra, las memorias porque se las memora y así todo, como el gaucho que existe porque en una tórrida mañana de enero en el cuarto de un hotel un tal Hernández pensó y dijo sobre un Martín y mucho más atrás en el tiempo, un tal Homero –que no el de nuestra Malena que canta el tango como ninguna y también existe porque se la canta, sino el otro, el de Ulises– quien nombró y así dio existencia a dioses y diosas, a un guerrero invulnerable, el del talón, a una belleza sin par, la

de Troya, a una mujer que siempre espera, la eterna Penélope –Clitemnestra también, las mujeres siempre en espera– y a su amo y señor de la comarca, el primero entre nosotros que supo con la astucia conjurar a las deidades míticas y a todas las fuerzas de la naturaleza. Ulises, el primero en valerse de la puta razón, entre nosotros, de la “viveza criolla”, aunque no nos engañemos, después –claro– de la compasión de los propios dioses que dijeron “Basta ya con el pobre Ulises, que vuelva por fin a casa”.

Es difícil de interpretar esta cuestión de la modernidad, porque los hombres que inventaron los dioses debieron luego inventarse el permiso de los dioses para rebelarse ante los dioses. Con Ulises tenemos la astucia –reconozcamos, don otorgado por gracia divina– pero fue necesaria previa asamblea de los dioses para acordar que, dada ya su legitimidad, pudiera ser utilizado para un fin razonable: el regreso al hogar, aún sazonado de trampas y engaños a algunas deidades. Más tarde dirá Kant que si Dios dio al hombre la razón, por algo ha de ser. Para que la use, pues, no para que la entierre como aquel hijo bíblico que escondió la moneda para no perderla, que la avaricia es mala pero cuando se trata de la inteligencia, es idiotez.

Con Descartes tenemos el método, pero es preciso todavía el *okey* del señor. Es porque Dios es perfecto que no nos puede engañar y por magna generosidad nos permite emplear ese instrumento también perfecto por decreto humanísimo, del hombre puesto de acuerdo con el Dios, del Dios a regañadientes puesto de acuerdo con el hombre por lo de que “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Pacto que se consumó con posterioridad. Porque no era así en tiempos del pobre Adán que sufría sus prohibiciones y sino fuera por Eva, todavía estaría preguntándose si es posible degustar la manzana –digo– la sabiduría. ¡Oh, grande Eva! Te adoramos, ¡oh, Dios!, pero séanos permitido hacer uso de nuestros instrumentos para competir contigo en la creación como en la destrucción nuestra de cada día, ahora y en la hora de todos los tiempos del humano transcurrir.

PENÉLOPE... ETERNA... GEA... POR SIEMPRE... TIERRA

Dejemos, por ahora, estos abanicos proustianos, las volutas del fraseo y el despliegue de los temas que se amontonan como racimos y se deshojan como cebollas; retomemos el hilo, el tema de lo narrable. Es que la poeta puede dar existencia a la mujer Ariadna que aún no sabemos cómo se para en el mundo, así como Homero al nombrar la existencia a Ulises que desde su pedestal se sostiene con la astucia. No es la primera vez que se me ocurre como queda asentado en mis notas muy antiguas, idea que retorna, voluntad, presuntuosa ocurrencia de imitar a Joyce, idiota, ¿cómo podría? Presiento ese fracaso; cómo componer una *penelopeada*. La palabra carece de sonoridad, y, por añadidura, triste suerte de ser mujer y llevar el pene en el nombre. Y sin embargo, la figura, albricias, mi imaginación practica la simetría pues no me vino el nombre de pensar la contraparte de Ulises, sino del pensar con qué figura mítica me identifico o quiero identificar a la Ariadna de mi historia. Penélope a pesar de Antígona con quien vengo teniendo tratos recurrentes. Sentada frente al telar, imagen de un tiempo eterno, circular, sin rupturas ni desvíos, eterno retorno de lo mismo, vida donde siempre hay lana porque nada se consume y cada noche renace de su propia deconstrucción. Hay que saber vivir así, ella lleva las cuentas de cada día donde se urde una aventura interior. No se trata de eludir sirenas o conjurar brujas y cíclopes realmente existentes sino de vérselas con sus fantasmas interiores que como los afortunados de los cuentos sólo ella puede ver, sólo ella puede percibir la diferencia de sus días iguales y gemelos para los ojos de quienes la acosan. Cercada por los buitres, ella urde cada día una trama diferente; bajo máscaras de sumisión practica la ironía femenina, falsa fidelidad a la ley, pura simulación, tono equívoco de pasividad y obediencia que por su misma impenetrabilidad vence en anular la ley de los hombres que pretende gobernarla. Su vida, una demorada espera, un eterno recomenzar, cua-

lidad de lo circular, confirmación de lo cíclico, tejido que paradójicamente se arma avanzando y retrocediendo: ella posee, el silencio que la hace bella. La literatura que es masculina interpreta el gesto de Penélope como una prueba de su fidelidad a Ulises. El mito que cuanto más arcaico, más feminista, por lo de que Gea –recordemos– la madre tierra, era la primera que por largo tiempo gobernaba y sucesivamente triunfaba sobre Urano y sobre Cronos, interpretaba sin duda de otro modo. Penélope no teje infinitamente, no teje y desteje para guardar las tierras y la mujer de su señor sino para afirmar su *yo* que busca su centro en sí misma pero se ve siempre avasallado por ojos carroñeros. Finalmente, la literatura que es de los hombres, interpretación interesada e iluminista de la historia, venció sobre el mito y torció la historia de los orígenes: que la madre tierra, fértil origen de todas las cosas, es primera e imperecedera porque tierra somos y a ella volveremos. Y sin embargo, los filósofos, los primeros, cómo se engañaron, cómo se perdieron divagando por el aire, por el agua, el infinito, sin darse cuenta de que esos principios no eran más que partes del principio de todos los principios. Salud, ¡oh!, madre de todos los hijos, madre mía que estás en la tierra, que eres la tierra.

Y sin embargo, qué difícil, qué imposibilidad, qué inmenso el esfuerzo, no puedo poner en movimiento personajes femeninos. Mi imaginación traiciona su género.

CUESTIÓN DE RITMO

No colocar los personajes en la situación sino instalar la situación en los personajes” dice Morelli. Pero me suena más, aquella otra del ritmo, la de Pavese. La creación no se deja llevar por los temas ni por la psicología de los personajes; la creación se desarrolla arrastrada por un ritmo que se impone y todo lo invade haciéndose tema, personaje, desenlace. Crear entonces es andar en pos de un ritmo, ¿y vivir, no será acaso también, andar en pos de un ritmo? Se diluye entonces

la cuestión del tema, acordamos en que todo el mundo tiene un qué decir, sea la ruda cotidianidad o los itinerarios más elevados del espíritu; la cuestión es el cómo. El contenido es el continente. Debe existir una fuerza indomable que empuja, que obliga, que arrasa más allá de toda voluntad. Eso es el ritmo. Me impongo la consigna: “que las palabras broten como agua del manantial”, que corran con toda su insoportable levedad, flujo intermitente, regular. Prometo no cometer autocensura, ninguna resistencia ni a las metáforas más vulgares, “las mejores, las únicas verdaderas” –decía Borges–. El niño que sale con toda la suciedad, el abandono del parto. Me pregunto si eso es la felicidad, la sensación del místico en el momento de la iluminación, todos los cables desconectados, el mundo en otra parte, yo con yo, trabajo de retorno. Todo esto es tan artificioso. Tal la costumbre de vivir en masculino, los varones nos roban también las imágenes del parto. Yo se la robé a Kafka.

Y me vuelve la cuestión del ritmo. Las madalenas están ahí, varias, oferentes, sosas o coloridas, yo busco el ritmo, un río que llegue arrollador, desafiante, con todo el peso de los camalotes, que se imponga, arrastrando virtudes e impurezas desbordando los diques

SUSTANCIA ACUOSA

*A*riadna se aburre con todas estas digresiones, la tengo ahí parada, detenida detrás del telón con esa cara de eterna espera, fulminada por los flashes de las mil y una circunstancias en que ha cumplido su rol de escucha, de por siempre espectadora, desde aquella primera vez que Juan pronunció la frase que quedó impresa a sangre y fuego acerca de su cualidad de mujer ahistórica. ¿Qué habría querido decir, lanzada así de improviso sin explicación ni contexto? Ella la guardó en su memoria y de tanto en tanto afloraba para ser interpretada de diverso modo según las etapas de la vida iban pasando. A medida que su sentido histórico se acrecentaba la

sentencia mermaba esa fuerza de presagio con que ella originariamente la valoró y que la inquietaba como toda predicción sobre su persona. Al fin, concluyó –y acaso con ello calmaba su inquietud aunque todavía en forma de interrogante– ¿no era Juan el ahistórico, su alma y su cuerpo inundados por el alcohol, su conciencia y su habla anclada en el pasado, su pasión en el resentimiento, en el eternamente resentir, revivir lo vivido como destino? Pero acaso se engañaba, y esta especulación sobre el otro no era más que un paliativo. El atributo de ahistórica seguía reverberando, inquietante, en toda su nebulosa y se avivaba, en esos momentos en que la vida fluía inasible como un pez. Algo reconocía pues se identificaba con el agua a pesar de la marca de su signo y su reconocimiento a la madre tierra, por eso del fluir, y del tiempo cíclico, su vida transcurriendo en un medio acuoso donde nada opone resistencia, donde todo paso se resuelve en el esquivar. Ese modo le parecía, más que el impulso de resistencia o rebelión, expresión de verdadera libertad.

Ariadna se aburre o acaso se impacienta porque está superexcitada con la visita de Ernesto, un poco ansiosa, hay que ponerse al día con todas esas historias. Pero en realidad no le interesan tanto las historias, solamente la posibilidad de traer, a presencia con apenas palabras entrecortadas un pedazo de pasado, de aquellos días cuando todavía estaba todo el tiempo por delante y unos pocos proyectos mal esbozados, un corte en el presente, un encaje del antiguo; entretenerse tal vez con alguien que compartiera alguna nostalgia, la de los bares desaparecidos tras el vidrio, el Moderno, el Farolito, el Coto. Porque precisamente en la casa del Rolo, la noche de la despedida se evocaron algunos nombres y había códigos compartidos. Pero finalmente todo se pudo porque con los nombres y la nostalgia se colaron los personajes, la reiteración de situaciones y la presencia de personalidades detenidas en el tiempo, el grado alcohólico del Rolo iba *in crescendo* a medida que la noche primero crecía y luego iba diluyéndose rumbo al día; la charla trasnochada quedó instalada en todas las proformas. Posiciones encontradas: de un lado purismo en política, esa

que en los sesenta se escribía con mayúsculas y hoy se escribe con "m" de minúscula; del otro, decepción, desazón disfrazada de realismo. En el fondo, purismo también. Defienden una posición más conciliadora pero se sienten basura, nada de esa espontaneidad inocente que caracteriza el gesto de la otra generación, los jóvenes de ayer, los jóvenes de hoy, los hijos, libres del síndrome revolucionario de los sesenta. En el fondo aquéllos cargan con resabios del antiguo maniqueísmo, todo modo de vida pasado fue mejor, no mejor, sino la verdad, la única, la auténtica. Ariadna entendía que gran parte de sus amigos y de la gente que la rodeaba: conocidos o desconocidos pero que rondaban cierta edad, adolecían de esa elasticidad mental que Sócrates añoraba y por eso se dirigía preferentemente a los jóvenes que en toda época han concentrado miradas reprobatorias. Les faltaba esa materia maleable que permite ir asimilando cambios, ¿con espíritu abierto, con entereza? O al menos "aceptemos" con tono de interrogación. Ella misma no estaba segura, pero al menos pensaba que su duda podía redimirla. Ellos, en cambio, carecían de duda. Tan aferrados estaban a su antigua verdad como a una piedra atada a los zapatos en el momento de lanzarse al agua.

Por momentos pensaba que no era espíritu abierto, ni entereza, ni siquiera duda lo que se necesitaba sino un poco de amor, ¿acaso no eran los propios hijos quienes debían habitar el purgatorio de esta modernidad? Modernidad *light*, también llamada líquida, evanescente, superficial, la de lo siempre efímero, la de la falta de utopías, la sin grandes relatos que enmarquen la fútil vida que se desliza, la de la lengua que nos habla y la de la mirada que nos mira, la del sujeto como una "X" tirada a un costado. Un interrogante, una duda al fin como un paso en retroceso al recorrido cartesiano, un no pasar por la duda sino permanecer en la duda, ¿existo yo, puedo acaso afirmar mi existencia por el sólo hecho de que dudo? He aquí el purgatorio sino el infierno; atravesar tanto espacio y tiempo sin alcanzar la certeza de ese mismo atravesar. Tema *grosso* para ser dirimido en charla trasnochada, vino mediante y abundante materia lacrimógena, explícita o no, por

eso del reencuentro-despedida. Ari quiso acotar una opinión, balbuceó algunas ideas pero por entonces ya todos hablaban juntos, los ánimos estaban alterados, algunos comentarios se habían tomado como alusiones personales, sintió eso que se ha de parecer a la náusea, sensación de repetición, eterno retorno, que no hay que entenderlo como burdamente lo entiende Tomi que entrampado en su racionalismo casi pueril, no quiere aceptar que Nietzsche haya siquiera pensado semejante posibilidad salvo ya perdido en la locura. Tomi lo entiende un poco obcecadamente como la imposible repetición en el exacto tiempo y espacio del mismo suceso actuado por los mismos personajes. “No, Tomi, no se trata de que de aquí a un siglo nosotros mismos reunidos alrededor de esta mesa de los jueves por la noche digamos las mismas pavadas con el mismo aire de estar haciendo agudas observaciones, no se trata tampoco de lo que se ha dado en llamar *déjà vecú*, como sensación de que un instante en el tiempo ya ha tenido lugar. Se trata de algo más simple, de la vivencia de la repetición de los mismas circunstancias con los mismos personajes y los mismos desenlaces, vivencia que nos agobia en la forma de náusea, y que no tiene nada de particular o extraño salvo su absoluta probabilidad. ¿Cuántos tipos humanos podemos distinguir, cuántas circunstancias diferentes sirven de esqueleto a esas charlas que antes eran de café y ahora se alojan en el living de matrimonio tipo con hijos? Ariadna pensaba esto contando con disimulo los dedos de la mano y le sobaban. Algunos tipos están ligados a profesiones: médicos y periodistas, por ejemplo, se semejan por la piel curtida, la pérdida del asombro, de la pena, de la indignación, de la sensibilidad misma. ¿De qué dura caparazón han debido armarse para sobrevivir, para sobrellevar, la cotidiana muerte, la enfermedad, la tragedia, la corrupción? Unos, anestesiados frente a la muerte y la enfermedad, los otros, frente a la realidad con todas sus lacras, incluida la propia práctica periodística sólo sostenida sobre el cadáver de sus víctimas. Y precisamente los amigos de Ernesto reunidos en esa velada, sus viejos camaradas, eran todos periodistas, por eso el sabor agrio que se mezclaba al deajo del

vino cuando el sabor se marchita y que se expandía por la boca de todos los presentes como una náusea.

JÓVENES LÍQUIDOS

Ellos que se lamentaban de esa juventud perdida en la levedad insoportable de la modernidad. Ariadna recordó ese programa televisivo donde la plana en pleno de los adultos famosos alineados en la seriedad política, arrinconaban en el banquillo de los acusados a unos tantos jóvenes anónimos y apolíticos que reivindicaban su derecho a no votar, eran los del 501. Cínicos ellos que ahora exigen a los indiferentes un compromiso con aquello que en otros tiempos les valió de parte de esos mismos jueces, el mote de subversivos cuando no la muerte y la desaparición. ¿Qué es el apoliticismo sino una forma como tantas de resistencia, derecho intangible de la masa silenciosa que mata con la indiferencia, que es sino una otra forma de hacer política? Pienso, 2011, leyendo esto, y otra vez releendo, 2016, y agrego, los mismos adultos alineados en la seriedad política, hoy, rueda del tiempo, eterno retorno, vuelven a denostar a los jóvenes, ahora, por politizados. Reiteración y péndulo, o sea, cambio de turno, a mi vez invierto y predico no al apoliticismo.

Más allá de la situación de clase, se piensa desde la situación familiar, madre con hijos. Se comienza en la infancia por transmitirles valores, creencias, un gusto, sobretodo un gusto. Acercarles libros, incitarlos, que no se lo pierdan, que no se engañen, que no es lo mismo leer un libro que engancharse con una telenovela; que la lectura arma una relación más íntima y complicidades más perdurables. Les sugería cuando podían entenderlo aunque entrada la adolescencia ya era tarde: el pleno reino de lo efímero y la modernidad líquida. Cuando esto pensaba comprendió Ari que era ella quien debía ponerse en cuestión, no para ser moderna –que en realidad no quería sobretodo en esa cualidad acuosa– sino para no quedar afuera

disparada a los márgenes de ese movimiento de inversión por el cual los padres; del lugar del saber, pasan al lugar de la ignorancia, del no poder enfocar, del estar desfasado, y entonces, mirar un poco con los ojos de ellos, adoptando sus valores, sus puntos de vista, sus gustos, reconocer la propia ignorancia y a la vez saber disimularla, volverse un poco artista y hasta aprender a mirar con ojos asombrados.

LOS VAIVENES DE LA ANGUSTIA

Otra era la situación de Hebe, que solterona ella –y por siempre hija– estaba condenada a tenerse por centro de su pensamiento y de su sentir, con los ojos dirigidos al ombligo, obstinada en reafirmarse permanentemente en su manera de estar parada, infantil por momentos, caprichosa por carecer de competencia generacional, libre de enfurruñarse en sus resentimientos. El tratamiento mismo de la angustia era diferente en razón de ese estatus familiar. Hebe solía decir que la angustia que tanto padecía en la adolescencia, ahora se le diluía en un café con leche con medialunas. A Ariadna en cambio la angustia se le dormía con el llanto de Marina a la hora de la teta, ese era su recuerdo remoto; ahora que la niña había crecido y armado sus propios sinsabores era la angustia de Marina la que la absorbía y chupaba su propia angustia para transformarla en preocupación.

La angustia entonces, sólo un tema adolescente; el adulto ya munido de estrategias de combate. O bien son los trajines de lo cotidiano que la disuelven sin esfuerzos, o bien cambia de nombre: “preocupación” que siempre enfoca más hacia el otro. Ariadna recordó que su padre discutiendo con las concepciones existencialistas más conocidas había instado a sustituir el concepto de angustia por el de inquietud y ella al leerlo había esbozado una sonrisa y sentido cierto alivio porque poco le sonaba lo de la angustia y acaso fuera ello un impedimento para ser un espíritu filosófico. Por cierto la “inquietud” le era

más familiar, algo tenía –sin duda– que ver con esos estados de ánimo que no tenían palabra; inquietud, que como la palabra lo dice no deja tregua. En tanto ansia de vida: “ansiedad”, esa era –en realidad– la palabra del padre. Acaso la angustia se vincule con la muerte y la ansiedad con la vida. Hay que ver qué es lo que uno tiene por más cercano. O acaso vida y muerte sean la misma cosa y tenían razón aquellos filósofos, los primeros, cuando decían que erraban aquellos que las nombraban con palabras distintas. Pues separación o retorno a la madre de todas las madres, sustancia primera o magma primordial, no son más que momentos de un mismo movimiento. La vida como carrera por la individuación, –porque en verdad la separación tenga su eficacia y deje algún rastro antes del obligado retorno– y muerte..., como retorno y fin del ciclo y de las posibilidades que nos fueron tácitamente asignadas.

El hombre, ese animal que ha perdido la grandeza y la sabiduría del instinto, anda a ciegas buscando y rebuscando, y sin embargo no quiere la felicidad.

Los repartidores de dádivas salieron a preguntarle, enmascarados, para preservarle su secreto, y el hombrecito apenas balbuceante, manoteó y pronunció “la pena”

No sólo la naturaleza se me escapa como pez en el agua y mi imaginación fracasa para hacerla familiar y cercana, se me escapa tu voz.

Si acaso pudiera reflejarme en tus ojos y refractarte con todos los errores consabidos ...

Pero te miro y apenas te veo tanta es la brecha que empareda nuestro estar aquí.

LOS TANTOS COMPARTIMENTOS

Voluntariamente fragmentario porque sólo en lo fragmentario reside la esperanza, sólo en lo fragmentario se encuentra la interessa de la vida.
Elías Canetti.

Ariadna llevaba su diario, registro, no de acontecimientos, sino puras frases propias o ajenas que no entendía. Sin embargo, como hurto sino como recuperación de pensamientos propios que otros habrían tenido la suerte de expresar antes; ellas servirían de disparadores para futuros desarrollos. Estaba aquella frase del Adriano de Margarita: “Ciertas porciones de mi vida se semejan ya a las salas desmanteladas de un palacio demasiado vasto que un propietario venido a menos no alcanza a ocupar por entero”. Su memoria un tanto desprolija la había dejado reducida a: “La vida –o más bien el recuerdo de una vida– como una casa demasiado amplia cuyo amo no puede ocupar todos los compartimentos”. Esa era la sensación que arreciaba cada vez que emprendía la aventura loca de la memoria. Sentía como debe hasta ahora sentir el lector que la memoria era perezosa y que el esfuerzo se había alojado hasta ahora en la habitación más cercana y no podía hacia atrás avanzar gran cosa. Es cierto, hubo un acontecimiento, un hecho desencadenante; aquella voz del otro lado del teléfono que no se dejó reconocer sino a medias por ansiedad hasta ahora inexplicada, que tenía que servir de disparador como la madalena proustiana, en esos juegos de los olores y los sabores, en este caso, sensaciones del orden de lo auditivo, la voz humana, singularísima, de Ernesto que había probado ser por siempre reconocible. Había llegado como tornado y la había dejado como remolino dando vueltas sobre las mismas baldosas de ese cuarto que ella estaba barriendo –tarea plebeya que ella apreciaba por lo que de mecánica, abonaba al vuelo del pensamiento– en el preciso momento en que sonó el teléfono

y se dio la voz. Ciertamente es que hubo otras incursiones instantáneas por cuartos más apartados, prueba de que el tiempo, no es lineal y sucesivo sino circular y simultáneo; el pasado dado y ocultado intermitentemente detrás del presente que se impone como refugio y se resiste al escarbar y a lo que tal escarbar pueda develar.

Pese al hecho desencadenante, Ariadna seguía sintiéndose como un avión que carretea por una pista infinita sin poder levantar vuelo. La memoria como un conglomerado de círculos concéntricos vinculados por pasadizos transversales; la comunicación se establecía y el ingreso a otras latitudes se hacía posible cuando como resultado del movimiento de ruleta, dos de aquellos pasadizos terminaban coincidiendo. Ese sería el mecanismo de la facultad de asociación: resultado de un hacer girar la ruleta, mismo juego de azar, aún menos previsible, porque no mediaba voluntad, puro azar activado en *flashes* intermitentes. Podía estar en el jardín rastrillando el césped recién cortado y ser sujeto paciente de imagen remota, esquina de Lima, Perú, exilio y algo más, y el letrado con su estilo de color y grafía; *Helados D'Onofrio*, esquina donde sin embargo no se instala ninguna escena y la imagen se desvanece de pura carencia. Ciertamente, hay otros recuerdos voluntarios, que no nos tienen como entes pasivos sino que nos hacen sujetos, nos hacen alma. Porque no es la memoria una operación que entre otras desempeña nuestra alma sino nuestra alma misma en tanto recuerda —dice San Agustín— y nos da continuidad como personas, aglutina los fragmentos dispersos, nos hace narrables, probables protagonistas. Ahora esa memoria—alma que reúne, que hace ser uno mismo, se le escapaba de las manos como pez, acaso por el voto de espontaneidad, de dejar que las palabras fluyan como agua del deshielo aunque la tal espontaneidad fuera tramposa, limitada, como toda la que sólo avanza por caminos ya despejados. El pasado remoto que habría de ser desbrozado por el hecho desencadenante, la voz del otro lado del teléfono, permanecía bajo cerrojo. No, Marcel, no es cierto que el sabor de una *madalena* sea suficiente para activar los cerrojos que abran todos los cuartos de esa gran man-

sión desmantelada y así escribir los siete volúmenes de una historia de vida. ¿Cuántas madalenas habremos de ensopar en la cucharita del té? Suena cercano: “un minuto de inspiración y años de transpiración”. Pero más que sudor, y las consecuentes lágrimas, era necesario una toma de decisión, salir del hermetismo, del coto de lo privado donde todos los gatos son pardos para ponerse a la luz, hacerse público. Ari pensó en la sabiduría antigua, la de la vieja inscripción en el oráculo de Delfos «Conócete a ti mismo” que sobre todo apuntaba al conocimiento de los propios límites, inmensa sabiduría.

EL TÚNEL DEL TIEMPO

*A*riadna se levantó de la mesa donde escribía y comenzó a caminar por las salas vacías de la casa real, algo menos espaciosa, que la de su imaginación; el calor arreciaba en esa noche de enero. El ordenador le recordaba, cada vez que escribía el mes, que ese mes era *del 2000*, le recordaba el reciente cambio de milenio y aquel remotísimo momento de su vida joven cuando se había preguntado: ¿llegaré al 2000? Pregunta similar la de los Beatles en *When I'll be sixty four*; al fin, había llegado. Ahora el recurso del caminar, a imitación de los antiguos griegos peripatéticos, le parecía poder refrescar cuerpo y mente. La memoria como un fuego que al ventilarlo se reaviva. Era acaso ese momento remoto un posible disparador, cuándo se había hecho esa pregunta por primera vez.

Era en la casa de Juan, después de una fiesta, cuando los eventuales ya habían circulado y quedaban sólo los íntimos, entretenidos en charlas metafísicas y esperando el alba que llegaba con el desayuno para restablecer los lazos con el mundo real. Era la época en que para todos nosotros, veinteañeros, el tiempo tenía la forma de la línea extendida hacia delante. A Juan le gustaba lanzar sus preguntas como acertijos semejantes a los del dios Apolo. A la vez inocentes y peligrosos: “¿Es el tiempo como un río o como una naranja?”. El acertijo apa-

rentemente juguetón derivó en honduras inesperadas. ¿Tenía razón Heráclito, o en el fondo de los fondos habría que darle la razón a Parménides no tanto porque el ser sea inmóvil y esté atado por los Hadós, sino porque a la larga es uno y redondo pues no hace más que repetirse a sí mismo. Se armaron bandos y sub-bandos, algunos indecisos como Ariadna permanecieron en el filo de la ambigüedad y el debate derivó hacia la pregunta: ¿llegaremos al 2000? –ahora el ordenador le recuerda solamente que es enero– no tanto por confirmar que el tiempo sea río o naranja sino por saber nomás, ¡qué lejos lo teníamos ! La pregunta no era vana, porque de hecho algunos no llegamos, pero los que llegamos... Sería interesante otra reunión como aquélla, una repetición, respetando los espacios vacíos, que cada uno escarbe en su mente la diferencia, pese a los ordenadores que responden y recuerdan más allá de nuestras preguntas, pese a la ciudad que se ha vuelto transparente y sin refugio, pese a los ausentes y nuestras marcas del tiempo en el cuerpo y en el alma, cuánta semejanza, cuán similares en nuestros límites, en nuestra repetición. ¿Somos hoy los mismos de aquellos días?

Ariadna se imaginó: ella con todos sus amigos de los sesenta, los que estaban aquella noche en lo de Juan, íntimos y episódicos, haciendo una cola considerable detrás de un telescopio del tiempo. En ese preciso momento era Juan quien miraba por el ojo y Ariadna concentraba sus poderes perceptivos para ver lo que él veía. Juan era uno de aquellos personajes de otros tiempos que, sí, había visto un par de veces a su regreso del extranjero y que había dejado de ver después de comprobar que todas las marcas personales subsistían acentuadas por los años, ¿es eso la madurez? La consolidación de todas las manías. Es cierto que las aguas cambian, pero el río se nombra siempre con el mismo nombre. ¿Qué es lo que muda y qué es lo que permanece? ¿Es posible ser otro; o bien no ser otro, sino hacerse otro?

Ese era el ideal de Fede que un día abandonó la casa con esa utopía, hacerse otro, alejarse de todo lo que lo rodeaba como cálido nido, objetos familiares, personas, afectos, sólo

quedaba en pie el seco anhelo de cortar lazos con el pasado, la historia personal, rehacerlo todo, hacerse otro. Esa tarde, paradójicamente, Fede regresó para anunciar su partida, la que en verdad ya se había producido –hacía tiempo que Ari lo sentía lejano, cada vez más ingrátido, inmaterial, etéreo, inaprensible y presentía que la distancia interpuesta acabaría por romper ese cordón ya muy adelgazado y lanzar a Fede por los aires– Esa tarde escuchó electrizada, embriagándose con las palabras, con lo que ella llamó el experimento, nomás para esquivar el dolor. Esa tarde estaría acaso más cercano pues había algo de utopía compartida: expresarse en idioma extranjero como decía Kierkegaard para romper con una de las más estimadas casas, la del lenguaje, mudar la piel para dar comienzo como decía Nietzsche a la única guerra que merece ser emprendida, la guerra contra uno mismo, ser su propio adversario, guerrero que no reposa, estar siempre a prueba, siempre alerta. Esa tarde no lloraría porque la energía que despedía el cuerpo del hijo era una atmósfera envolvente, una salud contagiosa que producía un estado de embriaguez lúcida que postergaba la angustia. Las lágrimas esperaban otra hora, aquel día a cabo de diez días, el del rudo “adiós” que cada uno atajó a su manera según rasgos personalísimos que entonces se volvieron transparentes: simulada y nerviosa indiferencia un poco disfrazada de comprensión, de un estar más allá de todo sentimentalismo, engañosa entereza del que no quiere ser obstáculo, o llanto al fin, ruidoso desgarramiento. Fede avanzó hacia la reja sin mirar hacia atrás como está escrito debe procederse en estos casos. La vida de los otros simuló sin convencimiento, harto desprolijamente, seguir su curso, consagrado por la santa costumbre.

Pero la costumbre tiene su pequeña dignidad, quien no se solaza en la repetición al menos de una segunda vez. El mismo Kierkegaard que quería ensayar en idioma extranjero, cuántos kilómetros hubo de viajar hasta Berlín para repetir una vivencia y cuánto esfuerzo literario para escrutar los misterios de la repetición y consagrarle un entero libro. De Nietzsche, recordemos tan sólo la parábola circular, su vida hecha obra y

su obra espejo de vida; después de lanzar sus loas a Voltaire y sumergirse en el racionalismo más obcecado, en el rudo positivismo, regresa a los brazos de su buen Dionisos, se embriaga de cielos y divinidades, acaso se trata de dialéctica hegeliana, ponerse primero para negarse después y vuelta a ponerse, por último pero en forma superada, la ansiada síntesis por elevación. No Tomi no es necesario volverse loco para embriagarse de dioses.

Fede regresó al año, luego al otro año, en cada visita Ari fue comprobando, –tal como Mike desde su fanatismo científicista había presagiado “no cambiará, no sabe que la personalidad es una combinatoria química”–, que poco había mudado en él, sólo los rasgos algo acentuados, hermetismo, parquedad, esa distancia entre los cuerpos que decía no preguntar, no tocar y que señalaba la hora de la separación y el extrañamiento. “No son nuestros hijos, son hijos de la vida”, solía repetir Emilio para apaciguar vaya a saber que sentimiento secreto. La vida hizo sonar su campana y un ciclo se cerró tras ecos apenas perceptibles.

Queda la pregunta entorno al juego del telescopio, qué pudo espiar en su imaginación mientras Juan miraba por el ojo del telescopio, qué vio cuando le tocó su turno. Vio a cada uno de los allí presentes con sus mismos rasgos un tanto más acentuados, tal como los habría de encontrar a su regreso del extranjero. Vio su propia imagen que en esos tiempos alternaba sin pudor con otra más actualizada, comprobando entonces, que en soledad, sin espejos que actualicen el rostro y el cuerpo gastados por los años, sin hijos a los costados que jueguen de parámetros de comparación o movilicen la conciencia en el juego de los roles, su imagen de sí carecía de edad o bien tenía la edad indeterminada del recuerdo. Y así debía ocurrirle a los otros, pensó en Manuel, tantas veces actuando como hijo, disputando como hermano con la hija. Recordó a su madre, ya señora mayor en actitudes de niña. ¿Y en el caso de Ernesto quien después de tantos años, a pesar de su frondosa barba cana seguía siendo aquél mismo adolescente de mirada melancólica y mendicante? Acaso fuera eso lo que la atraía.

Ese aire de angusta desolación y de eterno interrogante que postergaba cualquier forma de resolución y dejaba siempre la llama encendida. Ari se preguntaba si él también habría fijado su imagen en aquel momento remoto del tiempo y fuera entonces posible, a pesar de las historias que como aluvión le arrojó en los escasos cinco momentos del reencuentro. Jugar fuera del tiempo.

También Piglia se pregunta si llegará al 2000, más o menos en los mismos años; una prueba más de que es mi doble.



PRIMEROS TIEMPOS

LA VALIJITA DE MIMBRE

*A*riadna se disponía a hacer trampa; no era que buscó el modo de hacer trampa y finalmente lo hubiera encontrado, era que la posibilidad se le había regalado con toda la inocencia de lo inesperado. Hacía tiempo, años, que pensaba algún día releer esos viejos escritos guardados en la valijita de mimbre que de tan viejos no sabía de cuando databan, tarea siempre postergada en razón de otras urgencias; excusa floja en verdad, que apenas disimulaba el temor a encontrarse con el pasado, no por lo traumático del pasado, sino por el tiempo que en ese mirar se iba dos veces. Pero hay días que uno tiene ganas de ese goce un tanto masoquista, un tanto narcisista, de espiarse en otra dimensión de ese yo perdido en las esquinas de la vida. Domingo de enero, ahora la compu me dice que es del 2003, me dice también que es un 20, me recuerda a la vez que son tres años desde cuando comenzaron estas memorias. Lluve..., domingo de enero, lleno del ocio necesario para los juegos de la memoria, Ari al fin se anima, no es preciso fingir como recurso retórico que un cofre desconocido cayó en sus manos que le reveló sus propios recuerdos; todo estaba dispuesto y a la espera. Los escritos eran muchos más y más viejos que lo que tenía en mente, al menos aquellos por los que comenzó aquella mañana. Experiencia extraña porque no recordaba haber escrito esas cosas, la sintió como una indiscreción, estar espiando a esa otra, la que había sido y escrito y que ahora le devolvía su imagen como si se tratara de una doble que casi no reconocía ni como autora ni como protagonista. Por momentos, en cambio, era el ciclo de la eterna repetición, y se afirmaba la antinomia de ser a la vez otra y la misma, con la “misma química” al decir de Mike y los mismos fantasmas, que era mi modo de ver esas marcas indelebles, que nos acom-

pañan en nuestros laberintos. Por qué, entonces, no tomar esos retazos para reactivar las memorias empantanadas, collage, trabajo de *bricoleur*, empalmar y corregir, darle un toque de este aquí y ahora, cruzar la mirada de dos tiempos, suturar esos fragmentos de mí. Prometo, sin mucho intervencionismo, que no se diga que hace trampa.

EL DÍA EN QUE YO NACÍ

Primer retroceso

El día en que yo nací

Re-í-an todas las flores.

Probable, porque es septiembre cerca de la primavera y algunas plantas aunque no todas florecen antes del 21. Pongamos que reían las flores y cantaban las lunas, era eso de las tres y tantos de la mañana, yo nadaba en un mar oscuro, de pronto, comencé a sentir como que alguien golpeaba el barco, sacudones y voces también, unos quejidos, como que a alguien le dolía. Las voces eran familiares porque ya las venía escuchando desde hacía meses cada vez más nítidas. Estaba cómoda, en verdad, no tenía ganas de mudanzas, qué sería eso que me estaba golpeando, como que me quisieran echar, terminar con mi paz. No sabía que hacer, si resistir o nomás dejarme ir. Lo que sí, que escuchaba los quejidos y me daba pena, porque ya me eran voces queridas, mi entorno más cercano. Les juro que era como tempestad, de pronto entré en una especie de remolino y como que me iba por un agujero negro. No les cuento lo que siguió, una luz que me encandiló en el momento mismo en que aspiré algo que luego supe que se llamaba “aire” indispensable para el vivir, aunque yo antes vivía sin necesidad de ese aire, como los peces. Todo eso me hizo llorar, era demasiado para apenas unos minutos y encima alguien cortó algo que me colgaba del ombligo como que me separaba de ese algo por el que me alimentaba, sentí que era mi fin, que ya

no tenía esperanza, pero por suerte ahí mismo me pegaron a una teta y pude seguir, bueno, no seguir sino empezar con algo totalmente nuevo: a mamar..., y no me fue tan mal.

Nací a las 4 de la mañana en Holmberg 1846, la casa de la primerísima infancia, la que no conocí –con eso quiero decir que no guardo recuerdos, mis primeros recuerdos datan de los cuatro años cuando vivíamos en la casa grande– pero que la veo, la veo, por eso de que cuando no hay imágenes uno las imagina. Lo mismo que los números, que cuando no los sabes, los inventas; yo inventé ese número, 1846, mucho tiempo estuve preguntándome, de dónde lo había sacado: si sería un recuerdo inconsciente, si existían los recuerdos inconscientes. Hace apenas una semana, mirando mi partida de nacimiento, lo vi, 1828, Holmberg 1828, le erré por dos cifras, ¿pero cómo sabía lo del 18?, entonces ¿existen los recuerdos inconscientes? Supe que la casa empezaba con un patio donde había una mesa. Sobre esa mesa estaba yo sentada cuando, quizás porque alguien dejó la puerta de calle abierta, un desconocido –linyera, hombre de la bolsa, lo que sea– se acercó mucho a mí. Zulma lo vio y lo espantó y todos se asustaron por lo que podría haber pasado. Por suerte nada pasó, porque el pobre no era más que un curioso. Ese fue el relato que tantas veces escuché que se me hizo familiar y así se fue armando la imagen del patio, de la mesa, el recuerdo que no fue.

El día en que nací, a la casa llegaron algunos vecinos que querían ver, tocar, alzar a la bebé. Por suerte mamá no lo permitió pero no faltaron los comentarios. Se cuenta que alguien dijo qué lástima que la nena no sea tan linda como el nene y alguno que otro le dio la razón.

LA CASA GRANDE

La casa de la infancia era la casa grande. No por ser mansión sino por lo de larga y estrecha. La llamaban chorizo,

igual a todas las chorizos. Incluida ahora la actualísima de Susana, en Parque Patricios: igual por fuera con su balcón, igual por dentro con sus siete habitaciones en hilera, su vestíbulo con vitraux, sus dos patios separados por un estrechamiento. Susana había modificado detalles de distribución para adaptarla a usos más modernos. Sin embargo era posible avivar los recuerdos, disponer los habitantes en sus habitaciones con sus hábitos y costumbres, con sus juegos lindando con manías. La reciente visita a la casa de Su había funcionado como otra llave de memoria, Ari vio en ausencia el gran sillón del escritorio donde Mike escondía el Patoruzito o el Billiken para leerlo primero. Tirado, a la hora de la siesta en el mismo mullido lugar del escondite. Recuerdo el olor de esos almohadones, que por reiterativo, ya no era escondite sino lugar donde todas las manos iban en procura de la primicia disputándosela a manotazos y codazos. El tema no era leerla ya, sino leerla primero, a lo cual se agregaba como goce, la postergación del deseo hurtándola a los ojos del otro. La cocina y las baldosas del patio funcionaron como otros tantos disparadores, que no le evocaron el sabor de la madalena en la cucharita del té, sino una merienda un tanto más plebeya: café con leche con pan y manteca, consumidos en el patio entre juegos compartidos que poco a poco se iban transformando –cuando solitarios– en casi manías, gobernados por oscuros códigos de prohibiciones. Estas baldosas sí, aquellas no. Era necesario ir sorteando obstáculos cada vez más complicados con que la mente de los niños iba preanunciando las dificultades de la futura vida. El juego como un camino hacia la civilidad; hay que aprender a reglamentarse, a prohibirse, a perder también. Primera forma de ensayo en el combate de la vida. Y entonces la palabra “juego”; primero asociada a la magia y al placer se tiñe con el sabor de la regla y se hace conflicto como todo lo que se cubre con la pátina oscura de la ley. Si alguien le demandara una definición de juego, ahora que evocaba aquellos juegos de infancia que ellos mismos inventaban, no sólo los del patio sino aquellos que se desplegaban en la inmensa terraza que cubría todo lo largo de la casa, división de territorios, levantamiento

de barricadas –todo pedazo de madera en desuso, todo ladrillo abandonado servía a los fines de la delimitación– y luego los punitivos por la usurpación de territorios. Visto así, habría de acordar con los científicos sociales que asocian al juego con la regla en un temprano ensayo para la civilidad, el juego educador, formador de temperamentos. Pero Ari se resistía, tiene que haber otra manera de entenderlo. Acaso impulso de juego como camino de creación. Acto que se despliega en el ámbito de la libertad, lugar de encuentro inestable entre el impulso material que nos liga con el mundo y nos permite ser otros e impulso formal que nos devuelve a nosotros mismos, lugar de intransigencia y utopías. Su memoria trae ecos románticos: aquella de Schiller: “El hombre sólo es hombre cuando juega”, juguemos pues en el bosque mientras el lobo no está, juguemos mientras todavía no se ha desgajado la infancia, mientras alguna hilacha quede apenas pegada a la corola del sueño. Pero, ¿será posible declarar la inocencia del juego?

CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

RECUERDOS AJENOS

La casa grande evoca la figura del padre que se quedó fijada prematuramente por la temprana muerte. La rodea un halo de misterio de cosas no dichas, de secretos de familia. Evoca a la tía Gunga que en su condición de soltera –y única profesional de las hermanas mujeres– tejía redes de complicidad con la siguiente generación: la de los hijos. Ella atesoraba testimonios no divulgados que en sobremesas trasnochadas entre copas y confesiones iba revelando en forma dosificada para el corrillo de primos ansiosos de descubrir en la historia de la familia algún relato alucinante. A mí esas verdades ocultas, siempre fragmentarias e inseguras me llegaban a través del primo Rafa. Voz intermediaria entre nuestras distancias con quien tantas veces nos prometimos el banquete: viajar a Guadalupe, a la quinta de la tía Gunga, provocar el vino veritas, la tía no se resistiría a la tentación. Pero el proyecto nun-

ca se consumó, ¿por desidia, por temor? Probablemente por ambas cosas a la vez. Papá debía guardar secretos juveniles tras esa fachada silenciosa, mezcla de timidez e ironía, con que gustaba disimular una vasta y avergonzada sabiduría. Hubo conversaciones a media voz, la imagen borrosa de una muerte en las esquinas, la leyenda de un exilio en el altillo del hogar materno encerrado en el lustre de un viejo sobretodo; allí se elevaron los vapores de la filosofía y se esbozaron los trazos de los primeros poemas. ¿Cuál era el sentido del seudónimo “Semáforo” en aquellos tiempos en que no se conocían los semáforos?, ¿cómo armar las piezas de ese rompecabezas, la trama de esa tela de la que fue hecho, de la que soy hecha?, ¿cómo hurgar el pasado y trazar el mapa de una vida? ¿Será posible dibujarlo tan completo y acabado que termine sustituyendo a la realidad, imponiéndose sobre ésta con una mayor consistencia como aquel mapa del imperio del que nos habla Borges que pudo sobrevivir a su modelo más allá de la decadencia y hasta la eternidad? Hay marcas personales que deben remitir a sucesos que se ha querido sofocar, ese temor al propio desborde, ese temperamento dominado por una serenidad extrema, ¿qué volcán estaría reprimiendo? Ariadna tiene el recuerdo de miradas furtivas, palabras apenas murmuradas por la madre que en momentos de probables colisiones funcionaban como motivos de disuasión. Y en sí misma, ya no como recuerdo, sino como marca en el orillo, heredada, por siempre presente, actual o potencial, esa necesidad de esquivar la colisión, esa turbación lindante con el pavor frente al desborde, los gritos, los reproches insospechados e inasibles. Los de Lara, por ejemplo, que le provocaban parálisis muscular y vaciamiento de la mente. Lara tenía razón. No había de qué tanto asustarse. Traía, por ejemplo, a la pareja de ese mismo tren que nos llevaba a Budapest que se pasaron hora y media discutiendo y finalmente uno de ellos desapareció. Vaya a saber en qué vagón, mientras la otra, luego de rumiar unos minutos la bronca contenida, se comió un sandwich y se quedó dormida. “Todas las parejas se pelean, a los gritos, a las manos”. Ari se acordó de las peleas por el territorio allá en la terraza, allá en la infancia,

o en la cama que por aquella época tenían que compartir cuando la prima Tere –a su vez en altercados con la madre– venía a pasar una temporada en casa. Nosotras no éramos una pareja, pero cumplíamos un rol análogo –que no era idéntico– en ese viaje. Que pasados los años, Ari, entendía que había sido programado por Lara sólo para demostrar en forma irrevocable la imposibilidad de la relación. Sin embargo, había que reconocer que los altercados entre parejas no están hechos de la misma materia que los altercados entre hermanos. Estos son siempre altercados por territorios. Una infinita reproducción del conflicto de la primera edad. Ari evocaba aquella imagen de los perritos de Sara disputándose el espacio como si hubieran llegado al mundo con una sola preocupación, ¿cuántas mamas disponibles? Muchas veces hastiada de los argumentos circulares y de los reproches insólitos, Ari solía terminar los desbordes lanzando –pronunciada en tono algo irónico– su remanida frase que enervaba a Lara en su grado más alto: “Es cierto que el mundo es pequeño pero por ahora hubo y es de esperar que siga habiendo espacio para las dos”.

Ari revuelve en su mente los dos componentes de este caos todavía no organizado: las marcas personales del padre que ella sabe haber heredado, sea a través de los genes, sea a través de la instintiva e inconsciente imitación y las furtivas, vacilantes, confesiones de la tía Gunga en charlas ebrias y trasnochadas que a ella le llegaban –aún más adelgazadas– a través del primo Rafa. Revuelve también ideas y papeles que le sirven de muletas en este andar por la memoria y por el olvido, para acercar lo invisible, para inventarse una manera del mirar. “El estilo, una manera de organizar el caos desde un nuevo e íntimo orden o desorden” –dijo Marguerite– la lógica de la ficción debe desplazar el desorden de lo real. El problema primordial: cómo empezar y como ir engarzando las perlas de este transcurrir que se ordena no sólo cronológicamente.

La imaginación responde; los colores poco a poco van apareciendo en las bandejas del revelado. En esa noche invernal con historia de sangre y de cuchillos, allá por los años veinte,

el padre adolescente regresa a la casa, lívido y se desliza hacia su cuarto sin ruidos y sin palabras por temor a que el espanto gravado en el rostro lo delate. Al mediodía del siguiente día ocupará su sitio en la larga mesa presidida por Doña Joaquina, que ya hace tiempo está acostumbrada y resignada dignamente a la ausencia injustificada del jefe. Sólo su autoridad garantizaba la puntual presencia de los nueve hijos que ella conducía y formaba con una firmeza más hecha de gestos que de palabras. Ni en esta oportunidad ni en ninguna otra el adolescente hizo mención de lo sucedido en la víspera; así actuó conforme a una convicción que lo acompañó toda la vida de que aquello que no se habla termina a la larga borrándose de la realidad. Este rasgo de su carácter estaba gravado en aquel sueño remotísimo que Ariadna no olvidaba porque ya lo había contado una vez en la mesa delante de toda la familia, en forma fragmentaria, claro, como todos los sueños, de los que uno recuerda un pedazo, y el resto lo va acomodando. Sólo recordaba su ojo en la mirilla, el disparo más como una sensación que como un ruido por lo que los sueños son sordos, la imagen del hermano en la mirilla desplomándose, su angustia. Y luego correr a los brazos del padre para contarle lo sucedido, y el padre que le responde sólo con esa actitud que le era familiar: “No digas nada a mamá”. Más allá de las casi transparentes fantasías edípicas contenidas en el sueño que por entonces, con sus apenas nueve años, no comprendía, el sueño le resultó curioso y así lo recordó siempre por ser la copia más fiel de la percepción que tenía de aquel rasgo en el carácter del padre, el cual tenía también la convicción de haber heredado.

Desde aquel día el adolescente dejó de frecuentar el círculo de amigos que en palabras de Joaquina “lo habían maleado”; en cambio subió al altillo de la casa donde con una docena de libros de filosofía de incierta procedencia, se instaló durante todo el invierno protegido del frío y la humedad de ese cuarto inhóspito con un viejo sobretodo abandonado por su dueño y que poco a poco, dicen, comenzó a formar parte de su piel.

DE TÍAS Y VELAS

El día que recordé que yo también tenía una tía que de tanto en tanto decía: ¡Alabado sea Dios! Como lo decía la tía de Marcel. La misma cuyo cuarto tenebroso temblaba al compás de los cirios encendidos junto a variados y desconocidos santos, ennegrecidos por el humo de las velas como el de la tía Prascovik en la Cracovia natal de Marguerite y que, por tanto, yo también poseía una biografía en potencia. Ese día descubrí toda la magia que emana de la invención de un estilo del ver.

Ari revuelve en la mente y en papeles y subraya: “Desarrolla vuestra legítima rareza”, dice el poeta surrealista René Char y el raro de Rousseau: “No soy ninguno de cuántos vi y aún me atrevo a creer que como ninguno de los que existen. Si no valgo más soy al menos distinto de todos”. Y con ese sentimiento debió haber escrito sus Confesiones. Basta con sentirse distinto, entonces, para que la palabra que nos dice fluya con cierta desenvoltura.

Y quién era esa tía cuyos hijos le colgaban los apodos, la beata, la chupacirios. Ari de niña se asustaba con esas historias de martirio, de sacrificio, el fuego eterno, y de las tías que se habían hecho monjas de claustro para no irse al infierno con los hijos a cuestras. Esas oraciones fúnebres, que para suerte, la tía recitaba en italiano o en un latín vulgar del que apenas comprendía la mitad, aunque sonara de todos modos –en la confusión del ajeno idioma– a amenaza de castigo por una culpa recóndita e inexpiable. La beata se pasaba la vida entre la cuadra y media que mediaba de su casa a la iglesia de San Roque, el santo de la llaga abierta, entre curas y monaguillos, estampitas y rosarios. No había manera de escabullir el bullo cuando a los más pequeños, por indefensos, nos hincaba frente a los santos ennegrecidos por el humo de las titilantes velas a rezar el rosario por las almas de los otros. Los hijos que ya mayores no se dejaban embaucar y estaban en permanente pecado. Algunas de esas plegarias en latín ellos las cantaban y

bailaban al ritmo de la tarantela y la tía, al fin, sabía tomárselo con humor, al menos cuando estábamos nosotros.

Pero narración no es crónica televisiva que difunde incidentes de vidas privadas salidas por momentos del anonimato para recaer al rato en el olvido. No se trata de noticia que se disuelve como la espuma, sino de relato biográfico que cristaliza para siempre un acontecimiento que “hace historia”. De modo que no es el actor, sino el narrador, en tanto portador de acción y facultad de producir relato y hacerse público, quien evita que la novedad se diluya en el tiempo y rescata ese nacimiento o ese inicio de la anónima fosa del olvido.

LEYENDO A PUIG

El recuerdo más antiguo, el de los cuatro, es aquel en el que se me caía el pelo un montón cuando me pasaba el peine porque había metido la tijera entre los rulos hechos con trapitos y papelitos. Tanto tiempo se me quedó la imagen del espejo, del pelo que se cae misteriosamente. Mamá no me pegó porque era muy chica para eso. Pero, sí me pegó tanto con el cepillo por meter los dedos en el enchufe. Aunque ya era más grande. El pegar venía con meternos en la cama hasta el día siguiente. Eso era lo peor, sentía que me moría por un rato, qué cosas me perdería. No es siempre a los cuatro, Manu lo tuvo a los tres, el recuerdo más antiguo. Para él fue cuando se inundó el jardín. Tiene que ver con algo que te impresiona mucho. Después están los falsos recuerdos, los imaginados, que de tanto escucharlos, pensás que te los acordás, pero no, te lo contaron. Como cuando le pegaba patadas al abuelo porque me discutía; y vos lo estás viendo y pensás que te acordás, pero no, es de tanto que te lo contaron, que se te quedó y se formó la imagen. Lo que sí me parece que fue por un vaso que yo le alcanzaba y que él me decía que era un florero. Eso sí me acuerdo, lo del florero. Claro, estaba mal de la cabeza pero yo no sabía porque era muy chica. Ahora sí sé. Se me ocurre de un

libro que junte todos los primeros recuerdos de mucha gente, y ponerle los años que tenían y la historia. Muchos tienen historias lindas, como la de Jaimito que tenía un hermano que no le pegaba ni nada. Que era bueno como un amigo, o era un amigo que era como un hermano pero bueno. Y era el recuerdo de cuando tenía tres y después se lo volvió a encontrar que era el hermano de su novia de los nueve, pero no sé, a lo mejor no es verdad porque Jaimito es mentiroso y no le creo nada. La tía siempre venía enojada porque sus hijos se portaban mal, que ellos eran grandes ya, que no le hacían caso. A la Tere, que ya era señorita, le gustaba pegarnos o encerrarnos en el sótano que estaba todo oscuro y con culebras y sapos. La tía venía así enojada y para que Dios no la condenara al infierno con los hijos a cuestras nos hacía la penitencia a nosotros que éramos chiquitos y obedientes, almas puras, por eso nuestras plegarias más valiosas. Nos ponía de rodillas a rezar el rosario que era muy largo y a mí me dolía como si estuviera hincada sobre piedrecitas pero no decía nada, por el infierno, para que no fueran ellos, aunque la Tere era mala. En su casa la tía tenía muchas estampitas y velas de todos los tamaños que encendidas y a oscuras temblaban como el aire en la película de Frankenstein y ahí nos aguantábamos más por el susto, que parecía el infierno. Aguantá, aguantá –me decía Mike– que después se la damos a la Tere que es mala y nos encierra en el sótano y la enoja a la tía que nos hace rezar de rodillas para no irse al infierno con la Tere a cuestras. Pero nosotros no se la dábamos nada porque ella era grande y nosotros no le llegábamos a la cintura.

CARA DE TONTA

*A*riadna era consciente de su cara de tonta, sabía que a los ojos de los otros su cara tenía una leyenda agregada que decía “tonta”, o al menos había un aire, nunca se sabe sobre qué base se arma una fama. Y algo de razón tenían,

viendo fotos de la infancia, ella misma consentía, era un “no se qué”, que sin embargo no le causaba ninguna desazón, lo aceptaba como un hecho, una constatación indebatible que no le inspiraba deseo de enmienda y hasta podría decir, estaba contenta con su cara de tonta, era tan suya..., era lo más suyo de todas las cosas suyas. Pero ahora que lo había encontrado escrito en los papeles secretos de Ernesto, y operaba como un pasadizo hacia el “Conócete a ti mismo”, se preguntaba, cuándo la primera vez, cuándo le fue dado percibir en la mirada del otro ese algo que, así nomás, sin palabras, le colocaba la leyenda. Entonces se acordó de la primaria cuando la señorita Irma, de quien estaba tan enamorada, –pero claro, la *seño* no sabía nada, qué iba a saber, después de haber estado enfrascada toda la hora en cálculos varios, levantó la vista y con un aire de decir: “esto no es posible”, pero resignada al fin, en nombre de la sagrada objetividad numérica, de la palabra lisa y llana de los promedios, dijo: “hoy le toca ir a la bandera a Santoro”. Por entonces, los *profes* nos llamaban por el apellido. Ari sintió menos alegría por la distinción que le tocaba, que desazón por el aire preocupado e incrédulo de la señorita Irma, a quien paradójicamente ella habría querido dedicar ese triunfo. Pero no quedó aplastada por el incidente. Eso tenía Ari, que no se dejaba amedrentar, a cada escollo del camino apuntaba más allá, ojos siempre más lejos de los obstáculos por eso algunos le ponían el mote de “negadora”. Aquella vez, pensó, la dignidad, los méritos se harán visibles en los actos visibles, los actos simbólicos que para eso se inventaron los símbolos, para hacer visible lo íntimo, lo recóndito. Ari será finalmente inteligente porque así será demostrado en ese acto simbólico de arriar la bandera. Empezaba la ceremonia “Alta en el cielo ...” la sencilla y cotidiana ceremonia, cuántas veces la había presenciado distraída desde abajo, susurrando vaya a saber qué a la de adelante, tratando de escuchar la conversación de la de atrás, o codeando a la de al lado para compartir un ojo burlón. Ahora la miraba desde arriba, cientos de manchas blancas, hileras blancas, delantales blancos, la celeste y blanca tanto blanco que enneguecía. Ari quiso desatar, parecía tan

fácil desde abajo, tirar de una piola y izas!, todo se desharía en las manos, pero era tan engorroso desde arriba. Seguro había equivocado la piola porque nada se deshizo. El nudo había engrosado, se había apretado, “[...]del color del mar”. Por suerte, faltaba otra estrofa: “Es la bandera, de la patria mía”, había que serenarse, comenzar de nuevo, decirse por lo bajo, todo es posible. Pero abajo el blanco refulgía y arriba las manos se afanaban inútilmente con los nudos que se apretaban sin piedad, la segunda estrofa llegaba a su fin. Ari estaba a punto de desesperar, pero apenas un minuto de silencio... y desde abajo una voz... la señorita Irma recomenzando, seguida de todos los blancos; “Alta en el cielo...”. Cualquiera habría pensado que lo hizo para ayudar, para sacar del aprieto que en verdad era grande el aprieto en sentido metafórico y literal. Pero Ari no se engañaba, el canto de Irma no era ni en tono menor ni en tono mayor, era en tono y gesto de estar diciendo, “yo sabía que iba a suceder, que Santoro no iba a poder, mi intuición no me traiciona”. Finalmente, una de las escoltas, una de esas niñas con mirada vivaz e inteligente que sí, sabían despertar la admiración de la señorita Irma, se acercó hizo un toque mágico y el nudo se le deshizo en las manos tal como Ari había imaginado que debía suceder. Pero ella ya estaba derrotada, la verdad había hecho eclosión como una flor avergonzada: la cara de tonta no era una mera apariencia que escondía un brillo interior, la cara de tonta era la cara visible de una idiotez esencial.

¿Y la segunda vez? La segunda vez más breve, más punzante, refulgía sin embargo en su memoria con menor intensidad. Fue en la secundaria, probablemente en quinto año. Las protagonistas: De la Puente y Chapsky. Entre nosotras también nos conocíamos sólo por el apellido y el de Chapsky en particular siempre le había sonado, y todavía, como una cachetada, en parte porque ella misma en vez de pronunciarlo lo escupía, en parte porque así, en dúo –porque siempre las muchachas actuaban de a par, como todos los pares de la literatura universal, Don Quijote y Sancho Panza, Don Juan y Leporello, Gargantúa y Pantagrúel, sobretodo Gargantúa y Pantagrúel que así las evocaré por siempre– exponían en la pose un gesto

de desafío, como si siempre estuvieran diciendo: “A ver si te atrevés”, aunque no se supiera bien en que consistía la amenaza.

Ocurrió una vez que tenía que dar una clase especial sobre arte grecorromano y había llevado un tomo bellamente encuadernado de “aquella” *Historia del Arte* que hacía años se exponía orgullosa en la biblioteca del padre. Ella la miraba con gula contenida a la espera de ese día que se le diera la ocasión de tocarla, consultarla, lucirla. Ya en la formación antes de entrar al aula se le acercaron, revolearon la mirada desde sus pies hasta el libro que abrazaba contra su pecho y ahí nomás Gargantúa o Pantagruel, que para el caso era lo mismo o quizás ambas a la vez, punzante y al unísono comentaron con ese gesto inútilmente amenazante: “y vos con esa cara tenés ese libro”. Como si hubiera que vestir una cara especial acorde con la bibliografía, podría haberse preguntado Ari. Pero no, porque en el fondo comprendió el sentido del comentario. Allí estaba nuevamente la mirada delatora del otro y Ari respondió con su modo habitual que era el de no responder, como si todo le resbalara. La mirada dirigida al infinito, como si ella a su vez todo lo sobrevolará...el no darse cuenta, la distracción interesada, una estrategia como cualquiera que la acompañaba y sacaba del paso en los peores momentos.

Ahora esta quinta, sexta..., dejémosla como tercera vez, que muchas se habrán perdido con justicia en el camino. Esta tercera vez en los escritos secretos de Ernesto, bueno no tan secretos porque él se la había dado –la novela– para que la leyera, donde hablaba de la tribu. Aquella de los bares de Corrientes –que antes eran los de Viamonte–, a la vuelta de Filo, ella incluida. La cara de idiota adquiría un sentido diferente, era la constatación de una sospecha envuelta en la nebulosa de un par de recuerdos que –por lo visto– pudieron desprenderse la telaraña. Otro disparador, otra *madalena* que implacable la colocaba a la puerta de alguna penumbrosa habitación de esa gran mansión cuya arquitectura comienza a hacerse algo barroca.

ALMA SOLITARIA

Este verano me había hecho una amiga, quizás fuera la más antigua, quizás solamente me lo creí porque en verdad nunca más la vi y así no es con las amigas que uno se ve siempre y se quedan en la vida por el tiempo de todas las edades. Pero esa era justamente el tipo de amiga que yo no tenía y nunca tendría. Esa vez solamente me hice la ilusión. Era en Chapadmalal, donde pasaba las vacaciones de infancia, en esos hoteles largos como lagartos tendidos a la vera del mar, se llamaba Irene, era perfecta, teníamos ocho años.

SOBRE COMIENZOS Y REGRESIONES

Aquella tarde casi al filo de la noche masculaba la pregunta de por dónde empezar. Pregunta ociosa porque ya había empezado, sólo que por cualquier parte: un viaje en micro por la autopista a la universidad de Lomas de Zamora y lo que en el durante podía pensar. Pero no era puro capricho ese comenzar, porque en ese viaje que la llevaba por el otro extremo de la ciudad, volvía a ver aquellas agujas tan familiares de la iglesia, estilo gótico, de la plaza Constitución. Las mismas que veía desde el balcón de su casa de adolescencia en esa manzana que se borró del mapa en aras de la modernidad para transformarse en un gajo apenas, de la avenida, la del obelisco, la más ancha del mundo, en medio de ese vendaval de las aperturas y las autopistas.

Al fin había comenzado donde debía comenzar, o quizás un poco más allá del inicio: la casa, el barrio, el de la adolescencia que fue también el de los 20. Y luego otro comenzar, entre estos fragmentos dispersos, ordenar el caos darle un lugar a la casa grande; la otra, la de la infancia, la chorizo. Hay que prestar atención porque no hay orden cronológico, todo se desarrolla según va apareciendo en un libre fluir de la memoria que

se activa al ritmo de las asociaciones. Por momentos da una vuelta atrás que acaso luego no quede atrás por lo del montaje, vaya uno a saber dónde irá a parar cada parte.

Ahora, hay que confesarlo, por buscar un “cómo hacer”, estuve leyendo los diarios de Piglia y ahí nomás, de copiona, se me ocurrió comenzar con las lecturas. Las primeras, las que te van dibujando. Piglia en otro lado, que no en sus diarios, dice algo interesante: que el que escribe ya no lee para ver que dice el otro sino para saber cómo lo escribe. Hace tiempo que no me engancha tanto con la historia como con el examen cuasi maniático de cómo está narrada. Ahora veo que su diario comienza con sus libros. Desde aquel libro que a los tres años, sentado en el umbral de su casa, leía al revés y luego tal vez soñó, que fue Borges, el hombre que pasaba por ahí y se lo puso al derecho. Hay quien pretende que alguien se defina por los cinco libros que más le impresionaron. A mí no me parece, porque la memoria no da para tanto, y además va variando con las edades. El primer libro que recuerdo es uno de tapas verdes que tenía un dragón en la tapa –del título nada– que anduvo rondando varios años por la casa, nunca lo leí. Empecé a leer a los 11 con los clásicos amarillos de la colección Robin Hood. El orden no lo recuerdo, pero fueron varios. Luego estaban otros que no eran de ese grupo *De los Apeninos a los Andes* o *Poquita cosa*. De este no puedo olvidarme era un libro pequeño encuadernado en tapas duras, sobrio, sin figuras, de color marrón, que me hizo llorar desconsoladamente. Me lo había dado mi madre que también lo había leído de niña, y seguramente también llorado. Pero el gusto de la lectura se me despertó, en verdad, esos mismos años con la saga de Mark Twain desde *Tom Sawyer*, hasta *Huckleberry Finn*. Escena inolvidable de Tom presenciando su propio funeral, fantasía propia de pasar por esa loca experiencia. Cuando terminé con los cuatro clásicos me enclaustré en la biblioteca Lincoln de la cual era habitué –por eso de que a la vuelta estudiaba inglés, la sagrada cuestión de los idiomas, necesarios, salvadores– a buscar continuaciones, libros de Twain que tuvieran como personaje a Tom; y claro que los había, ese mismo día me llevé

un tomo gordo a casa, gran decepción, no era el mismo Tom, eran adultos, claro el nombre era tan común. No lo leí, tuve varios días de duelo, sin interesarme en nada, ahí se terminó la literatura infantil. Nada podía superar a la saga de Tom y sus amigos, entonces comencé a leer todo lo que encontraba en la biblioteca de papá. El siguiente fue un volumen con las cuatro tragedias más conocidas de Shakespeare, leídas al hilo. Ahora pienso, de qué modo diferente se lee cuando se es adolescente, ahora no me leería cuatro tragedias seguidas, es que necesito aire, aflojar la densidad de un Shakespeare y lo que decía antes, ya no me copo tanto con la historia, no es eso lo que busco, hay varias voluntades interpuestas que timonean el barco. Más tarde irrumpieron en casa algunos primos mayores que leían a Hesse y a Huxley y comenzó esa etapa signada por el querer pertenecer, atravesar el límite. Todos leíamos lo mismo, después se comentaban. Yo solamente escuchaba furtivamente; entre primos, los menores siempre son marginados. A veces esas charlas me asustaban, –educados en un cristianismo ortodoxo– ellos hablaban del infierno y el castigo de un modo que se me hacía a la vez irreverente y amenazante, todo envuelto en un halo tenebroso. De lo que no me olvido es de que me enamoré locamente del marido de mi prima; yo tenía 14 años, y el sólo hecho de que en cierta ocasión me hubiera atendido como médico que era, significó para mí una especie de lazo indisoluble que me daba derecho a amarlo en silencio. Pero no tardaron en irse a Chamental, La Rioja y todo terminó abruptamente. Cuando regresó, a los dos años, mi prima estaba muy enferma y al poco tiempo murió. Fue mi primera experiencia con la muerte, la primera que me tocó hondamente. Ella estaba muy consciente y decía “no quiero morirme”. Tenía 23 años, de eso no me olvido. A él no lo vi más, sólo mucho después cuando su hija Perla, suya y de mi prima, presentó un libro; él ya era un viejo. El libro me revolvió todo porque Perla contaba su historia que encerraba también la de mi prima. Porque el padre de Perla se había casado otra vez y tenido otros hijos. Y pese a haber pasado de médico a psicoanalista, separó a la nena –no sólo de la familia de su madre

sino también del recuerdo de su madre— y como todo lo que se quiere tapar a la larga se destapa, ella, la nena hecha adulta quiso investigar. Y eso es lo que contaba el libro: el *via crucis* de sus búsquedas por las que se internaba y merodeaba, ahora muchacha, en cementerios y bóvedas de la familia. Por eso, quizás me pareció que el padre aparte de ser ya un viejo, engrosado y amargo, tenía en el acto de la presentación una cara de incómodo, como de no saber dónde poner esa misma cara.

LA DEL SALVADOR

Hasta entonces todo había sido el reino de lo igual. El hecho de que ingresara al Salvador, universidad privada en manos de curas, había postergado un cambio inevitable de haber entrado al antro de Viamonte. Si bien Ari estaba avanzada en la adolescencia, le faltaba lo esencial de esa etapa, la insensatez, la inconsciencia, la inestabilidad. Coto le dio todo eso a la vez.

El haber entrado a la privada fue un hecho casual y no casual, sólidamente motivado: el padre había sido echado de la UBA por razones políticas. No sólo lo echaron por uno de los golpes libertadores que llegaron para sanar —así se ensañaron y revancharon, atacando a la democracia en nombre de la democracia, persiguiendo y atando en nombre de la libertad— y que es la parte no casual; sino que también lo echaron por ambiciones personales de un profesor del otro bando que husmeaba su cátedra, componente casual de la circunstancia: persistía el rencor y acaso el temor también.

El padre creía, que las circunstancias eran fuerzas vivas y personales que podían dañar; la hija no podía ir a la nacional, no registró el lado casual no registró que cometida la apropiación para el tal profesor comenzaba otra etapa marcada por una ruda y torpe inconsciencia de los desmanes y heridas dejadas en la piel del otro. ¿Acaso no había tratado de saludarlo amablemente y presentarlo a personalidades del extranjero en

aquel muy próximo Congreso de Filosofía? Y él, por supuesto, le había desairado la mano del otro que quedó tendida y en total ridículo frente a las dichas personalidades. Se entiende porque casual y no casual, suceso dual, de doble faz. Once años después otro golpe de Estado que no calificó de revolución pero acuñó para esa noche el título de “Los bastones largos”, lanzó sus garras contra el hijo, que junto con sus colegas profesores de las ciencias duras debió emigrar en lo que luego se dio en llamar la primera fuga de cerebros. Entonces no hubo casualidad porque emigraron todos.

La vida, entonces, como una concatenación de hechos fortuitos, pero no tan fortuitos porque tuvo sus agentes calculadores, promotores y provocadores. Revolución fusiladora que derroca a Perón y por inercia muchas otras piezas del tablero, entre ellas cae el padre. Años de bronca guardada y ese temor o capricho, latente y activo: La hija no irá a esa universidad.

La vida reclamando una pizca de autodeterminación. No sé cuándo, pero creo que desde el comienzo la rechazaba. Era como permanecer en el colegio, la universidad misma estaba plantada en el predio del colegio, mismo régimen de tantas horas al día, en el mismo horario, la misma aula por la que desfilaban los profes, todo muy organizado, muy escolar. Yo anhelaba la libertad de elegir mis materias, mis profesores, los horarios. Necesitaba un poco de ese caos que apagara el recuerdo de la rigidez, llamada orden, de la escuela secundaria, del Lenguas Vivas. La imagen de la Jefa de preceptoras, la sin nombre, “la corsetuda”, que se paseaba entre las filas con los brazos que no alcanzaba a cruzar sobre su pecho prominente. La palabra universidad estaba, en mi repertorio, asociada a esa libertad con brotes frescos de des-orden. Soñaba, despierta y dormida, que al fin la USAL se incendiara y no pudiera funcionar más. No concebía todavía que fuera yo la que abandonara, necesitaba de fuerzas exteriores, algún desastre natural, algún designio extrapersonal. No ocurrió nada de eso. Pero pronto, casi desde el comienzo, tuve un ojo atento hacia el otro lado.

La vida sazónada con esa pizca del yo quiero, yo puedo. Pronto el ojo puesto en el otro lado se convirtió en un estar del otro lado. Poco a poco la vida comenzó a ser una doble vida. Por la mañana, rondando los bares de la zona de Filo, codeándome con los desesperados de la cultura, artistas, revolucionarios, o candidatos a serlo.

El Coto, el Florida, el Bárbaro, tal vez por la noche el Farolito. A las seis en punto de la tarde, Callao y Corrientes, la zona de la USAL, el sitio que mis ocultos deseos había ya condenado a la hoguera.

Pero la cosa era que del lado de la USAL también tenía mis buenas amigas; una de ellas me invitó a su pago, Saladillo, y entonces la doble vida rondó el escándalo. Era tal el contraste entre el caos bohemio de la zona de Filo y la vida provinciana de prejuicios y hábitos de pago chico de la familia de Marta Lemos que me sentía partida, no sé si partida o culpable, tampoco culpable, acaso rara, eso, rara. Nunca voy a olvidar esa tarde sentada en el auto con Marta, su hermana y ambos padres, en la plaza del pueblo mirando pasar la gente y escuchando chismes de pago chico: la Estela que ya se peleó con su Marcos, mirála ahí, con el hijo de la Emilia y bla, bla. Y yo, con esa paciencia hecha de pura timidez, no dije nada, ni a Marta que era mi amiga, acaso fuera diplomacia para no herir o porque siempre fui pura observadora y sólo para mis adentros. No sé dónde me sentía peor, porque ahí en Saladillo, yo era la piola que conocía lo otro y concedía a la pobre familia provinciana con sus límites. Su horizonte era reducido, en un sentido, porque en el otro era gente de tierras tener y no tenían tan reducido el horizonte. Y peor me sentía allá, en el antro de Viamonte, donde por la tarde a la hora de clase en la USAL me escabullía subrepticamente sin saludar a nadie, como ladrón en la noche y con toda esa sensación de qué cosa me iba a perder.

EL COTO Y SUCURSALES

A la vuelta de la Cultural, donde estudiábamos inglés, –saber inglés era lo máximo y abría todas las puertas del mundo– estaba la Biblioteca Lincoln que era un lugar de refugio casi mágico donde el tiempo se iba en buscar no sé qué, o bien, darse a lo que se encontraba. Salvo aquella vez de la infancia en que sólo buscaba a Tom Sawyer. No llevaba un plan, un libro, una lista, iba a mirar nomás hasta el momento en que se abría la perla: el libro que ese día me estaba destinado. Franquear la puerta y llevarlo bajo el brazo, los primeros pasos en la calle, era como caminar sobre algodón. Bien empapada de una sorda alegría. Pero todo el recorrido y deambular iba acompañado de otra búsqueda del tesoro, esta no declarada, no reconocida, de ese alguien que tuviera algo especial. La cosa era aguzar los sentidos, no sólo ver sino oler, adivinar y percibir el sentido de los movimientos: Ese tiene para rato, aquel otro ya está por irse estaba escrito en cada gesto. Ahora al negro lo tenía cerca, en la otra punta, misma mesa, me moría por saber qué leía pero era imposible. Sus ojos me barrieron un par de veces, lo mismo yo. Y seguimos en lo nuestro, yo con el teatro de O'Neill; él, vaya a saber qué, mi mirada detenida en su dorso delineado, sus hombros exactos. El juego de las miradas solía terminar indoloro como la nube que se desdibuja y así habría de ocurrir también esta vez. Al fin, con la perla en las manos me acerco a la bibliotecaria que coloca la tarjeta de préstamos en el sobre de la solapa, antes echo la última mirada, él también, nos cruzamos, baja la vista, salgo, pienso: tendría que haber no que va, no pasa nada. Apenas llego a la esquina que se me acerca a darme charla.

El hecho de que fuera precisamente el negro, el único negro de Buenos Aires el que me haya hecho conocer el Coto, ese lugar de la movida porteña, vecina a la facultad de filosofía, un año antes de mi entrada a esa universidad, parecía ser una

jugada del destino empeñado en avvicinar piezas sueltas para solaz de aquellos que gustan descubrir sincronizaciones.

Llovía, y en busca de refugio, el negro me propuso entrar al café del cual era asiduo. El negro era el único negro de esta ciudad donde por entonces no los había –ahora sí, los nuevos senegaleses, inmigrantes del siglo XXI, altos, espigados, azules de tan negros– y el no haberlos se cubría de mil versiones de los motivos, la guerra del Paraguay y tantas otras malas andanzas de nuestros prohombres o una mezcla de todas ellas. Otros dicen que eran pocos debido a que aquí no hubo plantaciones y así se entrelazan los motivos, enriquecidos y salpimentados. El negro, claro, era peruano como el Guerrero Marthineitz, asociación pues, esa voz ya familiar, que me hablaba, me seducía, también en sus silencios demorados. Allá en Perú, sí los hay en cantidad lo mismo que los culis chinos que llevaron cuando ya los saqueadores habían diezmando a los nativos en las minas.

Llegados al Coto, eligió la mesa justo debajo de esos recortes que le confirmaban la fama. Es un sitio extraño, ya ves, hace poco salieron estas notas –dijo señalando con la vista– lo llaman el bar de la nueva ola. Después lo comentó con el mozo, lacónico, que sólo respondió asintiendo con la cabeza. Yo no hice gesto de leer, estaba más conmovida por toda la situación que por el café en sí. Esas palabras que no despertaron mi curiosidad fueron a ocupar un lugar en mi subconsciente para volver a mi memoria un día que trataba de recordar como había comenzado la historia. Pero las particularidades del café que a mi parecer era vulgar a excepción de dos o tres barbas que tampoco llamaron mi atención porque ya eran moda, no fueron el motivo de que yo volviese a aquel sitio, sino mi adolescente *berretín* por un actor de teatro que en esa tarde opaca tomaba café con leche con medialunas en una mesa próxima a la nuestra. En casa se lo conté a Lara para picar su curiosidad y lograr que me acompañara en una nueva incursión. Pero en verdad, tampoco me movía el tal actor sino la posibilidad de encontrarme con el negro a quien después de tres breves encuentros perdí de vista pese a que me había regalado música.

Un disco de pasta de un vals ecuatoriano: *Sombras*. Que mi padre había escuchado con un gran signo de interrogación sobre su cabeza, por lo de la letra que hablaba de la “penumbra y la pequeña alcoba donde una tibia tarde te acariciaba toda”. Mudo como era, no había dicho nada. Así era entre nosotros; comunicación absoluta sin una sola palabra, pero yo había visto el signo de interrogación por encima de su ancha frente. El que me hubiera regalado música era, cómo decirlo, lo más. También era como un montón de palabras sin palabras, y eso es lo que me extrañaba de que después hubiera desaparecido. Nunca más supe del negro. Nunca lo encontré por la calle Florida, ni en el Coto. Nunca más y quizás por eso mismo nunca me olvidé de él.

Al café regresamos con Lara un día de ese mismo verano al volver de vacaciones. No vimos al actor, ni al negro, pero a nuestra mesa se acercó un muchacho pidiendo un cigarro. Era feo pero parlanchín y entrador y eso nos sedujo. Explicó que lo del cigarro era excusa para entrar en conversación porque no nos conocía, ahí todos se conocían, era la marca del lugar.

Frecuentado por toda la fauna intelectual –pintores, filósofos, poetas, militantes– el Coto hacía de escenario a discusiones alucinantes –decía Arturo. En ese trozo de *La Nación*, amarillento y raído, pegado en la pared del Farolito, otra de las postas, junto al Bar Moderno, el Florida, el Barobar, de esa tribu nómade, dice: “gente que se dice intelectual son los habitués del lugar”. Ellos, los habitués y los dueños del boliche vivían de esa ilusión. No nos demoramos en descubrir que gran parte de ellos mismos no tenían reparo en reconocer lo que realmente eran: Vagos con afán de divertirse. O como se dice en el norte, pasarla *chévere*, colocando el sexo por encima de todas las cosas y oficiando un tenaz culto a la rareza.

Otra tarde se sumó Diego que hablaba de sus viajes, siempre se iba de campamento al Norte: Salta, Jujuy, era su tema favorito. Su forma de despertar envidia, porque en medio de la perorata asomaba una propuesta de acompañarlo anulándola en simultáneo con un “claro, ustedes no pueden”. Por cierto, la ganaba con las palabras pero al fin tenía un complejo: pensa-

ba que nosotras nos burlábamos, que en rol de espectadores-jueces, que pensábamos que estaba loco y nos colocábamos en un plano superior. Nosotras, nada que ver. Recién nos asomábamos al mundo y teníamos todo por conocer. Teníamos pura curiosidad de recién llegadas; por eso le negábamos esos malos pensamientos aunque sin entusiasmo para no quitarle esa convicción que nos colocaba en un lugar de mayor jerarquía. Arturo, en cambio, no se hacía paltas. En parloteo lo superaba un cincuenta por ciento, sobretodo en el dislate; hablaba tan rápido que las palabras se le encimaban y tenía que reiniciar. Acaso con otro tema, porque como hablaba sin ton ni son, nada era importante y menos aún, reproducible. Movía las manos con fuerza golpeando la mesa, bebía agua constantemente y tragaba pastillas de toda clase.

Se contaba que había llegado a Coto como novicio un día en que se paró en la puerta y levantando las manos gritó “Quiero ser artista”. El grito que perforó el aire de la puerta al mostrador hizo levantar la vista a muchos parroquianos, pero no bien la levantaron, volvieron a bajarla. En el Coto nada sonaba extraño

Charlatanes y bulliciosos, Arturo y Diego trataban de asombrarnos pero mientras Diego quería despertar envidia, Arturo intentaba solamente sorprender, digamos, *épater le bourgeois*. Sin embargo, no siempre acertaba en el blanco, por lo que a menudo se quedaba a mitad camino entre el *épater* y el ridículo. A veces me llamaba, hablábamos horas por teléfono como viejos amigos. Fuera del escenario se apaciguaba su alboroto, nos pasábamos música y hasta un día quedamos en salir –o algo parecido– las rondas consistían en abandonar el Coto y dar una vuelta por la plaza San Martín. Al regreso me confesó su intención de besarme. Me alegré de que no pasara de intención. Yo seguía buscando al negro, todos mis movimientos por la zona tenían todavía ese designio secreto.

Poco a poco se fue esfumando la idea de encontrar al negro pero para eso ya nos habíamos hecho habitués y teníamos nuestros amigos. Al año siguiente ya estaba inscripta en Filo,

por la mañana íbamos a la facu y después al Coto donde nos quedábamos hasta el mediodía, leyendo o charlando. Las clases habían comenzado en marzo, con el calor y la humedad todavía pegando, se hacía difícil soportar dos horas de clase con el humo de los cigarrillos inundándolo todo. El café, lleno de estudiantes. Las mesas, atiborradas de apuntes y libros que esperaban su turno después de las eternas charlas de arte, política o sexo. Ese día nos ubicamos cerca de la ventana, el sol quemaba a través de los cristales y decidimos cambiarnos de mesa. Tuve ganas de pelear y saqué el tema político para provocar a Lila; le leí un párrafo de Hernández Arregui pero no debió entender nada porque cuando le pedí una opinión dijo “qué bueno”. Y era completamente contrario a sus ideas, me confundió y contraataqué, “pero no estás de acuerdo”. Quedó acorralada pero no se dio por enterada y se fue por la tangente, no entendía nada de política.

Y... si nosotras recién nos asomábamos al mundo, ellos, por ahí andaban. Todavía eran pichones, imitadores, comparados con los del Bar Moderno. Apenas aspirantes a. Estos los del Moderno..., los auténticos, artistas, pintores, poetas, toda la bohemia *heavy*, los *beatniks* argentinos, aunque algunos dijeran que no podía ser, que los *beatniks* eran cosa de países donde todo funciona –digamos, desarrollados– mientras que acá, sólo había caos y patalear contra el caos. Otros insistían; “beatniks argentinos”, seguidores de Kerouak, consagrados a la velocidad. Al estar en camino como *modus vivendi* del nunca parar. Los poetas salvajes, también activos en México, leer a Bolaños, *Los detectives salvajes*, novela. Los personajes exóticos, aquí desperdigados por la manzana loca, o grupo de manzanas que encerraban las sedes principales, más las subsidiarias: instituto Di Tella incluido, por donde se movía la tribu. Guiados por lemas, *slogans* –cualquier cosa apta para epígrafe de un libro de poemas– propios o ajenos, en todo caso apropiados como aquel de Ezra Pound “Cantemos al amor y al ocio, nada más merece ser habido”. Lo seguían como una religión rubricado por la velocidad, cierto tinte de instinto animal, y el

alcohol, la fragancia de todas las horas, incluido el desayuno, Ignacio Beola; el amor..., también veloz y animal.

Por la zona de las manzanas locas la actividad comenzaba por la mañana vinculada a la movida universitaria, vecindad mediante, a Filo. En eso se basaba su historia, la del Coto, que de no ser por esa vecindad, no habría sido, al menos en la memoria de esa generación que le rindió culto y pegó los recortes de diarios sobre esa mesa donde fuimos a sentarnos aquella primera vez con el único negro de Buenos Aires; mi amigo Norberto, peruano como el guerrero Marthineitz. Esa voz y ese silencio. Terminada la jornada, se enrumbaba al Farolito por empanadas y vino donde más de una vez nos topamos con la Negra Sosa cuando todavía no era tan famosa.

En las antípodas de la revista *El escarabajo de oro* que tras las huellas de Sartre propugnaba un deber ser del escritor fundado en el disconformismo, la crítica y el compromiso, estaba el grupo *Opium* que en todas las instancias se manifestaba por la negativa. Los nadaístas se proclamaban, porque el “no” era su guía espiritual, y así recitaban su letanía “porque no somos ángeles, porque no somos santos, porque no somos buenos vecinos; porque somos inútiles”. Escritores que no escriben, y artistas que no artistan, porque estamos equivocados y no queremos competir ni triunfar en la vida ni ser alguien; simplemente porque no. Entre ellos estaba Mariani y Sergio Mulet, el bello, actor y guionista de una sola película, convertido en modelo. Siempre con un ajedrez bajo el brazo, y con esa sonrisa perfecta en mandíbula perfecta, desafiante al ajedrez, envuelto en la paradoja de su culto al ocio y su por siempre apuro, Kerouk, culto de la velocidad,

Estos eran los *heavy*; los otros, los del Coto, una variada mezcla de estudiantes de filosofía y letras y aspirantes a escritores, artistas: o simples curiosos que llegaron de casualidad. Como nosotras, y se encontraron con un posible lugar de pertenencia que hicieron suyo, sin saber aún para qué. Estaba Arturo que gritaba a los cuatro vientos “quiero ser artista” y Diego que husmeaba el aire en busca de su destino compro-

metido en una causa. Eso era lo bueno del Coto, que uno podía llegar sin que nadie le preguntara a qué, sin siquiera necesidad de consumir, porque los mozos estaban acostumbrados a los parroquianos parásitos y mesas que pasaban horas con dos cafés. Era conocida la tolerancia de los patrones que sólo se limitaban a murmurar para adentro. Estaba también eso de –acaso motivo preferencial– ir en busca de minas o minos, al fin todo se resolvía con un paseo a la plaza San Martín o al puerto. Era lo obligado con más o menos suerte según los casos. No eran nadaístas, eran a veces nada, pero siempre aspirantes a ser. Imbuídos en discusiones literarias, políticas, más tirando para el compromiso que para el nihilismo. Los militantes se repartían entre los pecé, los troskos y los peronistas quienes, a diferencia de los otros, dirimían sus asuntos más que en las asambleas, en los bares o en los asados de camaradería.

Esto duró hasta que a la facultad de Filo la mudaron a Independencia para evitar que los estudiantes armaran quilombo en la zona céntrica y el Coto murió de muerte natural, no pudo remontar el éxodo; esto no pasó con el Moderno que no dependía tanto de los estudiantes y allí nos separamos de los artistas. La movida, entonces, se trasladó a la calle Corrientes, perímetro formado por los bares, Politeama, El Foro, La comedia, sobretodo La Paz. Dada su ahora lejanía de la facultad, la actividad comenzaba por la tarde, cuando –terminadas las clases– los habitués iban a encontrarse con quien sea sin necesidad de cita previa. Eso era lo bueno, que era una especie de antídoto contra la soledad. Nadie se iba a quedar en su casa sin programa, la cita ya estaba dada desde siempre con aquél a quien el viento le acercara.

Dicen las crónicas por Internet:

A los militantes políticos, aunque andaban más por los cafés de Corrientes, también se los veía por Viamonte, reunidos con los estudiantes reformistas y los intelectuales “comprometidos”. Había socialistas, en menor medida comunistas,

muy pocos trotskistas, y a los peronistas les faltaban todavía muchos años para hacer pie en la universidad.

Por cierto, no era necesario realizar actividades tan definidas para llegar a la calle Viamonte; entre sus concurrentes algunos tenían historias convencionales, no pertenecían a ningún grupo ni les interesaban especialmente las cuestiones culturales, venían atraídos por el aire de bohemia o la posibilidad de aventuras sexuales, tan escasas entonces. Tampoco faltaron aquellos que no encontraban lugar en ninguna parte e hicieron su refugio de aquellos cafés. Entre ellos recuerdo a Renée Cuellar, una suerte de mujer fatal, precursora en el consumo de drogas y que mantuvo unas borrascosas relaciones con Masotta.

DE ACTIVOS Y REACTIVOS

A Juan lo conocí en el 63, un viernes de noviembre, en la fiesta de Saúl Cars Lo recuerdo sentado en el sillón del comedor, no había living. La casa: minúscula para siete personas, es la que fue expropiada y hoy es un segmento de la 9 de julio; ya no es la casa grande, de patios y terrazas inmensas. Pienso en lo caprichoso de los recuerdos, no lo tengo al sillón, que luego se me dibuja al pensar que era donde papá se sentaba a leer y acogía gustoso a Cafrune, perro tardío que aprendimos a querer cuando ya se había pasado el tiempo de crear hábitos perdurables. No éramos familia de perros, ni recuerdo cómo cayó en la casa. Lo vívido del recuerdo de esa tarde de noviembre se debe a que rondaba en el aire el asesinato de Kennedy. La noticia rompió el hilo de la rutina. El hecho me había tocado fuerte como años después el de Luther King y un poco antes la agresión a una muchacha judía por parte de grupos tacuaras. Ariadna estuvo llorando en una esquina de San Telmo con Fran que la consolaba con sentimiento de impotencia, imposibilidad de comprender la convivencia amor-odio.

Poco a poco me fui curtiendo, callosidades del corazón que sin embargo no resignan.

El bien –me digo parafraseando a Bataille– necesita del mal para brillar; lo mismo el mal a la inversa. ¿Qué sentido tendría venerar los esfuerzos por la paz sino existiera la guerra, qué sentido la guerra sin la utopía de la paz, todo extremo marcha hacia su contrario y en él se afirma. Lo otro sería aburrimiento, rutina eterna, los hombres carecerían de conciencia y deambularían por el limbo como cuerpos sin peso rebotando en el vacío. Hoy día, Deleuze llama a esto cuerpos sin órganos –antes no le captaba la idea, ahora sé– cuerpos sin la organización que les da el aprendizaje y el entrenamiento. Pero en el fondo no creo en eso, y seguiré inmadura escuchando el retumbe de la risa burlona de un interlocutor imaginario que me acosa con la pregunta, ¿qué, no te miras?

No creas, le respondo que esta ineptitud por el mal me hace a mis ojos bella y virtuosa. La veo más bien como una insuficiencia sanguínea de humores y sustancias químicas, carencia de cierto tono vital. Verdad, tengo mi pequeña cuota de odios y maldades, pero no nacen de sí, sino como reacciones. Seré un ejemplar de lo que Nietzsche llama *ser reactivo*, esa deformación que no merece el permanecer. Se oye otra risa burlona, lejana, más allá de mi conciencia: “todavía no te mirás”. No será esta autocrítica un mecanismo para acallar la mala conciencia. Me doy por vencida como en todas las conversaciones circulares fundadas en premisas psicoanalíticas. No será esta , otra forma de mi mala conciencia

LA FELICIDAD

Por entonces era feliz, era la juventud. En la infancia también. Esa felicidad sencilla. El goce de las pequeñas cosas: llegada de la primavera en el perfume de los jardines del barrio, el ocio blando del verano ya abandonado el trajín de la

ciudad vaciada por el turismo. Lo mismo que a Hebe a quien la felicidad le llegaba con el café de la mañana y la perspectiva del diario como premio por el madrugón. ¿La muerte? Por supuesto que pienso en ella –dije en esa larga velada entre aspirantes a filósofos sobre la nada, el aburrimiento y la náusea– pero su pensamiento se me disuelve en los quehaceres de la primera mañana para usar una expresión de la radiofonía que también tiene algo que hacer en la dispersión de la angustia.

Pocos días después Lara echó por tierra esta armadura y me refrescó la diferencia. Los que sienten así son de otra raza; yo me pasé años adolescentes rumiando esos motivos. Pensé que tenía razón y de nuevo me vino lo de las sustancias químicas y los equilibrios humorales, comprendí lo de Nietzsche: acerca del carácter fisiológico de la actitud frente a la vida.

Entonces mi vida transcurría en esa felicidad semianimal que tiene todo el tiempo por delante, combinado con exceso de omnipotencia. Mi relación con Juan crecía aceleradamente a cargo exclusivo de él, él gastaba las palabras y las acciones; entabló una relación estrecha con mamá que no me provocaba celos sino que me aliviaba de cierto peso. Toda decisión corría por su cuenta, hasta la de aquella fiesta frustrada, cuando yo esperaba toda de estreno y él llegó y dijo, “no tengo ganas”. Él me integró al círculo de sus amigos: Pajarito y su bailarina gorda que él amaba y lucía en fotos que le tomaba al estilo Degás. Rulfo, a quien Juan llamaba irónicamente “mi novio”, depositario de toda la ropa sucia, objeto a la vez de estima y desprecio, aunque con el tiempo –entendí– aquella pesaba más que éste.

Juan los traía y llevaba, paseándolos por el escenario de nuestros días: a veces entre bastidores se tejían relaciones independientes que él no registraba o por orgullo disimulaba. Yo disfrutaba de ese mundo que él me regalaba. No sé si lo amaba. Admiraba esa desenvoltura con que se movía ante la gente, su agudeza crítica, la dura seguridad con que se creía sus propias sentencias; esa mezcla extraña quizá se pueda llamar amor, pero no era mi dios. Por entonces la única diosa era yo. Que para él lo era se desprendía de todo el discurso gesto-

verbal que había construido para encandilarme; otras miradas y palabras en el aire también lo corroboraban.

Eso se acabó cuando andando por otros pagos, choqué con otros estilos. Más acá de la verdad de la cual poco me cuido, la aparente realidad dice que en varias latitudes de Latinoamérica los varones tienen esposas, muebles, pocas veces amigas o compañeras, pero carecen absolutamente de diosas. Por eso, por un largo tiempo añoré el estilo porteño.

ENERGÍAS NO RENOVABLES

Se me asocian las palabras, la literatura, la poesía que vinculan cosas aparentemente desvinculadas. Energía; las formas de la energía, energías no renovables, sistema autosustentable, tiempos de cuidados ecológicos. La consigna: ahorrar energía. Yo ahorro, tú ahorras, él ahorra, energías positivas y negativas. Por qué gastar energía, convertirla en negativa, para escribir un entero libro *Operación Masotta*, – Correas, firma– para calumniar, crear la intriga, sospecha maliciosa, condenar al fin. Masotta, sonrisa entradora, luminosa, creador, ensayista, introductor del lacanismo.

LEYENDO ULISES

Ahora recuerdo ese día, leíamos Ulises, se me pegaban los ojos, me esforzaba. A mi derecha sentía también su censura. –Fue por culpa del ómnibus. Había un policía que se acercaba y explicaba a cada uno por donde tenía que ir. Era lo mismo, no servía, se me pegaban los ojos. La tía cree que mataste a tu madre. Lo recuerdo como ese mismo día. Pero entonces debía ser enero aún, antes de carnaval. Días blandos, viviendo alguna muerte por no atrevernos a morirla y basta.

Parecidos en el espesor tal vez en los límites. –No quisiste arrodillarte a rezar por tu madre. Se me pegaban los ojos. Llegaron Hebe y Juan, estaban exactamente atrás y a nuestra diagonal. Duplican los esfuerzos, no ceden, fragmentos de fragmentos, sin saber por qué. Por decisión simplemente aunque no quede nada. Porque sí, al fin eso es todo, un montón de pedazos tirados por ahí. Volvíamos de la villa. Hebe era amiga todavía, ahora ya no habla con Delus. Camina a mi lado y me cuenta. Los chicos están muy bien. Dejé mi casa así estoy más cerca de Juan. Trabajo, grandes vocaciones, perdurabilidad del amor. Decir todas estas cosas por las que la gente crea que somos felices y todo va bien. Entonces faltaba poco para que decidiera no perdonarle que... Y Delus pensara que en realidad no le perdonaba no haberse enamorado de ella, y entonces..., no verse más y darse cuenta que él es así y mejor alejarse y construir placeres de invierno. Ahora, ya , pasado que no fue, y todos lo sabemos y no lo decimos de buenos que somos solamente.

No sé por qué se parecen estos días. Hay una tristeza infinita que se cuele por el mes de febrero y la ciudad vacía. El día de tantos miles de automóviles y ómnibus en la ruta. La semana más larga del año unos días antes de La luz de otoño. Delantales blancos, hombres grises, muebles metálicos, portafolios, papeles, folio n°11, expediente 61. Llueve, ruido acerado de lluvia, dolor de otoño, circularidad del tiempo.

Una nube gorda esconde el sol. Tengo frío, leo para olvidarlo. El problema de la limitación en las universidades. Nos explican: el examen de ingreso no limita, trata de descubrir los mejores. Me pregunto: lo habría aprobado Einstein. Paracaidista en Anguilla, Vietnam, siempre lo mismo. Disturbios estudiantiles. No es la una todavía, aprovecho para bañarme, en 5 minutos salgo. Ruido de canillas. Sacarme la ropa, ganas de sentir el chorro. Me estoy blanqueando. Recuerdo esa tarde, el crepúsculo en el mar. “Thalata, Thalata, nuestra madre dulce y grande”. Me recuerda que hay además un mundo,

adentro. Yo, segmento de punto y en definitiva recta y punto ficciones de los geómetras. Cuando dejamos el mundo de las ficciones desaparece lo que constituye a las matemáticas en ciencia. Corolario: no soy siquiera una ficción. Las matemáticas no me conocen, yo tampoco. La piel reseca tostada por el sol, dos manchas blancas en la zona del pudor. Gesto absoluto antropogénico inventor del miedo y del pudor. Tocar la flauta dos horas al día o más. Ulises. Leopoldo Bloom no es el hombre común, el hombre común soy yo, el hombre-mujer común soy yo. El machismo impreso en el lenguaje. Escribirle a Mike. Afluencia de barcos partientes y regresantes, chimeneantes. El Eugenio C. Aerolíneas Argentinas, su compañía. Yo soy el hombre común. El machismo como de piel. Pienso sin olores, sin sabores, sin colores, argentina, porteña, 26 años estudiante y trabajadora.

OFICIO ENCUESTADORA

Encuestadora oficial, no de las que andan promoviendo jabones y detergentes; estudio serio sobre obras sociales organizado por la OMS, Facultad de Medicina y secretaría de Salud Pública. Tres años más tarde, en México, en un estudio gemelo donde ya no me desempeñaba como encuestadora sino como coordinadora. Fue una experiencia enriquecida con baño de todas las clases sociales: las altas altas, que ni atendían; yo, colgada del timbre o desahuciada; con la imposibilidad de penetrar en sus *bunkers* escoltados de porteros malhumorados y *rottweilers*. Estaban los de la eterna espera, pueden ser los de una clase alta venida a menos, arrinconados en alguna casona noble y destartalada que ya no se sostiene, pero que eran tercos, tenaces; ellos conservan la frente altiva y en el secreto algún proyecto inédito para salvar a la república. Recuerdo aquel hombre –ya de movilidad reducida– que cuando terminamos la entrevista me pidió que le regalara diez

minutos de atención mientras escarbaba en un arcón buscando entre mil cosas bizarras y en desuso, “aquí está la carta” dijo, y comenzó a leer con entusiasmo casi juvenil, precedida del debido saludo ceremonial para el excelentísimo presidente de la república, que acaso él ni conociera, vaya a saber cuántos pasaron por el sillón desde que el la escribiera. Leyó con un énfasis locuaz que a medida que avanzaba se iba desinflando como si el lector se fuera dando cuenta de su propia inconsistencia y lo absurdo de la situación y la voz se fue apagando hasta el silencio. Entonces levantó la vista, me miró con sus ojos vidriosos, “pero usted estará de prisa, no quiero demorarla, otra vez será” y me acompañó a la puerta con gesto amable y disimulado apuro por terminar con lo grotesco del episodio. Luego vienen las clases medias-medias descendiendo hasta las bajas: que se dividían entre gorilitas un toque desconfiadas y las por siempre populares y hospitalarias; el partido de General Sarmiento; en el límite, las villas con paraguayos y bolivianos; y también locales de tierra adentro para quienes las visitas son una fiesta y se arremolinan alrededor de la encuestadora como si se tratase de un mesías por fin encarnado. Después de tantos años todavía hablan de Eva y Perón, la foto en el comedor, por siempre agradeciendo, el pan nuestro de cada día, la máquina de coser. Recuerdo aquel día de verano rabioso, vestía de seda rosa y aquel chaparrón que enlodó el camino y tuve que descalzarme y caminar chapoteando en el barro mientras los muchachotes me clavaban la mirada en el vestido de seda rosa que estaba empapado y que se me pegaba al cuerpo y me decían palabras indiscernibles. Recuerdo que se me mojaban los papeles, y ya no sabía qué, hasta que llegué a la casita digna y modesta, con sus sillones de mimbre y en frente, sobre una repisa, estaba Evita con su altar y sus velas. Me dieron para secarme y arroparme, y mientras respondían las preguntas; sobre médicos disponibles, farmacias, medicamentos, los hospitales de la zona, la calidad de la atención, –cien voces ensimismadas en la ansiedad del participar– iban acercándome el mate y las galletas caseras, y todo fue ánimo

de fiesta y celebración. Sólo al día siguiente mientras revisaba los formularios, me acordé de la cara de mis jefes recomendando, mirada de palo, tono neutro, condiciones de imparcialidad, que los entrevistados respondan en soledad, cada uno a su turno.

DÍAS DE NÁUSEA

Me preguntabas qué es —se animó Ari después de un largo silencio—. Es como que algo se te revuelve, pero según como se la vea puede venir envuelta en concepto, tanto que para explicarla o para contarla, Sartre escribió una novela entera. Una novela donde la protagonista es la náusea. Hay un tal Roquentin que investiga y escribe sobre un aristócrata un tanto decadente del siglo 16 y merodea por las bibliotecas donde conoce al autodidacta, ...el que pasa las horas estudiando, leyendo acerca de todas las cosas y eligiendo los libros por orden alfabético. Creo que Borges también hablaba de un loco como ese o tal vez a mí misma se me había ocurrido eso de leer por orden alfabético los libros de una biblioteca o las notas de una enciclopedia, pero desistí, claro, al toparme con temas muy aburridos. No sé porqué hablo de ese loco, bueno, porque es tan loco, pero el tema es la náusea que para entenderla al menos en la versión sartreana hay que leerse la novela y ya. La otra; la sensación de que todo el mundo sabe, ni bien te ataca, puede ser por lo de asqueroso, o por eso del malestar estomacal. La de Sartre; otra cosa, algo *grosso*, filosófico, hay que leer la novela, no queda otra. También uno puede intuir, imaginar que es lo que siente Roquentin, y hacerse una idea, aunque se pueda errar, tomar por un desvío, irse al diablo. Mejor andar con precaución, no acelerarse, nada de ansiedad, de ya saberlo todo. No vayas a creer que es fácil captar la idea porque el autor se pasea por tan pequeñitas cosas, tantas nimiedades, que uno se pregunta a ratos qué tiene que ver con la náusea. Acaso no sea más que eso, las tantas pequeñas cosas por las que se deambula

como en un laberinto, cuando se pierde uno entre lo igualmente insignificante de un mundo donde nada sobresale y ninguna excepción conduce a la salida. De hecho lo único extraordinario es el autodidacta, por extraño, por tortuoso. Pero, ¿adónde podría conducir esa rareza? Recordar que de los laberintos se sale por arriba y ese, ese sólo nos lleva a lo subterráneo, a las islas de Caronte. La verdad que la novela toda te va tirando para abajo, ya con el título se ve. Y esa monotonía, ese aire de planicie, esa sensación de que no pasa nada, la plantea el mismo Sartre, cuando dice que en la vida de cada uno no hay nada de aventura, que la aventura aparece cuando uno se narra. Cuando uno a la cosa le pone un comienzo y dice “Esa tarde yo estaba en ...”. Comienzo que en verdad es final porque solo después de vivida la cosa tiene un comienzo.

Y ahí nomás me acordé de Yourcenar cuando dice ella que toda vida es narrable. Y sin embargo, qué grande la distancia. Cómo lo mismo se hace diferente según los ojos que lo miren y la boca que lo diga. Porque Sartre nos tira la náusea existencial por la cual nos damos cuenta que nuestra vida es una sucesión de contingencias ordenadas en una serie indiferenciada de hechos triviales mientras que Marguerite nos eleva al pedestal de una vida singular y única enaltecida por la narración. Aunque quizás los dos estén diciendo lo mismo y la náusea al fin es buena y salvadora como despertador, no sé a lo mejor la entera novela no es más que náusea. La reproducción de una sensación que tuviera esa misión, como Sócrates, o el loco de Kierkegaard. Hacer darse cuenta –eso buscaban ellos– y entonces, todo el trabajo de fino artesano para modelarla en obra de arte, a la vida, o al menos en actos de que nos hacemos cargo; ellos son los maestros de la vida.

Cada vez más me parece que la náusea es eso: el vacío. A caso no sentimos náuseas cuando tenemos el estómago vacío. Y ahora se le agrega el vacío de pasado, la pérdida del pasado. Eso les pasa a los personajes, y pregunto, cómo es posible, porque el pasado es lo más presente, por eso de que todo ya es pasado y el presente no es más que ese instante inaprensible

del fluir. Pero dejando este inútil debate, a Roquentin le ocurre que ha perdido su pasado. Tiene amnesia, o algo parecido, porque de algo se acuerda, cosas relativas a Anny, cosas que ella dijo, y él la espera. No se puede esperar si no se tiene pasado, la espera proviene siempre de una promesa. Por tanto, Roquentin miente; pero no es grave, las mentiras –algunos dirán metáforas– son útiles para acercarnos a la idea. No para definirla o explicarla, sólo para tener una intuición, algo que irá creciendo en el avance de la novela.

Una vuelta más de tuerca en pos de la precisión: la náusea es el darse cuenta de que el pasado no existe, total, un absurdo parece decir Sartre.

–Ari retruca– No era que el presente es el que no existe, instante imperceptible entre pasado y futuro, en eso habíamos quedado, en nuestros devaneos sobre los tiempos existenciales.

–Pero supongamos por un momento, que el pasado no existe, entonces se produce un vacío nauseoso que hasta puede llevar al suicidio, porque, ¿qué somos sin pasado, si el presente no existe y el futuro todavía no llegó?

–Ojo con la nada, que no te libera de la existencia, no es lo opuesto al ser, es sólo otro modo, una idea en mi cabeza, que la hay, la hay, existencia que no es anterior al ser sino contemporánea. Por eso, no tiene sentido, la pregunta tan existencial, tan heideggeriana de por qué mundo más bien que nada. Porque allí están los dos materiales que forman mi canto. Que ya lo decían los antiguos –al menos la mitad de ellos por eso de la dupla Parménides-Heráclito, el River-Boca de la época– que no hay ser sin no, ser, sin nada o bien vacío a donde poder moverse crecer, expandirse... Sino sería estar todo el tiempo ahí sentado, quieto como la piedra. Y ahí sí que no habría sentido, porque para qué ser, si no hay lugar para moverse, ni pelear por un espacio, que el ser, che, siempre se caracterizó por disputar territorios.

Lo peor para Roquentin, que no existiera razón alguna para existir como para no existir. Eso lo volvía loco, era como estar navegando en el espacio sin permiso para estacionar. Sin em-

bargo –piensa Ari– cada uno se considera indispensable para algo, o no, pero le busca la vuelta, algún sentido. Sabés che, existe un optimismo voluntario por el cual la vida tiene un sentido si uno quiere dárselo, basta con querer. Y sino mirá ¿Qué hace esa pareja de jóvenes ahí sentados tomando un café? Ese estar ahí, forma parte de una serie de pases mágicos con los que envuelven su concepto del amor, salidas. Ese mismo estar en el café, en un restaurante, comiendo y brindando por el encuentro; son danzas rituales, igual que los pájaros, modos de darle forma a la idea. Saben que se van a acostar, pero tienen que hacer tiempo, adornar, embellecer lo animal, engañarse un poco. Se demoran y hacen bien, una vez que se acuesten se hace el vacío. Habrá que buscar otra cosa para dar sentido y hacer la vista gorda al absurdo de la existencia. –Adhiero, tiene razón Ari –dice Claudio– es lo mismo que la religión, yo sin ser creyente voy todos los domingos a misa, me *tira* la necesidad de comulgar, de participar del ritual, la comunión de los hombres, confundirse en ese *uno todo*, angelical y demoníaco. Puros jugos dionisiacos.

La náusea es decir “esto es un árbol” pero no sentir que existe, la existencia se oculta. Error, no es eso; al revés. La náusea es darse cuenta de que uno existe, porque la existencia es cosa *grossa*, que llena mucho espacio, no es una categoría abstracta e inofensiva que manipulan los filósofos de la academia, no es una cáscara vacía, es la materia misma con toda su pesadez y su estar ahí. O la náusea es el absurdo como una larga serpiente muerta a mis pies. Me gustó eso de desesperación seca, sin lágrimas, sin piedad, allí donde han muerto todas las pasiones. Esa les toca, a Roquentin y Anny, que se encuentran y ya no tienen qué decirse; ya no hay amor pero tampoco odio, ya no hay nada. Ella es desalmada, él todavía querría amarla pero ella no, ya no quiere nada y él regresa con todo ese miedo de volver a la soledad, que se parece a la libertad –cosa de peso para Sartre, no cualquiera la sobrelleva– que se parece a la muerte donde todo está jugado, y encima: la nada. O bien, la

náusea es ese algo privadísimo en el punto cero de la relación del sí consigo mismo. ¿Cómo te llevás con tu náusea? Hoy me dio descanso, mientras me entretengo, en esto de escribir me olvido, o es ella la que me olvida y me deja retozar sobre mis inconsistencias, ellas son más dulces que la náusea, con ellas me adorno, con ellas me maquillo, con ellas me tranquilizo. Escucho a Ella Fitzgerald, escucho *Sumertime. So hush, little baby... don't you cry*. No llores, no temas niña, todo estará bien. La música..., tres notas de un saxofón, el arte para justificar la existencia, redención por el arte. Schelling, los románticos, Nietzsche, y hoy todavía, el arte como la roca que me sostiene. Pero no sólo grandezas veo. Veo las pequeñas cosas de las que está hecha la vida. El hecho de que todos los días me levante de la cama, me vista, me lave, y otras tantas como esas acciones que hago sin preguntarme por el sentido. No las hago yo, las hacen mis hábitos que nunca duermen y no se hacen problemas ni preguntas tontas. Me gustan mis hábitos porque están como ausentes. No son pretenciosos, hacen lo que hay que hacer, con su dignidad, y orgullo, también; así yo quedo limpia para dedicarme a mi obra. Madame Bovary es la roca sobre la que me sostengo, decía Flaubert. Yo tengo mi esto que alimento y me alimenta como un pasatiempo para sobrevivir. Una música, una palabra, mil palabras como una tierna bufanda. Eso no es la filosofía, no es una bufanda protectora decía Heidegger, la filosofía, es un viento fuerte, a veces un vendaval.

LOS DILEMAS DE OO

Recién aquél día después de cumplidos sus 24, Omar Olivas, o sea, OO –que era tanto su firma como su apodo; apodo pandillero, el de los pibes del barrio que se entretenían dando a la doble O todas las variaciones de ritmo, entonación, timbre de voz por lo cual su nombre adquiría una riqueza sorprendente– comenzó a preguntarse si él era ante

todo una esencia o una existencia. Es que había estado leyendo a Sartre, quizás algo tardíamente, a su modo de ver, que así se autocalificaba con razón o sin ella de un poco ralentado. Le gustaba eso, aplicar las palabras del mundo de la música al ser, propio o ajeno, o a realidades que esos seres producían. Una experiencia, una vivencia podía presentarse en modo de *adagio*, *allegretto*, *pianísimo*, *molto vivace*. En eso era tan divertido como los pibes del barrio con sus ocurrentes variaciones en OO. Tenía todo un sistema de clasificación de los eventos ordinarios y luego los narraba, porque, hay que reconocerle, era un gran narrador y enriquecía sus relatos con ese baño de modos musicales en un arte sin parangón. Así te contaba una de hadas en *molto vivace*, con las hadas saltando y salpicando por doquier con sus varitas en alerta, o una de misterio en que las puertas se abrían en un tiempo estirado y los fantasmas de tan demorados no terminaban de aparecer. Pero ahora lo inquietaba esto de la esencia y la existencia... Es raro este muchacho porque tanto le asustaba ser una esencia como una existencia. Esencia –decía– es cosa muerta pero existencia es peor, porque, ¿qué es? masa amorfa, todavía en camino, oscura, indefinida. La primera opción lo remontaba a aquellos años adolescentes que le resonaban en los oídos como burlas de la barriada los oó oó oóo orococó, reiterados hasta el hartazgo en mil matices de ritmos y sonoridades: cumbia, bolero, bossa nova. El estigma, la etiqueta pegada con engrudo, ¿qué era él, tan sólo un doble o, una voz pasiva que sólo es por ser sido, comido, masticado por ajenos y extraños? A veces, lo soñaba a su nombre, como una nube amorfa que se estiraba o contraía al repiqueteo de una voz de mando de origen desconocido. La mirada del otro, implacable, invencible, clavada en la frente, en la nuca. Cuando recordaba a los chicos del barrio y sus cantitos enervantes se preguntaba, ¿qué era entonces yo? Esa doble O cerrada en sí misma, sin puertas ni ventanas, sin grieta alguna por la que pudiera abrirse una promesa. La segunda opción, la de ser una existencia, en cambio, lo dejaba en suspenso, simple interrogante, eterno porvenir. Y así hallaba

que entre la OO y la pura interrogación había poca diferencia. Nada quería saber de esas dos opciones. Su hermana Irene comentaba, no sé por qué se enredó en esos filosofemas que no le caen bien, le complican la vida, hace días que no come, lo veo pálido, enfrascado en libros... Pero qué le iba a importar a OO la opinión de su hermana a quién consideraba una pendeja entrometida. –Salí de acá, no te metás. Eran casi las únicas palabras con las que, a diario, la rajaba amablemente de su habitación. Y ahí mismo no podía evitar, cuando la veía escurrirse por el pasillo, su silueta de atrás, con esos shortcitos minúsculos, no podía evitar preguntarse, que era ella, esa insignificancia. Sí, una insignificancia. Pero nada, ni ese desprecio declarado podía sustraerlo de su angustia, no era más que una distracción pasajera, cuando Irene desaparecía, más solo aún con su náusea. Eso había comprendido..., y más, lo había sentido y le volvía como náusea, valga la redundancia que en verdad era todo muy redundante. Ahora la tenía. La náusea, como de piel, algo bien suyo. Era su no decidir si esencia o existencia, o bien lo que derivaba de ese dilema que lo corroía. Ser de una vez un hombre, un ser racional, que eso era para los antiguos sabios el hombre, claro que también un animal político, o ser..., un siendo, un algo que se va haciendo, poco a poco a través de todos los santos días, que no había reposo ni sentarse sobre los laureles. He ahí la cuestión, mucho más complicada que la de Hamlet, cuestión no del sí o del no, sino del qué. Porque al fin la pregunta de Hamlet no es más que la del suicida, vivir o morir, ser o darse de una vez con el estilete, y a otra cosa, cuestión vieja, remanida, una insignificancia. Le había gustado la palabra, su sonoridad, su ritmo, “in-sig-ni-fican-cia” y por eso la repetía en cualquier contexto, como los niños que se relamen en el pronunciar y rebarajar la palabra recién estrenada, bueno porque ellos están aprendiendo la lengua madre, y OO en cambio ya estaba grande, adulto casi, aunque sobre estos saberes era todavía novato. Volviendo a Hamlet, la cosa es más compleja, espero se comprenda; tampoco es cuestión de elegir, sospecho está decidido, no por mí,

no , que va , sino por el destino. Y así es que el destino se filtra sin permiso en la casa de libertad, porque se da que somos un hacerse en libertad pero esta libertad es perpetua condena. Condenados a ser libres –dice Sartre arrojando su estilete. ¿Qué libertad entonces? Ni que hablar, señores. Que lo de Hamlet es pavada al lado de este dilema de las mil posibilidades en la gama de los grises, azules, rojos y hasta blancos, que claro tienen matices como todos los colores.

OO cerró el libro. Sufría de saturación dilemática, necesitaba aire mental y también brisa, acaso la calle disolviera los vapores de febrero y le acariciara cuerpo y alma. Además tenía una cita. Había quedado en encontrarse en el Coto, con Lila, el Rolo, todo el grupo que iría cayendo poco a poco; después vendría la ronda nocturna desembocando en lo de Ivana Matus que invitaba a la inauguración de su casa, prometía ser una velada a todo dar. Había alquilado una de esas casonas antiguas de las que tienen tantas habitaciones, seguro para subalquilar. Acaso él podría tomar una de ellas y por fin independizarse, pensó mientras se alistaba para salir, como un paréntesis colateral a sus otras cavilaciones. Por el momento, lo primero sería salir a la calle, airearse, ventilar las neuronas. Sintió que ya la sola decisión le inflaba el pecho con nuevas energías. Y así transitó las primeras cuadras , las piernas ya no pesaban, era como caminar sobre nubes. La náusea se había apagado, pero , ¿acaso sería una tregua amenazante?, como toda tregua, hasta cuánto duraría.

La calle cumple sus expectativas, casi desierta, corre una brisa reparadora. En la otra cuadra, de la vereda de enfrente, el muchacho paseador atravesado por las siete correas con las que sujeta a los perros que pasea, educa, domina, él mismo encadenado y controlado, se las arregla para cumplir su tarea esquivando caprichos caninos y observaciones humanas siempre listas para la objeción. Se acerca una muchacha haciendo *jogging*: tenía calzas, musculosa, vincha, enchufada a los auriculares; se la ve contrariada, le echa una mirada que dice, “corré tus perros, te creés que la calle es tuya”. El muchacho se

hace el distraído, defiende su derecho de paseador, pretende que ella se baje a la calzada. Finalmente, a desgano corre los perros; ella pasa. Le fulmina una mirada; él responde con un murmullo ininteligible. Estas escenas callejeras lo devuelven a sus dilemas existenciales. Obsesionado con la palabra “insignificancia” siente que le ha captado el carozo, el sentido más profundo por superficial, intuitivo, cazado al vuelo, sin rodeos ni argumentación, como una bala, aplicado luego a las diversas cosas o personas, a la muchacha del *jogging*, al paseador, a los perros del paseador, a la moto que ostenta su ruido innecesario; su hermana estaba ahí con sus *shortcitos* insignificantes. Tú, contingente; ella, contingente; yo, contin, no, no quería pronunciar la palabra, no aplicada a sí mismo. Complacido al comienzo, luego contrariado, hizo un esfuerzo por retroceder su pensamiento que se quedó retozando en torno a derechos y deberes del paseador; al fin el asunto no era tan insignificante si ahora estaba ocupando su mente, y esto lo tranquilizó. Pensó que no se podía negar el derecho, al fin era una ocupación como otras, sólo que, no podía ocupar toda la vereda y había que controlar a los perros que no hagan lo suyo por cualquier lado. Era necesario un reglamento, eso es, un reglamento donde todo estuviera estipulado, la cosa no era sencilla. Y en ese momento, pensar que las cosas tenían sus complejidades, sus nudos, su necesidad de ser reglamentadas, era como un bálsamo, más acogedor que pensar en la insignificancia y contingencia de todas las cosas, de por qué mundo más bien que nada, de saberse un ser “arrojado ahí” que podría incluso no haber sido. Y ahora la alcanzaba a la señora que arrastraba su changuito, con tanto esfuerzo, pobre, que se le trababa en las baldosas. Otra cosa para reglamentar, los deberes del municipio, las baldosas, los pavimentos, los baches. Había tanto que hacer, todo era tan tonificante. Omar respiró hondo y aceleró la marcha, así caminó las siguientes cuatro cuadras ensayando sobre reglamentos y necesidades. Ahora se engolosinaba con esta palabra “necesidades” que le daba a las cosas una pátina de seriedad, una palabra que salvaba, que al fin nos rescataba

del basural del mundo, lo mismo que aquellas otras frases que ahora se actualizaban al ritmo de sus manotazos de ahogado. “todo tiene su razón de ser”, “la razón en la historia”, “todo lo racional es real” y lo real, por tanto, es racional, por supuesto, si claro, eran frases más estimulantes que le *reseteaban* la mente, lo ponían más a tono con la vida que quiere ser vivida.

Ahora recordaba que había salido de su casa para airearse, es verdad, objetivo confesado, pero también, objetivo no confesado. Para compartir interrogantes, inquietudes y por tanto merodear por el Coto, destino inconfesado porque más bien para la parte consciente de su mente salía sin rumbo tan sólo en busca de brisa, relax. Interlocutores, eso necesitaba, los encontraría entre los habitués del café, amigos o conocidos; para alargar el aire fresco, tomaría el tren en Colegiales, la próxima estación.

Caminando nuevamente, ahora, desde Retiro, se topa con JR acercándose a la esquina, lo ve avanzar, acelera para dejarlo atrás, para que no se le pegue, es un acto mecánico, involuntario, que él mismo no comprende, porque después de todo JR es también un posible interlocutor. Sólo que , sólo que , seguro el ya tiene su postura tomada sobre el dilema de ser una esencia o una existencia, seguro ya ha leído a Sartre y es capaz de una clase magistral.

JR era así, sabelotodo, lo llamábamos el libro gordo de Petete. En verdad no era un posible interlocutor porque era un monologuista, y también adivinador, él sabía siempre lo que ibas a decir y sobre eso se explayaba largamente deteniéndose en cada una de las versiones y aspectos del tema, mientras el otro, vos o cualquiera que hubiera traído el tema envuelto en una pregunta, se quedaba boquiabierto, apabullado, mudo de tanto saber. Y sin embargo, en casa, OO había pensado en él ¿Por qué?, ¿habrá sido, por una cuota de masoquismo moderado, acaso engañado en la creencia de que tal vez podría llevar una conversación normal con JR? Porque nunca se sabe hasta qué punto el animal humano se repite en sus vicios y virtudes. Ahora lo sentía atrás a sus espaldas, sentía sus pasos,

sabía que pronto comenzaría a chistarle, llamarle OO, OO con distintas modulaciones, gesto que a todos les había quedado impreso en el orillo desde la secundaria.

Aceleró la marcha para evitar que lo alcanzara y se quedara caminando a la par. Pero al fin lo tiene a tres pasos, ya siente la mano en el hombro, el *hola, ¿qué se cuenta?* Y por ahí otro paseador, más discreto que andaba dando vueltas, por momentos por atrás y por momentos por delante, y JR que le echa una mirada reprobatoria, como la muchacha del *jogging*, y ahí aprovecha Omar para exponer su punto de vista.

–Ojo que los paseadores tienen sus derechos, que es un oficio como cualquier otro. No se les puede prohibir.

–Prohibir no, pero hay reglas, dar el paso del lado de adentro, bajarse a la calzada si es preciso, andar con bolsita y pala, por si acaso. Equipo completo, los perros con bozales...

Tal la costumbre, JR se explayó por lo que quedaba del camino hasta el bar, enumerando reglas de convivencia, ya no sólo entre paseadores y no paseadores, sino entre dueños de perro y resto de los humanos con detalle y precisión agotadores. Lo que hacía unos minutos a OO le había servido de alivio contra su dilema existencial ahora se volvía un bolo muy pesado de digerir. Omar Olivas deseaba llegar, para que la ceremonia de los saludos de los tantos que esperaba encontrar, interrumpiera la diarrea verbal de JR y le diera respiro a sus fatigados oídos. Faltaban dos cuadras, trató de alejarse un poco para ver si JR se desanimaba al ver que nadie lo escuchaba. Pero JR no era de esos, con maniobra de cinco pasos rápidos estuvo nuevamente a su lado, luego, levantó la voz, lo que fue peor porque para eludir los crecientes ruidos casi le gritaba al oído.

En el Coto ya estaba el Rolo. En quien también había pensado allá en su casa antes de salir, por cierto, es mejor escucha que JR pero poco dado para estos temas que le sonaban chino-árabe. Siempre más en lo práctico se te quedaba mirando como quien busca y no encuentra la banda de sintonía. Estaban las gemelas rusas que guardaban ese halo de misterio primero de lo relativo a “lo ruso”, moneda de las dos caras, rojos y blancos,

revolución-contrarrevolución, cine Cosmos y toda la filmografía del ala Oriental, *Pasaron las grullas*, *Trenes rigurosamente vigilados*, Agnes Varda. Y luego, lo de “gemelas” que ya es todo un misterio, eso de ser idéntico, “ser en repetición” y sin embargo cada una por separado una y única, detalle con que al fin a último momento ellas se conformaban. Era por estos dos rasgos que su presencia provocaba un gesto de recogimiento religioso, “ahí están las gemelas” era la frase que disparaba ese acto de culto interno que organizaba las evocaciones. Y aquí ya casi se le resbala a OO para desembocar en tema, la cuestión del ser, la esencia y la existencia porque estaba claro que ser rusa y gemela era ya de lleno cuestión de esencia. Nacieron y se desarrollaron a partir de ese *su* ser “gemelo ruso” que ya no era categoría sino combinación de categorías. Singularísima. Y luego estaba Mariela, siempre atenta..., con ese ojo de asombro y curiosidad encendida dibujando en su cuaderno de apuntes –que así los llamaba– los bocetos que con magia de fina observadora trazaba en pocos minutos captando el detalle de un gesto, la esencia de una personalidad. Pese a todo, vaya uno a saber por qué, OO evaluó que había poco ambiente para su dilema existencial, por eso, tras los saludos, no abrió la boca y cuando lo hizo se dejó llevar por la ola de temas que ya circulaban en el aire denso del café.

Era la voz de Diego con otro dilema existencial más tirando para lo político y muy de época.

–Esto no va más, ¿te das cuenta? El partido del pueblo proscrito, el gobierno tentativo, volteado con un golpe. Chau democracia. Y nosotros aquí sentados en el café chamuyendo boludeces, en el mejor de los casos, tratando de dirimir la suerte del país en charlas trasnochadas. A veces ni eso.

–Dale, pibe, no te la des de revolucionario que te conocemos la hilacha, ¿acaso ahora pensás que podés salvar al mundo?

–No precisamente, no me la doy de revolucionario, más bien estoy pensando..., lo que vos no hacés y sería bueno que hicieras. Qué hago. Qué estamos haciendo, acá, fumando cigarrillos que no podemos pagar, dependiendo de papá para el

café o la cerveza, mientras el país marcha de golpe en golpe al ritmo de botas y comunicados de juntas. Yo estoy pensando seriamente en el compromiso.

Las rusas no dijeron palabra, ellas en general no opinaban de las cosas de acá, en verdad de nada, total debían ser rusas blancas. Bueno, sus abuelos, ellas son argentinas pero lo mismo no hablaban. Siempre estaban como distraídas, mirando para otro lado, hacia la puerta, como si buscaran a alguien que de repente iba entrar, y luego cuchicheando algo entre ellas. Yo no les conocía la voz y eso que había estado parando en su casa allá en Villa Gessell, aquella vez que con Juan nos perdimos en el bosque. Tiempos aquellos en que Gessell era realmente una villa y por eso nos perdimos porque no había nada. Era puro bosque, y a la mañana después que cansados nos tiramos a dormir en el suelo y yo me agarré una bronquitis de aquellas, nos despertaron las rusas y nos convidaron desayuno y nos quedamos parando ahí. Mariela tampoco habló, no era de esas, ella sólo andaba con el papel y el lápiz, vaya a saber qué pensaba, qué tapa destaparía su boceto. JR, todavía recorriendo las mesas, no se había sentado en ninguna y era una suerte porque de lo contrario habría desmenuzado las palabras de ambos en argumentaciones y contraargumentaciones, pros y contras, las mil subdivisiones del problema, hasta confundirnos a todos y no ser capaces, de distinguir nuestros propios puntos de vista. Omar Olivas en un esforzado mutismo calibraba sin éxito en qué rincón escondido la inquietud de Diego se tocaba con la suya.

La de Diego, aunque en algún punto emparentada con la de OO, se expresaba en forma condensada en la pregunta ¿Cómo escapar a la condena de ser un *pequebú*? categoría por entonces en boga que ya por sí sola encerraba un conflicto con varios recovecos. A Diego le pesaba la figura paterna. Empresario próspero, posición acomodada, y él; hijo de papá, sin necesidades, con la mirada paterna clavada, en la elección de la carrera, la etapa de estudiante, la posterior actuación, la posibilidad de entrar en la empresa, comenzar a foguearse. Sobre-

todo esperaba –el padre– que abandone esos años de bohemia improductiva. Y entonces, se preguntaba Diego, obligado en parte por las miradas inquisitorias de su entorno –parientes, amigos, o apenas conocidos– en qué se transformaría. Y se respondía –inducido por las mismas miradas– en nada, seguiría hijo de papá, sólo que trabajador y remunerado por la empresa de papá. Eso era el pobre Diego, la suma y resultado de la herencia y luego también de la mirada de los otros.

Y aquí encontró OO el punto de engarce, “somos la mirada del otro”, otra de las cantinelas sartreanas, todo ese galimatías que lo tenía en vigilia, en parte empastillado durante la noche, en parte zombie durante el día. Que no hay esencia a priori, que somos pura existencia, un ir haciéndose hora a hora como ejercicio de libertad. Quería decir –pensaba Omar– que Diego ineludiblemente tenía que decidir él mismo, si seguir complaciéndose en el ocio del café, haciendo como que estudiaba, engañando y engañándose, o si por fin, a conciencia, iba a elegir como acto supremo de libertad, o bien –como Diego decía– iba a comprometerse. Y ahí, cuando aparecía la “palabra”, todo comenzaba a trastabillar, “libertad” bien, y sin embargo luego quedaba encasillado, inerte, en la mirada del otro. Allí veía cierta incongruencia, libertad, libertad como una letanía pero en el fondo encadenado a una esencia. Una mirada del otro que espera, vigila, que tiene expectativas sobre vos que te acuna, te chupa, te obliga, luego te fija, te sanciona, te rubrica te dice sos esto, catalogado, sin remedio, para toda la vida sempiterna, amén.

Omar estaba bastante confundido, pero lo mismo se animó. Necesitaba probar. Sentir cómo sonaba su voz y qué efecto producía en el oído del otro, como el niño –decía– que está aprendiendo a hablar, ensaya.

–Diego tiene razón hay que elegir, no podemos pasarnos esperando que el tiempo decida por nosotros y el otro nos encierre en una esencia, como mónada, sin puertas ni ventanas.

Se dio cuenta de que estaba mezclando los tantos pero no le importó, su auditorio no lo advertiría, era también parte del

juego cuando el niño prueba hasta dónde puede mover y combinar las piezas. Todos se miraron con una cara entre desprecio y escepticismo, y todos miraron luego a Omar con humilde gesto de pregunta muda. Y él, estaba envalentonado.

–Vamos gente, no es difícil, no hablo en tailandés, lo que quiero decir es que si no elegimos, el tiempo nos elige, o, quizás así lo entiendan mejor, el otro decide por nosotros y nos pone la etiqueta, no es tan complicado.

–Eso –agregó Diego poniendo el acento en el pronombre personal–yo, los etiqueto, “ustedes son una sarta de *pequebús*”.

–¿De qué se la dan ustedes, hombres de conciencia? –acotó el Rolo.

Las gemelas rusas seguían mirando a la puerta, Mariela había dibujado un *pequebú*, y no me pregunten cómo lo adiviné porque era exacto. Omar sintió que el tema se le iba de las manos porque había quedado trivializado por el comentario del Rolo. Pero no quedó a la espera de un tratamiento más lúcido y menos lamentó que JR no hubiera llegado a tiempo porque aún cuando más diestro en el debatir, de hacerlo, habría desmenuzado hasta tal punto su pensamiento que no habría luego como recomponerlo. Él prefería mantenerlo en su forma concentrada de dos o tres proposiciones bien hilvanadas ya que su mente en ese momento no tenía la capacidad de expandirse en volutas infinitas. En cambio, hallaba que la inquietud de Diego y su interpretación sólo en parte era tangencial a la suya, ya podían verse las conexiones y comprobar que ambas desplegaban aristas diferentes de la misma figura y eso lo cargó con una nueva energía.

–¿De qué nos las damos? De gente que piensa y ...

–Y no quiere regalar sus días en las mesas de café. –acotó Diego.

–Lo de ustedes no es más que un regodeo, un sacarle lustre a la importancia personal, puro ego en acción, –agregó el Rolo que había estado leyendo *Las enseñanzas de Don Juan* y también como Omar ensayaba sus incursiones con mechados, en su caso, donjuanescos.

–¡Cualquiera! Ni tus actos ni tus palabras honran tus fuentes. No sabés dónde estás parado. ¿Qué tiene que ver acá la importancia personal? –preguntó Diego un poco alterado.

–¿Que qué tiene que ver? Es el ego hundido en la convicción de que puede salvar al mundo. Se creen portadores de una misión de luz, una especie de misioneros *aggiornados* que no llevan la fe para la redención de las almas sino la luz para la transformación de los cuerpos o, como quieras, de las condiciones materiales de “existencia”.

Cuando Omar escuchó esta palabra sintió como una picazón en la espalda, a la altura del omóplato izquierdo: era una de las palabras en cuestión ahora, incrustada en otro contexto; dudó de que se tratara de lo mismo, sentía que la conversación giraba para otro lado. Al comienzo lo inquietó, no acertaba a conectar las ideas para seguir conversando y aclararse los tantos, pero al fin se tranquilizó porque unilateralmente decidió que no había conexión alguna, que eran cosas diferentes y más valdría esperar otra oportunidad para plantear su inquietud. Recordó los dos motivos que esa tarde lo habían lanzado a la calle, airearse, refrescar las neuronas, *resetearlas*, y encontrar un interlocutor que, aclarara su mente mareada en los vapores de la falsa alternativa. Sin embargo, ahora lanzado al ruedo, sentía que a su cuestión, ese ancho interrogante que lo sumía en la desesperación, le faltaba, sino quería verla desgarrada en jirones por las malas interpretaciones, cierto tiempo de maduración, acaso un período de meditación a solas antes de ser presentada en público. Y de hecho así había sido porque se ve que el Rolo no comprendió y lo confundió con la importancia personal. Esto pensaba cuando ve a JR acercarse que ya anudaba los últimos saludos en la mesa más próxima.

–Hola gente, ¿qué se cuenta?

–Todo bien –se apresuró a responder el Rolo, y Omar se alegró de que nadie osara hacer una síntesis de las intervenciones dando ocasión a JR para explayarse con la suya. La conversación giró hacia otros temas más burdos pero apremiantes. El

Coto era siempre el lugar de reunión para recabar información y luego dirigirse al lugar donde algún generoso anfitrión ofrecía su casa, para el tono, la reunión, la fiesta, lo que sea según los usos y los nombres. Esa noche sería en lo de Ivana Matus que finalmente presentaba en sociedad su caserón de Villa Urquiza. El Rolo era el más entusiasmado y ya estaba enumerando los que seguramente irían, los que no, los que no sabían pero seguramente pasarían por el café. Las gemelas ya no miraban más a la puerta porque sus amigos ya habían llegado y ahora conversaban entre ellos con voz apenas audible. Mariela dibujaba la casona de Villa Urquiza y JR sentado a su lado ya le daba clase acerca del estilo de esas viejas casonas de la ciudad tradicional y los afamados arquitectos que las desarrollaron. La mesa se fue ampliando con los nuevos llegados; los mozos se molestan porque traban el paso y refunfunan contra esos insolventes que se apoltronan dos horas con tres cafés para seis personas. Diego se queda mudo, se lo nota perturbado, ansioso. Omar, aliviado con el fin abrupto de la conversación, deja el tema en reposo a la espera de maduración.

Cuando, pasadas las diez de la noche, después de reclutar y coordinar, llegamos a la casa de Ivana Matus nos llamó la atención las artes adivinatorias de Mariela ya que su boceto era más que parecido y había pruebas irrefutables de que no conocía la casa. Llegamos en mancha, había un buen número pero esparcidos por las habitaciones no llegaban a dar ambiente de fiesta. ¿Se trataba realmente de fiesta? Nadie había pronunciado esa palabra, en Perú lo llaman tono y está la pregunta consabida, ¿dónde es el tono? Con lo que ya, gente, se entiende, se supone que hay salsa. Pero aquí entre porteños no se sabe y efectivamente no se sabía. La música todavía no se animaba, pero al fin era lo de menos, muchas veces no se arrancaba. Lo extraño era que en una de las habitaciones se había armado una especie de capilla ardiente: en el medio, un cajón franqueado de dos candelabros de plata de seis velas cada uno. El primer pensamiento fue de alguien muerto de improviso por lo que, sin palabras, la velada de inauguración había deve-

nido en velorio. Pero nadie confirmaba nada, apenas alguien deambulando con los cafés obligatorios, esquivando y reparando y en un rincón las lloronas, con sus vestidos negros, sus mantillas, sus conversaciones en sordina. Nosotros formamos nuestro propio corrillo por lo que permanecemos sin saber qué había pasado; las preguntas iban y venían sin respuestas convincentes, sólo suposiciones que no alcanzaban a dilucidar la identidad del muerto, el Rolo estaba particularmente molesto:

–No entiendo por qué no se suspendió la fiesta.

–No era una fiesta, era la inauguración de la casa –le responde Santiago a quien sus comentarios solían sacarle chispas.

–Lo que sea, pero de ninguna manera un velorio. Yo si sabía no venía.

–¡Qué poco solidario!

–¿Solidario? si ni sé quién es el muerto. Andar de velorio en velorio no me parece programa de sábado a la noche. Aunque, hay gente que lo tome como un deporte.

–Sobretudo cuando hay morfi.

–Eso acá no se usa.

JR aprovecha para explayarse en disertación acerca de las diferentes costumbres de vérselas con la muerte, austeras, con banquete, con cánticos y procesiones, con lloronas o con chistes. Cuando ya nadie lo escucha vira la voz para la víctima más cercana; el Rolo decía que cuando perdía auditorio solía abrir cancha hacia el costado. Esta vez le toca a Mariela que por el momento ha guardado el cuaderno y los bocetos. Ahora saluda a una vieja amiga lo que obliga a JR a quedarse con la palabra suspendida y el gesto en la mano. El resto se engancha en cambio con los chistes de velorio y los comentarios, ya remanidos, sobre la muerte, por lo inexorable e inesperado, y sobre el ser..., por lo de precario y contingente –Omar trata de eludir– seguro se hubo de escuchar el “No somos nada”, al menos como remedo. La muerte tiene esas cosas que aún para conjurarla se habla de ella, se la honra o se la burla, se ríe de ella, o se la celebra con todas las pompas. En este punto

JR que tenía la oralidad dirigida a su derecha pero los oídos siempre alertas a las ondas interactivas del resto del corrillo, derivó hacia el caso mexicano y mechó sobre la particular manera en que este pueblo celebra el 2 de noviembre: esqueletos de mazapán, máscaras, altares con la foto del finado, flores y alimentos que para los muertos queridos, habían sido en vida los mejores manjares. A nuestro costado, lloronas en número de cinco. Por momentos lloran, por momentos magullan letanías irreconocibles que tienen el efecto de reprimir las risas de los chistes contados a media voz. Alguien entra con dos candelabros que coloca al lado de los otros, y un muchacho con leve cojera los enciende con estudiada parsimonia. Más atrás, las muchachas del coro, con túnicas blancas y tocados de tul, van llenando el aire de cantos fúnebres e inolvidables blues. A nosotros nos quemaba la intriga: nada sabíamos, nadie informaba, habíamos sido convocados a una fiesta y encontramos un velorio, ni un comentario, ni un signo que permitiera sospechar de quién se trataba. Pero estábamos entregados y nos consagramos a escuchar los cánticos como quien asiste a un festival, total el drama nos era ajeno. Las rusas gemelas seguían con sus cuchicheos a media voz, Mariela retomó sus bocetos, sólo el Rolo persistía en su actitud de rechazo y reprobación; el resto, conocidos o extraños, todos se treparon a la ola de lo que se daba. Los que en verdad no la pasaban bien eran OO y Diego. OO se había quedado envuelto en el tema de la contingencia y sus derivaciones; ahora debatía con Santiago en una especie de *agon* criollo donde trataba, sin convicción, de volcar sus inquietudes existenciales. Se había apartado del grupo para esquivar tanto las intervenciones demoledoras de JR como las de Anabella, su pareja, que acababa de sumarse al grupo, y , la conocía, tenía la extraña habilidad de transformar sus inquietudes en preocupaciones ridículas, ya la estaba escuchando, con esas preguntas irónicas que lo hacían trastabillar y perder el equilibrio de su esquema mental. Por cierto, no le era fácil hallar su interlocutor ideal, en un momento había pensado en Diego a quien ese día hallaba particularmente

receptivo de esas temáticas existenciales, claro que mechadas de mística revolucionaria. Pero Diego en ese clima de velorio y muerte entre lamentos y murmullos sobre la precariedad del ser y lo inexorable de la muerte, había quedado mortalmente impactado. Pálido y mudo permaneció el resto de la noche hasta que sin despedirse de nadie y sin que nadie se percatara, se esfumó.

Omar cumplió los tantos intentos que pensó necesarios para debatir y disolver su dilema existencial: todos malogrados. Tanto, que pensó en retirarse. No sin antes elucubrar una estrategia para evitar que Anabella lo siguiera; no soportaba el aire sobrador con que le rebatía todas sus preocupaciones. No lo hacía con ánimo de pelear sino por propia convicción de que se trataba de falsos problemas, a veces desde un punto de vista lógico; las más, desde un punto de vista puramente práctico, la peor de las alternativas. Eso era lo que más odiaba en Anabella, su filosofía de vida, regida por ese espíritu de verdad convertido en eficiencia para la cual cualquier devaneo sobre esencias y existencias era pura paja mental. Es verdad que en esta ocasión con penumbra y capilla ardiente, lloronas y coro de vírgenes, acaso se sintiera conmovida y abandonara su tono burlón, pero no había garantías por lo que Omar persistió en el esquivar. Dos o tres veces le estuvo revoloteando y él, simulando conversar con el Rolo o con Mariela, o con cualquiera que tuviera a mano. Total, ya tenía el tema regalado; el velorio y su organización, el muerto y el misterio que lo rodeaba, preguntas que resonaban y nadie podía responder, pregunta infinita, respuesta demorada, todo se ajustaba a sus fines de esquivar.

Los cánticos continuaron en una amplia gama de especies: *negros spirituals*, “Lacrimosa” de Mozart, fragmentos de Verdi, Bach, Pergolesi, selección de excelencia, voces bellas. En el intervalo, un sacerdote con monaguillo y vapores de incienso recita el responso y otros pasos ceremoniales se suceden sin que nadie responda los interrogantes. A eso de las doce, ya desahuciados, algunos renuncian y optan por retirarse. Omar también, pese a todos sus esfuerzos, al fin seguido por Anabe-

lla que desde hacía rato le rondaba con expectante discreción. Y ahí nomás se le clavó la náusea como una pesadez de vacío, como una carpa colgada de los hombros. Nada que ver con lo experimentado en la casa penumbrosa. Aquello era ceremonia, rituales, al fin, celebración de la vida a través de la muerte, como entre los mexicanos, fiesta de comunión de los dos mundos, terca imposición en el recuerdo, densidad de presencia en espíritu y materia, yo recuerdo, él recuerda, tú no me has de olvidar, suena como una letanía de alertas desbocadas. Ahora en cambio, era el vacío, la insignificancia, la simple y vasta experiencia del estar de más, esa soledad acompañada que se engrosaba como sus sombras caminando a la luz de una luna de verano. En los primeros pasos intercambiaron esas frases intrascendentes sobre lo fresca y agradable de la noche, a ver si no me olvido nada, que raro todo, yo pensé que era una fiesta, él apenas respondía y ella lo miró interrogante por su mutismo pero no se atrevió. ¿Temía un estallido? No, nada iba a estallar, a pesar del *affair* con Santiago, esa era la pena, no-peligro de fuego. Hacía falta una pelea, una pelea que disimulara, que justificara esa distancia, esa nada. Pero no hubo nada o hubo, sí, la nada, como tiempo y espacio vacío para lo que pudiera ocurrir y no ocurrió. Yuxtaposición de dos soledades, dos en sí sin puertas ni ventanas –se repetía Omar– el otro como una bestia dormida, a la vez impenetrable y fugaz. Pero Anabella no era una estrella fugaz, era más bien fuerza de alta densidad, armadura de peso con intenciones de atravesarlo en cuerpo y alma. El pequeño desliz con Santiago no tenía la menor incidencia. Aquella tarde-noche Omar había estado entre esquivo e indiferente, tanto se había interesado en los detalles de diseño de la casa de Elena que, en la confusión de las despedidas, Anabella terminó por esfumarse con Santiago, menos por deseo que por estrategia de supervivencia. Y ahora se repetía la misma historia: Omar se le escapaba como pez en el agua.

Camina por Acha casi diez cuadras, pura inercia, un acto mecánico que no los lleva a ninguna parte, ahora ella está un paso atrás. La distancia, como una pared invisible, les impide tratos convencionales para ponerse de acuerdo en una direc-

ción. No hay palabra que pueda romper el silencio de mármol. Anabella piensa en recomponer, está dispuesta a reconocer, a disculparse, a aceptar el debido castigo; Omar, piensa en Omar en su esencia y su existencia. Ahora Anabella está dos pasos atrás, la distancia física aumenta. Lamenta el largo de sus piernas, acelera y está nuevamente a la par. Pero Omar no se interesa en las disculpas, piensa en Omar, roe en la esencia de su ser y mide los centímetros de su existencia. El otro, como una noche neblinosa. Otra vez a un paso atrás. Anabella busca recuperar, ya sin fe. ¡Qué bello funeral! Esa música Quiero uno igual. Omar la mira de reojo, ahora están a la par, piensa en él, en sí, en la esencia, el cierre definitivo. Le trastorna que se pueda hablar tan livianamente de algo tan hondo, en su mirada de reojo hay un leve desprecio. Anabella no lo percibe. Cómo adivinar los vaivenes de la mente ajena, o se hace la distraída. Nuevamente tiene que acelerar. El cansancio por el esfuerzo le impide pensar. Se acerca la esquina de las definiciones, la de la estación..., Anabella busca en la cartera no sabe qué. Omar se desvía hacia el kiosko a comprar el diario del domingo, Anabella sigue haciendo como que busca algo; los dos eluden tomar la iniciativa. Ahora Omar se entretiene con los titulares, ella finge, él finge, finalmente Omar dobla cuidadosamente el diario, se lo pone en el bolsillo de la chaqueta. –Chau –dice, acompañando con beso furtivo y cruza hacia el otro andén.

A la semana siguiente, recién el viernes por la noche se comentó, en las mismas mesas del mismísimo bar, la verdad de la velada. No era más que un *happening*, el féretro, una caja vacía, más bien un grupo de tres o cuatro cajones de fruta cubiertos con un tapete de terciopelo. Los protagonistas, coreutas y músicos profesionales, más uno que otro artista vocacional: idea y puesta en escena de Marta Minujín. Algunos se mostraron indignados, no por devotos, sino por burlados; otros en cambio celebraron la ocurrencia y se sintieron agradecidos de haber sido elegidos espectadores de un evento artístico de tan alta calidad.

Omar no se ubicaba en ningún grupo, seguía rumiando dilemáticamente sobre ser una esencia como un *en sí* plegado y clausurado en caja de madera, o ser una existencia abierta todavía actuante y diciente recorriendo los días de un proyecto-promesa. Nada cambiaba en su estado de ánimo que se tratara de un muerto real y las consabidas ceremonias, o una pantomima montada en honor y culto del arte posmoderno. Cara de piedra sostuvo impávido, mientras se cruzaban en el aire las palabras de rechazo o aclamación: esto es una estafa, no hay derecho, se burlaron de nosotros, nos usaron. Y los otros: ¡extraordinario! una obra maestra, nunca he visto algo igual, cada detalle pensado a la perfección. JR que se había retirado temprano porque no es hombre de fiestas o tonos –hombre más bien de la casa, música clásica y lecturas científicas– no se sintió, sin embargo excluido para seguir opinando, ahora sobre arte posmoderno, y disertó durante veinte minutos para quien quisiera oír o no pudiera evitarlo. Al menos Mariela, otra vez a su lado, fue una de las orejas obligadas aunque no paró de dibujar ni hizo el menor gesto de disenso o aprobación. Sólo el que echara una mirada a su cuaderno podría conjeturar algo sobre su pensamiento. Allí estaba el féretro, los candelabros de plata, el cura con su monaguillo, un poco más atrás los coreutas ubicados entre dos coronas de flores y bastaba asomarse un poco para percibir que en cada rostro había, en la mirada, en la boca, un gesto casi imperceptible, de burla o sarcasmo. Así era Mariela. Omar con su mirada al infinito no se interesaba ni en las palabras ni en los dibujos. Omar ahora pensaba en Omar entreverado con Diego, que ese día, él –tan habitué–, no había aparecido por el Coto. Todos se preguntaban, pero Omar no podía quitar de la mira de su recuerdo, el rostro perturbado, entre ansioso y asustado, la última imagen de Diego que había guardado en su mente. Después de unos días alguien dijo que se había ido de viaje, rumbo para Salta, que la decisión la había tomado aquel mismo día del *happening*. Pasó mucho tiempo para que nos enteráramos que había

muerto en las guerrillas. Mucho más tarde, pasados los años, busqué y encontré la crónica de sus últimos días en google.

<http://www.salta21.com/La-guerrilla-de-Oran-Una-historia.html>

LA PREGUNTA DE PIGLIA

En su diario, Piglia, leyendo el diario de Pavese –como yo, seguro, espiaba en los diarios ajenos para ver cómo están hechos. Después de todo él me dio la idea cuando dijo que los escritores no leen para saber de la historia sino para saber cómo está hecha– se topa con el tema del suicidio y nos cuenta cómo fue el de Pavese: aquella tarde, después de un rechazo, una decepción, deja una nota. Pero el tema no es ese, Piglia deja una pregunta –no es el caso de Pavese–¿Qué ocurre después de un suicidio frustrado? Y la memoria se remonta a tantos años atrás, los 60, épocas del Coto, el caso de Camila Rey, ella tan dramática, tan perversa, no en el sentido de las brujas malas de los cuentos, sino en el más psicoanalítico de el que goza con la perversión, o sea una versión invertida, trastocada de las conductas cotidianas, ella que estuvo en su tinta cuando el *happening* del velorio, relamiendo el gusto ácido, el juego con la muerte; nada que ver con el culto mexicano hecho de jolgorio y muñecos de mazapán.

La historia tiene su origen cuando Ernesto Moral comenzó a rondar los espacios de Ari y su hermana Lara que aunque ni gemelas ni mellizas, también a los ojos de los otros aparecían como un dúo; una dupla y ellas sin saber, sabían –al menos de ese modo eran presentadas en la novela de Ernesto donde extrañamente, en lugar de dueñas de una librería aparecían como camareras del Barobar.

Lo de la librería era relativo porque más bien se trataba de un *stand* allá en los bajos del Cine Arte, que Lara había heredado de su amigo Ricardo, y ellas atendían con horario incier-

to según las ganas fluyeran. No pocas veces, cuando el interés por la película era mayor, lo dejaban al cuidado de los acomodadores que gentilmente se ocupaban de la venta. Tanta informalidad daba para todo, sea para que el mismo Ernesto, una vez hecho amigo se diera la libertad, digamos, no para robar, sino retirar prestado sin aviso, un libro de incierta devolución. Pero ese día Ari lo pescó infraganti y Ernes se puso más rojo de lo que era y murmuró algo ininteligible volviendo a colocar el libro en su sitio. Por entonces en el ambiente se usaba cometer estos pequeños hurtos en nombre de la cultura.

Ernes también era de Filo, con una diferencia; era de esos estudiantes latentes, seguro estaba inscripto pero era raro encontrarlo en clases. Ari nunca había estudiado con él, pero finalmente se hizo amigo, y andaba siempre rondando alrededor, por la librería, o por las clases de danzas desde donde la acompañaba hasta su casa en calidad de amigo. No hubo encuentros cercanos de primer tipo, salvo aquella vez frustrado en razón precisamente de estar en la casa paterna y volver de la clase de danzas toda forrada de calzas y body. No dado el caso de estudiar juntos alguna materia, tampoco se dio la oportunidad en el entremés de algún encuentro furtivo que justificara a los ojos de su señora esposa, Camila Rey, algún recelo o simplemente celos. Ari vivía la situación de un modo distraído, sabía o no sabía de Camila..., en esos años, en el ambiente no se prestaba atención a esos detalles para avanzar en esos encuentros cercanos breves y fugaces.

El caso fue que una tarde de primavera, en hora en que la librería del Cine Arte no era atendida por sus propios dueños con las hermanas, ausentes; los acomodadores, presentes; José, solidario y atento a las posibles ventas, llega Camila, inflamada, como borracha, pero no de vino. —¿Dónde está, Lara, Ariadna?— Por cierto, no sabía cuál era el motor de sus celos. Y ahí nomás, por no hallar respuesta, no ver a nadie, solo los ojos azorados de José que a punto de hacer una venta se queda con el libro suspendido en el aire, saca su 35 y se clava un tiro en el pecho. El acto fue veloz como un relámpago, en verdad le

faltó teatralidad, se ve que no ensayó. Actriz inexperta, improvisada, le faltó trabajo mental: pensar el objetivo, el conflicto, agudizar los conflictos..., dicen las reglas de la dramaturgia. Pobre performance, pero a ella no le importó, total ni público tenía, sólo José que no pudo terminar la venta y el comprador que se escabulló como si él mismo pudiera ser acusado del crimen. Pero Camila no murió, estuvo, sí, largo tiempo en el hospital recuperándose de un pulmón perforado. En consecuencia, Ernesto desapareció largo tiempo de la escena.

¿Suicidio frustrado, qué pasa después? preguntaba Piglia... ¿Realmente suicidio frustrado? O bien simulacro, previo estudio detallado..., acaso todo ese empeño previo de investigación científica –para estudiar el modo de matarse sin matarse– fuera el sustituto del ensayo faltante en la acción dramática que debía resultar de una exhaustiva evaluación de la situación; el conflicto, los oponentes, la peripecia y el posible desenlace. Camila no sabía ni quién era su rival, ni si había rival alguna, por eso su acción tan atolondrada y chapucera; por eso, improbable, la versión primera de que iba con intención de matar, ella tenía ya varios intentos de suicidios en su cuenta y tendría muchos más, hasta aquel en que le falló el simulacro y la muerte fue consumada.

Por eso la pregunta de Piglia quizá sea una pregunta ociosa porque en el fondo todo suicidio lleva la doble intención de éxito y de fracaso. Quizás esta idea sea solamente un desliz de alguien que nunca tuvo la desesperación en la piel. Quizás, sobre el suicidio nunca nadie, nada pueda entender.

DEL EXILIO

PARÍS NO ERA UNA FIESTA

Rella, tan afrancesada que de chica odiaba el inglés; mamá que dale con los idiomas, con el inglés sobretodo –cuestión de generaciones, la cultura pasaba por los idiomas– y le vaticinaba un destino como el de su amiga Cholita, profesora diplomada, y del Lenguas Vivas, que era lo más. Pero a ella no..., no le fascinaba lo de los idiomas; con el francés se vacilaba –no por el idioma– que al fin no era más que un canal, apenas un pasadizo hacia la sustancia en sí, sino por la historia, la literatura, la cultura francesa, la de los clásicos, luego, los “malditos” poetas, luego un Marcel, un Sartre. ¿Por qué sería? Se dice que desde la Argentina, la mirada enfoca a Europa, en suma, París. En México no, se mira más bien para arriba, lo mismo Perú. Ha de ser por eso, claro. Tiene su glamour, soñaba con esas cosas. Un París de película, una *Sinfonía de París*. Al fin un día llegó a la ciudad, como siempre siguiendo alguna deriva, acaso la de su amigo, el ecuatoriano, que no veía forma de alejarla porque ella se había instalado en su casa. Claro, porque él la invitara. Pero la pasión se había enfriado y quería recuperar su espacio. Por eso le sugirió que se fuera a París, que aprovechara, desde San Francisco, pasajes baratos para estudiantes. *Voilà*, el sueño en el acto. Llevaba un papel apenas presentable con dos contactos del propio Ecu: uno de un matrimonio amigo que rápido zafó en un llamado desde el aeropuerto de no más de tres minutos, “la casa es pequeña”. Pero la casualidad se activa en situación de viaje, digamos de nomadismo. Y quiso el azar que el matrimonio amigo lo fuera también de otros que pasaron a ser amigos y allí la llevaron para una cena y comprobaron la anchura y largura de la “pequeña casa”; así son los franceses. El otro contacto era el de Chantal que seguro había sido amante del Ecu, y que debió

haberse preguntado, ¿yo qué hago con esta? y, trámite seguro, la derivó al martinico que seguro había sido su amante y tenía un departamento nada despreciable. Pero el martinico no daba alojamiento desinteresado y ante la negativa de la intrusa, tras una noche de sillón la depositó muy temprano en el Hogar internacional. Entonces París ya no era una fiesta, ni película en sinfonía tecnicolor. París era esos sinsabores, los mil tonos de gris: gris teja, la francesa; gris pared, los mil edificios uniformemente grises. París la del *metró* para arriba, para abajo. Con su olor a francés, con su olor a ropa sucia. París de los inmigrantes gaboneses, argelinos, marroquíes, latinos varios, llamados *sudacas* que se mezclaban y socializaban en esos espacios colectivos que los franceses transitaban de incógnito. Era común entre los latinos la observación, “nunca me crucé con un francés”. Pero acaso el francés estaba ahí nomás, sentado en el *metró* al lado de uno, sólo que no se daba por aludido. Mejor no mezclarse, un no a ese intercambio inferior; francés apático, *cool*, con ese tono-gesto de *Je m’en fou*, y allá ellos. Francés patológicamente tacaño como aquél que alojado en hogar *sudaca* se rallaba su zanahoria para no poner para el asado o aquél otro que en Isla Mujeres se peleó con su compatriota porque, por haber pescado la barracuda, no quiso poner para el arroz. Franceses tenían que ser. Qué decepción, los “desarrollados”, qué mal ejemplo para los hermanos *sudacas*, ellos sí eran amigables, vanamente hospitalarios.

Escena de *metró*: se le escapan los lagrimones pero no le importa porque quién va a reparar allí, en país extranjero. Ella no entiende, qué le costaba al martinico hacerle el aguante un día más, acaso sólo unas horas hasta que se desocupara una *chambre* –porque en el Hogar internacional parecía haber bastante movimiento– en lugar de engañarla y dejarla con la valija en la puerta. En esas cavilaciones estaba cuando se le acerca, le habla él, empatía africana, después de todo no pasaba desapercibida. No puede creerlo, hay ojos que miran o simplemente ven, porque hasta entonces París le parecía una ciudad gris habitada por autómatas sin luz. Levanta la vista,

no ve motivo para no responder, se trata de un extraño, africano, uno no suele hablar con extraños, ni del propio palo, pero su *aproche* es sincero, entonces le cuenta. En verdad le cuenta porque sí, no es que haya pensado esas cosas y luego procedido, sino que fue todo uno como el agua del manantial. Como manantial también el *gabonais* en su oferta generosa de acompañarla en su ir y venir en busca de un lugar en esa tierra, que –ahora lo veía de cerca más claro y distinto– sólo podía ser escenario para una nostalgia de lo que no fue, ese campo intermedio entre la ilusión y la realidad. Del *gabonais* sólo quedó el recuerdo de la bufanda color bordó que la protegió de las crudezas del invierno parisino y la empatía africana, también *sudaca*. De los cafecitos parisinos...? Qué decir, si todos vivíamos bastante alejados y nos movíamos por la ciudad según nos permitiera la tenencia de boletos de metro lavados por el excusa, maestro en esas artesanías. Por fortuna, en cada posta se daba encontrar un chanta argentino que proveía esos artilugios varios para el *metró* o para el teléfono, recordar *El exilio de Gardel*, argentinos en París, gastando a la Telefónica. ¿Y Montmartre? Nada, ya había pasado la época de los pintores o escritores, ya entonces no era más que una portada pintoresca para los turistas. *Voilà* la renovación del mito en la película de Woody Allen. Sólo como milagro soñado se reaniman las figuras fantasmáticas en una sucesión de bailes nocturnos que se acaba cuando una de esas apariciones sueña a su vez su sueño componiendo los contornos de otra nostalgia de lo que no fue.

Coda: que bueno los dones de los nuevos dioses, internet para todos y estos otros aparejos, blogs, facebook, en que todavía no logro desensillar. Qué bueno que un domingo de aburrimiento se alumbre con un mensaje lejano en millas y años, muchas millas, muchos años, otras edades y que nos encontremos tan lejos y tan cerca en el recuerdo y reciba un saludo tuyo –del Ecuá– y un deseo, “que recordar sea un volver a vivir”. Ver *Pájaro de patas azules*.

CHAMBRES DE BONNE

La memoria se me activa ahora al ritmo de una novela cuyos personajes, recuerdan sus andanzas por México y París en los mismos años 70 en que yo oscilaba entre esas ciudades: Bolaños, *Los detectives salvajes*; nunca sabré el porqué del título pero no pasa nada. Lo que importa son las estrategias de la memoria, fue como una explosión de recuerdos bien dormidos que despertaron y me miraron con guiño suplicante de un lugar en el papel. Uno de los personajes –cuyo nombre no importa porque son tantos los personajes de esa *pinche* novela y no era de lejos de los principales –recuerda la *chambre de bonne* de Ulises Lima, la peor, dice, de todas las conocidas. Pero yo recuerdo la del Nolo, un triangulito con una ventana que daba a la *chambre* de enfrente, donde apenas entraba una cama, y una mesita sobre la que Nolo se empeñaba en su, por entonces, probable tesis sobre “movimientos sociales” que nunca pasó de ese rango. Por suerte, el día que debutamos le había prestado la *chambre de bonne* al peruano y tuvimos que irnos a un hotel. A mi casa no, que vivía yo en la casa bien burguesa de una familia de Nantes que me alojaba a cambio de pasear los niños dos veces a la semana. El contrato era bueno para mí, digamos barato, pero no lo debió ser para la señora de la casa que desde el comienzo pensó qué más podía pedir a cambio, por ejemplo, de agregar el desayuno. Eran contratos reglamentados por *La casa del inmigrante*, que le respondió que nada y entonces la señora optó por dármelo de todos modos para que no anduviera por ahí en busca de un desayuno, en fin para cuidarme la moral. La señora, de la *province*, donde anida rancio conservadurismo, siempre tuvo las sospechas encendidas. Pobre, no sabía bien de qué: cuestiones de forma porque no le gustaba que los amigos que venían a buscarme se recostaran sobre la pared del pasillo; o de ideología..., porque de husmear en mis lecturas salía agitada por el *tufillo* marxista. Otras veces se empeñaba en la corrección del lenguaje y no titubeaba en corregirme el *je* que yo pronunciaba como

si fuera *j'ai*. En fin, ella tenía un don especial para la síntesis, “ustedes los españoles pertenecen a otra raza que se acuestan tarde y se levantan tarde”. Estuve a punto de recordarle que era argentina pero desistí porque comprendí que para ella lo español era un concepto generoso y global que abarcaba todo lo español, portugués, latinoamericano, acaso algo de lo africano, una raza que estaba más allá de Los Pirineos, en suma lo no-francés, claro que del lado de acá. Creo que desde el comienzo se había arrepentido del contrato y buscó la forma de echarme, lo que finalmente logró cuando para Semana Santa me atrasé un día en el regreso y me entregó en mano –claro había llegado a su propia casa– un telegrama colacionado dándome el olivo. Entonces me mudé a la *chambre de bonne*, el triangulito del Nolo y pude conocer las penurias de un invierno en París: los baños en el pasillo; nos bañábamos a baldaños de agua fría en los agujeros de los antiguos pozos ciegos, nos calentábamos sólo con abrigo. Pero la pasé bien en París.

CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

NORTE Y SUR

Sobre dos películas vistas reciente y sucesivamente: una, la de Bergman, *Saraband*; la otra, *La sal de la vida*, griega, también conocida como *Política Kouzina*, o *Toque de canela*.

Diferencia entre la visión nórdica y mediterránea sobre la vida y los hombres que viven esa vida. La primera, desesperanzada, turbia, falta de luz. La segunda, un canto a la vida más allá de los infortunios, mezclada con los buenos frutos de la cocina casera –donde en una caprichosa inversión– las albóndigas se sazonan con canela en lugar de pimienta. Mi-los aprende de su abuelo estos secretos de lo no visible que le pueden recompensar con el baile de la niña amada. Vendrá la deportación y la tristeza de los seres queridos dejados atrás, la pena de los reencuentros varias veces incumplidos, pero siempre estará la alegría que viene acompañando esa comida fabricada con mucho amor y alguna dosis de picardía.

La otra, *Saraband*, pesimismo nórdico, mundo sórdido con unos relampagueos de esperanza desmentidos al final. Queda la pregunta de si ellos se aman. Ella, probablemente, pero da una vez más contra la pared, la visita es vana. Aunque acaso no tanto, porque ella sabe al fin quien verdaderamente es él, conoce toda su escoria y persevera; no hay nada que pueda vencer su amor aunque se trate simplemente de eso, de volver a verlo, tocarlo, sentir un poco de piedad por ese corazón tan frío. Sólo se salvan las mujeres; el lado del amor puede, siempre, proveer una redención. La historia es continuación y final de *Escenas de la vida conyugal*.

La diferencia entre norte y sur: la vida es dolor o acaso ni siquiera dolor, sombras nada más y miseria humana o la vida es esta turbulencia, mezcla de todas las cosas con dolor y alegría porque sí, a pesar de todo.

Y luego, la de Kusturica, *La vida es un milagro*, otro ejemplo de la *weltaushang* mediterránea. En medio de guerra y destrucción, los personajes se las arreglan para seguir viviendo, amando, celando, abandonando y enredándose en un loco amor al que se juega todo. ¿Traición a la patria?, algo más: el padre finalmente, después de tanto desear el retorno del hijo cautivo y actuar en consecuencia custodiando a la prenda del canje, ya no está tan interesado en recuperar al hijo como a no perder a la amada, la prisionera por la cual debía canjearlo. El genio de Kusturica convierte al contenido en ritmo, la historia envuelta en una atmósfera alocada que expresa más que mil palabras, esta implacable verdad: “la vida es un milagro” que es preciso explotar en todos los sentidos posibles en que se pueda interpretar.

MÁS NORTE-SUR

No sé por qué, será casualidad que hoy, julio de 2018, escuchando a Nacho Levy –dirigente de La Garganta poderosa, en el programa de Zloto denunciando como la po-

licia madrileña detuvo por cuatro horas a toda su comitiva al llegar al aeropuerto de Barajas— me acordé de Francia, la de hace 46 años. En esa época España era la España de Franco, ¿qué se podía esperar? pero Francia..., Francia era la democrática, la de las libertades cívicas y otros cantos. Me acordé de cuando en dos oportunidades; una, en una vuelta por tierras de Bélgica, en un paseo por los Castillos del Loira nos detuvo la policía francesa —democrática ella— no por 4, sino por 6 horas y nosotros no íbamos al parlamento europeo ni éramos dirigentes de un movimiento popular de villeros, apenas estudiantes de un tour. Motivo: no tener despejada la ventanilla de atrás, dos pulóveres y un bolso de mano lo que dio lugar a otras inspecciones. Al Nolo le tocó buscar un balde y lavar la patente. Motivo real, un auto modelo caduco para esas latitudes con cinco sudacas dentro. Peligro pues, ¡investigar! Los franceses saben detener, siempre por portación de cara, ¡alerta! Sudacas en un coche, en número de cinco. Peligro de subversión. Hoy como ayer por los tiempos de los tiempos. Nos revisaron los brazos por si éramos drogadictos, nos revisaron la literatura por si éramos subversivos, nos encontraron revistas del Mapu chileno —problema mayor— hubo llamados de seguimiento; en mi caso a la Madame que era de Nantes —familia de notables en el villorrio— que rauda, entró a mi cuarto y revisó documentos y literatura. Todo abonaba a la sospecha, tufillo marxista, tufillo subversivo. Al fin, no había nada concreto y tuvieron que liberarnos.

Otra cosa fue para las Pascuas, allá en el norte son vacaciones, salimos con el viejo Peugeot y los cinco *sudacas* —otros— para Italia esta vez, enrumbando hacia Roma. Primera diferencia: llegamos a la casa de alguien nos había dado las coordenadas. Nos abren la puerta, “ustedes son el amigo del amigo de la novia de fulano”, tal cual, así se hacía siempre y las casas se abrían, al menos entre nosotros los *sudacas* que siempre hospedábamos a los franceses. No se hacía entre los franceses, esos que en París nunca nos cruzábamos, o recordar aquello de, “porque la casa era chica”. Los italianos fueron otra cosa,

nos abrieron las puertas, nos acogieron a los cinco y esa misma noche hicieron fiesta para que conociéramos a sus amigos.

Lo más interesante fue la vuelta, rumbo al norte, pasamos por Milán y más allá, se nos queda el coche. Manuel, que entendía poco de mecánica, lo mira y no sabe. Pero al fin supimos: no tenía arreglo. Duelo por la pérdida y más al enterarnos de que no se podía dejar tirado en la ruta. Hay que sacarlo y en eso estábamos, con cara –seguro– de drama y de no saber qué hacer porque empieza a caer uno y otro –italianos ellos– que preguntan y se ofrecen a llevarlo al finado, venderlo como chatarra y entre ellos discuten y proponen mejores ideas. No era puro bardo, ellos se ocupan de todo. Nos llevan a Domodossola, ciudad alpina, la más cercana, en la frontera con Suiza. Para entonces ya eran cinco los arracimados, solícitos y compitiendo para ayudar. Arrastraron el coche, lo vendieron, nos llevaron a una taberna, trajeron vinos y salames y nos homenajearon como visitantes ilustres. Entre vino y vino no sabían ya que ofrecernos; uno de ellos no podía aceptar que al día siguiente nos fuéramos haciendo dedo, y nos ofrecía para el pasaje, otros se sumaban, era una lluvia de ofrecimientos. Nunca habíamos visto tanta gente junta, solidaria y contenta de poder ayudar, no olvidaríamos tampoco que en un momento todos, como acción de rebote, fueron sacando orgullosos su carnet del PC.

También, notamos la diferencia al regresar al norte. Otra vez franceses, otra vez. Recordarán a la señora de Nantes, con burguesía provinciana. Tan asustada estaba ella al revisar el cuarto de la *sudaca* que estaba infectado de literatura subversiva. Fue ahí que me entregó el telegrama mandándome a mudar.

DE PLAGIOS Y ROBOS

Los entrevistadores son unos bobos porque se copian las preguntas, todos le preguntan a Roberto Bolaños sobre

su práctica de robar libros. Está mal, es como plagio, pero como son meros periodistas se creen con el derecho, como si fuera que para ellos no corre la regla. Yo no lo soy, porque cuento lo mío, y no le pregunto nada. Para qué, si yo lo viví.

Era costumbre entre nosotros el robar libros. En parte, necesidad; en parte, un deber. Lo lucíamos como una hazaña, había técnicas que tanto se transmitían como se guardaban con recelo. Caer una vez no era causa para desertar sino para emproljar. Perfeccionar los procedimientos. Todo un desafío que el orgullo no podía rehusar, como en el juego, un jugador de estirpe no se amilana. Yo pasaba buenas horas en las librerías mirando y leyendo de parada, pero en esos casos había que comprar. Para robar la operación tenía que ser más rápida. Cuando al fin salía con el libro era la sensación de haber renovado una parte del cuerpo o del alma. Nacer un poco. El juego se parecía al de las figuritas. El coleccionar, había que completar el álbum, me falta un Borges, un Cortázar y se hacía lo imposible para conseguirlo; después no importaba leerlo, era lo de menos; “tengo montones de libros que no he leído ni pienso leer, sólo ojearlos tal vez. El asunto era tenerlos, completar la serie”. Esto sí se lo robé a Bolaños porque es una afición de varones, lo mío era de selección, por estricta necesidad, hasta para el robar era gasolera.

En la película *El asadito* se pinta bien ese rasgo del argentino, porteño, dos de los personajes se enfrascan en una competencia para decir cuántos cilindros tienen variadas marcas de auto; conversación sobre números tan vanos como exactos. Me recordó el encuentro de dos intelectuales amigos que se enfrascaron en una competencia por el número de libros de sus respectivas bibliotecas. En ambos casos se trataba de varones, en ambos casos interés puramente numérico, en ambos casos porteños, acaso argentinos, acaso el tipo humano se amplíe a otras latitudes, pero siempre varones, inclinación por el número. Nosotras, las mujeres, para no hablar de calidad, que resulta un tanto petulante, sería por el matiz, el pequeño detalle. Eso también lo reconoció Victor Hugo en la radio y ya lo cité.

VENDIENDO BIBLIAS

Otra cosa que hice en EE. UU. –allá por los 70 además–, además de ser *baby sitter*, profesora de español, atención de caja y reposición de minimarket –un flash me desoculta el recuerdo, la memoria como un arcón lleno de retazos que una mente ociosa se entretiene en recuperar– fue: vendedora de biblias. Episodio que aparece descontextuado como fragmento de sueño. Lugar: San Francisco. Sin más detalles pero cuáles fueron las circunstancias que me llevaron al umbral de la casa donde una puerta se abriría para instalar la escena. El trabajo –como el de encuestadora– me atraía porque me sumergía en mundos subterráneos, escondidos, no que realmente hubieran buscado esconderse, sino que nomás estaban tapados, como esas cosas que nadie las tapa pero no se ven. Las casas en San Francisco son todas igualitas, parejas por fuera, pero adentro, adentro se ve que las casas de negros son diferentes y tienen muebles, rústicos, escasos, mínimos. En plena ciudad me recordaban los ambientes de las zonas marginales de *Baires* que visitaba de encuestadora, la misma amabilidad del carenciado que recibe con esperanza desgana. Yo recordaba algunas películas y el ambiente se parecía, hubiera deseado que me dedicaran un negro espiritual. Les decía las palabras programadas con que los instructores nos lanzaban al ruedo; sin convicción, recitando de memoria, gesto torpe y apurado de quien quiere acabar con el trámite. Las manos se extendían para recibir los libros. Los acariciaban, los hojeaban –por un momento los sentían suyos– luego los devolvían diciendo ahora no, yo entendía y no insistía. Nunca vendí nada. En solitario había firmado un acuerdo tácito de que no se consumiría la estafa, ellos acaso lo conocían..., el acuerdo secreto, pero se hacían los distraídos, eran hospitalarios.

COMO DE PELÍCULA

De París regresé a Berkeley, con la idea de juntar plata para mi viaje soñado: Latinoamérica bajando. Esta vez, hallaría un nuevo obstáculo: el alojamiento. Tenía conocidos y –aunque llegada en estado de precariedad– un refugio donde guarecerme, iría a lo de mis amigos: Edel, el mejicano y el abuelo –así lo llamábamos porque era mayor que nosotros– era cubano además, que rápido reaccionaba cuando alguien sugería lo de gusano. “Que no, que no, que yo soy de antes de Fidel, huido de Batista”, apuraba para que no lo confundieran y remataba con una anécdota demostrativa que narraba con toda su parsimonia sin cuidado de cuántas veces los otros la hubieran escuchado. Ellos consentían porque con sólo mirarlo, era imposible engañarse, nomás en el atuendo llevaba impreso el estatus social, pero lo mismo lo *bardeaban*. Edel y el abuelo compartían un departamento de dos dormitorios, por tanto no quedaba lugar para Ari, pero generosos como eran –porque eso tienen los latinos que siempre te hacen un lugarcito– le ofrecieron el garaje de la casa que quedaba separado y tenía puerta que no era de calle y era fácilmente vulnerable. Así ocurrió aquel día en que se le metió el *freak out* y Ariadna superasustada –imaginando la escena de violación y muerte– salió disparada dejando al sujeto dueño de su territorio. Sujeto que no tardó en abandonar el lugar; total era un *freak out*, qué iba a saber de nada.

Ari tampoco sabía, y a caballo regalado no tantas vueltas. De modo que aceptó con gusto y se instaló. La cosa era cuando llegara el Nolo y ya no hubiera cómo acomodarse. Estaba esa frase que decía “nos vamos a arreglar”. Pero no, no podía imaginarse allí, tan apretados, tan en carne viva para la intimidad. La de uno, no como pareja sino como individuo, indiviso, uno y el mismo. Eso pensaba Ari dándole vueltas y vueltas mientras esperaba la llegada del Nolo desde París quien, terminada su beca de posgrado, pasaba por el imperio para hacerse –él

también— unos mangos antes de regresar al Perú natal. En eso estaba cuando: ¡oh, golpe de suerte, ellos, el cubano y el mexicano se mudaban y le dejaban el departamento todo entero, garaje incluido.

El tema, entonces, era dar con el *roomate* ideal. Alguien que compartiera; toda una institución, sobretodo en Berkeley, ciudad universitaria donde nadie tiene para cubrir el alquiler. El resto corrió por parte del Nolo que era de hacer amigos. Por cuestión de compatriotas, esta vez, se trató de un peruano juntado con una americana. Todo se resolvió de diez. Cada pareja en un dormitorio, conviviendo tranqui por uno o dos meses. El tiempo quedaba un tanto indefinido.

Ari no recuerda, porque para ella el tiempo era homogéneo, con jornadas iguales. *Click caja* repetido al infinito —y en el entretanto ver si podía birlar algunas monedas, total las cuentas siempre le salían mal— o el sonar más denso y grave en el *stokeo*. Los cajones cayendo, acomodando por horas y horas —no importa cuantas— el tema era hacer unos pesos para viajar por Latinoamérica. Llegar bajando, paso a paso. México, Centroamérica, Colombia, Perú, Bolivia. Era su plan secreto, para el cual fueron diseñados los pasos previos, todos los santos movimientos y afanes. La cosa era que Ari llegaba del *mini-market* molida, apta sólo para tirarse en la cama, mirar el techo, recuperar en la siesta —ya tardía— después de las sagradas 8 horas —desde Sacco y Vanzetti— reglamentarias. Nada importaba el momento del día. Sólo importaba la urgencia de tomar la posición horizontal y el descanso del ruido mundanal. Hambre inmensa de paz y silencio. Así transcurría su tiempo de santa monotonía. Detrás vendría el premio prometido; viaje al sur. Última etapa del ciclo soñado.

Pero una tarde el silencio se rompió, comenzó como un raspado, entre sueños, Ari no acertaba, pensó en una rata. Demoró en levantarse, todo el cuerpo le pesaba, al fin lo logra. No era rata, no en sentido literal, era ella, la gringa, que rasqueteaba la pared. Ari la miró fijo. —¿Qué pasa? —¿Qué quiero pintar la casa. En síntesis en un ir y venir de frases punzantes,

poco amistosas transcurrió el diálogo en donde le hizo saber. –Uds. se tienen que ir tal como dijeron, que ya estamos a fin de mes, por eso comienzo a pintar”. Ari, azorada, no recordaba para nada su promesa, en todo caso no era una promesa sino que era un decir. No era ninguna condición, ningún inciso, ninguna letra chica del contrato que por lo demás no hubo, sólo la palabra nuda entre amigos; los varones, porque ellas no intervinieron. O acaso la gringa sí, indirectamente, a través de órdenes impartidas a su peruano. De haberlo dicho, seguro, habría sido una idea vaga, sin urgencia, tan probable como no necesaria. Y sin embargo..., se preguntaba: por qué tanta urgencia, por qué tenía que rasquetear justo cuando ella llegaba del trabajo, porque no había signo de que hubiera comenzado una hora atrás sino apenas unos minutos antes. “Tiene que ser ahora”, le respondió adivinando su pensamiento.

Se acordó de Edel que varias veces le había advertido, cuídate de la gringa. Pero ella no quería caer en ese resorte maniqueísta, esa discriminación negativa, tan en boga. Pese a no militar en ningún culto a la objetividad, pensaba que mejor cuidar las formas, no adelantarse a los hechos y dejar que la realidad fluya sin prejuicios, esperar en todo caso que se transformen en posjuicios. –¿Por qué ahora? Mirá ,yo vuelvo muy cansada del trabajo y necesito relax –balbuceó– algo avergonzada de ya sentirse derrotada. –Porque ustedes se comprometieron a irse a fin de mes y necesitamos pintar –respondió con tono de “tomátelas, piba, que estás floja de papeles”. Ari que no lograba enfocar en el tal compromiso, volvió a recordar las advertencias de Edel; se confundía también por lo bizarro del argumento. “Ustedes, o..., vos –ya que él no aportaba opinión– tenés que pintar porque nosotros nos comprometimos a irnos No será al revés, vieja bruja, que pintás, a la hora de mi siesta para que hastiada apure mi huida?– Fue rápido, no hubo muchas palabras, además en inglés. Así era la gringa, el idioma, también vehículo de transmisión de la sustancial materialidad de su poder. Tenía razón porque estábamos en can-

cha ajena, itodo era tan obvio...! y no se demoró en lanzar su amenaza, “mirá que te denuncio a migraciones”. ¿Cómo sabía que tenía la visa vencida? Tal cual , había estado revisando sus papeles. Se acordó de la dama de la *province*, allá en París, que también *remeschaba* entre sus cosas en busca de chances para rajarla. La situación comenzó a teñirse de una cualidad viscosa. Recordando las advertencias de Edel, Ari comenzaba su autocrítica por lo bajo, sin palabras, un poco avergonzada de sus escasas dotes de psicóloga, su nula capacidad de adelantarse a los hechos. Sin embargo, pese al bajón, al descenso por debajo de la línea de empate, Ari pudo remontar y decir, “que no tenés derecho, que yo no prometí nada, no puse fecha, que la casa me la dejaron a mí”. Todo eso dicho entre gritos que terminó en un portazo de Ari encerrándose en su cuarto después de arrancarle la espátula y una colección de lijas de distintos grosores. Lo último que se oyó fue el chillido histérico de la gringa y dos ladridos de perro ajeno. Reconfortada con su triunfo, arrojó los instrumentos de guerra debajo de la cama, y se acostó mirando el techo hasta que le llegara el sueño. Poco logró, los ruidos se sucedieron de todas las especies, en cada uno la adversaria decía aquí estoy yo en pie de guerra. Entonces Ari comenzó a vacilar, a ir perdiendo piso en el campo de la victoria, sentía que se iba desinflando; al fin llegó el Nolo que terminó de destruirla..., con su peor cara de preocupación. “¿Y te vas a quedar ahí sentada? La tipa te va a denunciar.” Ni se le había pasado por la cabeza, otra vez, la confianza idiota, el esperar que el otro “que va , no se va a atrever” ¿por convicción, por comodidad? Era una pereza de alto costo. Discutieron un buen rato hasta que el Nolo propuso ir por otra opinión, total Edel y el abuelo vivían a la vuelta y allí, por la tarde se juntaban los vecinos –todos eramos vecinos, los latinos, y si había algún argentino seguro había mate–. Se deliberó, se resolvió que Ari no debía volver. “Quédate a dormir acá” sentenció el cubano. Ella no estaba convencida. Para nada creía en la amenaza de la gringa pero se rindió a la fuerza de la experiencia y el número.

A la mañana el Nolo llegó pálido, “vinieron a buscarte a las 7 de la mañana, estaban sacados, no hay otra, vamos a San Francisco”. No tenía nada que decir, había sido doblemente derrotada. Ni siquiera pasaron por la casa. En el consulado, el hombre –muy amable– entró en conversación con el Nolo –eso tenía el Nolo que con poco se hacía un amigo– supera-gradecido porque ese año había recibido en Perú la condecoración sanmartiniana, allanó todos los pasos y nos dio una semana para rajar. Segundo paso: ir al banco, cobrar el cheque del Nolo. Y allí en la cola, se le acercaron, como de película, los mismos *rottweiler* que tanto había visto en los policiales gringos, –“Documento”–, y allí se lo quedan mirando, como quien busca el detalle minúsculo que delatará al asesino serial. Sudor de manos, de frente, temblequeo de rodillas. Poco a poco la cara de satisfacción animal y gesto de relamerse ante la presa, comenzó a virar hacia la imperiosa desazón, digamos, genuina frustración de ver caer sus ideales de servir a la ley, y tres breves frases estilo ping-pong. –A dónde se dirige. –A México. –Que tenga buen viaje. Igual también que en las películas, claro, cuando esta termina bien y los protagonistas logran pasar la frontera mexicana. Al salir, el Nolo le confirmó que eran los mismos que fueron a la casa; nos habían seguido toda la mañana.

Tercer round: ahora sabía Ari que la gringa era una *h de p* y por tanto capaz de su segunda amenaza. “Te voy a sacar las cosas a la calle” le resonaba, ahora sí, en los oídos. Y esta vez los dos de acuerdo decidieron antes que nada pasar por la comisaría para informar y prevenir. Los polis fueron amables, explicaron que no tenían derecho a sacar las cosas afuera y que si tal cosa hicieran, los llamáramos. Ya llegando, desde la esquina vieron el montículo de ropa y las valijas al lado el acto de crueldad mayor fue que ni siquiera las habían armado. No tuvieron tiempo de entrar a la casa, cuando después de llamarlos por los mismos aparatos que los polis les habían procurado para ese fin, los vieron aparecer con sus *walkies-talkies* en gran despliegue de personal uniformado, voces de mando y ruidos

varios. En inglés entre ellos cambiaron algunas palabras; la gringa fue pasando de la exaltación a la bronca contenida y finalmente le dio la orden a su peruano, quien solo, cabizbajo, sin chistar, volvió cada cosa a su sitio. Ella solamente miraba.

LIMA, PRIMERA IMPRESIÓN

Llegué a Perú en el 76, con el golpe, el de aquí, el sangriento; el de allá fue después, moderado, casi democrático, un cambio de fichas, de consecuencias, casi imperceptibles. Recuerdo el primer día, yo ya conocía Lima, pero la conocía de estar de paso, por eso no me había hecho ninguna pregunta. Ahora sí me preguntaba, recuerdo que era en el parque a la vuelta de lo de Lucha, un parque desgredado, me preguntaba si eso sería para mí, si no extrañaría mi ciudad. Todavía no conocía bien los barrios residenciales Miraflores o Barranco donde al fin fuimos a parar. Recuerdo que me pregunté pero no me respondí, no sabía, pero al día siguiente me olvidé y no me pregunté más nada. Desde entonces fueron puras observaciones que no llegaban al plano de lo consciente. La pasé bien en Lima.

LOS OJOS DE MARITO

No hay lugar mejor que el trabajo para acopiar notas sobre los tipos humanos, pero no se trata de eso, Ariadna hurga en esos lugares para ver si puede trazar un bosquejo de cómo se arman amistades. Había para ella una historia repetida: en cada círculo nuevo atravesaba una etapa de aislamiento hasta que alguna persona la rescataba. No para arrastrarla al conjunto sino para establecer una ligazón secreta, una complicidad que construía una oposición de barrica-

da dominada por cierta intransigencia. Aquella vez fue Sonia quien se le acercó, atraída probablemente por su condición de extranjera. Sonia era de aquellas personas que se hallaban casi permanentemente peleadas con el mundo en torno porque no sentían que el mundo –hecho de esas personas vulgares con que nos topamos todos los días– podía nunca comprenderla, insuflada, henchida de un aire aristocratizante. Temía en realidad que los demás no fueran capaces de captar la diferencia, por eso –pensaba Ariadna– simpatizaba y se sentía atraída por lo extranjero, y lo extranjero ahí era ella, que vivía algo aturrida y todavía como en nebulosa, pues hacía poco que había llegado al Perú. A ese mundillo de celos y envidias fundado casi exclusivamente en cuestiones de color y procedencia y que se expresaba en la antinomia, limeños contra serranos, blancos contra pardos; aprehensión atenta de los grados de la blancura y de la zambería. Ya antes del rescate de Sonia, Ariadna había sentido el filo de la espada que caía más cómodamente sobre ella por ser desconocedora de los códigos. Acaso fuera precisamente por esto que Sonia se solidarizó y comenzó a tejer los hilos de lo que sería una larga amistad.

Sonia llevaba un caminar nervioso y una gesticulación excesiva, reflejo visible de cierta inquietud o bien en su caso de verdadera angustia que contrastaba con ese aire de frivolidad en que se traslucía una voluntad un tanto artificiosa de ser una muchacha *chévere*, alguien que al menos a los ojos de los otros sabe pasarla bien. Su amiga entrañable de la escuela media, la Machi, adornada de los mismos atributos sintetizaba esta actitud frente a la vida con una frase que le era consubstancial “no hacerse paltas”. Era esa condición que Sonia quería sostener para sí, la que le hizo durante meses esquivar los brazos de Marito quien –enamorado e invasor– quería conducirla por los carriles de la seriedad. Siete años menor que ella en una edad en que estas diferencias son poco soslayables, había merecido sin embargo el apelativo de “el viejo” por ir a contramano de su ritmo alocado. Pero más se resistía a su abrazo, más iba cayendo en la telaraña hasta que finalmente Marito

quedó consolidado como “el viejo” y ella se fue haciendo cada vez menos chévere.

Pero antes de caer en la red, Sonia caminó y hasta corrió con su paso nervioso por techos y cornisas. Devoraba a Proust su autor predilecto y en los momentos de recreo que ellas mismas se tomaban –cuando por fin pudieron sustraerse del conjunto y constituir equipo de trabajo independiente– volcaba sus propios relatos, mezcla de episodios vividos y productos de su imaginación envueltos en la atmósfera proustiana. Ari escuchaba fascinada esas historias que hallaba tanto más interesantes cuanto más Sonia arrastraba la atmósfera decimonónica a su entorno cercano. Vizcondes y marquesas se transfiguraban en los personajes cotidianos de aquella misma oficina, en tías y abuelos, vecinos y fulanos que estaban a la mira de sus aventuras. El ojo crítico y mordaz era aplicado sin piedad a todos y cada uno, empezando por ella misma, una *Saint Mary's classic*, así autocalificada como corolario de haber sido pupila de ese renombrado colegio, donde ni en el recreo les era permitido hablar el español, y el uso de nuestro dulce idioma era reprimido con los más abstrusos castigos. Era tema recurrente la evocación de esa vida de estudiante entre monjas y lolitas, cuyas pautas y modelos de conducta se volvían tanto más antinómicas, cuanto más las de aquellas se hacían extremas y rígidas: así las “madrecitas”, no podían contener los ímpetus vitales de sus discípulas, que vivían esa etapa de la vida como caballos desbocados en el corazón del incendio.

De esos recuerdos quedaban todavía unos tizones encendidos, ansia de vivir que no quería quedarse mecida por la costumbre, y un gusto por la aventura sabrosa y ligera que rindiera culto al lema de las *Saint Mary's* de “no hacerse palatas”, “la vida es un vacilón”. Sonia estaba a la pesca, no era que se propusiera pescar un bagre o un pez espada sino que tenía la convicción de que en algún café de Miraflores, en ese *vernissage* a que la invitara Analuz, o a la vuelta de cualquier esquina era posible hallar a esa persona interesantísima, varón o mujer que le abriera las puertas de la vida-vacilón. El

problema era cómo deshacerse de Marito que no estaba en su casa esperando que llegara sino que lo tenía allí mismo en el lugar de trabajo, que ahí se habían conocido y él, que no ella, quedado prendado. Ocurría entonces que ambos salían más o menos a la misma hora, –dependiendo, claro, de las urgencias que se tenía en mano– del mismísimo sitio y al modesto e ingenuo modo de ver de Marito, hacia el mismo nidito de amor –modo en que él sentía la casa. Casa que todavía era de ella quien, recientemente separada, tenía pocas ganas de anidar de nuevo. Pero no había ninguna promesa sellada, por lo que Sonia no se empeñaba en las excusas o en las coartadas, y sólo se lanzaba al ruedo, rogando que la casualidad, en esa Lima tan pequeña, no los volviera a reunir al menos por lo que quedaba de la jornada.

Vamos a ese *vernissage*, decía Sonia para arrastrar consigo a Ariadna, no en tono de pregunta sino de imperativo a medias tácito, porque en el fondo estaba convencida de que el ir al encuentro del vacilón era un deber que se hacía extensivo a todas las personas de su estima. Y Ariadna la seguía no porque compartiera la misma convicción sino un poco por inercia otro poco por curiosidad, otro poco porque lo mejor que le podía ocurrir, en el marco de su presente rutina, era estar con Sonia. Y sin embargo no duraba mucho en esos eventos donde Sonia saludaba a medio mundo conocido y entablaba conversación con el otro medio por conocer mientras ella solía quedarse prisionera de un corrillo de personas donde hablaban varias a un tiempo o abrían foro por los costados, uno nunca sabía donde iba a quedar enganchado ni cuál sería la conversación más interesante. Aparte Sonia siempre estaba en otra parte. Perdida entre el humo y el tintineo de las copas. Ariadna se retiraba temprano pensando: “mañana en uno de esos recreos que nosotras solas nos autorizamos me lo contará todo”. Porque era en los relatos de Sonia donde esos aburridísimos eventos cobraban vida y se poblaban de detalles insólitos, mil y una aventuras secretas que sólo se rebelaban a sus sabios ojos; el chisme como una araña iría tejiendo la tela de

invisibles e insospechados vínculos. El evento no era más que la escena menguada de un mundo de intrigas y cientos de episodios que ocurrían, habían ocurrido, o ocurrirían entre bastidores. A veces, pensaba que tenía que prestar más atención a los atuendos, al color de los vestidos, del pelo, a los anteojos, a los peinados para que los personajes de los relatos se correspondieran con aquellos seres reales que hasta el momento no eran más que figuras físicas sin historia. Pero esto era bastante difícil porque Ari no era fuerte en el arte de mirar sino en el de escuchar.

Sin embargo aquella vez del *vernissage* de Analuz, Sonia no se demoró en el tejido de los chismes. “No sabes con quien estuve conversando, con el agregado cultural de México, una persona interesantísima”. Sobre la aplicación a personas del atributo de “interesante” ya habían tenido algunos desencuentros. ¿Cómo sabés que es interesante? le había preguntado en varias ocasiones en que no había indicios para una tal apreciación, “pues porque es el cónsul de ...”. Para Sonia una cosa era sinónimo de otra, no es que la conversación le hubiese revelado una personalidad asombrosa, era más bien el cargo que ocupaba el que definía el grado de su ser “interesante”. Por eso, a pesar de la agudeza perceptiva comprobada y actualizada en su arte del narrar cuando se trataba de las historias de otros, muchas veces en las suyas propias se engañaba y terminaba murmurando improperios contra aquel idiota vestido de alto cargo que se había cruzado en su camino en busca del vacilón.

La historia con Darío, la persona interesantísima fue larga y tortuosa, porque Sonia –recientemente separada y con pocos deseos de reincidir– se enamoró. Probablemente porque la tal persona cumplía todos los requisitos en negativo para el tal *metejón*: mucho mayor que ella, casado aunque separado, con hijos de su edad, sobretodo hijos de su edad, hacia quienes –dado el caso– podría orientar la marcha indeclinable en busca del vacilón. Y sobre todas las cosas, planeando la sombra –siempre presente– de Marito, como guardián, como espía, amante eterno, espera infinita. –Sabés que es lo increí-

ble, ¿por dónde se apareció ayer tarde?, me fue a buscar a la peluquería. Tijeretazo va, tijeretazo viene de las habilidosas manos de Orlando. Comienzan a configurarse unos ojos, allí en el espejo donde se refleja lo de atrás, los ventanales, lo que está detrás de los cristales, los ojos de Marito, que me buscan, que me clavan, me sofocan, me aman, me panoptizan. Arquitectura circular, alta torre, cubículos de cristal, todo se ve. Los ojos del centinela son los antiguos ojos de Dios que todo lo veía, muerto Dios quedó el panóptico con su centinela dentro, trenes rigurosamente vigilados. Vigilar, no castigar, los ojos de Marito sólo miran, ni un reproche, ¿y qué me iba a reprochar, que me estuviera cortando el pelo? No, no se trata de eso, Marito no reprocha nada pues no hay contrato, ni promesa sólo el “mientras estoy con vos” de Sonia y su paciencia infinita.

Durante la historia de Darío los pasitos nerviosos de Sonia se volvieron más nerviosos. Cinco y media en punto de la tarde nos encontraba con las carteras en la mano. Sonia contaba con que Marito quien todavía conservaba la mística revolucionaria de los primeros tiempos, pues trabajábamos nosotros para la Reforma Agraria y había que entender –nos decía sugerentemente nuestro jefe de proyecto que cobraba en dólares 20 veces lo equivalente a nuestros brillantes y luminosos soles, y sí, partía raudamente a la cinco y media de la tarde– que ese horario de salida era puramente nominal, que lo que importaba eran los productos. ¿Cuántas veces, brotados de esa mística revolucionaria, nos amancimos a la espera del parto de ese producto absoluto, la gema preciosa? A Ariadna, la mística la había abandonado aquella vez que en ocasión de la visita del comité evaluador se hizo visible que de aquella frase del propio jefe sobre la importancia de los productos. Lo importante, en realidad, era el número más que la calidad. ¿Y lo de la gema preciosa? Ariadna tuvo vergüenza. Propia y ajena. Las bocas del triunvirato en jefe se llenaron de cantidades, decenas, de programas de capacitación, cientos de audiciones, miles de campesinos capacitados y entre esas gloriosas cantidades proclamadas por jefes y asesores aquí en Lima, Ariadna evocaba

aquellas estancias en la costa o en la sierra con los campesinos tan contentos de que –por fin– los visiten los funcionarios. Todavía escuchaba el rumor de aquella oda tan graciosa: “A los funcionarios”; y nosotros éramos los funcionarios, que los jefes de la comunidad –porque allí también tenían sus jefes– los varones reunidos en asamblea, habían inventado y entonaban a viva voz con pancartas y tambores. Ellos no sabían que nosotros no traíamos, nada sólo nuestros proyectos de futuros productos y futuros actos de capacitación instantánea a través de esos futuros productos, pero fueron cordiales y no nos mandaron a pasear. Se conformaron con la foto, como tantas veces con los espejitos de colores que ahora en tiempos modernos era la televisión. Los campesinos estaban contentos de salir en pantalla con sus corderitos, en los baños, en la esquila, en los partos. Bueno, con eso se conformaron cuando comprobaron que no éramos los reyes magos o que nuestras alforjas estaban vacías. Pero, ¿podemos decir que capacitábamos campesinos, miles de campesinos? O bien deberíamos decir que les llevábamos el espejo para que se vieran en sus tareas. Yo al menos sí me capacité, ellos me enseñaron muchas cosas, sobre ovinos, sobre quesos, qué ricos quesos que nos convidaban, y en la costa sobre frutales, los naranjales, los ciruelos, las plagas de los ciruelos, los modos del injertar, y el arroz, arroz amargo, miseria amarga, cuántas cosas aprendimos. Campesino, gracias. Perdón, campesino.

Volvamos a nuestra historia. Sonia contaba que Marito, aún imbuido de mística revolucionaria, o simplemente porque era un hombre del deber –del deber porque sí y de la creencia– no se retiraría a las cinco y media en punto de la tarde. Hecho a los ojos de todos sacrílego aunque no punible, porque estamos, pues, en época de vigilancia que no de castigo, y porque era tal cual la hora de salida. Sólo nosotras nos retirábamos a esa hora; ella, por ir en pos de Darío, yo, por incrédula y sacrílega. O en verdad, aclaremos, porque no había allí nada de rebelde sin causa. Me iba porque constituíamos un breve, brevísimo grupo de dos, menos uno: cero. Pues los grupos son los

grupos donde las matemáticas se alteran, devienen psicología social, dinámica de grupos. En suma, Sonia en su huida arrastraba la huida, el sacrilegio, la descreencia, ella era la irresponsable, yo era la hoja arrastrada por el viento. El primer punto de destino era su casa, pues era aún temprano y esa era acaso la fuerza de atracción que arrastraba la hoja, porque en las tardes ardientes de la Lima estival la casa de Sonia era refugio sombrío y fresco. Por fuera oliendo a jazmines, por dentro al sahumero más leve, casi imperceptible, consustanciado con la casa y sus habitantes; era mi premio. Una jornada de trabajo bien valía esas horas de suave deleite con los aromas, reposo de los oídos, acolchado descanso de los músculos, la vieja mecedora, almohadón de plumas, embrujo de los sentidos, yo me mecía, me adormilaba, acunada por el traqueteo de los pasitos nerviosos de Sonia. Cuando estos se apagaban la nube del sueño me sobrevolaba y se hundía sobre mi frente en un vaivén de péndulo. Todo no era más que una decena de minutos, me despertaba la figura de Sonia envuelta en la toalla blanca. ¡Qué rica ducha! Qué buena..., para sacarse de la piel la sensación del sol de la tarde limeña rebotando en el asfalto allá en la calle, ahora que el refugio sombrío la había transformado en un recuerdo. Era mi turno, Sonia invitaba y me arrojaba alguna camisa en desuso para salir del baño.

Enfundadas en toallas o en camisas desteñidas comenzaba la operación del lonche, ceremonia limeña hartamente expandida. Sonia sacaba sus tés aromáticos sus panecillos calientes, su jamón del país y otras avituallas a las que mi estómago argentino todavía no se había acostumbrado a esa hora del día pero disfrutaba igualmente por el placer de la mesa y la conversación, Sonia retomaba alguna historia interrumpida de condes y marquesas traspolados a los personajes de la vida limeña mirafloresinos o barranquinos o bien relataba las peripecias de su último encuentro con el “interesantísimo” que en síntesis no tenía de interesante más que las dificultades del encuentro mismo. Era la hora también en que comenzaban a desfilarse los amigos del vecindario; La Machi, la otra *Saint Mary's classic*,

la que pregonaba el imposible mandato de “No hacerse pal-tas”, la misma cuyo nombre no era pronunciado sin el necesario artículo, como prueba del carácter de símbolo de la chica *chévere*. Decir *La Machi* era estar ya en el submundo del vacilón, informado de las coordenadas de espacio y tiempo de la noche limeña, poseedor de la respuesta a la pregunta obligada del viernes. ¿Dónde es el tono? Saberlo daba un no sé qué, ese aire de secreta complicidad... Pero *La Machi* aunque más famosa, nada tenía que ver, pese a las apariencias, con Sonia; si aquella era pura exterioridad, esta era un alma sangrante que pugnaba por enmascararse con la risa, y se vacilaba, no al vaivén del “tono” del día sino en el ir y venir del llanto y de la risa. Pobre payasa triste, tan dotada de esa mirada punzante, tan dotada para el goce voluptuoso con esas historias de celos, de envidias, de aires pretenciosos, de elegancias afectadas, tan excepcionalmente dotada en el arte del narrar.

La historia de Darío fue un romance color rosa, color verde, color lila, para terminar en el blanco no como la síntesis de todos los colores sino como la ausencia de todos, la mera ausencia, bruta y desnuda. Darío debió haber quedado prendado del mágico encanto de Sonia, sus entusiasmos, su locuacidad, su manera de andar entre las gentes con desenvoltura de *Saint Mary's College*, sus promesas de vacilón, porque acaso aburrido de su cotidianeidad de funcionario y esposo, se le pegó como garrapata. Ya a la hora del lonche se hacía presente en el teléfono, inquiriendo por los programas del día, convidando a su vez a lugares “elegantísimos”, o bien se hacía presente en presencia misma con una rosa y se sentaba a su lado y le tomaba la mano y le deslizaba sus esquelas y la miraba con esos ojos. Ese no era el estilo de Sonia que atrapada entre los funestos recuerdos todavía vivos de su expareja y la incondicionalidad un tanto asfixiante de Marito, se inclinaba más bien hacia formas más espumosas y vacilantes. Pero no era mujer que gustara contrariar lo que le llegaba como destino de modo que se dejó embrujar y a los embrujos sucumbió. Fueron tres semanas y media en que Sonia progresivamente se fue esfu-

mando y ya no hubo el refugio de las tardecitas y las refrescantes duchas y el lonche enmarcando la chismografía limeña con estilo proustiano. Los temas y los asuntos viraron también a la hora de nuestros recreos personales entre los trabajos de edición, confección de guiones o revelado del material de campo; ya no se hablaba de los otros sino de los detalles del romance naciente, las delicadezas de Darío, los obsequios insólitos, las noches de amor y sobretodo las promesas. Había un proyecto en ciernes, un viaje a un lugar escondido –acaso la Isla Margarita– ella debía ocuparse de las reservas, pasaje, hoteles, el cubriría los gastos, no había de que preocuparse, el amor fluía sereno como tarde de otoño. “Luz de mi vida, mi despertar, mi todo”, con estas y tantas otras frases Darío decía su adoración que no estaba hecha de paciencia como la de Marito sino de exaltación y como toda exaltación fue breve y exacta como el rayo. Sonia también fue rápida y precisa con las reservas, con el permiso que Calvello, el jefe de proyecto-Fao, le otorgó a regañadientes en detrimento de los productos, y con su disponibilidad siempre lista para otorgar y no contrariar al destino que le venía en forma de ese amor no buscado, no deseado. Porque, a decir verdad, Sonia estaba bien con Marito y la libertad de y la libertad para, que él le dejaba para que ella degustara a su placer.

Aquel día de las reservas salieron a las cinco y media más en punto que otras veces, “Acompáñame que tomamos una carrera hasta Miraflores, y después a casa que te cuento todo y me ayudas con las valijas”. En la agencia no fue tan rápido como Sonia había pensado, pues la muchacha no atinaba con las combinaciones y todo se embarullaba con la escasez de los horarios disponibles y las plazas vacantes. Finalmente, tras hora y pico todo quedó dispuesto para que Darío pasara más tarde a pagar y retirar boletos; acaso nos topáramos con él, de tan tarde que se había hecho. Pero no, tuvimos tiempo de llegar a la casa, tuvimos tiempo de duchas y lonche mientras esperábamos el llamado de Darío para que todo quedara confirmado y “ok, ok, mañana a las ocho paso a recogerte, te man-

do un besote”. Sonia estaba excitada y super ansiosa por lo que el lonche se desarrolló en forma interrumpida entre búsqueda de valijas, selección de ropa y tuvimos tiempo para todos esos menesteres hasta el cierre del equipaje. Que mejor no porque siempre hay que agregar algo, mejor lo cierro mañana; y eran ya las nueve y el teléfono nada y los pasitos de Sonia cada vez más nerviosos, y esa costumbre de morderse los labios. Ariadna se esforzaba por aparentar que hasta ahí la demora le parecía todavía normal, hay que darle tiempo y si no más tarde lo llamas. Le dimos tiempo, ya no había qué cosa limpiar u ordenar, no había tampoco temas de conversa porque el tema, primero del viaje y después de la demora, se los tragaba todos. Fueron las diez y luego las once, Sonia comenzó a llamar cada media hora sin obtener respuesta, como a la medianoche logramos dormirnos –no sé quien de las dos cayó primero– arrulladas por las voces medio apagadas de la tv.

Amanecía, Ariadna despertó con el ruido de un teléfono que se cuelga y las palabras de Sonia, “sigue sin contestar, ¿qué puede haber pasado?” Pregunta escéptica, tan escéptica que ya no guardaba tono de pregunta; tono más bien de constatación, la historia se repite, conductas se reiteran en personas disímiles, circunstancias disímiles, salvo una: cuando la realidad adquiere los colores del sueño es que está al borde del colapso. Acaso esta sabiduría no estaba aún presente en la frase de Sonia. Quizás fuera el recuerdo de una sensación que llegó después, y en razón del tiempo transcurrido la memoria de Ariadna tergiversa; porque de hecho Sonia siguió llamando durante todo el día a la casa y a la embajada. Recién por la noche hubo certezas: nada especial había ocurrido salvo que Darío se había borrado. Los motivos..., aún inciertos, tal vez, no había motivos.

RAMAS Y RAMALES

En Lima las gentes del exilio se dividían en dos ramas o ramales como si se tratara de la misma línea que a veces

realizaba un recorrido más selecto y a veces se perdía por los suburbios. Ramas o ramales se definían no por la ideología pues todos profesábamos la misma fe revolucionaria sesentista o setentista –unos más hacia la I, otros más hacia la R de reformistas– velazquistas, tal en lo que habían devenido allá, los peronistas de acá– sino por los barrios, diversos, a los que llevados por la corriente unos habían ido a parar y otros habían deliberadamente parado después de selección acorde con la propia estima de rango social, para socializar acorde también con ese status de adopción. Había las *soirées* de gala organizadas por las damas elegantes, esposas de funcionarios. Que si acá eran nacionales, allá se habían transformado en internacionales y se ligaban fácilmente con la alta alcurnia limeña y había los tonos limeños donde los exilados *proletas* se codeaban con la bohemia peruana; pero había también los que circulaban por ambos recorridos y servían de testigos pues, es sabido que la grandeza –para ser grande– necesita de los testigos. Beba era una de esas correas de transmisión: escogida por las damas patricias en razón de reunir ciertos requisitos de vivienda y estilo, cumplía cabalmente esa función. A Beba le encantaba provocar envidia y a la pobre Lili la tenía totalmente apabullada por las noticias de aquellas reuniones exclusivas en las mansiones amuralladas de la zona de Monterrico. “No sabes lo que fue anoche, hasta con trajes largos, en la casa de Luz Marina de la Puente Vega, estaba toda la crema limeña. Lili mira a Beba y mira la silla sobre la que se sienta. La mesa sobre la que se apoya; es parte del rústico mobiliario adquirido en la feria de Surquillo, demasiado escaso para el tamaño –tipo pampa húmeda– de los departamentos de San Felipe y, sin duda, demasiado vulgar para el ilustre trasero de Beba que encontrará la manera de hacer correr en sentido inverso la noticia del estado precario de los habitantes de San Felipe.

Beba en su condición de correa de transmisión era el caso típico de ramal ya que según la ocasión cumplía uno u otro recorrido. Pero ella en sí misma no pertenecía a ninguna parte. Beba era lo que se puede decir un chiste. Por entonces Ariadna inspirada acaso por la persona de la propia Beba distinguía

esos dos tipos; las personas en serio y las personas en chiste. Clase donde ubicaba a Beba, no porque tuviera sentido del humor –que no lo tenía y era más bien tirando a dramática– sino porque no alcanzaba la categoría rasa de persona. Toda ella era pura broma, pura caricatura, se diría casi un personaje desertado del mundo de la historieta y colado al mundo real. Autoengaño por dentro, simulacro por fuera. ¿Qué era Beba? Como decía la tía Emilia, esas cosas te la pintan de cuerpo entero; había dos o tres sucesos repetidos con harta frecuencia, paradigmáticos en su significado, que alcanzaban para pintarla de frente, de perfil y de cuerpo enterísimo.

Como mi dolor, ninguno. Beba había descubierto que ella sentía. Es más, estaba convencida de que sentía en magnitud insuperable. El dolor y la alegría eran de ella. Propiedad privadísima, exclusiva, por ello, sentir algo al lado de ella era como usurpar su territorio. Cuando un acontecimiento por sus dimensiones afectaba a todos o al reducido grupo de los amigos, si Beba estaba presente, no había nada que hacer salvo hacerse literalmente a un lado para dejar que su sentimiento se expresara sin obstáculos. Suyas serían las lágrimas, suyas las expresiones de alegría que por lo demás dado, el carácter de chiste que emanaba de su persona, siempre parecían afectadas.

Beba era poetisa, así se definía ella por aquel entonces en que tenía en su haber una media docena de poemas: era su carta de presentación. Existía por entonces una pregunta que a Lili enervaba en grado sumo pero se había puesto de moda como fórmula de presentación: ¿vos que hacés? Estaba sobretodo en boca de los que se sentían claramente realizados y querían azuzar a los otros para incomodarlos. Beba, que vivía en esa certeza –por eso, entre otras cosas Ari la agrupaba en la clase de los chistes– siempre tenía en la boca la hincante pregunta que desparramaba por doquier no tanto para indagar sobre los otros sino por la oportunidad de colocarse su chapa. Cierta vez que Lili había ido a visitarla con su entrañable amiga Caro, Beba no pudo contenerse y ya por el filo de las despedidas lanzó su dardo, ¿y vos que hacés?, le preguntó a

Caro. Caro no se sorprendió de la pregunta por lo que estaba de moda y uno nunca sabía cuando le caía; recorrió los recovecos de su existencia, sus penurias económicas, sus paltas familiares y respondió como la mejor síntesis de ese caos interno que la abrazaba: “Vivo”. Beba se descolocó, la sangre se le subió, lanzó una mirada distraída por la sala y la posó en el rincón del pequeño y coqueto escritorio donde yacía un cuaderno abierto con una lapicera al costado, prueba irrevocable de su ser poetisa. Prueba preparada para el mostrar cuando la pregunta ausente del otro no le daba la oportunidad del decir. Pero arteramente nadie le preguntó que hacía ella y el “Vivo” de Caro siguió resonando como una risa burlona hasta que las visitas se despidieron y entonces Beba cerró el cuaderno, guardó la lapicera y se fue a dormir.

RUIDO DE MAR... Y LA PAVLOVA

*M*e trató bien Lima. De la época en que vivíamos en Barranco, sobre el malecón, guardo recuerdos solidarios, casa dividida, compartida, primero sólo con Rudi, el titular; luego se agregó Santiago, nombre de guerra, de clandestino. Agitada vida social porque por la casa pasaban los recién llegados, ya bautizados de exiliados, los que se quedaban, los que rumbeaban para otros lados o los que estaban de visita, y ya adoctrinados, aportaban para charlas informativas y bajadas de línea. O bien turistas franceses que por sí solos constituían toda una categoría. Es que Rudi gustaba vincularse a lo francés, era una pasión estilista que lo movía a traer no importa donde estuviere, por caso, ahora en Lima, un pedacito de su París para uso exclusivo íntimo o no, porque había francesas varias que desfilaban por su cuarto cumpliendo un dubitativo rol de amantes con final casi siempre poco feliz para el pobre Rudi. Pero estaba también el buen Claude, su amigo entrañable y estaban también los otros franceses, los calificados de

anónimos porque nadie conocía. El caso de aquél que un buen día caía diciendo que lo mandaba un tal X amigo de G a su vez primo de vaya a saber quien, por lo que era de suponer que alguien le había dado la dirección diciéndole que le caiga nomás a la casa, que era un pata *chévere* –o cualquier otro adjetivo sinónimo según el origen del remitente–, un flaco piola o un padrazo de la puta madre y seguro le iba a brindar un rincón para tirarse. Y así se instalaba el francés, mezcla de amarrete y caradura porque o bien trataba de comer de arriba o bien se preparaba su propia papilla de infante cuando presagiaba que se tenía que poner para el asado y los vinos.

Estuvo buena esa época del malecón, no por el glamour francés sino por la seguidilla de personajes –los argentinos– que allí se daban cita coordinados sin duda por Santiago, el clandestino, que actuaba con una extraña mezcla de tono campechano y habla a media voz para preservar los secretos ya por todos conocidos. Porque no era que se quisiera ocultar algo sino que ese tono de voz y el estilo elíptico se había transformado en un hábito ya difícil de evitar, tanto que casi formaba parte de su personalidad. Por eso cuando ya en la Argentina y en democracia nos lo encontramos a Santiago, ahora con su primer y verdadero nombre Carlitos, hablando a voz entera y sin elipsis, me sonó en su verdad más extraño que en su máscara.

Esa época dejó un sabor de nostalgia. Sobretudo por la casa, no la casa que nada tenía de especial, sino el lugar en que la casa estaba clavada: en la roca frente al mar. Era tanto el impacto que me provocaba el habitar frente al mar, el oír permanentemente el ruido del oleaje rompiendo sobre la roca, oírlo por la noche aureolado por el silencio... A “la Pavlova”, la bailarina, novia, amante, de Santiago, no le gustaba”. Ese ruido la perturbaba, no la dejaba dormir. Me gustaba por las noches quedarme charlando con la Pavlova mientras los varones empuñados en sus tragos de sobremesa iban haciendo la conversación cada vez más circular y reiterativa. Aunque por entonces yo era bastante machista y apreciaba más la compañía de los varones, la Pavlova me atraía como un imán, acaso porque

no era argentina, acaso por lo de bailarina, yo que habría querido ser bailarina, acaso quería escudriñar en su alma, el sentir íntimo de lo que nunca podría experimentar. Y en esas noches de charla, a veces después de la función, mientras se deshacía el rodete, se quitaba las pestañas, se liberaba de las vendas, me respondía preguntas no pronunciadas. Ella era el esfuerzo en carne viva. “Qué buena tu vida con tus lecturas y tus escritos. Nadie te apura, nadie te dice hasta dónde tenés que llegar; elevar la pierna, torcer el *souplesse*; cuánto elevar la estatura, cuánto bajar el peso; mi vida no es más que una suma de números y cantidades, también el contar uno, dos, uno dos, entrar a tiempo, salir a tiempo. Luego, más tarde, con los años tener el buen tino, el cálculo preciso del retiro, fecha y hora, la última función, la despedida, saber esquivar la frase que en cualquier momento cae como rayo esa que reza: ya no le da el físico. Profesiones ingratas consagradas a determinar la medida cuantitativa del sí”. Medito una vez más sobre la libertad, discurso fragmentario que se va componiendo de agregados: libertad como tiempo y espacio propio, no comprometido, viejo sentido griego de libertad como ocio. Y Nietzsche..., “para no ser esclavo, el hombre tiene la necesidad de contar con las tres cuartas partes del día”.

Triste cisne solitario, ella estaba con nosotros pero le éramos ajenos. Su mundo era otro, con otros horarios, otros números, otros códigos que apenas le permitían compartir el nuestro. Santiago no podía más que lucirla como curiosidad; no cualquiera tenía una novia bailarina y el sobrenombre la adornaba con una aureola adicional.

Vivir en Barranco nomás ya daba una onda *chévere*, ni hablar del malecón, nada de desperdiciar en esa Lima donde ser, era saber, ¿dónde el tono del próximo sábado? Para nada nos distinguía qué personajes conocíamos o tratábamos porque todos pertenecíamos a la misma tribu y los diferentes ramales siempre iban a converger a la misma plaza. Recuérdese: Lima era la de los ramales, pero no era menos cierto que conductos invisibles los comunicaban sin mediar voluntad alguna.

LIMA, ALGO MÁS

Pero hubo esas cosas que quedaron grabadas como las del Ponja cuando el Nolo le comentó del tono en lo del Pato –los personajes limeños respondían siempre a apodos, la Machi, el Cojinova, el Cabezón– y en seguida preguntó “vamos con los muebles”. La frase debió haber sido dura para mi subconsciente..., pero entonces no le estuve muy atenta, por lo que se dijo sin pena ni gloria, y sólo quedó para el recuerdo, cuando retrospectivamente una teoriza –quíéralo o no– sobre lo vivido y se vuelve un tanto perspicaz para las observaciones retro. Hubo otras cosas pero en lo *grosso* la pasé bien en Lima. Los otros no, los paisanos –exilados– eran más bien pesados con sus nostalgias que primero fueron de *Baires*, y cuando regresaron, de Lima; primero del asado, luego del ceviche para expresarlo sólo en términos culinarios que por cierto tenía sus ramificaciones y complejidades. Problema de aquellos que gustan vivir en el pasado; a mí que la curiosidad me invade como un río intenso me gusta el presente. Al principio el vendaval de la novedad, todo otro, todo distinto, luego lo distinto devino igual a sí mismo y llegó el hastío, pero alcanzó para nueve años de disfrute sin nostalgia, volvimos en el momento justo, retorno de la democracia, Alfonsín, feliz regreso.

Lima era la de los ramales y la de las etapas del exilio marcadas por los barrios donde uno había ido a parar en movimiento pendular –San Felipe, Barranco, San Felipe– o de las amistades que la Moira nos había destinado, que en razón de disputas irreconciliables en algunos casos, se habían tornado más fuertemente compartimentadas.

Primera etapa: Torres de San Felipe y Centro de Pedagogía Audiovisual para la Capacitación (CEPAC) del Centro de Capacitación Campesina para la Reforma Agraria (CENCIRA), época de Velazco Alvarado y después, proyecto nacional con contraparte Fao. Curso acelerado de miserias humanas y pequeños secretos peruanos, embates y prejuicios por el color

de la piel, los grados de la negritud o la *cholulez*. Luchas de nacionalidad y otras pendejadas, pequeño nido de ratas y al mismo tiempo gente linda, buenos amigos. Pancho, el fumón; Fito, el amigazo; la grande de Sonia, la de la casa de aromas barranquinos y su inseparable Marito, los ojos de Marito, época memorable.

Luego fue Barranco, Malecón Osma, la casa frente al mar, soñada tantas veces, entonces realidad, a la Pavlova no le gustaba escuchar el ruido del mar, pero todo bien, porque ella no vivía en la casa. A mí me embrujaba

AMOR MUDO

Laraos, 3500 metros de altura, Perú. Dormíamos en el suelo, hacía mucho frío. Nos acercamos, sentimos la tibieza de nuestros cuerpos, hicimos el amor, sin palabras, ni antes, ni durante, ni después; amor instantáneo, libre, casual, fugaz, quedó como un recuerdo eterno.

TRENES RIGUROSAMENTE VIGILADOS

Hay siempre un recuerdo adormilado que en sí no es recuerdo porque está dormido pero llega un disparador que lo reactiva; esta vez fue una reflexión muy al pasar de Kundera sobre el poder, los vericuetos del poder.

Pepe era el marido de Beba, la de los ramales, que había optado por el exilio. No como estrategia de supervivencia, aunque ya veremos que también, sino que huyó despavorido. Por su temperamento más bien temeroso y precavido fue uno de los primeros en zarpar por lo que todos los que nos fuimos arrojando lo hallamos, ya establecido como jefe de cuartel. No es de extrañar, pues en el campo del exilio, como en un es-

pejo, se reproducía plano a plano y en escala menor, como las relaciones macro en las micro, todo el organigrama del origen.

Pepe por llegar primero pudo poner sus propias reglas, así se autoinvistió el papel de jefe, y como no hubiera tareas a realizar, el de jefe a cargo de la repartición de favores y beneficios. Cuando llegaron Elena y Naomi, se apuró con los ofrecimientos, becas, ayuda económica. Ellas no lo necesitaban porque eran de familias acomodadas y tenían propiedades pero Elena igual aceptó: “porque los ladrillos no me los puedo comer”. Solía decir cuando alguien miraba con ojo interrogante las comodidades de su entorno. Pepe era el primero en acudir solícito antes de que el elegido pudiera apenas expresar sus necesidades: primero, siempre en la justicia retributiva, primero, en el salvataje de los náufragos. Los demás callábamos respetuosos del juez, su justicia y sus beneficiados que quien sabe qué proezas habrían realizado para la causa popular. Cuando ya pasados los años y vueltos del exilio cada uno se había hecho su lugar en la naciente democracia, Pepe aún conservaba su papel de repartidor de favores, por eso que a Ari quiso conectarla con un funcionario del ministerio. Fue aquella vez en que gracias a una rápida complicidad con el tal funcionario que –en verdad no sabía qué ofrecer porque ella más bien no quería recibir nada de ese mundo que le era decididamente ajeno y hasta acaso hostil– todo se resolvió en el tiempo de tomar un cordial café. Pero Pepe era así, camarada, siempre atento, dispuesto a ayudar y vincular; convencido de su papel, quería cumplirlo más allá de la excelencia. Su casa, tanto en la Lima del exilio como luego en la *Baires* democrática, era centro de reunión de militantes y reconocidos intelectuales.

Otras casas, sin embargo, se turnaban el centro: la de Berta, quien en su condición de mujer separada, ansiosa de nuevos vínculos de todo tipo, se había arrogado el rol que acaso Pepe había cumplido en el exilio. El suceso tuvo lugar en su casa.

Nosotros ya llevábamos unos vinos puestos, era primero de enero, día en que amigos caen a saludar y conversar. Llegada la hora de ir a lo de Berta lo arrastramos a Chacho; ellos ya se co-

nocían, todo bien, se usaba eso de caer con alguien. Estábamos los de siempre, la conversación probó todos los derroteros, primero de enero, harto vino, las bromas comenzaron a volar y rebotar en un aire burlón y festivo que caía indiscriminadamente sobre gallinas, bosteros y todas las remanidas duplas. Chacho, ya de copas, no se midió y en la volantería de gastadas se atrevió a agregar a la serie de los colmos, “El colmo de los colmos es ser gallina y judío”. Pepe, que estaba a su lado, tardó en reaccionar pero no se detuvo. “Vos no podés decir eso, exijo que te rectifiques” Chacho balbuceaba, comenzó a relativizar, era una broma, no me podés acusar de antisemita, yo que tengo tantos amigos... Intentó racionalizar pero toda racionalización era estéril. Todos los presentes se conocían, todos eran conscientes de que se trataba de bromas, la susceptibilidad de Pepe no tenía explicación posible. Chacho a punto de rajarse fue detenido en el pasillo por Naomi y Berta que lo disuadieron, que no diera importancia al altercado que la culpa era de los muchos vinos; acaso por eso al rato se fue Pepe. De los que nos quedamos, entre lo cuales los *goys* éramos amplia minoría, nadie comprendía, la reacción de Pepe, la reunión terminó con cuentos antijudíos contados por ellos mismos, los judíos, que en ello se especializan; sólo después de larga escucha comencé a sentir alivio de la carga que me pesaba por haber traído al causante de la disputa. Pero la distensión no habría de durar.

Sábado a la mañana. Llama Berta: “Mirá, quiero rectificarme, ayer estuve mal, porque Pepe es mi amigo y no lo defendí, me puse del lado de Chacho y lo convencí de que se quedara, mientras tanto Pepe se fue y nadie lo retuvo, y él es mi amigo, un gran amigo; además quería pedirte el teléfono de Chacho, para llamarlo, también, para explicarle”. De nuevo me arrolló la culpa: la misma, la de siempre, corrosiva, cruel, destructora, yo la causa, yo culpable. No entendí que iría a explicarle, ni quise saber como serían tomadas las explicaciones, me alegré de que Chacho se hubiera ido a la quinta, el tiempo arregla todo, ya se vería el lunes si perduraban las urgencias rectificadoras; mentí que no tenía su celular.

Sábado por la tarde, habían pasado unas dos horas, nuevamente Berta. “Disculpas por lo de hoy, nada de lo dicho era de mi cosecha, puro guión”. Esta mañana me llama Pepe y me cita en su casa, después de un discurrir cansado por el camino de la amistad y las lealtades, los deberes y derechos, las advertencias y condenas, me obligó, tal cual, me obligó, no hay otra palabra, a realizar en su presencia, llamada rigurosamente vigilada, a cada uno de los ayer presentes para decirles lo mismo, lo que te dije. ¿Y Beba? –la de los ramales– Sí, estaba allí también sentada frente a mí no parecía acordar pero no dijo palabra.

COMO UNA MISA DE BACH

JR era lo más parecido al *hombre sin atributos*, no porque no tuviera atributos sino porque se le parecía como dos gotas de agua. Acaso más se le acomodaba el apelativo de hombre de las certezas. El mundo, la vida, todo eso que los filósofos o los hombres de ciencia pensaron primero que habían apresado y luego tuvieron que reconocer que se les había escapado de las manos como pez en el agua, eran para JR cosas sin secretos, calculables, aislables, computarizables. Los errores humanos, las pasiones destructoras, todos esos detalles que en lo cotidiano, juegan de obstáculo infranqueable, incluidas las trabas burocráticas, no contaban para JR, o bien eran absorbidos por la máquina trituradora del cálculo probabilístico. Cuando se le daba tener que explicar –él siempre atento a la oportunidad como ganar, por ejemplo, un vuelo a Nueva York, jugando con los millajes, su exposición no se reducía a enumerar los pasos del papeleo, incluía a la vez un exhaustivo repaso de todas las posibles fallas humanas y la manera de superarlas. Su mente super ágil no dejaba de prever ni los caprichos, mala gana, o incapacidad del burócrata de turno, ni posibles olvidos o confusiones del propio interesado, por lo cual las explicacio-

nes iban y venían por los mismos derroteros para recomenzar finalmente a modo de síntesis hasta convertirse en una masa amorfa que acababa por extenuar al interlocutor.

Ariadna no olvida aquella vez que en ocasión de su cumpleaños le obsequió su libro sobre los griegos y JR lo recibió lanzando sin puntos ni comas un discurso de quince minutos sobre la persona de Sócrates, sobre quien ella precisamente había estado estudiando, leyendo, y escribiendo ensayos durante varios años, probado esta en dos libros de su autoría. Sócrates..., que había sido una de sus obsesiones. De allí los títulos: la ironía, los personajes, la escena, los griegos en la escena; como Sören también, los bizarros, los agujiones, los temblores de tierra, los peces torpedos.

Marisol recordará toda su vida, aunque por otras razones que van más allá de la mente super abarcativa de JR, aquella tarde de marzo, recostada en el sillón de su living donde la había arrojado un dolor súbito que ella había reconocido como anuncio inconfundible de la llegada de Pablito. Pablito que se venía tan de improviso, con el padre todavía ausente..., pero por fortuna allí estaba el bueno de JR, vecino y amigo. Porque eso tenía de bueno la vida del exilio en Lima, que los vecinos eran los amigos y los amigos, muchas veces, vecinos por lo de que nos íbamos arracimando en el complejo de San Felipe aunque no todos, –que los espacios físicos fueron dibujando el mapa de sutiles diferencias de clases y subclases basadas en correspondientes diferencias de procedencia. Dime de donde vienes y te diré adónde iras a parar. Y allí estaba Marisol con su niño a cuestas, niño por venir y padre ausente y la casa semi vacía a no ser por Consuelo que ya se sabía, la sangre la asustaba y no se sabe cuántas cosas más pero es de sospechar que unas cuantas y en estas ocasiones sólo atinaba a encerrarse en su cuarto y rezarle al santo de la púrpura. Tampoco estaba Lili la mujer de JR con quien sabían compartir infortunios y fortunas, venturas y desventuras, quien seguro atinaría a alguna cuestión práctica pero que a esa hora estaría en su ronda vespertina en pos de infantes repartidos en los jardines. Marisol

había telefonado en procura de una mano femenina pero se había encontrado con la voz de JR quien munido de su omnipotencia pensó que a falta de hechos prácticos como llamar al médico, su saber de las muchas cosas podía acomodar las cuestiones y ayudar a Marisol a sobrellevar dolores y contratiempos, de modo que subió por el ascensor los cuatro pisos que los separaban y allí estaba. JR no era médico ni partero, tampoco dada su pertenencia de género había nunca dado a luz, pero ello no fue impedimento para que durante la hora y media en que nadie se hizo presente discurriera largamente acerca del fenómeno del parto, la progresiva intensidad de los dolores, la oportunidad del jadeo, las posiciones normales y anormales del feto, la función y cualidades exquisitas de la placenta y mil detalles más que sólo la voluptuosidad de su mente podía contener.

JR no era matemático pero merecía serlo, tampoco era un solitario; padre de familia con dos hijos y una esposa muy madraza y ama de casa que de tantos años a su lado se fue tornando poco a poco inútil para las cosas prácticas que debieron haber sido su fuerte. JR pisaba su tierra con una fuerza tan arrolladora que ya no permitía crecer a su alrededor ninguna habilidad doméstica. Cuando salía de viaje, cosa que su profesión exigía con frecuencia, dejaba grandes pliegos donde Lili debía consignar prolijamente ingresos y egresos, ella se quedaba llorando con las planillas en la mano, conocedora de que su intuitiva y desapareja arte doméstica, no lograría consumir una obra cuya idea había surgido de una mente tan matemática. Cuando al hogar aquejaba algún problema, JR solía decir “No me cuentes, no me interesa lo doméstico”. Mentira, de esa esfera como de todas, sólo se desinteresaba de lo imprevisible, los desplantes de la empleada, los desórdenes del hijo mayor; de lo doméstico también le apasionaba todo lo que fuera calculable, computarizable. Su mejor descripción, la de la propia Lili –“ahí lo tenés enchufado a la computadora”– quien en ocasiones se lamentaba de no convivir con una persona sino con una máquina pensante con algunas prolongaciones arti-

ficiales. Cierta veta sensible, el gusto por la música clásica pasaba desapercibido por su nula tendencia a compartir, sólo la disfrutaba aferrado a los auriculares.

En cierta ocasión, el adolescente taciturno, de belleza epifánica, quien hacía un tiempo venía frecuentando turbias amistades y hábitos poco deseables, sufre dos convulsiones sucesivas en el término de una semana. Vientos de preocupación perturban la atmósfera hogareña que Lili y JR sueñan mantener tan recogida y elevada como una misa de Bach. Las puertas se abren y cierran al paso de médicos, psicoanalistas, consejeros, amigos de confianza o curiosos que Lili congrega para que la confusión y el alboroto amengüen su soledad. El padre está ausente, cuando regresa aunque alarmado por los diagnósticos, la tempestad se calma. Tras un breve y formal saludo que repartió en forma igualitaria entre los miembros de la familia –incluyendo el azorado adolescente que nunca había imaginado las potencialidades reactivas de su cuerpo, y secretamente, acaso sugestionado por su madre, vivía el episodio como una venganza de la carne por las inconductas del alma– JR inquiera algunos detalles y ahí mismo programa mentalmente un plan de consultas y lecturas. No hubo ningún trato preferencial hacia el muchacho cuyos ojos ávidos demandaban sin duda la calidez de un abrazo y la atención de una mirada. JR se interesará por el acontecimiento sólo desde el punto de vista científico y objetivo, expulsa sin violencia, toda palabra amateur, toda voz cuya voluntad no fuera más que aliviar las tensiones; sólo se queda con la voz de la ciencia que, desafortunadamente, en el caso carece de una voz unívoca. Él mismo se consagra al estudio del tema, revisa libros y revistas médicas; no pasará mucho tiempo hasta que se lo escuche hablar de igual a igual con los especialistas; la conversación se desarrolla de un modo alturado y científico. Los subsiguientes días el vendaval se ha dominado, la calma regresa, JR ha escogido de su discoteca: esa tarde todos se deleitan con la misa en si menor de Juan Sebastián Bach.

DEL LADO DE ACÁ

LA NOVELA

La novela –dice Margarita– devora hoy todas las formas. Estamos obligados a pasar por la novela. Pasar por la novela, ponerla de pie, mirarla a los ojos, abandonarla en cualquier esquina por el ensayo; injertarle un poema, regalarle un relato hacerla canción, sinfonía, memorias, fragmento intitulado Volver a sus pies cabizbaja, solicitar su perdón. La novela, el ama de nuestro tiempo; alguien quiso mancillar su nombre diciendo que es una dama fácil, de piernas abiertas. Presiento que se adaptará a mi carácter que gusta de las vías fáciles y no logra reposar en ninguna certeza, algunos me han alentado; alguien habla de la joya imperceptible de talla singularísima que constituye nuestra vida. Los universales freudianos serían como cañamazos donde geniecillos invisibles bordan incansablemente nuestros edipos formando figuras irrepetibles. Basta que cada uno halle su propia *madalena*, las baldosas de un patio, las medialunas del Atalaya, la vuelta de una esquina, el olor a jabón de pino. Agolpados a la puerta de mi conciencia en pugna por la sobrevivencia cual carrera de espermatozoides, llegan y estallan los recuerdos como pompas de jabón o se diluyen como nubes demasiado pálidas para dibujar nada sobre el azul intenso.

DE SOMBREROS Y MANIFESTACIONES

Ariadna estuvo leyendo a Kundera, la misma novela que se hizo cine, la de los sombreros, así la recorda-

ba, la de los tanques soviéticos y las fotos de la ocupación. Se había detenido en una palabra del pequeño diccionario de palabras incomprendidas: “manifestación”, y recordaba aquella época también en su ciudad, esa que quiere hacer protagonista pero se le escapa, se le diluye tan transfigurada como está, tan vidriada ella, la ciudad. Época movimientista, la de las manifestaciones; Ari no se olvida de aquél chiste de *Tía Vicenta*, en que un señor para a una señora en la calle y le pregunta: “Señora podría decirme adónde me lleva esta manifestación, yo tengo que ir a Corrientes y Esmeralda.” Y a ella..., qué le pasaba con las manifestaciones; por entonces era una actividad generalizada, una era estudiante y entonces era manifestante, no había los unos y los otros, los otros no eran los adversarios sino los desconocidos, cada uno se movía dentro del círculo de sus pares y la diferencia no estaba en la opinión sino en el fervor, en ser o no militante, ser o no comprometido. Era una cuestión de números, grados, que hacían a la cualidad; no la cualidad como expresión absoluta de la esencia singularísima, sino la cualidad como la resultante de una acumulación. Pero lo cierto es que todos éramos manifestantes; manifestar era la manera de ser, un modo del vínculo social; o uno se encontraba en el café o se encontraba en la manifestación todo dependía de las programaciones del día. Y ahora leía a Kundera que hablaba de Sabina, ustedes recordarán la de los sombreros, la pintora y pensaba: en algo nos parecemos que no en todo porque a Sabina no, pero a Ari sí le gustaban las manifestaciones, sentía una emoción ..., y a ella que le encantaba cantar ahí encontraba una manera de desquitarse de tanto canto reprimido, y ahí se lanzaba con todos los pulmones..., todas las consignas. Y caminar..., caminar también le fascinaba aparentemente sin rumbo –aunque en realidad lo hubiera–, el movimiento y el ritmo. Caminar como una necesidad, como una fuerza de titanes que no se puede detener, que la inundaba de una sensación indescriptible. Recordaba aquella caminata, después del golpe chileno, el golpe a Allende, marchando hasta la embajada, y ella con la panza de nueve meses, ya cumplidos. Fede

adentro que no se animaba a salir con tanta amenaza por fuera, y ella con todas las fuerzas y toda la voz. Allí se encontraron todos, cita cuasi universal, los de aquí y los de allá, amigos o conocidos recolectados en el extranjero, allí en la París, sede de arribo, estadía o permanencia del revolucionario internacional. ¡Y ese sentimiento de pertenecer...! Ariadna ya no estaba para malabares con la panza tan a punto, pero igual... Ya en casa se fue hilando el tiempo de la espera hasta que el niño llegó; todos los años recordaría su espera ligada a ese hecho trágico. Cada vez el cumpleaños de Fede vendría precedido de conmemoraciones, duelos, recordatorios, una cosa trae la otra y por siempre atado el nacimiento a la muerte.

COLOMBIA Y LA MEMORIA

De cómo Colombia se ha transformado en memoria: los mil distintos tonos de verde, esas vistas al infinito que procura el andar sus caminos, y todo lo dejado ahí, a medias escondido para que algún presente lo evoque; no porque se repita sino porque todo tiene un aire de familia que despierta lo dormido. Colombia se sobreimprime sobre esa memoria vaga y esas vistas abiertas a mil direcciones, desvíos y recovecos; mi memoria como un flujo ininterrumpido de vivencias que me inundan. No sé como rodearlas ni sostenerlas; se me dan como imágenes instantáneas que se agotan en su resplandor, sin pasadizos secretos que lleven a algún lugar. Son como el sueño que queremos reconstruir con poco éxito porque todos los atisbos se desvanecen o van hacia un sin destino. Son memorias de cosas que no fueron y comienzan a ser desde el recuerdo cuando se transforman en relato.

A Uli la reconocí más por la imagen fotográfica que por la del recuerdo cuando partió. Uli es otra y una, la misma, pero el tiempo es tan breve, todavía toda la extensión por delante. La mía, en cambio, una distancia mayor y tanto más por detrás,

hacia el pasado. ¿Quién era yo en mi primera Colombia, quién soy en esta segunda vuelta, me pregunto si hay algún camino entre ambas o si sólo fragmentos inhilvanables.

Qué es el ser, pasado o porvenir –nunca presente– o ambas cosas como la ola toda entera en el momento en que se eleva y descende, y en el estrellarse también contra las rocas o desahacerse en espuma sobre la playa. Sobre qué nos estrellamos. Seremos, acaso, esa planicie de la espuma después del intento de elevación,

Qué es la memoria, sino un almacén como dice San Agustín. Compartimentos superficiales y profundos de donde se *coge*, palabra de la que deriva *cogitare* –luego pienso– por lo que pensar sería coger de ese almacén: falso, falsa etimología, sólo un juego de palabras. Hoy la entiendo a la memoria, no como un almacén estático de donde se extrae según el querer, sino como un fluir donde recuerdos errantes chocan y alguno de ellos rueda a la superficie, y se hace presente.

Ahora, estas cavilaciones se mezclan con aquella otra: la de casa inmensa cuyo dueño no podía ocupar todos los compartimentos. ¿Por dónde se comunican estas miradas-tiempo? Acaso por un pasadizo oculto; basta por el momento enfocar en lo no cotidiano. Un viaje supone un movimiento más intenso e irregular que esa permanencia del fluir de la memoria; sin duda produce un desplazamiento del punto de encaje, una pérdida de familiaridad, que muta su sentido. Desde un punto de vista burdamente materialista el mero viaje en avión con sus despegues y aterrizajes, moviliza nuestras neuronas más dormidas, ¿no lo sentimos acaso en los oídos? Error..., pues el aflorar de los recuerdos no ocurre durante el mero viaje sino ya en tierra, ni siquiera en el aeropuerto, esos no lugares de puro paso, sino en la nueva geografía y los espacios, voces, costumbres de quienes portan tales voces. Los buses se detienen en los pueblos y un tropel de vendedores recorre los pasillos u ofrece desde abajo bocadillos, panecillos. Unos golpean la ventana y muestran; otros vocean en capicúa, como letanía, “pan-bocadillo-pan”. Ari se pregunta, porqué tantos

ofreciendo lo mismo, en mismos envoltorios, mismas bebidas en mismos envases multicolores como quien ejerce un culto de la repetición.

Esa mímica, esas voces, son el disparador de una masa de recuerdos que se instalan con fuerza de sólo presente anulando la distancia de 31 años entre uno y otro viaje. Colombia detenida en el tiempo. Colombia también otra en la superficie de los hechos políticos, pese empero, a la insistencia de las convulsiones, y una siempre igual a sí misma, en este mar subterráneo de los modos y costumbres. Me ataca el terror de lo siempre igual, de la repetición infinita.

Pero, qué de mí, en el escenario de esta Colombia, esa una y esa otra yo. Distancia inmensa, no marcada, empero, por los años pasados sino por la situación, el englobante, el antes hija, ahora madre. Porque ser madre para hijos que ya cursan los veinte, estando al lado de esos hijos, es como dar un paso al costado y devenir espectador, mero espectador cuyo silencioso mirar se consume en la pregunta de cómo va el mundo. Un actor retirado ya de las tablas que sólo espía entre bambalinas.

CARTA A ULI

*A*hora el gato ya tiene nombre: Agustín, ¿te suena? para mí es el gato que buscabas en San Agustín, que perdido y desconcertado, apareció por aquí. Curioso, no es como los otros gatos, tiene algo especial. Chusma como es, se mete por todos lados, entra en la casa, duerme en la cama de arriba, cuando puede te pasa entre las piernas para franelearse y a veces se sienta y te mira, y se queda mirando; yo también lo miro y así en silencio nos escrutamos el pensamiento y casi nos adivinamos, hay entre nosotros una comunicación incommunicable.

EL ARCÓN

*H*oy releendo escritos antiguos, más antiguos de lo que podía recordar, de los 21, de los 22, de la edad precisamente de Uli hoy, o de Marina, me observaba por momentos desde mi otro yo y constataba que no era Ari que leía los escritos de Ari para encontrarse a sí misma, sino Ari rebuscando en los viejos papeles, el pensamiento de ellas y acaso también su acción o su palabra. ¿Por qué se había producido tal desvío cuando en verdad me había aventurado en esa lectura en busca de mí misma y en razón precisamente de todo ese asunto de la memoria que me había tenido ocupada por varios días? La reflexión de Roxana aquella vez que oscilaba en la elección de su lugar me interpela a modo de respuesta: “Aquí siempre seré la madre de Magali”. Léase: “aquí ha de ser, ella, la señora mayor que ya debió sentar cabeza, un poco retirada, de la vida –claro– y que no ande por allí con su amiga correteando por los cerros como dos adolescentes”. Me vienen a la cabeza las palabras de mi vecinito que pontificaba desde sus quince a mis catorce que ya no me quedaba bien el andar corriendo por la calle como una niña. Por qué, siempre se ha de determinar, qué cosa, hasta cuándo, como si estuviera escrito en un calendario de las edades del hombre. Mi edad –habría de responder a algún indiscreto preguntón– es la edad de lo que puedo hacer, que no se define en años sino en capacidades.

Allí estaba en esa confusión de personas y pensamientos cargando interrogantes. La mayoría eran textos que no reconocía como propios, acaso copias de autores reconocidos, involuntaria imitación. La certeza de mi autoría me vino cuando enfoqué en lo tachado y espí las correcciones. Pero..., qué leía en verdad. La escritura de una veinteañera que tanto podía ser Uli como Ari, y sin embargo..., un signo inalterable, rúbrica singular que me traía el terror o el alivio de la repetición. Saber que se es uno, indivisible, no fotocopiabile.

DE BRUJOS Y FILÓSOFOS

PODER DE LA RISA

Poder del recontar, [...] te pone en contacto con algo que ni sospechabas. No escuchés la voz superficial que te hace sentir rabia, escuchá esa otra más profunda, que se está riendo, escuchala, y reíte. Contate la historia una y otra vez, vas a encontrar incontables riquezas.

Don Juan

APRENDER A REÍR

*H*oy me toca aprender a reír
No del otro, que pobre lleva su propia cruz,
Sino de mí, figura espejada en vidrio resquebrajado.
Ni con son de amor ni con son de guerra.
No más reír con cantarina voz o de falsete.
Sobretudo no dejarme la herida al descubierto.
Hoy me toca aprender a reír que no es mucha ciencia.
En todo caso me ayudo con una canción de Sabina
o un personaje de Woody Allen que una tarde salió desenfocado
y tuvo que regresar a descansar
hasta que le volviera el enfoque
Aprender de los comediantes –Nietzsche dijo–
que ellos saben del disimulo.
O aprender de las mujeres, el arte del maquillaje.
O alejar para embellecer, el juego de las máscaras.
Con un ojo río con un ojo lloro –confesaba el sabio Sören–.
Caricaturas para armar, juego de adultos

Las caricaturas no lloran, tampoco ríen
pero saben provocar una sonrisa
al más enroscado en la amargura.
Hoy me toca aprender a reír,
no es cosa fácil, se necesita años de ejercicios.
Y larga espera de días futuros
cuando se anuncie la comedia de la vida.

Nada entonces de lo que otrora me clavara la esquila
podrá siquiera atizarme las penas o rozarme las heridas.
No más que un poco de mirada altiva y risa desbocada.
Si no fuera porque los pájaros no ríen
sería un ave solitaria detenida en las alturas más frías.

ELEICER



San Agustín, Colombia, dueño de la casa noble y destarlada que alquilaban las chicas y vecino; el viejo, pequeño, seco de tanto sol, pero esos ojos de brillo gozoso. También barajaba sus mezquindades, tan quejumbroso cuando le robaron el martillo, tan desconfiado, hasta el colmo de dejar atado a su adelgazado perro cuando sus andanzas por el pueblo. Pero qué risa, esa risa que le inundaba la cara, que le ajustaba la vida, como agua de la fuente. Hay que reírse, pontificaba desde su sabiduría hecha de barro, risa es salud, reírse para no enfermar, decía mi abuelo, y yo obedezco cuando me acuerdo. Porque no es necesario tener de que reírse, ni buscar y rebuscar, todo es merecedor de risa; al menos podemos reír de nosotros mismos. Basta con mirar desde otro ángulo, recitar con otro tono. Nietzsche sabía..., que para que la existencia se colocara sobre sus pies debíamos, después de haber perdido la ilusión de un orden del mundo, entrar en la era de la comedia.

Eleicer llegaba a la hora de la cena, venía buscando conversación seguro de que en su transcurso hallaría las varias ocasiones de risa que necesitaba para seguir parado en el mundo. Se pasaba las horas animando a las chicas con sus historias sin fin, mientras ellas animaban el fuego y enriquecían el guiso con las especies y los olores hasta que las carcajadas se despeñaban hasta el llanto.

Claro, hay que tener facilidad para la risa y en esto Ari se sentía una carenciada; recordaba la envidia que le despertaban las chicas cuando llegaban muertas de risa o cuando las escuchaba en la habitación contigua reír durante horas; ella, que recolectaba como perlitas en el cauce de la vida cada ocasión que pudo reírse a solas o acompañada.

Pero entre todas las formas de risa la más alta es la de reírse de sí mismo. Acaso la felicidad tan anhelada, no sea más que eso, quebrar el umbral y pasar a la comedia de la existencia. Y sin embargo esta forma de risa es intelectual, silenciosa, nada tiene que ver con el torrente de la carcajada. Es la mirada del ironista volcada sobre sí mismo que transforma las pequeñas mezquindades en comedia del sí.

TIEMPO DE COMEDIA

Después de la alterada discusión fue como cerrar un cajón, y vino arrollando la frase de Nietzsche “cuando podamos desligarnos de la búsqueda de sentido o finalidad, de la posibilidad de conciliación, de , de tantas cosas , entonces, llegará la comedia de la existencia, sobrevendrá la risa”. Y Ari rió, rió con ganas, risa forzada pero vale; por ahora risas forzadas, embaucadoras. No ha llegado aún la era de la comedia, por ahora valga el simulacro, pensó y sintió alivio, imaginó ocasiones en que se serviría de la fórmula mágica. Cuál sería el estupor del “otro” cuando en medio de una acalorada disputa lanzara su risa vengadora. Imaginó el interlocutor del otro

lado del teléfono: largo silencio de esos que hacen pensar que acaso se cortó, pero no, es que uno se quedó callado, un poco para tomar aliento, distancia, acaso con el tubo un poco alejado. Imaginó una de esas escenas de ventanilla número 12, con el “falta una firma, o el sello del responsable”, después de unas 1003 visitas a la misma ventanilla, frente a la misma persona salvo unas seis veces que estuvo de licencia. Había que disimular –comprendió–, salvaguardar la integridad del otro, la propia, evitar la acusación de insociabilidad, acaso de locura, ¿qué es eso de largar una carcajada? Porque estamos habituados a que en esas circunstancias más bien el sujeto se encolectrice, arroje algo a la mano, rompa algún utensilio, pero reírse no, eso es patología seria. Imaginó como se transfiguraría la cara de palo del burócrata, se acordó de la película cubana *La muerte de un burócrata*, por nada, por el título nomás. Pero mejor ser cautos, procurar que la risa sea más bien para adentro, silenciosa, discreta.

Por el momento no era necesaria la cautela; era fin de semana, en casa, el tema más bien familiar, privado. Algo que rondaba como fantasma que por momentos creía haber espantado con esa risa de último hallazgo, como si se tratara de la cruz para el conde Drácula. Pero daba una vuelta y reaparecía, por otro lado, el mismo fantasma, con otras fauces.

Se acordó de su discípulo Ruskin que aseguraba haber descubierto una teoría por la que se podía controlar los sentimientos y emociones; recordó aquél día, domingo, de persistente garúa en que se apareció con el manuscrito, en inglés y se lo dejó para que lo leyera, incluía –dijo– una ética formalizada. Ari lo sintió como provocación, más por sus comentarios últimos, cuando decía, que no entendía la filosofía que hablaba de la historia como si fuera una persona, “la historia dice...” y que si no proviniera de la seriedad del inglés lo juzgaría como un sarcasmo. No era que necesitara defender la filosofía, allá él y sus limitaciones con la metáfora, el tema era la contigüidad de los actos; pero era inglés de modo que olvidemos el sarcasmo.

A ella, no le interesaba el modelo formalizado, sólo quería proceder como en el ordenador, una tecla y borrar nomás, que no quedara huella. O bien, como ese experimento de la película, de borrar un pedazo de memoria. Porque el tema no son los sentimientos o emociones, que suceden y punto, sino la memoria que nos lo devuelve, no los hechos sino lo que retorna, el reflujo. Acaso esto, era lo que inquietaba en verdad a Nietzsche, el más pesado de sus pensamientos, el del camello: eterno retorno; o en versión freudiana, compulsión de repetición. Y sin embargo la película, con ese título, *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos*, traía lo otro posible: que por haber olvidado se repitieran mismas acciones y mismos errores.

Nada me han enseñado los años.
Siempre caigo en los mismos errores.
Otra vez a brindar con extraños.
Y a llorar por los mismos dolores.

Claro está que lo de errores es algo que le agregamos cuando miramos por el reverso, después de cometidos –diario del lunes– porque antes..., pura potencia, todos los casos con la misma posibilidad de acierto o equívoco. Actuar, entonces, es por siempre errar.

Para Nietzsche la risa aparece cuando se descubre que no hay fundamento, cuando la muerte de Dios se ha bebido todos los mares. También el tiempo de comedia requiere haber andado camino.

MASCULINO-FEMENINO

En el tiempo de los chamanes fundadores, naguales eran las mujeres. Su pragmatismo natural, propio de su feminidad, condujo hacia pozos de practicidad de los que casi no pudieron salir, entonces los hombres asumieron la dirección

*y condujeron hacia pozos de imbecilidad de los cuales
apenas estamos saliendo ahora.*

*Desde hace un tiempo, esfuerzo conjunto de un hombre y
una mujer. El hombre trae sobriedad, la mujer innovación.*

Don Juan

Entonces el varón más sobrio, más controlado; la mujer, maleable, desbordándose un poco, trayendo aire fresco. En el principio de todas las religiones fue la mujer, Gea la madre Tierra, luego asustado –milagro del nacimiento– el varón vino y puso su ley para dominio y subordinación de lo femenino.

Recordar el relato de Kierkegaard de aquel filólogo que preocupado, cavilaba horas en el por qué de ese punto en el manuscrito, hasta que su mujer se le acercó para un cariño y vio la miga de pan tostado y sopló y el punto desapareció. Acaso esa sea la misión de la mujer de todos los tiempos, el de hacer volar los puntos

CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

LOS MODOS DE LA ENERGÍA Y LOS OJOS NUEVOS

*Los chamanes se mueven en el reino de lo impersonal,
aspiran llegar al infinito donde la energía aparece como
un flujo constante de la conciencia, o a la inversa el flujo de
conciencia se manifiesta como energía.*

Revisar los modos de entender la energía similares que no idénticos: *pneuma* griego, *pramayama* hindú, espíritu, *rau* hebreo, aliento vital, o voluntad shopenhaueriana y tantas otros con sus pequeñas diferencias. Luego, la energía de él y la mía en colisión: un encuentro, un choque y seguir andando sin desesperar. Ver cosas y personas como flujos de energía es verlas desde un punto de vista impersonal donde

no caben culpas ni remordimientos, ni enojos, ni juicios morales. Lleva el sentido de “estar vacío” y no sostenerse sobre supuestos. Todo, como materia a explorar, motivo de asombro, suspensión del juicio. Ari se programa: ver con ojos nuevos, no sentenciar, dejar el pensamiento inacabado, y a la espera, suspendido de un hilo como el escarabajo de Sócrates.

Y DÓNDE COLOCAMOS A SÓCRATES

Era uno de los personajes con que Ari había estado obsesionada, meses y meses leyendo sobre él, observando las aristas, los pequeños lunares, los tonos de voz, las cadencias. Se acordó de aquella vez que le regaló a JR su libro sobre los griegos, y él sin apenas ojearlo le empezó a dar cátedra sobre el que ya Ari de tanto manosearlo, fascinada consideraba “su” personaje. Por algún lugar debía colarse y este era el lugar apropiado. Una tras otra se suman las versiones, figura marcada por lo extravagante, presente siempre por la terca voluntad de querer ocultarse. Hubo y hay obsesión en catalogarlo. Tantos cosas se han dicho..., inventor de la definición, fundador de la moral, acusado de lógico, asesino de lo dionisiaco, defendido en tanto hombre práctico, pintado como pura bruma. El tema no es el pensamiento, sino la persona, la ironía como recurso para impedir la cosificación, y la acción paralizante de los catálogos. Y luego la dialéctica o ironía como arte de interrogar para desenmascarar y deconstruir las convenciones del hombre autosatisfecho, un eterno recomenzar con tal de no quedar fijado a un preconcepto.

La figura del ironista evoca la del mago, siempre escondiendo en la otra mano. Jugador incansable de malabares, imita a las nubes en la infatigable aceptación de la mudanza; si cumple una lógica no es la de la línea y el progreso sino la de la curva y el desvío.

El ironista descrea de la objetividad y del progreso. Si la dialéctica hegeliana pone y contrapone para superar, la del ironista se agota en la yuxtaposición de todas las posibilidades para no quedarse con ninguna. No promete conciliación porque no es su fin salvar lo familiar sino desestabilizar por eso lo del pez torpedo.

Lo de Sócrates, al fin puro ritual, es una experiencia a transmitir; por eso lo de charlatán, esa necesidad de andar por el ágora, el gimnasio, la calle, interpelando por doquier. Demasiado marginal para ser pedagogo, demasiado plebeyo para sacerdote, demasiado mundano para místico. Sócrates, el ironista; preciso hacer del ironista un personaje visible, audible, un habitante más de la Atenas del siglo V; definir su profesión: deconstructor, mirada un tanto burlona, artimañas de seductor, pasión por la conversación.

Y por qué otra vez Sócrates tan lejano en el tiempo. Acaso por ser el primero en haber descreído del objeto, abocado a la tarea de desfondamiento que hoy tanto seduce. Sócrates..., el torpedo que faltaba, el que llegó para romper, perturbar, aturdir, repartir confusión y perplejidad. Sócrates aportando la duda, que devuelve el asombro, el encanto y terror de lo insondable.

Hoy las voces descreídas tardomodernas, acusadas de frivolidad como otrora Sócrates, siguen sus pasos, imitan sus gestos y procuran dar a esta era un poco de esa sabiduría que advierte que la luz con que hemos logrado alumbrar el mundo nos es acaso insuficiente.

OTRO PERSONAJE, EL GUERRERO DEL INFINITO

En Don Juan no hay alboroto ni densenvainada retórica sobre el yo, ni pizca de enojos o remordimientos. Suyo es el vacío del guerrero, viajero avezado que no da nada por su puesto [...]. Estar alerta no es vigilar sino estar consciente de la tela del mundo cotidiano.

SILENCIO INTERNO

Consiste en suspender el diálogo interior, estado de quietud cuando la percepción ya no depende de los sentidos y todo ocurre a un nivel distinto de la conciencia cotidiana. La idea es detener el mundo, que todo se transforme: el esclavo en hombre libre capaz de percibir otros mundos. Eso es brujería, sinónimo para los antiguos chamanes de *libertad total*.

El mismo sentido de ver con ojos nuevos, suspender el juicio, la epojé de la fenomenología husserliana; el pensar heideggeriano como estado de abierto en el claro del bosque, y también el silencio, la espera, dejar que la cosa se muestre, el *let it be* sazonado de hinduismo. Vincular la espera del advenimiento del ser con el abandonar la prisa de Nietzsche, decir no a la furia del querer, y empezar de nuevo en idioma extranjero como quería Kierkegaard.

Abandonar las clasificaciones,
[...] porque tiene un mundo propio, que termina dominándote.
No son árboles son troncos muertos que te dominan.

Don Juan

EL NARRARSE

Al narrarnos nos damos cuenta de nuestras contradicciones y repeticiones, pero no importa, porque las llamamos transformaciones o reafirmaciones. Piglia dice que escribe sus diarios para mostrar que sigue siendo siempre el mismo, que no reniega de sus pensamientos y convicciones. Yo no quiero demostrar nada, el escribir lo vivo como experimento, un explorar para recordar y conocerme, saber lo que pienso; y tanto me asombra ser la misma que no serlo. Las dos cosas se dan sucesiva y simultáneamente; descubrirlo es la sorpresa que me prometo. En el camino un suceso puede

hacer de faro, y así el narrar se vuelve algo mágico, no puro contar cuentos sino descubrir la tela de la que están hechos.

Lo de narrarse, tiene aire de familia con la “recapitulación” de los chamanes, para ellos también un suceso puede ser faro que alumbró a los otros. Cuentan que el recapitular produce un desapego que permite verse a distancia, como el actor brechtiano que así puede ver en qué ha fallado o descubrir el sentido oculto de su acción. Y Nietzsche que decía que los filósofos tenían que imitar a los artistas y a las mujeres porque conocían del arte de mirar a la distancia, de alejar para embellecer.

LEYENDO A SARTRE

Las palabras, me acerca una familiaridad que no está hecha de olores o sabores, una correspondencia en sordina como de humanos que se llaman y responden. La vida como una ameba cuyos límites hay que definir para que no se pierda en la indiferenciación del océano. Qué es salvarse si no es encontrar la diferencia mínima, contarse la propia historia. Como a Sartre nada me horroriza más que la idea de un cataclismo que destruyera el planeta; la humanidad preserva la humanidad. No importa que nos olviden al día siguiente de la muerte, si se enfría el sol ese sí será la muerte de todos los muertos.

Pero, ¿qué era ese hilo de aire familiar como indeterminación vinculante...? No sé, no recuerdo, como con los sueños, un halo relampagueante de lucidez que se apaga en el instante

SOBRE EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES

*N*i crítica ni justificación. Tampoco la cuestión es quitar los velos, como los jóvenes egipcios, como el Nietzsche del martillo que después se dio cuenta y puso un manto;

preferible es el decoro. Como el maestro Kierkegaard, ayudar a darse cuenta, hacerle creer al otro que es él el que piensa, o con menos arrogancia, ayudarlo a pensar sin andaderas. Lo que se debe evitar a toda costa es el catálogo de errores; ser, en cambio, el coleccionista de las cosas buenas, y un llamado de atención sobre fallas y carencias, con disimulo, sin alboroto. Para ello tiene que tener él mismo la cabeza clara, buen oído para lo que acontece.

Ari no quiere jugar con los conceptos, la vida es muy seria como para jugar. *Yo quiero el conocimiento sólo en cuanto me sirva para la vida*, dice Goethe, cita Nietzsche, apropio yo.

LA TAREA DEL PENSADOR

Escucharnos unos a otros, luego decir lo nuestro, no partir de cero, *ergo*, dejar de estar en la mónada, *ergo*, descansar de nosotros mismos, descansar de la crítica, ser el recolector de los pequeños detalles, o en todo caso, llamarse a silencio. Diálogo, lugar donde al otro lo gozo en su singularidad, no esquematizarlo..., no cosificarlo...

Y sin embargo a veces es preferible la sencillez del esquema, no sopesarlo todo, no perseguir la objetividad porque ella mata las pasiones y diluye las ideas en el líquido corrosivo del análisis exhaustivo. En política no ser exhaustivo sino intensivo de las propias convicciones. El coraje silencioso, otro valor a codiciar, no es un algo definido, es apenas una laboriosidad.

El fragmento frente a la totalidad nos salva de decir siempre lo mismo; tomar la temperatura del momento, oír y desoír la diferencia.

Sigo meditando sobre las posibles objeciones a mi ponencia “El rol del filósofo”. ¿Por qué el filósofo no puede opinar? –pre-

guntaba el cordobés. Porque está muy ocupado en pensar y no le da tiempo. Con la opinión ocurre que está siempre de prisa, no se detiene a pensar; el opinólogo quiere tener siempre algo que decir y sucumbe en el intento. El experimento de escribir todo lo que se nos ocurre, no resiste ni el transcurso de una jornada; en horas nos avergonzamos de lo dicho. Dejemos esa tarea a los apremiados por los medios que gustan jugar las carreras de las ocurrencias rápidas o de las grandes joyas del ingenio. Los filósofos necesitamos del tiempo y el ocio, y que “ocio” se entienda en su sentido genuino, contrapuesto a *neg-ocio*.

Tampoco se niega la posibilidad de crítica, porque crítica está ya subsumida en la idea de un preguntar desde otro lado, ya la renovada forma en el preguntar, es crítica o revisión, en sentido kantiano, llega después de que algo se ha roto.

Atendamos en cambio a la etimología que nos habla de amor, aspiración, deseo, y por tanto, no clausura. ¿Quiere esto decir que la filosofía no dice nada? No, porque su decir está ya en su preguntar. Se dice, ya, desde que se formula una pregunta que deconstruye las anteriores.

*Tenemos dos mentes una la de nuestras experiencias
otra la instalación foránea.
Don Juan*

Otra manera de distinguir, entre mente propia y mente colonizada, como Jauretche; sólo que éste distingue en un campo más acotado, el de la política.

EL PENSAR

*M*e gusta cuando mi pensar es como un respirar,
un vuelo de pájaro que no se posa
Me gusta cuando mi pensar no llega a conclusiones
ni termina cerrando en una coma

Me gusta cuando mi pensar es un dejarse llevar
por vientos futuros que soplan desde el pasado
y no pertenecen a ninguno de los tiempos
ni los modos de la gramática.



MUDANZAS

EL ALMA DE LAS COSAS

Después del diluvio o la erupción volcánica porque, no es agua que te inunda y vivifica sino fuego que arde y quema, ni una gota de nada, me siento seca. Y si nos preguntamos por el hondo sentido de la palabra. “Mudanza”, cambio, no como el movimiento evolutivo del capullo, sino revolución, inversión del giro, temblor de tierra. Y uno que pensó que tan sólo era un cambio de casa.

Síndrome de la casa vacía. Uno no sabe realmente lo que es cerrar una etapa hasta toparse con el espectáculo: casa vacía..., la reja gris, paredes mudas que no dicen sino su resentimiento: ellas que guardaran líricos cantos de risa y lágrimas... ¿Qué tantos secretos esconden las baldosas, cuántos viejos olores, historias empapeladas, maquilladas, recontadas? El gato se super excitó en el laberinto de los muebles, trepó y dominó alturas y recovecos; ahora calla y gruñe en su ofuscado recogerse. En su gesto se resume el alma de la naturaleza: no pactar con la astuta y engañosa razón; clavarse en el terco reclamo del territorio y la rutina. ¡Esta tierra es mía! repican las campanas del corazón, anulando el frío calcular de los pro y los contra. Esta tierra es mía y en el pisarla me afirmo y digo. La casa como el lenguaje en que modelamos nuestra estatura y nos teñimos de amaneceres. Cuántas auroras pasadas se agolpan en nuestra memoria para que una quede resonando; son los motivos de las vanas charlas que sostuvimos para escapar a la melancolía cuando la casa todavía era amiga y nos regodeábamos en el recuerdo. Ahora todo calla, las fotos como testigos del silencio y el rencor de la casa vacía. Hay que saber lo que es sentir el enojo de la cosa muda, del gato asustado, los huecos de las paredes. ¿Qué las cosas tienen alma? Cuánta verdad en esa frase hecha..., hasta siento su reproche por mi falta de

atención, ahora que las veo en otro lugar, con su lustre de estar ahí, exigiendo espacio de atención.

Agustín. Otra historia. Un sordo rencor lo animó los primeros días y no pude levantar cabeza desde ese abismo –tantas palabras había en sus ojos de gato– sólo recibir los esporádicos *flashes* en que se hacía presente dejando el halo de una memoria interrogante. Aquí lector, una lágrima como suma y resta de todas las lágrimas, pero hay todavía tanto que decir de la casa vacía

LAS PALABRAS

Después del vendaval, desde este abismo sin fondo, a 1000 metros por debajo del nivel del mar, sólo mi roca puede salvarme. Yo soy otra entre aquellos que no creen más que en las palabras. Las huecas, las vacilantes, la que decimos a un amigo o la que llamamos, la que ríe con un ojo, las dormidas o exultantes, las más inocentes, las que guardan empero los mayores peligros. Las palabras también que nos lanzan las cosas cuando casualmente nos devuelven la mirada. A todas les hago un altar que venero con fe de a pie, a todas amo con ese amor que se atesora y alimenta porque desde el fondo sabemos que cuando ya no tengamos nada nos quedará al menos la palabra.

LA CIUDAD ALIENADA

Aquí en el corazón de la ciudad, Florida, la peatonal, tango callejero, costumbres argentinas, la miro a la ciudad con ojos de extranjera. Ellos, entre los que deambulo perdida, conocen más los recovecos, el modo de pedir e interrogar, en su lengua balbuceada ellos tienen el código. Hay

como dos ciudades paralelas. Yo tambaleo donde ellos se mueven como en su casa. Hasta sería posible invertir los roles: una guía elaborada por extranjeros para que usted conozca turísticamente su ciudad, guía turística para nativos.

SOLEDAD

Si querés comprender la soledad, el colmo de la soledad, hay que enfocar en ese acontecimiento excepcional de la mudanza; el no tener un lugar, el andar ambulante, no como cuando una anda de viaje llevando su pequeña casa al hombro, sino en ese estado especial en que una va de aquí para allá por lugares ajenos, entre cosas ajenas, cuando una comprende que estar sola no se agota en el estar alejada de los amigos sino también de las cosas familiares, las cosas de una. Estar sola es estar sin la casa, pero si el lenguaje es la casa del ser, ¡albricias!, me queda la palabra.

Ahora la comprendo a Uli con toda su angustia del último día cuando luchaba por aligerar su casa en la mochila, y todo eso que ella cargaba, su vida en la mochila.

MÁS SOBRE MUDANZAS

Aquí en el centro nominal de la ciudad,
el ruido es protagonista,
el ruido dividido y subdividido en el trepidar continuo
y los relieves momentáneos que estruendean
en el encenderse, y apagarse en la lejanía,
de motores inconscientes, borleados de voluntariosas bocinas.
No es posible acostumbrarse para ya no oírlos.

LA CULPA DE LA RATA

*A*ri venía caminando unas quince cuadras porque ahora que vivía provisoriamente en el centro aprovechaba la vecindad, los lugares cercanos que ahora eran otros –aquellos a los que sin duda se refería su amigo Gastón cuando, vacilando entre los barrios de Florida o San Telmo, siempre terminaba inclinándose por este donde le quedaba todo más cerca. Pero, más cerca de qué. Esa era la cuestión que a veces los enfrascaba en una discusión inútil. Claro ejemplo de relativismo cultural, digo, individual pues cada uno tiene sus cercanías y lejanías. Con Gastón siempre estaban en esas, nunca coincidían. Pero ahora –tiempo de mudanza– ella quería aprovechar sus vecindades momentáneas, diferentes de las habituales, como que la ciudad se le había invertido y todo era al revés: Ernesto, el lejano, ahora estaba a unas pocas cuadras y también el café Los poetas donde habían quedado en encontrarse. Con Ernesto no se veían desde aquel episodio de la rata que se avecinó y no se pudo hacer otra cosa que dividir la casa en dos. Él se quedó del otro lado. No se quedó sin casa pero sí sin computadora, y tan sordo de alma como era no pudo comprender y se enojó tanto –se puso rojo e hinchado de ira– que fue imposible recomponer la situación hasta que pasados los años, el tiempo –que salva– puso su manto y a otra cosa. Y precisamente eso era lo esperado ahora de este encuentro, reconciliación quizás, o acaso ni tanto, acaso tan sólo tender el manto, aprovechar la oportunidad del vecinazgo, sin ruido, sin casi palabras. Él, en verdad, era violento. Él mismo se autocalificadaba, acaso no con esa palabra, y ella no creía, lo sentía blando, con su mirada suplicante, sus contorsiones casi femeninas.

El caso fue que se instaló la rata y ellas poco expertas en el tratamiento de esos bichos, no sabiendo donde se ubicaba la criatura si en la cocina o en el comedor, para que de la cocina no pasara al comedor o del comedor a la cocina cerraron la puerta con llave, no porque la rata supiera abrir la puerta sino para que Ernesto no pasara de un lado al otro –con su cigarrillo encendido que siempre estaba con la ceniza a punto de

caer— y dejara la puerta abierta para solaz de la rata. Pero él no comprendió —tanto ego y poca escucha— hoy mismo, todavía no sabe de la rata y pregunta, qué rata, cuando Ari le comenta, trata de recordarle, a esa mente que ya no recuerda nada.

— A mí se me ocurren ideas brillantes —dice— pero no puedo realizarlas, tengo que hablar con un chabón para proponerle mi gran proyecto pero no lo hago por lo que me pasa en la cabeza.

—¿Qué te pasa en la cabeza?

—Las neuronas alteradas, por eso no lo llamo al chabón.

Aquel día Ari le vio las venas hinchadas, el sudor en la frente que iba cayendo por las mejillas no provocado por el trabajo sino por la ira, el enojo, la imposibilidad de digerir el hecho simple de una puerta cerrada, bloqueando el acceso al resto de la casa, entonces dividida en dos a causa de la rata, pero acaso también —deber de reconocerlo— para recuperar, regresar a cierto grado de intimidad y goce no diferido de sus pertenencias, en fin de su compu.

EL ALMA DE LAS COSAS

Oye, las cosas te están mirando,
las que tanto tocabas con los dedos,
hasta el cansado gastado de sus piezas,
las que alguna vez echaste en el olvido,
las que tanto amaste, como odiaste algún día.
Ahora quietas desde su silencio de barro
son ellas que te miran, interpelan, demandan.
Derecho marchan ya, pues, como testigo,
al mudo tribunal de los olvidos.
Hay una mirada inquisidora,
ese fiero orgullo de ser materia
y sin embargo también alma de las cosas,
tolerante mansedumbre de aquello que se asienta
en las altas praderas de la verdad nuda.

Yo no sabía del alma de las cosas y entonces ayer después del mediodía preparé las valijas y me senté a esperar la hora de partida, y en ese mientras tanto indefinido me distraía con lo más cercano, la mirada entre perdida y vagabunda que se posa y no se posa, ora en la marimba, ora en la mesa de tosca madera, ora en el marco con foto de familia. Armadas de su silencio sin gestos ni palabras dicen las cosas más que en lo que en bullicio no podemos escuchar. Me voy, entonces, con la imagen concentrada de una queja como en sordina y mi camino se puebla de añoranzas y de cosas no dichas de las que sólo queda la nostalgia como un plato exquisito que quiere ser gustado voluptuosamente.

MAPUCHES

Gran paréntesis de escritura en razón de gran paréntesis de estar en mí misma. Dice el mapuche: ustedes están siempre en el afuera, nosotros estamos siempre en nosotros mismos. Comentario de Jorge Bolívar a una baguala anónima.

Dice también el indígena, jefe Seattle:

“cómo podéis comprar o vender el cielo, el calor de la Tierra [...]. [...] no somos dueños de la frescura del aire ni del centelleo del agua. [...] habéis de saber que cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo”.

LA VIDA, GLOSA SOBRE MOTIVOS NIETZSCHEANOS

Preguntados por la existencia digamos que no es sólo afirmación sino potenciación de la vida; señalar de paso que no es la vida, pese a lo contradictorio que suene, mera entidad

biológica. Mechada, con altas dosis de azar y, y siempre renovado ensayo de nuevas configuraciones, siempre será intencionalidad, proyecto, dirección a lo otro, sin garantía ni cobijo, cercada por el error y la derrota, pero siempre con perdón de la tautología, vida, o lo que es lo mismo voluntad de acrecentamiento. Gracias demos a esa feliz argucia del narcisismo, gracias también sean dadas a la “estupidez del idealismo”. Pero no se nos malentienda, acordamos en el deseo de que el humano por fin deje en paz al resto de los vivientes y aprenda a gozar, sin apoderamiento. No, al proyecto moderno de progreso que llega de la mano de avasallamiento y destrucción. Tampoco se entienda “acrecentamiento” en el sentido de dominación creciente sino de superación en la creación y embellecimiento del sí, el hombre íntegro según modelo griego, también en paz y amistad con los otros y el entorno.

Y la muerte..., clara derrota de nuestro ego, pero transformada en conciencia, motor de nuestra fuerza creadora y el amor que alumbra el pensar en el “país de nuestros hijos”.

LA POESÍA

Quién dijo que en tiempos de guerra no es posible la poesía, ni amar, cantar, bailar, ni vivir entonces. Dijo Adorno que después de Auschwitz no es posible la poesía, pero entonces..., se preguntaba Ari, cómo fue posible después de las guerras médicas y la destrucción de Cartago y el exterminio de esclavos en la insurrección de Espartaco y el genocidio indígena en América y la Inquisición y la caza de brujas y las Cruzadas, y más acá, después de Hiroshima, de la guerra de Irak, con sus niños mutilados y los niños hambrientos en un mundo de la abundancia y del desperdicio y ... los ataques feroces contra palestinos indefensos y el genocidio después del genocidio practicado ahora por las víctimas convertidas en victimarios.

Lista interminable, lo mismo que el detenido interrogante de Ari. ¿Qué habrá querido decir Adorno?

La poesía acaso sea lo único posible después del terror, la destrucción y la muerte; la poesía para cantar la nostalgia de lo que no es, la esperanza de lo que podría ser.

La poesía como campo promisorio, donde todo está permitido, como isla desde la cual nos perdonamos la ilusión, y tomamos refugio contra la razón cuando se ríe de nosotros.

CUIDADO DE SÍ

Pienso la diferencia entre tecnologías del yo en Foucault, y cuidado de sí, entre los griegos. Los estoicos apuntaban a superar el sí pensando y obrando con el sentimiento de pertenecer a la razón universal. Algo tiene que ver con el budismo. ¿Qué decir, en cambio, de Nietzsche, de Kierkegaard, o del poeta romántico que se quiere crear de cero? Jorge Alemán en *Notas antifilosóficas* se pregunta por el sujeto nómada foucaultiano que ha erradicado la experiencia de lo real y que para configurarse a sí mismo necesita no sentirse apresado en ninguna estructura ni siquiera la del inconsciente.

Pensar un personaje que sea como la encarnación de todas estas ideas combinadas. Hallo un parentesco entre un posible sujeto nómada y el romántico que quiere partir de cero, que no acepta ninguna determinación, que toda limitación la siente como cárcel. Y en las antípodas otro personaje que se mueve totalmente dentro de las estructuras, las modas, las expectativas, todos los mecanismos de cooptación de la voluntad y lo hace inconscientemente, creyendo por el contrario navegar en la absoluta libertad. Construir con ellos una novela de vidas paralelas.

ÚLTIMOS TIEMPOS

TANTO HE VIAJADO

Tanto he viajado y no he hecho más que regresar a mí.
Gandhi.

Para Hegel el viaje no se convierte en experiencia hasta que no se ha llegado a casa, necesidad de mediación.

La patria está al regreso. Qué otra cosa hice sino volver a mí mismo. Nietzsche.

Nietzsche. De *El Nacimiento de la tragedia* a *La ciencia jovial*; romanticismo, iluminismo y romanticismo superado. Extraña mezcla; una pizca de eterno retorno, sazonado de hegelianismo.

Mónica Virasoro en *Zaratustra, la experiencia del guerrero*.

Una cita más, que nada tiene que ver; pero que tiene que estar, a propósito de las guerras de hoy.

Ojo por ojo el mundo va quedando ciego.
Eduardo Galeano.

ATEÍSMO

Nada más que una ingenuidad de la razón, que cansada de luchar por la fe, se pasa al bando opuesto con un acto de negación, como si la fe necesitara de sus auxilios para afirmar su existencia. Un ardid de la razón que escasa de re-

cursos para demostrar la existencia de Dios, decreta de un solo movimiento su no existencia, como si Dios necesitara de la razón para autoafirmarse. Ya el declararse ateo es una forma de creer en Dios. Ya es respuesta a una supuesta pregunta que no puede hacerse aquel que carece de toda fe.

Para Nietzsche, el ateo trivial es el que se ríe sin haber hecho el camino, sin haber sido nihilista decadente. La risa aparece cuando se descubre que no hay fundamento, cuando la muerte de Dios se ha bebido todos los mares.

LA LIEBRE Y DIOS

Glosa a *Los Demonios* de Dostoievski.

Ari había estado enfrascada leyendo *Los demonios* y ahora que lo terminó, y justo se iba a encontrar con su amigo Gastón, quería aprovechar para tirarle, porque no se trataba de intercambiar sino de arrojar una opinión de vieja data reavivada por esa lectura. En realidad Dostoievski era un caso ejemplar para ilustrarla y en consecuencia sus personajes.

Ari –Te acordás de esa escena cuando Shatov le recuerda a Stravoguín su frase *Para hacer un guiso de liebre se necesita una liebre; para creer en Dios se necesita un Dios*. Y se la recuerda con toda la vena de su desprecio, ya que en ella estaría concentrado todo el cinismo de Stravoguín. Shatov quería borrarle la sonrisa de una bofetada, aunque tal sonrisa no existía, según aclara el narrador. Y ocurre que Shatov tampoco tiene su liebre según confiesa a la pregunta de Stravoguín.

– Y esto a qué viene –preguntó Gastón sospechando que Ari trataba de resolver un viejo pleito.

–Es un tema redundante. Acaso estamos ante un caso de eterno retorno. No se trata de que se repita todo igual sino de que los temas vuelven, algo travestidos por el tiempo y el

escenario pero casi en los mismos términos. Tantos siglos de ateísmo declarado y todavía sombrean las marcas de Dios.

–Pero en este caso, se trata de dos personas que no creen, una, debido a su cinismo, acaso más convencida; la otra, en cambio, que todavía se debate en la duda.

–A eso iba porque en cuestiones de Dios poco vale lo declarativo que en general cae bajo sospecha. Acaso el más incrédulo sea aquel que por decoro casi no puede pronunciarse y se envuelve en la pátina de la fe, es el clérigo, que toma los hábitos para ya nunca más dudar. No me mires con esa cara, ya vas a ver. Por ahora enfoquemos en la acusación que en la misma escena Stravoguín hace a Shatov de haber tergiversado sus palabras al rebajar a Dios hasta convertirlo en un mero atributo de la nacionalidad, propiedad de un pueblo, pues sin Dios no hay pueblo, parece afirmar Shatov, donde se ve la hilacha del no creyente para reciclar un concepto que por siglos ha sido el pedestal de la cultura de Occidente por más remiendos que haya padecido en su devenir

–Creo que estás bordeando la contradicción.

–Puede ser, porque la cuestión en sí no la elude, pero antes de caer en antinomias, insisto en la necesidad de invertir lo declarativo. Enfoquemos en el personaje Stravoguín cuyas miserias se revelan en la famosa confesión final. Su crimen es meramente intelectual, fraguado por él mismo, surgido de su sentimiento de culpa. Y qué de la confesión, que el narrador juzga llena de errores de ortografía y sintaxis: ese fárrago de palabras atravesado por la desesperación. El más puro acto de fe por la cual cree poder obtener perdón. ¿De quién, de Dios, de los otros, de la Humanidad, así con mayúsculas, acaso de sí mismo? Poco importa, todos son sustitutos que apenas merecen ese nombre; búsqueda de redención, de justicia y sentido de la vida en sus variadas formas.

–Pero Stravoguín luego va y se ahorca, signo de que ha caído en el más crudo nihilismo.

–Ese desenlace nada cambia al sentido de su acto; es una consecuencia directa de la incredulidad del monje, de Shatov,

quien tras enfrentarlo a todas las posibles intenciones de su confesión; intenciones ocultas que ni el propio Stravoguin ha podido imaginar, lo arroja a este acto extremo. Del indagar en las infinitas posibilidades siempre resulta la caída en la desesperación. Hay muchas interpretaciones posibles, esta es la mía, que de todos modos está más allá de mi voluntad, acaso un pliegue no iluminado por la conciencia.

—¿Y qué diremos de Kirilov? Acaso sea él, el nihilista, el verdadero ateo, quien por haber perdido el sentido de la vida opta por el suicidio.

—Creo que con Kirilov estamos frente a un caso muy similar. Toda su movida apunta a restaurar sentido, la razón para salvar el orden del mundo. Si la vida es dolor no es posible que por miedo al dolor tratemos de perdurar, caeríamos en contradicción; entonces hay que matar la vida. Argumentación de la razón pura puesta al servicio del buen nombre de la humanidad. El recurso al suicidio no para aplacar el dolor o el miedo al castigo, sino por puro devaneo de la razón. Y el personaje...? Una mera ficción de la mente.

—¿Razón en acción? Pero si Kirilov es un pobre loco; nomás verlo en su divague caminando de un lado al otro de la habitación.

—Es verdad que se lo pinta como que desvaría pero en el fondo es pura operación racional, aunque delire porque cree que de ella depende la marcha del mundo. Y luego el tema de Dios, porque lo que quiere Kirilov como paladín de la razón es erigirse en Dios, el nuevo Dios que vence el absurdo del mundo y de la vida. Una vez más el lúcido Apolo contra el oscuro Dionisos.

—¿Y qué con Shatov?

—He de confesar, como decía que me inclino a invertir lo declarativo. En Shatov lo que veo es el ejemplo de aquel que levanta todo un edificio para autoconvencerse de su fe que incluye a Dios, la patria, sobretodo el sentido. Mismo caso del sacerdote que se pone la sotana y da sus votos para asegurarse en la fe. En cambio los que insisten en renegar de Dios parece

que sin ser conscientes son los que más creen, Stravoguin, por ejemplo. Qué es esa confesión, sino necesidad de perdón, de que el otro lo mire, lo condene pero finalmente lo perdone, que el otro le dirija la mirada, aunque sea para odiarlo porque él, Stravoguin, no soporta la soledad, ser un miserable así como así, en medio del abismo, en medio del silencio. Necesita del otro, su mirada, a Dios que es una especie de otro. Lo que más le duele es tener que lidiar sólo con la carga del secreto, tan secreto que el lector aunque se esfuerce, no puede saber con certeza cual es su crimen, queda flotando en la ambigüedad de una confesión poco transparente. Lo único que tenemos por cierto es su sentimiento de culpa, una culpa genérica, originaria, el recuerdo de lo que no fue.

—¿Y qué de la santurrona que va a la iglesia, de los peregrinos que año a año concurren al santuario de su favorito?

—Caso similar que no igual al de Shatov, creen, pero se trata de una fe mecánica no cuestionada, creen porque necesitan de alguien en quien confiar, de quien esperar una ayuda, necesitan un orden, una ley de compensaciones. Una justificación de la naturaleza, ¿de Dios...? Para el caso es lo mismo, prefieren creer que la desgracia les vino por su pecado, la idea del azar es más difícil de digerir. Escuché a una mujer adúltera quejarse de un Dios tan injusto que castiga su pecado con un accidente de su hijita, porqué no a mí sino a mi hija, se preguntaba con ira y desesperación. Mismo caso de *Rojo y Negro*, de *Ana Karenina*, *Madame Bovary*.

—Pienso en los casos de la gente que se moviliza, de los asiduos a San Cayetano, acaso dirías que ellos no creen.

—La fe no es sólo la fe, es un conglomerado de muchos componentes. El caso de los que cada año concurren al santuario de San Cayetano es el mejor ejemplo. Más que un acto de fe se trata de ritual. Muestra que la religión se compone de varios ingredientes. Ellos van, no tanto porque creen que el santo les va a dar trabajo, sino para expresar su fidelidad. Ellos van porque van, con lo cual quieren expresar que son leales, si no tienen trabajo piden, si lo tienen agradecen —en muchos casos

van a agradecer— y no porque lo hayan pedido y luego logrado sino porque lo tienen, es dar gracias a la vida simplemente porque está. ¿Qué obtienen a cambio? Una tarea, la peregrinación misma, un sentimiento de pertenencia al grupo de los que creen y realizan el ritual, un paseo, las amistades que se hacen en el viaje y en la estadía lo cual dará lugar a reencuentros los años sucesivos. Hay en ellos una alegría del encuentro y de la amistad, un disfrutar de los rituales y una celebración y acción de gracias a la vida.

TAMBIÉN SARTRE

Coincide, lo leo ahora, releo *Las palabras*, él, probable presa de la santidad, explica su descristianización, la influencia del abuelo, furibundo anticlerical. Entonces habla del ateísmo. ¿Quién es el ateo? Un espíritu hondamente religioso que no puede dejar de nombrar a Dios y denunciar su ausencia, un fanático lleno de tabúes que se impone probar la verdad de su doctrina con la pureza de sus costumbres, que se encarniza contra sí mismo hasta privarse de morir consolado, en fin, un maniático de Dios. El creyente en cambio vive en la comodidad de una religión tolerante que no lo obliga a llevar una vida ejemplar ni a morir desesperado. La fe como un patrimonio común que nadie tiene que cargar a su cuenta. La buena sociedad —dice Sartre— creía en Dios para no hablar de él. Algo similar a nuestro personaje, Shatov o quien sea que toma los hábitos para poner fin a sus dudas, “el hábito hace al monje” dice el refrán y acaso descubramos en él esta segunda verdad, el valor ritual por encima de la fe. Entre los griegos el hombre religioso era el que cumplía con los ritos, nadie le preguntaba sobre sus creencias.

DESAPEGO

*A*lto paraíso, Brasil.

La Lama estaba dale que dale con lo del “desapego”, y luego el Willy y la duendecita –la de la casita en medio del bosque tan pequeña que tal vez ni los enanitos entraran– también dale que dale con lo del “desapego”, que vaya a saber qué entendía cada uno. Yo sólo tenía preguntas:

–¿A vos qué te parece? Lo del desapego, ¿de qué va... desapegarse de qué? de cosas..., personas, pasiones, la ira, la expresión de la ira? O bien de los pensamientos, que también encierran prejuicios, formas heredadas que no revisamos, todo un cúmulo de creencias y estilos del ver. Todo muy mezclado. Imposible desenredar, imposible discriminar si es la pasión la que estorba a la razón o viceversa. La razón también se las trae, condicionada por todo un mundo de ideas, tradiciones, prejuicios. Al fin la cosa es: lograr la sagrada ataraxia, la tranquila prescindencia.

Y sin embargo entre esas pasiones negativas alguna como el amor, es valorada al menos por el budismo: el amor a los otros, claro. No el enamoramiento, que Platón en el *Fedro* equipara a la inspiración de los poetas y a la locura divina, al cual finalmente elogia, pero claro, después de haberlo hartamente denigrado por tratarse de manía, de un estar fuera de sí, y luego Sócrates, voz de Platón. Platón por boca de Sócrates, como siempre recapacita, “pues tratándose de una diosa, Afrodita, no puede hablarse mal de él” y entonces todo a recomenzar.

Sabemos que Platón siempre le endilga a Sócrates eso de arrepentirse y volver para atrás lo que le valdrá siglos más tarde impiadosas críticas de Nietzsche por eso de que arrepentirse de algún modo es negar la vida, combatir contra sí mismo y los instintos inocentes, salvajemente puros. Pero el problema, en verdad, es de Platón, personaje más estructurado; a Sócrates lo veo como un humorista, ironista incorregible, planeando por encima de ese pajonal de culpa y arrepentimiento

que enreda hasta la asfixia. Sócrates a quien Nietzsche no supo comprender y ahí le falló la risa, el humor que tanto ensalza y promueve, ahí le faltó agudeza psicológica don del que paradójicamente tanto se vanagloria. Acaso todo su problema con Sócrates era la fealdad, su ser plebeyo, la mancha negra en medio de la bella eticidad griega. Lo que Nietzsche no podía bancarse; y esa, la explicación de su condescendencia por momentos con Platón, hermoso y aristócrata, aunque en verdad, el más transmundano de todos, el que más dualismo despararramó, tanto duplicando mundos, que su discípulo Aristóteles le reclamó que todo lo contaba por dos.

Entre las pasiones bien valoradas no se encuentra, pues, el enamoramiento que al menos para Platón se confunde con la manía y la ebriedad. Qué diremos del amor desinteresado, amor porque sí, o el amor a los cercanos o lejanos. ¿Amor al prójimo? De ese nada quería saber Nietzsche que en cambio proclamaba el “amor al lejano”. Para los budistas, más que de amor se trata de compasión, en sentido de “sentir con” sentir en la piel el dolor del otro.

Al fin esto del desapego es bastante confuso y para aclarar, mejor no juntar budismo a las enseñanzas de Don Juan, que en esto se bifurcan. Para Don Juan la compasión es de lo peor, lo mismo para Nietzsche. Claro que no lo entienden como el budismo, en ese sentido que nada tiene que ver con decirle al otro pobrecito vos, y acompañarlo en el eterno lloriqueo. Eso no lo comprendió Nietzsche, pese a su exacta interpretación de la tragedia donde era motivo medular lo del “sentir con”, la esencia del espíritu dionisiaco, previo a la separación o individuación, o posterior porque lo que se separó debe juntarse – dice Anaximandro– para que justicia sea. Misma idea oriental del Todo. Uno, ese empeñarse en vivir todos mezclados como en el magma originario, pues pecado para los antiguos era el despegarse, en fin, nacer; y justicia, ese volver o regresar que es la muerte. Para los modernos en cambio, la obligación de separarse, de diferenciarse, o como decía padre, –sumando al sartreano “condenado a ser libre” – “uno está condenado a

rebelarse”. Adán, Eva, los demonios , Lucifer, y luego los hijos, cortar el cordón, consumir parricidio, como Platón con Parménides acerca del “no ser”, como después Aristóteles, a su vez, con Platón acerca de “las ideas” que no deben contarse por dos, que con una vez basta.

Vuelvo al “desapego”, y sus rugosidades; no lo tomaré sin reparos pero viene bien cuando uno está muy enroscado o tiene inclinación *a*. Se liga con lo que Castaneda llama “tiempo psicológico”. No el tiempo a secas, entidad abstracta sobre la cual se colocan los hechos y los vemos como sobre una línea, que en verdad no existe, sólo una idea. El tiempo psicológico es otro, pongamos que es el yo, no importa que tampoco exista, hagamos “como si”; ese algo bien nuestro, una psiquis singular, una historia mía. Hacia el pasado movido por el resentimiento o la culpa; hacia el futuro, por el miedo, es lo que Castaneda llama la mente o el intelecto y de ahí su encono que no poca cosa carga, los dos sentimientos que más mueven al mundo y no de la mejor manera. Se puede escribir páginas y remitirse a destacados interlocutores: Nietzsche, el cristianismo, el judaísmo, Kierkegaard, Dostoievsky, Woody Allen. Hoy día, vía abierta para quien quiera comenzar por el presente para rehacer el camino, no de la metafísica –como diría Heidegger– sino de la culpa y el miedo, temazo que no se sabe por donde abordarlo. Por el lado de los idiomas carenciados que no distinguen entre culpa y deuda, *shuld* en alemán, la deuda externa, los pueblos sojuzgados, castigados. Hablar por supuesto del psicoanálisis conglomerado que recoge todos los restos.

Descontado que sus partidarios, en primer lugar los propios psicoanalistas, y luego los psicoanalizados que a su vez son psicoanalistas, o tienen vocación de serlo, dirán que nada más alejado del espíritu del psicoanálisis que el elogio de la culpa. Ari se queda cavilando, sopesando un apretado manojito de recordados sentimientos, y sin embargo –piensa– aletea en nuestro entorno su fantasma, que existe, no, pero que la hay la hay, la culpa, por los tiempos de los tiempos, amén.

EL CAMINO DEL MEDIO

*A*lto paraíso, Brasil. La historia tiene su prehistoria, el hecho bruto de la caída, no la original, la del pecado, sino la más burda, la tonta caída en un charco de blando barro, después de haber estado sorteando pozos, rocas, donde el peligro realmente acechaba. Más me hubiera valido prestar atención a la Lama que sabiamente se quitó las ojotas –y tal aconseja el Buda– emprendió el camino del medio. La mano emergió abollada e informe del barro color limón. Luego vino todo el trámite con doña Flor, la curandera quien todo el tiempo de sus curaciones, oscilaba la cabeza como diciendo: ¡iqué desubique! Yo por el momento no pensaba nada; recostarme en el banco de madera me libró de esa sensación de estar a punto de desmayarme.

EL GRAN BRASIL

*L*as sugerencias amistosas de los cercanos, las murmuraciones de los lejanos, la imagen detenida del rostro de Doña Flor en movimiento oscilante, me llevaron al hospital. Era imponente, espacioso, pulcro. Nos asombró su aspecto desértico, acostumbradas al rumoreo de los corrillos en nuestros hospitales públicos nos extrañó el silencio y el vacío.

Nos acercamos a una ventanilla donde nos atendieron sin demora. Me preguntaron nombre, apellido, nacionalidad, fecha de entrada, de nacimiento, motivo de la visita, nombre del padre, la madre, hermanos, otros parientes, estado civil, hijos, cuántos, cuáles, sus nombres, domicilio, teléfono. Ficha de datos innumerables, ficha de las fichas. Reunía forma y contenido de todas las fichas posibles, de policía, de inmigración, hospitalaria, sanitaria, escolar; santa madre ficha del sagrado orden y seguridad. Estamos protegidos –no se diga malamente que

controlados— en los prolijos hospitales brasileiros; nada imprevisto nos puede ocurrir. Con un movimiento de cabeza casi imperceptible la recepcionista me señaló el otro lateral del amplio hall de entrada. Era un dos en uno ambientes; apenas separada, una breve sala de espera innecesaria, y atravesándola un pequeño escritorio, una balanza, dos sillas de hospital y una posible biblioteca con puerta de vidrio que guardaba por el momento sólo dos gordas carpetas de archivo y una guía de teléfonos, sin duda perimida. La fortuna de la no espera parecía mentira, ni bien entramos me tomaron la presión, me pesaron, me midieron, y ahora sí, las debidas preguntas para un formulario propiamente sanitario: enfermedades desde la infancia, anomalías físicas, mentales, cuántas y cuáles medicinas habituales. Luego, pasar al pasillo de espera del consultorio número 16 donde tampoco había masa, sólo una embarazada y una señora que aprovechaba la espera para manguear cigarrillos. Por lo heterogéneo del público pensé que era otro centro de distribución, qué tenía que ver yo recién salida de una caída con una embarazada de 8 meses y medio; qué un traumatólogo con un partero, luego me asombré también de la rapidez de la atención, pero no fue así, no fue otro centro de distribución, este era el final del recorrido. Nuestro rasgo en común era requerir atención en Alto Paraíso, Brasil. Requerir atención del único médico en el único —entre los 108 existentes— consultorio habilitado, del amplio, inmenso, pulcro, ordenado, desértico hospital. Médico de poca onda que no se levantó de la silla, no tocó ni miró mi mano; informó que nada podía hacer porque no funcionaban los rayos x y volvió a llenar varios formularios por debajo de los anteojos, pidiendo que le deletree el apellido, mirando por momentos por encima de los anteojos, por ver acaso que aún estaba allí. Formularios de máxima precisión para presentar al hospital de Brasilia a 300 km de Alto Paraíso, para que quede constancia. Presumo que de haber tenido una herida sangrante me habrían informado que no tenían vendas, dejando, claro, en formulario constancia fehaciente de la herida. Esta es una parábola del desarrollo brasileiro, grande por fuera y paupérrimo por dentro. Recuerdo el comentario de nuestro director cuando invitado al

encuentro de coros se encontró con una esplendorosa infraestructura, salas acústicas, anfiteatros, todo lo que el músico más exigente pueda imaginar pero nada de formación, ni directores, ni coreutas, nada más que una cáscara vacía. Nos fuimos, con el ánimo apenas 6 cm por encima del suelo; rechazamos el “generoso” ofrecimiento del único médico de poca onda, de esperar la ambulancia que salía para Brasilia diariamente, eso sí, a una hora incierta, dependiendo del número de interesados en el traslado, o en otras palabras, del número de accidentados.

Fiel a una vieja estrategia de que aquello que no se puede resolver, mejor dejarlo reposar, abandoné el tema, no se hablaría más, presumí que no había quebradura, que me haría ver a mi llegada a *Baires*. Uli protestó, propuso Brasilia antes de mi partida y asentí con la sola condición de que nos tropezáramos sin querer con un hospital. No hubo hospital y no se habló más del tema.

Pero sí había quebradura y me costó aceptarlo, no tanto el hecho en sí como la demora de la cura. Significaba quedar a disposición, en estado de entrega y aceptación del destino; abandonar sobretodo especulaciones inútiles..., la idea de que un mayor estado de lucidez o atención habría evitado el accidente. Los que se pierden en ellas no saben que la falta de atención y el oscurecimiento también están escritos, que ningún suceso del pasado puede ser pensado como evitable. Todos están marcados por una necesidad fáctica, de lo contingente, de lo que fue y carece ya de la posibilidad de no haber sido. Es verdad que yo había pensado en la Lama y su camino del medio, pero eso era diferente porque requería sólo un impulso imitativo. Poco a poco, se fue apagando la inquietud, llegó la calma, total suspensión de juicio aún sobre mí misma. No emitir juicio aparecía dibujado en la pizarra de mi mente como un mandato en el mapa de las tantas creencias o filosofías.

Y a medida que esta iluminación se iba haciendo más nítida pasaba a segundo término el tema de la mano y la caída. Lo nodal entonces era la liberación de la mirada del otro, de ese ser visto y juzgado que tiñe la acción de una pátina de indefinición y vacileo. Sentí la paz y ligereza que se siente cuando desde el

fondo del lago alcanzamos la superficie. Ya no hay peso sobre nuestra cabeza. Ya no ojos ni órganos del juicio volcados sobre nuestra acción. Ya nadie ni yo misma me mira y me juzga, soy yo en cambio pura visión, visión absoluta, pura apertura que ve y actúa empujada por fuerzas vitales que no preguntan ni responden, simplemente son.

Antes no había podido; antes..., después del asalto y robo, que me atacó como *tsunami*, por distracción, imprevisión, había sucumbido a la mirada del otro, condenatoria, acusadora. Ahogada en mi sentimiento de culpa gris y asmático, deambulaba balbuciente de un desvarío esencial.

Al fin, qué bueno, ser agua, informe maleable, adaptable a todas las formas como las nubes de Sócrates.

LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS

El cooptado por el espíritu del psicoanálisis vive arrobado en el ejercicio permanente de la introspección. Siempre una mirada volcada sobre sí para escrutar las propias marcas. Quién soy, qué gestos me identifican, cuáles son mis compulsiones y repeticiones, cuáles son mis vestidos y mis máscaras, cuántos y cuáles son mis vínculos y afectos. De ahí, nomás un paso al cultivo de la culpa, elogio de la culpa. Asociación por carácter transitivo: psicoanálisis, cultura judaica, Woody Allen. Como si esos ojos incisivos pudieran revelarle más que los propios actos y los efectos que ellos producen en las cosas y en los otros.

LA MIRADA DE LOS OTROS

Como ser ciego y no morir en el intento. Después de lograr por intersección de su ex que le confíen la dirección de una película Val Waxman, cineasta de renombre, caído en decadencia, se vuelve ciego y tiene que ingeniárselas para llevar a cabo el rodaje sin que los demás se percaten de su situación. Cómo será eso de no ver pero sentir las miradas de los otros clavadas. El ciego tiene que olvidarse de la mirada de los otros, hacer como que los otros no lo ven y acaso no lo vean, cada uno, como está, siempre absorto en su propio yo.

La mirada del otro que te cosifica, te inmoviliza, te transforma de *para sí* en *en sí*, cosa muerta que ya no replica aunque acaso pueda despuntar un orgullo cautivo.

¿Quién puede desentenderse de esa mirada, poner en órbita una nueva forma de autonomía que consista en no importarle la opinión de los demás? Para Don Juan quedar prisionero de opiniones ajenas es una forma de la importancia personal que hay que desterrar para poder emprender vuelo libre.

También Spinoza busca desterrar esa importancia dada a la opinión de los otros, despojarse de las influencias exteriores. Y Nietzsche: vivir ya no en las cadenas del amor y el odio, voluntad de una gran salud, voluntariamente lejos, esquivo, evasivo, escurridizo como el pez, presto a levantar vuelo, pájaro de frías alturas. De Sartre ya hablamos en la historia de OO.

PÁJARA DE FRÍAS ALTURAS

Me mandaba aprender la soledad,
imaginé a cada uno cargando bultos para su agua
y su molino.

Yo quería mojar me en la pequeñas
modulaciones de mi voz.

Aprender los mínimos detalles de ese arte microscópico.
Sola con mis soles y con mis dioses, colgarme
y descolgarme las virtudes autocinceladas.
Sorda a los reclamos de las voces enervadas.
Mirar con ojos atentos, distraídos, la injusticia
como inseparable de la vida
Allí en la cima, voluntariamente esquiva,
escurridiza como el pez
Pájara de frías alturas, aprender la soledad me digo,
hoy todavía, con propia voz.

EL TOMI DE LOS JUEVES

Tomi congrega gente a su alrededor no para enriquecerse del diálogo sino para que le hagan de *ayayeros*. En eso andaba la *ayayera* mayor, doña Felicitas, a quien él mismo en el punto más álgido terminaba instando a callar, cuando ya hastiado del murmullo, decía no me hagas eco y ella por fin apagaba y todos nos sentíamos aliviados. Pero entre los *ayayeros* hay de tres tipos los que sólo asienten con la cabeza, los que repiten las últimas palabras con un efecto de ecoletanía –Felicitas– y los un poco más arriesgados y más diestros que buscan para sí un espacio sonoro propio y agregan o retruecan según las circunstancias pero siempre en el marco de un canon establecido por la condescendencia del maestro según una tácita clasificación en amigos y extraños. Hubo voces familiares, bendecidas por la costumbre que poco a poco se fueron silenciando ya que el gurú como tirano caído en desgracia, se fue afirmando en su tendencia verborrágica e imponiendo reglas cada vez más estrictas. Para los otros: menos habla y

más escucha; para él, a la inversa. Poco a poco Tomi comenzó a chupar más, escuchar menos e interrumpir con mayor frecuencia. Lo particular de Tomi, era, no que estuviera enfrascado en una lucha intermitente por el poder, aunque sí pero no solamente, sino que una vez alcanzada la meta, muchas veces con aliento cansado, se sentaba miraba para atrás y actuaba como diciendo “este soy yo”; ejercía un exhibicionismo casi obsceno de su poder de fanteoche así como una autopublicidad de sus miserias. A diferencia de cualquier mortal no era que pretendiera esconder sus lacras, al contrario, ellas le servían de pedestal sobre el que erigía su imagen autoconstruida de déspota secundario.

Sin embargo, carecía de un tipo de poder: la seguridad en sí mismo. Acaso toda esa parafernalia de su exhibicionismo fuera el efecto visible de un dolor invisible, cierto complejo de inferioridad. Tomi quería ser alguien, ese era el problema; “ser alguien” no se quiere. Se es o no se es. “Querer ser” es ya una deformidad, una falla que a veces viene de nacimiento. Esa era la de Tomi que cierta vez quiso desanudar el misterio de su identidad comiendo una banana allá por las fronteras del país de Nosferatu, del cual era oriundo. La banana por cierto no pudo revelar nada, salvo quizá por asociación y morfología, su pertenencia a género. Pero comerse una banana no hace a uno más macho por lo que el episodio registrado en, su a modo de autobiografía, debió pasar inadvertido y sin gloria.

Tomi entrando, abriéndose paso entre los corrillos aglomerados en la puerta de su edificio –dicen las malas lenguas que, exprofeso, comenzó a llegar tarde a la cita de 20.30 en su propia casa para dar evidencia a los vecinos de que “en lo de Tomi, la gente espera a la puerta”. Así era él, siempre para la mirada de los otros. Tomi entrando, cara de perro, sin saludar; muchos se han preguntado –sin respuesta– el por qué de su permanente enojo. No hace falta insistir, mucha gente, enojada, deambula por la calle. En Tomi puede ser parte componente de una pose tomada: gesto de autoafirmación, ceño fruncido,

más impulso extra para saltar el tartamudeo. Su discurso, que como todo, con los años –en este caso los de él– iba acentuando vicios, progresaba de salto en salto donde los puntos eran silencios para evitar el ttttttttttartamudeo.

A Tomi lo conocí de carne y hueso en un café; de nombre ya lo conocía porque tenía uno rimbombante mezcla de apóstol y patriarca y la gente hablaba de él –a mí me gusta llamarlo Tomi para dejarlo así sin cáscara, a carne viva–; mi amigo Rudi, por ejemplo, me hablaba de las fiestas que organizaba, me lo decía con ese aire de que allí pasaba la cosa. Pero ese día nadie me lo presentó, sólo lo adiviné por la combinación de circunstancias que despejaban la incógnita: era día de exámenes, se juntaban las tres cátedras, era el café de la Facultad. Me pareció guapo, pero es de esas personas que desarrollan para abajo; con Lara comentábamos que hay personas que con los años decaen, otros que se hacen más apetecibles; Tomi era de los primeros ahora lo coronaba un círculo pelado como el de los curas que por la semejanza lo hacía un tanto ridículo. Hubo una moda del gorrito que seguro adoptó para esconder la pelada; doblemente ridículo. Un año más tarde un amigo común nos vinculó, el de “paseo perros”, el que a sí mismo se llamaba “el aparato”. El vínculo era laxo, el grupo daba para todo, por eso se me ocurrió lo de la fiesta, yo también tenía fama de buenas fiestas, recuérdese mi entrenamiento en Lima–Perú donde el estar a tono con el tono era obligación de chica *chévere* y lancé la nueva, fiesta de fin de año, para el entero grupo y el de los amigos del Nolo y otros míos más personales: sería una multitud. Pero Tomi no vino, puso una excusa elegante, sin duda se sintió en riesgo, acaso perdería el título de las “mejores fiestas”, lo suyo era una institución, quien era yo para pretender paridad. Él siempre tenía que ser el primero, sistemáticamente rehusaba cualquier invitación en relación de pares, dicho abruptamente, Tomi sufría pánico de pares.

Dos ejemplos. El inventor del café filosófico aquí en *Baires*, hombre ya hecho y derecho, superada de lejos la etapa de *ayayero*–admirador de gurúes, él mismo candidato legíti-

mo a gurú. Nunca nadie supo qué pasó pero un jueves Tomi anunció que ya no vendría Halfen y que nada tenía que ver con “quién la tenía más larga”, aunque sí tenía que ver. Otro caso: el de aquella peluquera que devino doctora en filosofía, que en las conferencias amaba *epater les academiciens* revoleando discursos sobre orgasmos y lubricantes. Las lenguas, malas o buenas –vaya a saber– cuentan que cierta vez Tomi la acusó de robar ideas y ordenó que abandonara el grupo. Ella salvaje y obediente se las tomó, nunca más pisó el sitio de los jueves pero poco después comenzó a verse en las vidrieras de las librerías un título inquietante *Ideas robadas*. Entonces se constató, que si bien no se pueden matar las ideas –como decía la frase de nuestro prócer apropiada de algún francés– ellas son pasibles de hurto, la misma autora lo estaba reconociendo.

Fin de fiesta..., resultado: que el grupo de sus más cercanos, enfurruñados por la ausencia del líder, porque cómo iban a saber ellos que él no asistiría, o inconscientemente molestos por mi atrevimiento, –no sé bien de qué, probablemente de empecinarme con el tono– se encerraron en corrillos, hicieron rancho aparte y clavaron miradas justicieras en el resto de los concurrentes. En suma se armó una velada de bandos: de un lado los meros *voyeurs*, los que saben comportarse –como decía mamá– eran los lacayos de Tomi que huérfanos de padre, y culposos, apenas se atrevían a jugar de observadores, con aire de condena, por el otro, la salvajada, entregados a la danza y al trago, que hasta algunos llegaron disfrazados. El Nolo, entretenido en los piscos de su confección, no cayó en cuenta de esas miradas escrutadoras, e hizo bien porque el rey Momo rehusa, de donde venga, cualquier tipo de freno o paños fríos.

LA COSA EN SÍ

Treinta grados de calor..., y el resfrío, sensación de sorde-
ra, de estar escindida del mundo; tercera vez en el año de

esa mala jugada de la gripe, inoportunidad soberana, por más que en verdad siempre lo sea, la gripe, digo, inoportuna. Y..., el vestuario. Ariadna echa una desganada mirada al *placard* y en un derroche de imaginación resuelve negro con negro que siempre viste, como dicen las tenderas para que la indecisión de las damas no les quemé la cabeza. Zandalias, diez pesos *Carrefour* y sobretodo no darle más vueltas al asunto para que la duda no dé lugar al imperio de la convención. ¿Cómo vestir para una cena en el Alvear, cómo no vestir?

Antes debía pasar por lo de Tomi, última reunión del año que por inútil prometía ser breve. Sin embargo, Tomi no dejaba de hablar, engolosinado con sus palabras, repetía y repetía dando lustre a viejas ocurrencias de su egomanía. Total fue hora y media de discurso remanido con reiterados mechados autobiográficos, el mismo *cassette* rayado, que desempolvaba cada comienzo y clausura de ese parloteo reglamentado de los jueves por la noche. Gus también detrás de la cortina haciéndole el dúo, embriagado como siempre con el tono de su propia voz. La falta de ventilación, y el calor de diciembre más implacable que la egomanía castigaban los cuerpos.

Pero todo calvario tiene su fin, Ariadna se apresuró con los saludos breves y contenidos saliendo rauda y esquivada para no caer en la extensión de las escaleras. Afuera el aire fresco sobre el sudor de la frente aliviaba los vapores del resfrío. Optó por un taxi y en pocos minutos, pese al tránsito, complicado por las fiestas, estuvo en la puerta. Fue sólo entrar y sentir la marca de la diferencia, no en mármoles y alfombras sino en la excelencia de la atmósfera. En la puerta del salón Dino Souto recibía para agradecer, prometer y vincular. “Ya ha llegado Martín Ure” –dijo provocándole una asombrada satisfacción–. ¿Por cuál oscuro pasadizo su presencia se asociaba al nombre de Martín Ure? Eran tres salones sucesivos con mesas servidas, generosas, multicolores. Ari atravesó saludando a un lado y a otro mientras con disimulo buscaba refugio en un corrillo familiar. Por fin un nombre conocido halló su rostro correspondiente, un rostro dio con el remitente de correos varios, autor

de blog, el hierático. Ari pensó una vez más cómo las figuras físicas que imaginamos, rara vez se asemejan a la de la persona real y cómo, sin embargo, siempre le gustó eso de concentrar la atención para dibujarse el personaje. A veces en el colectivo, viaje largo amenizado con la conversa; atrás dos personajes que se irían definiendo al calor de la propia imaginación; luego los esfuerzos al bajar para corroborar lo imaginado, siempre fracasados. El hierático, mitómano, no por adicto a las mentiras, sino por amor a los mitos en todas sus formas de expresión y divulgación se complacía, fascinando, hipnotizando, transmitiendo a sus oyentes con palabras refulgentes lo sagrado que se encerraba en cada criatura: el pasto que crece en el silencio, la piedra del camino, el pájaro que desconoce como su canto y vuelo contribuye a la armonía del mundo, pero canta y vuela aportando su óbolo distraído y cortés. El hierático, ahora, hablaba prosaicamente, y opinaba –mientras saboreaba un carré de cerdo a la ciruela sagrada– que tanto gasto se empleara mejor para pagar a los profesores de la Fundación o se repartiera entre los desempleados cuya tasa crecía diariamente –todos lo sabíamos, en el filo de este 2001– a ritmo y son del riesgo país. Tenía razón, pero, ¿qué es la razón?, hace mucho que no rige los destinos de este mundo. La conversación decaía entre estos y aquellos; en todos los corrillos vencía el desgano. Ariadna como nave a la deriva que no halla puerto seguro se dejaba llevar por la corriente y halló que la corriente era sana sin apurarse con el ancla. Por fin la marejada la arrojó a una mesa de mujeres, todas mujeres: ¿Cuál la diferencia entre charlas de mujeres y varones? –se preguntaba mientras escuchaba sin intervenir una conversación que en lugar de languidecer se potenciaba y crecía al ritmo de ansiedades en pugna. Acaso sea –ensayó a modo de autorespuesta– que los varones hablan lo que en cada ocasión se debe hablar mientras que las mujeres simplemente hablan y en ese parloteo aparentemente estéril, francamente superficial, logran pese a todo codearse con la cosa en sí. Es cierto, no son políticas, son algo brutas e inmediatas, ejercen por sobretodo la crítica del otro pero no

la crítica mordaz, adulona, o cruenta, sino la crítica como un ejercicio de sí para medirse en el esfuerzo de la mirada hacia el otro, crítica como revisión que ensaya su propio estilo. Acaso el chisme sea lo más parecido a la cosa en sí, no habla desde ningún lugar, se instala solo, anónimo y volátil en el centro de la escena y se expande por doquier. Por algo Sören y Federico decían al unísono desde lugares lejanos e incomunicados, vinculados acaso sólo por el espíritu de la época, que preferían conversar con viejas chismosas que tomar parte en los debates académicos. Y ayer mismo Víctor Hugo, desde su programa radiofónico, que le fascinaba –decía– el mundo de las mujeres, por los detalles, ese mundo de detalles inagotables, nosotros los hombres damos todo por sobreentendido somos muy aburridos.

El pecado no fue sexual, eso todos lo sabemos, qué podía interesarle a Dios que sus humanas criaturas se acoplasen cuando el mismo lo había dicho “creced y multiplicaos”, qué cosa más inocente que el amarse y el cogerse y el revolcarse en el barro. El pecado, es el lenguaje: no por cierto el lenguaje originario, el lenguaje adámico aquel con el que Adán se entretenía en ponerle nombres a las cosas, sino el lenguaje como mediación a través del concepto y el concepto como poder de simplificación, que es poder de dominio, poder de hacer presa fácil de las cosas. Pues, ¿acaso no es lo mismo simplificar que dominar?. ¿Por qué iba a querer Dios que aquello a lo que él dio forma, modeló, creó con esfuerzo o sin él, fuera reordenado por otra de sus propias criaturas a través de un lenguaje mediador, de ese engendro del concepto que nunca puede decir más que lo que dice, nada más lo obvio, lo general, pero claro, así también dominar.

Una nueva ola la arrastró hacia otro ángulo del salón, era la hora de los postres, y hacia ellos se fue arrimando no porque le atrayeran –el resfrío hacía todos los sabores sosos e inútiles– sino por ver si esa ola de movimiento la acercaba a la mesa de Martín Ure a quien ya había visto abocado a la tarea de hacer sociales. Y allí estaba su Bobby Cohn, como el cada cual

de su cada cual, Quijote con Sancho Panza, Doctor Fausto con su Wagner, Don Juan con su Leporello, pares y contrapares. Bobby Cohn, siempre atento: portero, telefonista, contestador automático; y ahora, guardaespalda, escudero, presencia puntual, de eterno intermediario, protector, estorbo al fin. Decime Martín Ure qué temores ocultas tras ese protectorado. Frente a los ojos fijos y ausentes de Bobby C, Ari se sentó a comer su *flambé* de sabor desgano a esa mesa donde Martín conversaba con una psicóloga “brillante” –Martín era de los que creían en las psicólogas “brillantes” así como en las personas “importantes”–. Ari sabe que la espera paciente es siempre buena compañera y comprueba a los pocos minutos que la conversa con la psicóloga brillante muere de muerte natural. Ure no tuvo ya con quien obligarse en saludos y convenciones. Los cuerpos se acercaron, los vinos comenzaron a calentar el ambiente, Ari comenzó a escuchar todas las cosas que tanto tiempo quiso escuchar, las palabras susurradas al oído frente a la mirada fija y ausente de Bobby C, las manos se posaban como pájaros inquietos. Las palabras, los roces, los pájaros inquietos se encendían al ritmo de las copas. *¿In vino veritas* o in vino flagrante delirio de la falsía? Mientras Martín Ure se embriagaba de sus propias copas Ari lo hacía por carácter transitivo y todo era un salmo a Dionisos.

Pero no hay goce más que en el pasado, el presente no es más que una transición entre una y otra pena. Qué pena que aquella mujercita al otro lado de la mesa, lanzara su pregunta perforando nuestros vapores y haciendo girar nuestra atención 180 grados hacia lo cómico. –¿Dónde está el hombre gordo que estaba aquí sentado hablando del holocausto, acaso ha desaparecido? Yo fui al baño y ahora ya no está. –Tales cosas suelen suceder –respondió Ari– la gente un poco está y otro poco no. –Pero si estaba acá sentado y ahora no lo veo. Repitió una y otra vez con similares respuestas hasta que el tema viró hacia su presentación. Italiana y profesora de italiano que había buscado formar un grupo de gente interesada en la lectura de Marcuse en italiano. Muy interesante la lectura de Marcuse

se en italiano, pena que nadie se hubiera interesado, o a lo mejor Foucault, porque no Foucault en italiano. Esto decía y se autoglosaba entre mechados breves de Martín Ure quien a la vez comentaba su casual conocimiento del italiano, por eso de la descendencia. Hasta que el tema viró nuevamente otros ciento ochenta grados hacia los *catzos* duros de los sirvientes, de los que siempre los tienen duros y nunca provocan sorpresas indeseadas. Ari no pudo dejar de pensar en Dick Bogarde en *El sirviente* que tanto le había gustado y para siervo estaba sobrado. Había una seguridad en la mujercita, una tal evidencia indubitable que no venía por cierto del *ego cogito*, los ojos puestos en el mozo que repartía las copas. —No han visto como me miró, cómo me dijo, ¿Señora, una copa? No han visto como me la sirvió con que altura, con qué dureza. Y los *catzos* duros iban y venían en una conversación ya cómica por la reiteración, con escasas variantes, del mismo tema. Los picos volaban sobre mi cabeza. Al fin no sé que pasó, si por genuina ganas de ir al baño o por no verme colisionar en el encontrón de los picos, acaso debiera preguntarme yo, como antes la mujercita, por qué cuando volví del baño no era el señor gordo que había desaparecido sino mi lugar entre ellos dos, mezclados, confundidos en el abrazo..., y yo..., afuera como dice el juego de quien fue a Sevilla...

EL DISCRETO ENCANTO DE LOS ACADÉMICOS

Betina había amasado una buena fortuna, vaya a saber cuánta, seguro un monto considerable por cuanto se volvía cada vez más tacaña. No pocas veces, en su ausencia, lo comentamos, que a la hora de pagar no estaba o no tenía efectivo. ¿Y el cajero? nada, ¡una cola...! También en presencia..., era Ileana que se animaba, claro, con indirectas, gestos... Ahora Betina quería que esa fortuna luciera de algún modo, que le aportara cultura, formación, títulos sobretodo, algo tangi-

ble. Ella misma lo confesó en cierta ocasión en que estábamos especialmente melancólicas con nuestro futuro. Paula..., que no sé que voy a hacer de mi vida, y yo ni te digo, las cosas no andan nada bien con Mario. Todos comentarios por el estilo, nada precisos, la única que se *deschavó* fue Betina. Se había aparecido como de costumbre con sus botas de montar, su cazadora y sus veinte minutos tarde. Chicas les cuento..., me voy a doctorar. Hasta ahora fue administrar mis tierras y con éxito –ustedes saben– ahora quiero que mi fortuna luzca de otro modo. Necesito título, ni me pregunten, cómo, pero título. Sin embargo era bastante insegura por lo que en esos intentos siempre salía mal parada, y su cabeza comenzaba a dar vueltas preguntándose, tal vez con justa indignación, porqué el mundo no se rendía a su dinero.

La historia la contó ella misma en esos encuentros quinceanales que teníamos en el Club del progreso, una tarde, recuerdo, en que sólo estábamos Ileana, Maru y yo porque, Paula se había ido a Córdoba por un tema familiar.

Contó..., había hecho todo lo que hay que hacer para obtener un título, título al fin, no importaba la institución y si había sido calificada, o bien su doctorado, con una A o una B que así eran las notas para esas vainas. Mirá que no es lo mismo la UBA que la Kennedy, la acuciaba Ileana; ella nunca dejaba de aportar sus comentarios maliciosos que por días se quedaban como suspendidos en el aire. Contó que al fin había cursado, estudiado..., todos los trámites..., que en el último tramo, ya escribiendo la tesis –advirtió– tenía que vincularse con los que toman las decisiones, con los que finalmente iban a decir sí o no. Y así lo hizo, peregrinó por los estudios de sus evaluadores: el profesor Donao quien en el primer encuentro mal interpretó el regalo de un vino, acaso un poco inoportuno, como una puerta abierta para tirarse un lance igualmente inoportuno. Donao, el mismo de quien de ese mismo encuentro le quedó resonando en la mente como una cruz disuasoria –“Ud no tiene que pensar sino ser una profesional de la filosofía”.

Machiotto, un especialista en lenguas clásicas, casi un amigo, contratado para clases de latín, sobretodo para cumplir el rol, si fuera necesario, de constatar su perfecto conocimiento de la lengua –ni hablar que la tesis era sobre latinos– por ahí estaba la coartada. Si bien el tal Macchiotto no estaba dotado más que para el latín, precavida Betina, lo consultó sobre temas de fondo, del fondo de Cicerón, no fuera a herir la susceptibilidad del latinejo. Orgullosa de la distinción, Machiotto, que no era su director, ya casi en los finales anduvo en busca de bibliografía y como al descuido, como si desde siempre la hubiera tenido en mente y convenientemente masticado, se la sugirió a su ya atareada discípula: “Te convendría consultar a Burnet que tiene una mirada diferente”.

Resignada Betina tuvo que rehacer, postergar, incorporar esos últimos aportes presuntamente valiosos. El tesista sabe cuán útil a cierta altura es clausurar los oídos; en qué medida un detalle u opinión de último momento puede significar meses y más meses de trabajo, giros, volteretas, reformulaciones, un manotear sin rumbo entre papeles mudos. Así ocurrió; Betina que en esto –no en todo– era obediente y sumisa buscó también, encontró la perla, reconsideró, viró un tanto, no digamos cuanto, y todo el trámite le costó trabajo extra de seis meses al cabo del cual lo presentó a la consideración de Machiotto, que no era su director, quien lo leyó, pongamos lo saboreó con satisfacción y finalmente hizo el gesto de aprobación.

No se trataba de gesto facial, el encuentro fue telefónico, “ya la leí tu tesis, está bien”, algo *cool* y distraído, como mirando para otro lado, él que no era el director sino apenas casi un amigo. A esa altura Betina no estaba para tomar temperatura a los dichos; simplemente procedió a emprolijar, atar los cabos, esconder los nudos, hacerla presentable para mostrarla, ahora sí, al director, pedir mesa, esperar que se dispusiera la fecha que todo estuviera en orden, los miembros del jurado, las citas. Fueron más meses de lo esperado, todo incluido, casi un año, Betina seguía puliendo, perfeccionando, deseando que la fecha designada al fin, irrevocable, pusiera fin a esos retoques últimos que sabía inútiles y causa de angustias recurrentes.

Llegó el día, noviembre avanzado, calor, pegajoso; Betina satisfecha porque había hecho todo lo que tenía en sus manos. Finalmente el jurado, formado por Donao su director, Machioto el por entonces casi un amigo, y un tercero, no importaba..., un desconocido, sin peso en la evaluación, tenía que ser así, una terna, universalmente estipulado. Los saludos fueron cálidos, dentro de lo formal, con sonrisas que decían “todo bien, no hay cuidado” y poder de apaciguar los latidos de Betina. Acabaron los preámbulos, la disposición del mobiliario, los papeles, el agua, los vasos Comenzó la exposición, veinte minutos de sudor de manos, al fin, una interrupción. Betina que no quería interrupciones la recibió complacida, le permitía una respiración y además era de Machioto, casi un amigo. “Mirá, hay algo en lo que no estoy de acuerdo con tu tesis, en especial la referencia al estudio de Burnet cuya visión del Imperio por querer ser original me parece que roza el disparate. Y te lo digo porque...” Betina casi no escuchaba de tan azorada..., el *casi* un amigo le estaba criticando la exacta bibliografía que le había recomendado, la que le había obligado a replantear toda la tesis, casi rehacerla, la que nunca le había convencido pero sumisa como se quiere en estos casos, había incorporado a pesar suyo. No sabía qué decir, se le vino la imagen de sus manos alrededor del cuello de Machioto, casi un amigo. Pero no era tiempo de distracciones, recorrió su mente vacía para hallar una respuesta civilizada que en palabras o gestos no equivaliera a “porque no te mueres”. No encontró. Por suerte intervino Donao, su director, a quien en el aburrimiento y la atmósfera algo caldeada lo impulsaba al mismo instinto de autolucimiento y así comenzó a discutir con el profesor Machiotto para suerte de Betina en el original idioma latín que ella apenas podía traducir con diccionario en mano y no poca dificultad. Y latinajo va, latinajo viene, se pasaron unos diez minutos dilucidando vaya a saber qué entuerto de romanos históricos de aquellos que hablaban en latín porque, bueno era su lengua madre, aunque de entrecasa seguramente hablaran en sus dialectos.

Betina no intentó terciar, ni tampoco el tercer jurado, el desconocido que optó por encender un cigarrillo y cambiar con la tesista opiniones sobre el siempre útil y generoso tema del tiempo. Finalmente la aprobaron, eran buena gente, el casi amigo y el director, sólo que tenían una necesidad impostergable de hablar en latín. El director que después del fallido lance sobre Betina, bien casada y fiel a su marido, había quedado un poco distante, compensó el mal rato con felicitaciones formales y deseos de futuros éxitos; el casi amigo, más obligado, se atrevió, en un gesto de calurosa amistad a ponerle una mano en el hombro que sin decir decía “por encima de todo la amistad, pero por encima de la amistad mi prestigio profesional”. La mano en el hombro no decía nada de que lo cuestionado era su propia bibliografía y Betina tampoco esperaba ninguna aclaración; no se sentía feliz pero estaba aprobada y decidió que dejaría la felicidad para otra oportunidad.

VARIACIONES SEMÁNTICAS SOBRE LA “LIBERTAD”

*No me interesa una filosofía de la libertad –dice el Adriano de Yourcenar– sino una técnica, algo como una bisagra donde la voluntad se articula con el destino, donde la disciplina secunda a la naturaleza en vez de frenarla... Me recuerda aquello de Schiller cuando decía que en el espíritu de juego se actúa el bien no por deber sino por inclinación natural –digamos– por instinto, la educación hecha instinto. Pero lo más embriagante es la frase con que Adriano remata. *La vida era para mí un caballo a cuyos movimientos nos plegamos pero sólo después de haberlo adiestrado, es una decisión del espíritu que entraña también la adhesión del cuerpo.**

LA INÚTIL REBELIÓN

Para qué la rebelión. Si es posible ser una misma elevándose distraída por encima de todas las cosas que no queremos ser, no como un desafío sino como un ir despejando la potencia escondida en un *déjalo ser* que no sabe de palos en la rueda. No crecer en contra sino dejándose llevar por la ola y los vientos a favor...

La diferencia entre libertad y liberación; las raíces etimológicamente las mismas, y la inmensa diferencia; una la reivindicación de los poderosos, de los ya apoltronados, casi seguros de su soberanía, la otra, la de los todavía esperando el momento de la historia en que por fin puedan levantar altivas las cabezas para exigir la “libertad” que acaso ya tenga otro sentido.

Y después, la frase de Nietzsche: sólo se es libre cuando se puede contar con las tres cuartas partes del día para uno.

PÚBLICO O PRIVADO

Ari se preguntaba adonde iría a llevarla ese túnel por el que había incursionado el coche de su vida. En la alternativa de público o privado no sabía para dónde enrumbar. Antes estaba todo tan claro..., acaso nomás acomodarse a que las uvas estuvieran siempre verdes, pero ahora que el destino le había tirado esa carta, donde arrinconaría toda esa ideología de “la libertad en lo privado”, “el tiempo todo entero”, ser dueña de las tres cuartas partes del día, el tiempo, mi botín. En el fondo la idea seguía vigente, pero comenzaba a sentir..., aún no sabía..., algo le picaba la curiosidad; trataremos de narrarlo, acaso ese algo aparezca dibujado en las huellas que deja el relato como la suerte en la borra del café.

La historia tiene comienzo incierto, acaso esa noche en que Martín comentó lo de su nombramiento en la dirección de la biblioteca y ahí nomás lanzó: “Te puedo hacer un contrato”. Entre ellos eran así de escuetas las palabras. Larga secuencia de imágenes de aquel otro día, desfilando entre esa frase y su respuesta que en realidad era pregunta. Ascensor de ministerio, desde el suelo la vista recorriendo los zapatos, el portafolio, la corbata o a la inversa desde la corbata por los trajes lustrosos nuevamente hacia la corbata y los rostros sin rostro de funcionario. Aquel día..., que alguien le había ofrecido un trabajo, acaso un contrato, esas cosas uno no sabe por qué; alguien que quiso ayudar, pero es que ella no había pedido nada. Ari sentía que esa manera de ayudar..., era una manera, tosca de mostrar cierta forma de poder, el poder de ayudar, por eso Pepe se había destacado en el exilio. Pero por suerte su inhabilidad o su astuta habilidad la desató de la trampa. El frondoso, pero disperso curriculum, no daba el perfil, el pobre hombre, amigo de Pepe, a quien Pepe, solícito le había pedido por una amiga que en realidad no quería nada y estaba satisfecha con su nada, miraba sin saber dónde asir algo concreto, temía defraudar a su amigo, no por supuesto a Ariadna en cuyo rostro debía leerse sin ambages las ganas de huir despavorida. Ambos esbozaron una sonrisa de mutua comprensión y la entrevista –no dio ni para el café– concluyó, amigable, a los escasos 10 minutos. Nuevamente en el ascensor la atmósfera estaba menos densa los rostros menos funcionarios, los portafolios más livianos, afuera el aire volvía a ser gratis, el tiempo todo entero, mi botín. Ari se preguntó o quizás no entonces, ahora se pregunta, por qué haber ido, por qué no haber dicho desde el comienzo no, si en verdad no quería nada, ese afán de..., por si acaso.

Después de la jugada de la memoria que esta vez no era de flashes sino de la completa secuencia estilo Tarkovsky, Ari volvió en sí, los ojos de Martín Ure la miraban inquisitivos, azorados por el prolongado silencio; entonces lanzó su respuesta–pregunta: ¿para hacer qué? –para programar las activida-

des de filosofía. Alivio, se trataba de otra cosa, las imágenes de corbatas y portafolios se disiparon, llegó aire fresco, todo regresaba a lo familiar: “la vida es buena”, se dijo. No se habló más del tema, por el momento no era más que una posibilidad, remota pensó, lo que también la tranquilizaba. La charla derivó hacia otros temas; no había porqué mostrar ansiedad, total tampoco la había.

Los días pasaron y ya casi se estaba olvidando cuando los vientos lo traen de nuevo, otra vez sin palabras, el contrato se firmó y allí estaba con su nueva aurora, embarcada en una nave que tenía que aprender a manejar. Poco a poco comprendió que moverse en esa nueva escena requería aprender a leer en otro idioma, otra gramática, con otras reglas de desplazamiento y de transformación, en términos foucaultianos, otro régimen de verdad.

Las palabras..., no..., las palabras eran lo de menos, es más, acaso no habría que hacerles caso; leer, en cambio, los silencios, las ausencias, las tonalidades, los gestos, las vías por las que la información circula, las correas de transmisión, los celos, oh Dios, los celos, cómo pueden ellos mover el mundo, frenar el mundo. Algo de esto conocía de aquella otra vez en Lima, trabajando para la Reforma agraria, pero acaso lo tenía olvidado y se le iba avivando el recuerdo “al ritmo de”.

LA FE EN LA “IMPORTANCIA”

Quando Martín Ure se preguntaba cómo había comenzado, cómo había logrado ocupar su lugar en el mundo, recordaba aquel día de su adolescencia en que se miró al espejo y se vio más bien delgado, esmirriado, con esa palidez de trasnochado, malo para el fútbol, escaso para el seducir y entonces pensó: más bien doy para intelectual, y así empezó a estudiar y nunca paró. Su vida fue estudiar y para colmo, empeñarse en lo difícil, en los terrenos escarpados, los enrevesados nudos, nada del fluir sereno de las planicies. Sentado

a la mesa de su oficina, porque es cierto. Martín había hecho de la filosofía, un asunto de oficina, rutina de las más perversas, porque hay rutinas de la dejadez, cuando uno se abandona y repite entonces de pura autocondescendencia y hay rutinas del obsesivo que tiene que hacer siempre lo mismo para que no se le caiga el techo o se perfora el suelo a sus pies y caiga de su lugar en el mundo. Martín era del segundo tipo: obsesivo. Todos los días, a las once, andando ocho cuadras desde su casa para cumplir –cual Kant porteño– con el primer cuarto de su caminar diario circunscripto a ese damero de treinta cuadras en que transcurría su entera vida, llegaba a sentarse a la mesa con libro de turno, regla y lápiz para subrayar con grueso trazo cada palabra, cada maldita palabra. No es un modo de decir, y tiene razón el que sea se pregunte para qué subrayar si se ha de subrayar cada maldita palabra. Allí sentado, entre sus teléfonos que no atendía, ni respondía más tarde pero sí espía por si acaso fuera alguien importante, porque Martín era uno de aquellos para quien, sí, había gente “importante”, clase a la cual creía él mismo pertenecer, y cumplía los rituales que podían demostrarlo. Uno de ellos: el ya mencionado de nunca atender el teléfono, otro el de hacerse esperar; recuerdo el día en que dijo con ataviada seriedad, que Bobby –que en realidad no era su contrincante sino alguien que dado su carácter había alcanzado sin esfuerzo el lugar de lacayo– merecía su consideración porque una vez lo había esperado 5 horas. Habría que hablar de Bobby porque de lo contrario no se completa el retrato de Martín. Bobby era su par en el sentido ya explicado de esos personajes que vienen de a pares, que complementan o redondean, tal como se redondea una cifra. Don Juan con su Leporello. Fausto con su Wagner. Don Quijote con su Sancho Panza, eso es, su Sancho Panza, no porque fuera gordo que no lo era, más bien petiso y medio ratoncito de cara, sino por lo de escudero que era la función que más lo representaba. En la oficina ocupaba la otra pieza, atendiendo teléfonos, estudiando también –porque en eso se parecían como dos gotas de agua– y haciendo café, para lo cual era reconocidamente torpe, no

porque se le derramara que eso le pasa a cualquiera sino que una vez derramado no había modo de llegar al trapo, secar, limpiar, la mesa, la cafetera, lo que sea. Ahí se quedaba paralizado con mirada suplicante dirigida sobretudo al público femenino. Pero hay que ser justos porque Martín no era sólo una persona que estudiaba, aunque en eso pasara la mayor parte de su vida; tenía una segunda, por momentos, primera, inclinación por la acción en la restringida modalidad de ocupar cargos. Ese era uno de los motivos por los cuales por tramos estaba pendiente de los llamados, no sin razón pues por allí llegaban los ofrecimientos. Acaso la posibilidad de ocupar cargos, fuera el verdadero dulce de su vida..., el resto, el estudiar, la filosofía misma, no más, la sala de espera. En tal caso su vida hacía un vuelco, no arriesgaremos de cuántos grados, intentaré describirlo y que el lector juzgue. Fin del andar por el damero de treinta cuadras que dibujaba su casa, la oficina y la plaza del Congreso. En razón de la distancia se trasladaba, ahora, en taxi porque, ya lo habrán sospechado, dado su tipo humano, Martín Ure no sabía manejar ni tenía coche, cosa que reconocía con orgullo de su ignorancia, el mismo de aquel día cuando declaró que no sabía inglés “por suerte”. Tampoco sabía alemán aunque sus escritos estaban plagados de palabras de ese idioma, costumbre que se había puesto de moda entre gente de la academia y él adoptaba aunque respecto a la pertenencia a esta especie zoológica, practicaba una suerte de vacunación histericoide: quiero, no quiero, quiero. En el rol de hombre de acción que acaso fuera el que mejor le sentaba; también llegaba a la oficina al filo de las once y también lo secundaba Bobby en la sala de al lado quien en esos casos también ligaba cargo secundario y cuando los papeles se amontonaban, sabía procurarse hormiguita trabajadora para que al modo de secretaria personalísima le sacara el fardo de la tarea. Bobby no era muy astuto y se ahogaba en un vaso de agua, pero era más vago e inútil que decididamente tonto, por eso a pesar de su impericia, resolvía bien asignándose hacendosa secretaria. De este modo aceitado funcionaba el dúo, por momentos sazona-

do con tercera, a su vez vasalla de vasallo, y era en esta precisa combinación de coordenadas y en cumplimiento de sus funciones públicas cuando con mayor fanatismo Martín Ure sostenía la convicción de su importancia personal.

Hubo un hecho paradigmático: Martín Ure, director, contra Ramón Valle, director, cada uno desde sus respectivas direcciones. Pugna de este por ser recibido sabiéndose merecedor, llega un día, se hace anunciar con un gesto de seguridad que se diluyó como hielo en lo espeso de la tarde de marzo. Silencio de aquél por mostrar su superioridad, léase escuetamente su “ser más importante”, convicción que se impone de por sí, no necesita de rodeos o demostraciones, las personas pertenecientes al círculo saben siempre de que se trata. Dado la casi idéntica gradación del “ser importante” de ambos contrincantes, al menos desde sus respectivos puntos de vista, el litigio se resolvió esta vez a favor de Martín Ure por el simple hecho de jugar de local, Ramón no fue recibido.

En la atmósfera prometedora de los cargos públicos, Martín estaba a sus anchas, pero este florecer duraba sólo hasta el momento en que el primer virar de los vientos provocando una mudanza de las piezas, lo volviera a recluir en la rutina del estudio y la filosofía enclavándolo en el reducto mínimo del resentimiento. De ahí en más se volvía petardista, con el agravante de que cada vez que enfocaba para arrojar el dardo, irremediabilmente erraba en la identificación del enemigo. Inseguro como era, disparaba habitualmente hacia los secundones quienes en su calidad de tales eran por lo general entes turbios, oscuros, vacilantes, que bien podían estar en cualquier lado moviéndose en el campo de las mil posibilidades y adoptando colores diversos al ritmo de las circunstancias. Así ocurrió aquella vez y Martín Ure volvió una vez más a sus libros, su lápiz, su regla, sus inútiles subrayados y su oreja detrás de los teléfonos.

CUESTIÓN DE TIERRAS

Ra había terminado el congreso de filosofía, comenzaban los preparativos para el regreso, cada uno a su tiempo armaba las valijas, el espacio se iba llenando de vacío. Unos ya se habían ido, otros alistaban; nosotros nos quedábamos para la velada del cierre; saldríamos el domingo. En esas noches de fogón a Ari le gustaba ser de las últimas, gozar el momento de los pocos, cuando se arman las charlas del estribo, y se desbocan los chismes, cuando el vino invertido durante toda la noche comienza a dar sus frutos de *in vino veritas*, cuando ya no se puede parar el fluir intermitente de historias de demonios y aparecidos que se agolpan en las bocas de los cuenteros. No importa cuantas veces las hayamos escuchado siempre dejan en la piel esa sensación de sudor frío y noche desvelada. Y esa noche de luna llena y bosque alborotado algo pegó más allá de lo acostumbrado, todos nos recogimos en silencio y apenas nos saludamos con un incrédulo “Buenas noches”.

A la mañana del sábado en las mesas de desayuno, los que quedamos, nos saludamos con caras y humores lavados. Ya para el final, en la recolección de los platos, entre comentarios de inútil rutina, de cuándo y hacia dónde salíamos, coincidimos con Fredo en que haríamos una pasada por Córdoba capital y ahí nomás quedó formada la pareja de viaje. No me entusiasmaba la idea, lo tenía a Fredo, como durito..., poco maleable, no apto para compañero de viaje. A las cuatro ya en la estación con los pasajes en la mano comencé a sentir el peso del fardo. Yo quería cumplir mi ritual que se me dificultaba por la presencia de Fredo: era ritual para solitarios. Sabía que Fredo no me iba a dar la charla pero se iba a sentar a mi lado y eso era problemático porque mi ritual exigía complicados pases para la selección del asiento con fines, acaso, inconfesables. Ya antes de arribado el ómnibus, observar los pasajeros en espera, la cuestión era elegir.

Los viajeros estaban dispersos pero ya se notaba quienes viajarían en nuestro ómnibus: los tres muchachos que seguro se hacían su escapada de sábado a la noche-capital: un matrimonio de 40 y tantos con sus niñas; un señor solo con diario en mano; una señora que se le notaba la cara de maestra, mezcla de mal humor y aires de tarea realizada; dos obreros en mamelucos, seguro de la construcción; una señora mayor que ya había hecho migas con otra bastante más joven. El ritual consistía en seleccionar los personajes y sentarme adelante para entretener con la escucha la monotonía del viaje. La conversación de los muchachos no prometía atractivo, cosas de pendejos y en jerga de pendejos, ya los había captado preocupados por la entrada al boliche; las parejas no suelen conversar ya se han dicho todo, se limitan a administrar a los niños; los obreros, supercansados seguro se dormirían hasta la parada de sus destinos, siempre me pregunté cómo era que no se pasaban. Sólo me quedaba la señora mayor que ya había comenzado a lanzar algunos comentarios, seguro sobre el retraso del ómnibus. El tema era qué hacía con Fredo que no era sujeto dado a sumarse a tan extraño ritual, él tan frenadito, tan apretadito. Lo recuerdo parado en la calle enfrascado en el plano de Córdoba capital buscando la ubicación, de una de esas iglesias que uno no puede dejar de visitar en Córdoba, que yo –se lo había dicho –requete conocía, pero él sordo a toda sugerencia se empeñaba en encontrar por sí mismo. Lo veo todavía allí varado con el plano desplegado que nunca terminaba de mirar porque el viento se lo enroscaba y su vista cansada tampoco colaboraba. Otra cosa habría sido Gastón, él sí que se sumaría y hasta me habría ayudado a elegir. ¡Cómo le brillaban los ojitos cuando se le proponía alguna de estos desafíos! Pero, ¿qué hacer? Era lo que había. Seguro a Fredo ni le interesaba sentarse a mi lado, lo hacía por pura inercia. ¿En mi caso? por cortesía nomás; no me animaba a decir que prefería estar sola. Eso me embroncaba, que no queriendo ninguno de los dos, no pudiéramos zafar.

El primer problema era que las tales señoras estaban por orden de llegada detrás de nosotros. No era grave, Fredo encajaba en el tipo de caballeros que ceden su lugar a las damas. El segundo riesgo: que se sentaran en primera fila, eso ocupó mi mente el resto de los 15 minutos de espera. Al fin subieron primeras, yo las seguía con paso demorado, atrás venía él. Por suerte se detuvieron a mitad del coche y comenzaron a manipular para ubicar los equipajes, quise colaborar y en eso estábamos con dificultad cuando se acerca Fredo y toma las riendas del asunto, ellas ya se habían sentado y yo me apuré a hacer lo mismo. Todo estaba resuelto. Pero él que se sienta a mi lado; yo todavía esperaba que no, porque el ómnibus no prometía llenarse y así ambos tendríamos más espacio para estirar el cuerpo, pero como decía, hombre sin preferencias, lo que se da, se da. Nada que ver con esas personas llenas de vueltas que pretenden, sopesar evaluar, o involucrarse en complicados rituales que complican la existencia.

El comienzo del viaje lo pasamos en silencio, todos nos adormilamos. Fredo enseguida tomó profundidad. Yo, en combate con sus ronquidos y en ese umbral en que no se distingue bien el sueño de la vigilia, me esforzaba por escuchar las voces de atrás.

– Ahora me estoy haciendo la clientela..., los uniformes de los niños, las camisitas, los disfraces de fin de año, y también para señoras, porque hay que ampliar..., hacer un poco de todo.

– Yo cosí toda mi vida, ahora ya la vista no me da, regalé todo a mis sobrinas: máquina, agujas, retazos, iuh, los retazos que tenía...!

– En mi caso no puedo, hay que apechugar. Porque mi marido...

– ¿Su marido qué hace?

– Trabaja en la construcción, pero eso a veces hay, a veces no hay. Cuando no hay se ocupa de la casa, la nuestra, porque..., gracias a Dios que pudimos comprarnos el terrenito y nos la estamos haciendo, la casa, ladrillo por ladrillo, metién-

dole cuando se puede y esperando con paciencia cuando las cosas se ponen difíciles, en la época de la vacas flacas, como decía mamá. Por eso es que tengo que darle a la costura.

– Han tenido suerte de que pudieran comprar el terreno y hacerse la casita, yo no tuve esa suerte. No crea que me descuidé, toda una vida estuve buscando..., pero no se dio. Y vea que no me quejo. Al menos pude, hace unos años, comprarme una parcela en el Jardín de paz, aquí nomás, a unos 100 kilómetros. Es mi consuelo, total ya mi tiempo pasó, ahora estoy tranquila, al fin tengo mi tierra aunque sea esta clase de tierra.

– Yo por el momento me ocupo de la de aquí –dijo la compañera de viaje con un aire de querer apartar esos pensamientos.

– Pero no se descuiden, que en cualquier momento puede llegar..., la Parka no perdona y ahí sí que no hay tiempo de nada. Quiere que le cuente. Un vecino de por aquí un día la encuentra, a la Parka, por el camino de la rivera que le hace un gesto raro como de amenaza y tanto se asustó que llega a su casa y decide escapar, le dice a su hermano que le preste un caballo y se va para Concordia. Más tarde el hermano se la encuentra también a la Parka y con cierta timidez le pregunta, ¿qué pasó con Eusebio que dice que le hiciste un gesto de amenaza? –No, no fue de amenaza, fue de asombro porque me lo tenía que encontrar esta noche en Concordia para llevármelo y estaba por cierto bastante lejos.

–Ese es un cuento chino.

–Cómo que cuento chino, que le cuento que le ha sucedido a un compadre de por aquí.

–Que le digo que es un cuento de esos que pasan de boca en boca, no creo en esas cosas, son puras fantasías.

–Quién va a tejer fantasías de cosas tan serias como las de la Parka –respondió la señora mayor con un tono de querer clausurar el diálogo..., como de alguien que no sabiendo sostener lo dicho se arrepiente de lo hablado.

Las voces fueron bajando hasta el murmullo y me dormí, después supe que ellas también... Desperté en la siguiente pa-

rada cuando comenzó el bullicio de los nuevos pasajeros que comenzaron a subir entre valijazos y griterío. Fredo seguía su sueño mechado de ronquidos. La señora mayor ya no estaba en su asiento, sin duda ya había bajado. Permanecemos en la parada unos 20 minutos, cuando arrancamos me quedé mirando por la ventanilla sin pensar, sin ver, como un acto mecánico, no intencional. Al rato –no sé cuanto tiempo pasó– la vi, a ella, de atrás, el mismo vestido verde y saco marrón avanzando hacia el portal del Jardín de paz *Los aromos*, iba con paso decidido de quién conoce el camino; la seguí con la vista mientras su silueta se iba disolviendo hasta ser un punto que desapareció en el campo entre las hileras de las lápidas y las cruces.

CHESTOV, LA DIALÉCTICA Y LA IRONÍA

Chestov imagina que tanto Dostoievsky como Nietzsche, un día eran humanitarios y optimistas y de repente otro, eran escépticos, pesimistas, tirando para crueles, y tras preguntarse por el motivo del viraje, se responde por mor de la verdad porque tales personas no pueden vivir engañados. De Dostoievsky imagina que en la prisión se sostiene en una visión optimista y humanitaria para no sucumbir; al salir ya no necesita de esa columna vertebral por tanto da rienda suelta a su ánimo escéptico y desesperado y expresa sin reticencias su indiferencia animal ante todo lo que ocurre, “basta que yo pueda tomar el té”. Pero Chestov no capta el carácter dialéctico por no decir ambiguo, contradictorio de los sentimientos y pasiones; todo puede ser a la vez y sucesivamente, blanco y negro, cruel y piadoso. No capta tampoco la ironía del mundo y eso es más grave. Les pasa a los que para todo necesitan, una explicación, los fundamentalistas de la razón.

BORGES, LOS PATIOS, LAS HIGUERAS, LAS MADRESELVAS Y YO

Dice Borges en..., en algún lugar

A quien leyere.

Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios y yo el redactor.

Leo a Borges, leo *Fervor de Buenos Aires*, pienso en Berman, en Marx, la aceleración de los cambios, recuerdo mi primera lectura en los setenta, mirada casi objetiva, poca emoción, valoración apenas consciente de las justas metáforas; las más originales –el propio Borges reconocía– habían sido descubiertas por Lugones. Recuerdo mi segunda lectura, tras nueve años de exilio, pura emoción al borde del llanto, la falsa originalidad de las metáforas convertida en material de mi propia usurpación no para la literatura sino para la lectura de mi propia vida. Recuerdo mi imagen leyendo *Fervor de Buenos Aires* sentada en el patio de mi casa con higuera, era una tarde de verano, vestía una blusa azul, olía el aire a versos de Borges. Leo hoy, ya en los 2000, y es sólo la pena de ni siquiera..., no la nostalgia, sino el recuerdo al menos de los patios con higuera, el olor de las madre selvas, las calles desgastadas, todas esas banderas de la patria cercana. O bien recuerdo, sí, pero recuerdo ajeno, nostalgia de otros que no nos toca, todo se percibe con sordina, lejano. Es la velocidad que interpone, no el tiempo sino la distancia inmensa entre nosotros y la memoria.

DE POR QUÉ NO NOVELA

Ra es hora de decirte –lector– por qué este manojito de cosas sería novela. No es imprescindible, tantos escrito-

res hay que escriben y llaman novela a eso que escriben sin preocuparse por las explicaciones. Pero mi caso es otro, porque entro dudo y no puedo dejar de preguntarme y responder siempre a medias... Tampoco sé si tanto dudo o no es más que una manera de traer el tema: una novela que hable del “ser novela”. Hay quien dice, que es el género donde deambula un héroe-protagonista y todo gira en su entorno. Puede ser, pero yo siempre por detrás, por el revés de los relatos, Ari mirando el mundo, cosas y personas que arman su pedazo de mundo. Si no es mi historia es “mi” mirada sobre alguna historia. No me puedo borrar; cierto que en la novela los personajes van tomando vida propia y se independizan del autor pero por ahora la única que tiene vida propia soy yo; y puedo narrarlos, a ellos, los personajes, darles existencia o borrarlos del mapa. Pero obvio, no es novela, apenas memorias, relatos en desorden, mezcla, masa informe, meditación metafísica, pregunta existencial. La forma..., voluntariamente fragmentaria, hilvanada caprichosamente, por los temas que se cincelan según los tiempos de las miradas.

EL CHINO Y LA MÚSICA DE LAS PALABRAS

El chino que así lo llamábamos por sus ojos achinados y su risa acorde con el achinamiento, tenía siempre el aire y tono de haber descubierto la pólvora en temas literarios. Hoy llegó con un libro bajo el brazo “vean esto” dijo golpeándolo sobre la mesa del café. Algunos miramos de reojo, habituados a sus perlas sagradas, *Letra y música* decía el título de tapa. Aquí, la cosa, música..., ritmo ante todo, la letra no es más que un agregado, un ornamento, la cosa está en el ritmo que pone en movimiento personas y pensamiento. Yo escucho un ritmo y pongo los personajes en él, se dijo el chino en un estado de casi inconsciencia de estar plagiando a Pavese, y más atrás en los tiempos al propio Schiller, descubrimiento romántico, ese del ritmo.

CIEN DÍAS DE TELENOVELA, LA 125

Esos días, que fueron cien con altos y bajos, picos de tensión, momentos de dudoso alivio, nos la pasamos frente al televisor como quien mira una telenovela: coincidencias con su estructura, por lo de los buenos y los malos, los blancos y los negros que es más o menos lo mismo para cierta opinión modelada por los medios. Pero sobretodo la similitud se marca en la repetición; la telenovela como encarnación del tiempo cíclico de la reiteración. A la pobre muchacha ingenua una y otra vez la atacan las fuerzas del mal; o bien aquellos que se quieren, siempre están por casarse, y algo se interpone, un engaño, una traición, la intriga de un nuevo Yago. La historia vive de este retorno de lo mismo, y los espectadores que saben no pueden, sin embargo, apagar el televisor. En el caso tenemos reclamos con cortes de ruta, suspensión de cortes, conversaciones, ruptura de las conversaciones, nuevamente cortes y una y otra vez a través de los días, de los cien días. Una fuerza hipnótica nos clava en el televisor, imposible liberarse.

Pasé días leyendo a unos y otros, revisando diarios, la red, me pasé de la raya de tanta información perdí el hilo, ¿por dónde comenzó? “Dialogar” palabra tan temida, la que tanto enarbolé en tiempos de paz, ahora resignificada. Las palabras se vuelven símbolos, como la escarapela, como el mate, como los paisanos con el mate en las bucólicas imágenes de los medios de imposición masiva. El pedido hoy de sentarse a dialogar no es más que la exigencia rubricada con los tractores oxidados, los otrora, tanques, la leche derramada, la otrora sangre, de volver para atrás, concentrarse en el deber, gobernar para los blancos, qué joder. Tenía razón Marx en sus tiempos, ahora, ella: la primera vez se vive como tragedia, la segunda como comedia, demos gracias, empero, que sea sólo comedia. La otra palabra, paz, la unión de todos los argentinos, buenas

palabras, si no fuera por el uso distorsivo, porque no se ve, hoy en tiempos de imagen, no se ve la paz en la boca de quienes cruzaron los tanques, perdón, los tractores en las rutas; la memoria involuntaria trastoca el envase y sincera el contenido. Reiteraron..., continuaron..., los cortes de las rutas, brindaron a los ojos, por los mismos “medios” de la paz, ese espectáculo ya del todo pornográfico de la leche y las verduras derramadas. No se ve la paz en la boca de, “este pasa y este no”. No se ve en esta era de la imagen, transformada en imagen-concepto. El poder es mediático: no el cuarto poder sino el primero, los medios más que como voceros se arroban el papel de la oposición que sin norte ni rumbo deambula por el limbo de su impericia. Poco hace falta porque los señores periodistas, comentaristas, movileros y demás fauna, les ahorran el trabajo y les dan micrófono largo para expresar sus zonceras ayudándolos con preguntas certeras para mejor expresar sus miserias que son las mismas miserias de los que preguntan.

DEL APOYO CRÍTICO Y OTRAS YERBAS

*H*abría que haber escrito al calor de los acontecimientos en lugar de esperar la calma posttempestad. De los historiadores se dice que no pueden hablar de los hechos recientes que es preciso esperar que sus efectos sedimenten, que las partes reflexionen, que el observador se distancie. A los enamorados también y a los alterados se les recomienda poner distancia, silencio. Y sin embargo, los arrebatos son mejores inspiradores que la mirada sosegada que sigue al rugir de una tormenta. Es que la pasión activa y la incertidumbre, actúan de motor creativo. Así recordó cuánta adrenalina producida al son de los tambores. Cómo todo se había teñido con los colores de los bandos, cómo las relaciones personales se habían tensionado, roto, perforado, según las adhesiones: bombos contra cacerolas, K contra gorilas, “campo” contra descamisados

que ya no llevan ese nombre sino el raso de “negros”. Qué se ve, se ve, que la grieta no es de hoy, que es de los tiempos de los tiempos, de la colonia viene. Hoy, todo vuelto a casi normalidad, la reflexión adopta la forma de la mal parida objetividad, el tonito viscoso de intelectual blandiendo su deshilachada bandera de apoyo crítico, el “sí, pero...”. Fauces voraces para el analizar, juzgar, sopesar, enumerar los errores, recuerdo a Pepe y la enumeración impecable de los 26 errores de Alfonso a sus flamantes 17 días de un ya lejano 10 de diciembre; el repique del cálculo “ver qué sacamos de esto desde nuestro rol de intelectuales”. Como si algo importara ese rol desteñido y el reducto acotado de su inteligencia, como si a alguien importara cómo cuidar su prestigio. Gracias, debieran dar porque se les acepte el primer término de su expresión “apoyo” bajo la promesa de que lo “crítico” quede guardado en el doble fondo de sus encallecidos portafolios.

Pero más allá de los incorregibles intelectuales Ari cavilaba sobre la conveniencia de escribir al calor de los sucesos o a posteriori de los paños fríos no porque tuviera la opción porque ya había aflojado la turbulencia sino... por saber nomás.

LA OPO...QUÉ PENA

Estábamos instalados en una suerte de batalla entre el campo popular y los otros. Las corporaciones –digamos– el llamado “campo”, escudado tras el sentido laxo y amplio de ese vocablo, por cuya amplitud se sentía con el derecho de, a ritmo y son de las oportunidades, autodefinirse como el motor de la economía, del país, de la Nación, o bien llanamente sustituir el vocablo por aquel otro, más sonante y emotivo, “patria”; ellos se autotitulaban “patria”.

Los partidos políticos, variados y dispersos, primero; coligados después con fines inconfesadamente electorales, rejun-tados con cuerdas gastadas para alianzas espurias y escuda-

dos bajo el nombre de “República”, atizaban el fuego de los insaciables “no”; “no sé de qué se trata pero me opongo”, era su única consigna. Bajo la batuta del mejor oportunismo, sus filas supieron alinearse, –sea por propios intereses, sea por ceguera, también propia, de sus verdaderos intereses– tras los reclamos del “campo”. Ávidos de primicia y en carrera por el rating, los medios les brindaban, la escena, la palabra, el clima que ellos mismos contribuían a crear y recrear con un hábil manejo de sus instrumentos de trabajo: el micrófono, la pantalla partida, las apenas preguntas, la cortesía de las no preguntas, las respuestas inducidas. Todos, en representación propia o ajena, reclamaban “diálogo”.

El entrecomillado me pertenece. Su uso abusivo es muestra de una degeneración del lenguaje que adquirió nuevo impulso en días del “conflicto–campo”. Junto a esta, otras palabras, comenzaron a practicar su danza: “autoritarismo”, ligado siempre a cuestiones de forma; adjudicado antes a él, luego a ella sumado a cuotas de soberbia; alguien se atrevió a agregar como colmo de los males “que hablaba demasiado bien”, nunca se revelarán los recónditos motivos del odio. “Federalismo”, otra voz que sonaba no como acusación sino como reclamo; leída en su contexto no clamaba por justicia y equidad para las provincias todas, no que el gobierno nacional en tanto nacional se ocupara de compensar, equilibrar; era el reclamo de las más prósperas por la parte del león que les tocaba.

En cierto momento otra palabra se instaló en el centro de la escena, la “pobreza”. Paradojas de la vida, la palabra pululaba entre sectores de oposición que defendían los derechos del “campo”, de aquellos cuya codicia era causa de aquello que se pretendía combatir. Lo paradójico: que la palabra fuera colocada en el centro de la escena por el más representativo. En su discurso inaugural de la exposición anual, con lágrimas en los ojos, el presidente de la Rural, expresó que esa era la mayor de sus preocupaciones y que él tenía la solución: bajar las retenciones a los grupos más concentrados, los que sus traen el alimento, los de los silos a la espera, luego –habría que

leer para no confundirse— sentarse por los tiempos deseando que esos sigan llorosos y conmovidos a la hora del reparto; en fin, versión sentimental de la doctrina del derrame. Ese fue el disparador, la campana inaugural de un concierto polifónico titulado “la pobreza está entre nosotros”, nuestra gran oportunidad, aclamémosla, alimentémosla, que ella nos salvará. También el arzobispo habló, y los medios haciendo eco. Noticiando a la vez que editorializando dijeron de un conflicto Iglesia—Estado, “vivimos situación de pobreza escandalosa, vergüenza nacional, 15 millones de pobres, más de la mitad de argentinos”. Y tras el zapping nos encontramos con Clara Z que nos trae un informe, investigación de la UCA sobre niveles de pobreza. En una tanda corta de apenas 10 minutos entre la periodista local y el visitante elevaron la cifra del 35 al 50 por ciento. El informe dice que el 35 por ciento está por debajo de la línea de pobreza, ¿qué puede decirnos de eso? Un verdadero escándalo..., el 40 por ciento de la población pobre..., como dijo el arzobispo, un escándalo que en un país como este tengamos 50 por ciento de pobres”. Tuve miedo de que en la pantalla acusadora apareciera como otrora el crecimiento del riesgo país, el número cada minuto creciente de los paisanos que se pasaban por debajo de la línea. Tuve un impulso mecánico a zapear por temor a que la cifra siga creciendo y los pobres sublevados como un mar agitado nos inunden. Pero y si yo misma me bajaba de la línea, ¿cómo saber si yo no era pobre. Si nos guiamos por la brecha entre

Estaba cansada de lidiar para acordar, una a una, las personas iban siendo borradas de la lista de posibles interlocutores. En tácito acuerdo nos confinamos al silencio; “de política mejor no hablar” nos repetíamos cada vez que recaíamos, hasta que el silencio sobre el tema fue completo contaminando a temas afines “porque al fin todo es Política” y no importa ya si con mayúscula o minúscula.

A los radicales habría que preguntarles cómo pueden hacer causa común con la corporación protagonista de la más vergonzosa silbatina a su líder Alfonsín, recientemente fallecido,

reivindicado a raíz de su muerte, sólo la muerte salva, purifica, lava. Gracias Raúl porque por tu muerte redimiste tus pecados y el de tu partido, ¡qué oportuna tu muerte! con ella todos los crápulas desfilaron ante tu féretro, –aunque por ahora tampoco se disculpan, y el partido que llevó el país al peor de los abismos, se levanta incólume. Ahora un radical puede volver a llamarse radical y nuevamente gobernar con su gastado traje ético; total el argentino no tiene memoria y no recuerda el escándalo de coimas en el senado, el megacanje, el blindaje, las buenas noticias de De la Rúa.

A la izquierda, la ultra, esa que siempre quiere estar más allá y abandona a sus semejantes para conservar la pureza de raza, ¿qué puedo decirles? Nada que todavía ignoren ellos mismos; que le hacen el juego al enemigo, ¿y por qué no? que traicionan sus convicciones, en fin que no han dejado todavía de mirarse el ombligo.

¿A la derecha? A la derecha no le digo nada.

Poco a poco estas divergencias, estos enfrentamientos de puntos de vista se iban acentuando y hacían trastabillar los lazos amicales, familiares... Me recordaba otros tiempos, allá por los setenta, me viene un flash de aquellos tiempos: una marcha, seguro hacia plaza de mayo, arramillados entre amigos cuando a la vuelta de una esquina tras un árbol, estaba María la mujer de Ramiro quien marchaba a nuestro lado y apenas hacia unos minutos había balbuceado “se quedó en casa” cuando Hugo un poco maliciosamente le preguntó por ella. Pero entonces todos éramos semejantes, diferenciados solamente entre “leales” y “no leales”, ambos bandos todavía titubeantes aún cuando las discrepancias iban cargadas con fuerzas desconocidas capaces de romper matrimonios y distanciar viejas amistades. Y sin embargo, ahora es diferente, las orillas se han alejado, el río que las separa, más profundo. No se trata de matices de una misma ideología sino de veredas opuestas, y en algo no obstante la historia se repite aunque no la escena de los setenta sino más allá la de los cincuenta,

cuando comenzó a acuñarse el término “gorila”, ese que hace poco supe que no era un invento argentino como el dulce de leche o la birrome, o si lo fue supimos exportarlo porque en el mismo sentido se usa en Centroamérica, en estos tiempos de fortalecimiento y reavivada presencia del gorilaje.

Nada mejor para disipar brumas que las políticas comparadas, y ahora que en nuestra América se esta dando esta onda hacia el sur, de zurdaje, como dice la señora de los almuerzos, o populismo como acusan otros, brotan perlitas como borbotones de luz. Zelaya, presidente constitucional, es destituido en pijama por un golpe –al decir de los propios hondureños de tinte eminentemente gorila– orientado a impedir el delito de pretender una reforma constitucional. Aquí, el gobierno, que envía al congreso una ley de medios para ampliar el espectro de voces y reemplazar la promulgada por la dictadura, es acusado de querer amordazar a la prensa. Se dice también que este congreso es ilegítimo porque dentro de tres meses habrá recambios. Allá, en el norte, el pobre Obama hace lo que puede o quiere hacer lo que no puede: su proyecto de ley de salud ha sido tachado de componentes nazis, se dice del mismo que provocará un exterminio de ancianos.

ME ACORDÉ DE LOS MAPUCHES

Que bien saben del estar centrados, bien centrados en el sí, consigo mismos. Decía el mapuche en aquel encuentro de filósofos en Bariloche: ustedes están siempre en el afuera, nosotros estamos siempre en nosotros mismos.

Y me acordé de aquél personaje de Woody Allen a quien al momento de filmarlo lo hallaron desenfocado; no porque la cámara no acertara con el foco sino que él mismo desde sus entrañas, desde el en sí profundo hacia lo externo, luego, desde el para sí, se había desenfocado, porque al comienzo ni él mismo había caído en cuenta y poco a poco fue descubriendo

en la mirada de los otros, las alarmadas o disimuladas advertencias, la mano en el hombro del camarista aconsejándole “ir a casa a descansar”, esperar al día siguiente “acaso mañana amanezcas recompuesto”, y Alex pensó: “enfocado”.

Y se acordaba Ari, no sin causa porque hacía días se sentía desenfocada, con nostalgias de ese sí misma, que se le había estado escurriendo en la corriente, por esos tiempos demasiado caudalosa, del trajinar diario, en ese estar girando en redondo por quehaceres cotidianos, confundida en cuidados circunstanciales. “Me extraño a mí misma” le había dicho a su amiga Renée que rápida le respondió “invítate a tomar un café, poné una buena música, hacete amiga”.

Ariadna se prueba los sombreros; por siempre quedará grabado el recuerdo de los sombreros como piezas a mover de un juego de identidades: azules y naranjas, tonalidades frías y cálidas como rasgos de caracteres, cool y emotivos y aún siempre la posibilidad de trasmutarse, enmascararse, jugar a los muchos roles, difícil arte del camaleón. Pero apenas si fue dotada del arte del travestirse. No es que se perdiera a sí misma en el juego de las máscaras, sólo que se perdía en la simplicidad de lo uno: “me extraño” debe interpretarse como el simple hecho de no estar en mí, vagar perdida en el trajinar; de tan llena del afuera sentirse por dentro vacía.

LA POSMO

A propósito de los discursos sobre la posmodernidad, sea el de Jameson, que dice que ahora se trata de la muerte de todo, del fin de todo sin que se reemplace por la premonición de nada, horizontalidad sin horizonte regida por el azar, da la impresión de que se desarrollan en forma paralela sin tocarse con la realidad de las expresiones artísticas y culturales donde impera una diversidad inabarcable. Imposibilidad, entonces, de hacer ontología del presente.

EL TIEMPO PERDIDO

¿He..., tiempo ganado será el que no haciendo nada ganes para vos y así te liberes de afanes cotidianos, metas, telos, cosas que nos colgamos para olvidarnos de nosotros y responder a las exigencias de la sociabilidad. De esta no podemos salir pero podemos esquivarla, trampearle, hacer como si, el buen como si, la ironía femenina, escabullirnos por las grietas, las pequeñas ranuras, *fisurear*.

Recordar el paso lento, la ceremonia. *La recherche du temps perdu*; sabio Marcel. ¿Qué insulsez iríamos a buscar en los registros del tiempo no perdido, del tiempo tenido como bien ocupado, bien resuelto? Tiempo irremediamente extraviado, extraviado para siempre, al que no podemos volver, sustancia llena, nómada sin ventanas, tiempo de clausura, muerto que no contesta, que no pregunta. Acto verdaderamente revolucionario para nuestro presente, acto intempestivo: rompamos los relojes, o encerrémoslos en un cajón olvidado, como testimonio lúcido de su inservicio.

Otra vez sobre la estetización de la existencia.

A mi idea de volver a la unidad de verdad, bien y belleza alguien agrega lo sagrado. Acaso no sea necesario, acaso un atributo más de ese *Uno todo*. Acaso la idea de una religión del arte contiene ya toda la promesa.

LIBERTAD DE ESTILO

Procurarse poco a poco una libertad, al menos de papel para hablar en el estilo de lo sin estilo. Entiéndase, sin ese u otro estilo caratulado en la serie renovable de las profesiones, desde abogado, pasando por periodistas, divulgadores, hasta académico, el mayor de los peligros, con sus tics nerviosos, muletillas, máscaras de lógica argumentación, y esa sorda

y terca tendencia a inventar palabras imposibles para ocultar su falta de libertad...

Libertad del escribir que para el explorador resuena como una segunda aventura que no sabe reprimirse frente a la realidad, que no le toca la opción falso—verdadero. Simplemente juego, con esa verdad que tienen todas las cosas frescas, todas las cosas que quieren vivir.

COSA DE PESO, EL RITMO

El ritmo siempre el ritmo, quién pueda crearse un estilo, una música. Las películas de Fellini, las de Godard..., el santo tema del ritmo. El italiano tan circense, tan amante del espectáculo, engalanado de trompetas y tambores, carteles de grandes tetas, labios rojos; el francés en cambio afirmándose en lo tan cool, las muchachas como muchachos, tan ligeramente desenvueltos en los gestos y las miradas como una danza de la cotidianeidad, aún en el idioma. El inglés, paso marcado y circunspecto, siempre pidiendo perdón por las felonías cometidas. El argentino entre el reo del lunfardo y el sentimentaloides, más una base de psicoanalizado o de personalidad formada en la cultura del psicoanálisis que de a poco se va perdiendo bajo una pátina de *new age*, pero sobretodo porteño y peronista porque al fin porteño y peronista somos todos.

BUSCAR UN RITMO... Y LA CUESTIÓN DE PARES

Buscaba un ritmo, nada importaba el contenido; una ola por la que dejarse llevar aunque luego se le trepara a la cabeza y se hiciera contenido denso, espiralado, arrinconando, apretando como la circularidad de la serpiente, o bien se hiciera idea

leve, saltarina, danzante, música sin cuerpo, tarareo incorpóreo. Y en eso andando, se preguntaba dónde el peso, si en el cuerpo o en el alma, en la idea o en la materia en que se envuelve; que no es el lenguaje pura vaina envolvente, desechable, sino elemento consustancial del decir donde uno se juega todo, se juega la palabra, “en que se va la vida” solían pensar los antiguos, que ya no, por cierto, porque nadie se juega nada y más bien, con palabra y todo, se mira para otro lado y se hace el distraído; acaso del otro lado una ceja interrogante y ya.

Buscaba un ritmo apilando libros y rebuscando en uno tras otro como si el corazón de la manzana pudiera encontrarse en las rugosidades de la nuez. Todas las notas le sonaban falsas, ¿pero falsas para qué? No se trata de un vestido que viene en tallas standard, se trata de una combinación que ya nace con marca única, “a tal palo tal astilla” acaso con un sentido un tanto diferente del refrán que mejor podría expresarse “cada don Juan con su Leporello” o Don Quijote con Sancho, o Batman con Robin e indefinidos pares que se complementan, inseparables, porque no podría ser uno sin el otro, ¿podría? Podría acaso tratarse de desgajamiento, bipolaridad, como si antes hubiera estado junto lo que ahora se separó por deriva de la personalidad y aparece un doble. Algo me dice que fue Sancho que cansado de su condición de lacayo un día soñó y se sumergió en las aguas de un sueño con el ropaje de Don Quijote, se inventó un escudero y se lanzó a las mil aventuras estrenando protagonismo.

Ariadna dejó la pluma, un decir porque ya no existen ni plumas, ni lapiceros, sino teclado y pantalla que todo se nos muda y quedan las palabras como vainas secas, cáscaras vacías, que no sólo la ciudad por fuera está cambiando sino las casas por dentro y los propios escritorios, que ya me siento del siglo pasado y esto es peor que serlo, que por cierto lo soy, pero sentirlo..., sentirse que ya se es pasado y que lo nuevo se viene como un vendaval inatrapable, que ya lo decía Martín que la filosofía no es una dulce bufanda sino un viento frío, qué decir entonces de la realidad esta que se nos escapa como un tren acelerado, ella, es el viento frío y el páramo sobre el que sopla.

SÖREN DE CUERPO ENTERO

En algún momento tenía que hablar de Sören porque es una de esas personas que pegan hondo, y si digo “persona” tengo razones. Imposible soslayar la importancia para él de esa palabra, porque en realidad, su pregunta siempre viva era “ser o no ser persona”; cuestión de peso casi hamletiano, que recorría desde la duda hasta la desesperación, tanto así, sus compatriotas aludían secretamente en sus escritos a ésta su obsesión. Está el cuento de Hans Cristian Andersen, el del loro que se la pasaba diciendo “hay que ser persona, hay que ser persona”. Pero..., ¿cuándo se pasaba realmente a serlo? Difícil de explicar en pocas palabras porque era, en verdad, el para qué de toda su filosofía. Y aquí nos complicamos un poco porque el personaje no quiere ser ubicado en el rubro de los filósofos, aunque por momentos reconoce cierta diferencia entre filósofos del sistema y de la vida y acepta entrar en la familia. Tenía cosas graciosas porque decía que no quería ser objeto de intrusos u, ¿obtusos? académicos –cuán viejo es el rechazo a esa clase de súbditos– que quieren todo clasificarlo y ubicarlo en la historia universal como antecedente o consecuente al ritmo de trompetas y trombones. Cómo lo irritaban esos personajes a quienes aludía cuando decía que prefería tener largas charlas con viejas chismosas que cruzar apenas palabras con académicos de la seriedad. Influencia que pega hondo –decía al comienzo– porque no se queda en la superficie del pensamiento gozando de creatividad juguetona. Se trata de algo que toca fondo, punto medular donde ocurre la transformación, algo que paraliza, aún cuando lo que toca no es más que lo propio atravesado por el otro, lo propio después que miró de frente ese rostro que lo mira. Decía yo que uno lee para encontrarse, ¿no me dijo acaso Fede aquella vez que él seguía las enseñanzas de Don Juan porque ya antes él pensaba lo mismo que allí encontraba? Y Borges que recomendaba “si este libro no te atrapa no es para vos elige otro”, son tantos los libros, demasiados; siempre se quejaba el pobre Borges de que

tanto se escribiera. Hay un lugar del encuentro fantástico, y le llega a uno el atuendo que le va como guante. A mi Sören me transportó, me colocó en otro carril. Tantos años leyéndolo... Es que no era solamente el influjo de las ideas que al fin eran las mías pero en ese envoltorio perfecto que sólo el genio le puede dar. Era la “persona”, fuerza viva para la cual todo escenario resulta estrecho, como para Eva. No la de Adán, la otra, Evita, de quien aquella ignota modista dijera que cuando la vio entrar fue como un relámpago, ¡cómo caminaba!, nunca había pensado ella que alguien pudiera caminar tanto en un espacio tan reducido como el de su pequeño taller de costura. Y no es que yo lo leyera sino que yo lo veía como si fuera cine. Medio jorobado y sin embargo un *dandy*, un caminar que atraía las miradas, esos ojos...! todo él un desafío, con sus pantalones ridículos, –por eso se le reían los de *El corsario*, el *Clarín* de aquellos tiempos, de su Dinamarca natal. Y él provocando con el bastón, interceptando, esos ojos como agujas clavados. Como si fuera cine lo veo: de niño agazapado tras las cortinas espiando a los doctores que hablaban de filosofía, de adolescente bromeando a los profesores, de joven blandiendo su bastón, cual Sócrates redivivo, interpellando en los corrillos, o entre perfumes y champaña en las veladas de la ópera. “Todo se lo debo a Mozart” solía decir con la pasión de quien vive desde la bohemia hasta la desesperación, todo con la misma intensidad. Resuena la pregunta: ¿cuántos años de bohemia después de la ruptura con el padre? Pero no se trata de cuántos años como un período cerrado en sí mismo, se trata de un movimiento de vaivén, instalado ya por siempre en una vida que se define por la ambigüedad, por ese habitar la duda, en el “o bien o bien” de ser actor o pastor, ser poeta o psicólogo, cronista o cantor. Un “ojo que ríe y un ojo que llora” es el rasgo más relevante de ese personaje inquietante.

Como cine lo veo, símil de Sócrates, apostado en la columna, interceptando con su bastón, interrogando, arrojando en la perplejidad, “dejándolo al desnudo” se quejaba Alcibíades de Sócrates. Y Sorèn que quería imitarlo. Porque en el fondo de su alma pensaba que los hombres todos, con lo cual quiero

—al menos yo— decir también las mujeres, se dividían en dos grandes grupos: los serios, también iluministas, que creen en la finalidad, la línea recta del progreso y el orden por supuesto, y los atacados por la ironía quienes sin ponerse a debatir por la existencia o no de esas vainas les gusta .a mí me gusta decirlo con una palabra francesa *bouleverser*, no por cholulismo, sino porque no encuentro otra que le equivalga, puedan estas ser: trastocar, deconstruir, deshacer, dar vuelta. Pero no hay como *bouleverser*, que tiene la sonoridad acorde al contenido; un hecho de esa magnitud exige una palabra plena. Les gusta —como decía— *bouleverarlo* todo, ponerlo todo en cuestión, hacer, como Sócrates, tambalear a los espíritus satisfechos, clavarles el aguijón. Y Sören, que le agregaba la desesperación, la duda de la personalidad..., con lo cual todo era más complejo e interesante. Porque al lado de los serios iluministas, se puede colocar tanto al ironista Sócrates como a los desesperados románticos, que también gustaban de la ironía; unos y otros presentes por los tiempos hasta hoy. Decía Sören que la seriedad y la risa son también rasgos de época, se pasa de una a la otra en movimiento de vaivén; de repente nos amanece y nos hallamos riendo de la época precedente. Él mismo viraba fácilmente “un ojo llora el otro ríe” —decía señalando con el dedo; o atravesaba el túnel del tiempo para irrumpir en nuestros días, en la figura de Eduardo, el seductor, personaje un tanto trastornado que gusta de seducir y abandonar. Dejaba un tendal de lágrimas que se reunían en conspiración, las que inventaron el club de las ultrajadas, maquinaciones secretas de mujeres en pugna que no habrían de detenerlo sino incentivarlo. Él que gozaba de los desafíos y quería ser a la vez todos sus personajes. Don Juan, en verdad, el Don Giovanni de Mozart, por lo irredento, porque la historia no podía desnaturalizarse con la prisión o alguna forma aliviada de castigo, la historia debía tener final trágico, hundimiento abismal en los infiernos de figura casi demoníaca. Él, que se debatía entre el árbol de la ciencia o el árbol de la vida gustaba de probarse los trajes de Fausto; él que no quería a nadie y se peleaba con el mundo, hoy, hubiera querido ser Dr. House. La renguera, cual

la joroba, impregnando la marca del diablo. Ojo con la resolución de los conflictos que no hay conciliación posible. La vida, sólo contraste y paradoja. El Don Juan de Molière escarmenado en prisión se vuelve irrisorio y deriva en comedia. Lo mismo el drama pasado por el líquido acuoso, el agua sacramental de la moral americana; sino deriva en comedia deviene burda mezcla de crimen con atenuantes y moralismo pedagógico. Por Dios que Dr. House no se vuelva bueno al final de la serie.

○ BIEN, ○ BIEN

Sören se debatía entre lo uno o lo otro. Ser pastor, guiar a los fieles, hablarles en sus sermones con una pátina de moral y otra de política, avergonzarlos un poco, incomodarlos. Porque al fin no es que se va a la iglesia –o se iba en aquellos tiempos– para mirarse o encausarse sino como ritual, como si el mero asistir al oficio, arrodillarse, golpear el pecho, bastara para limpiar, dejar tranquila la conciencia, satisfecho el espíritu. O bien, ser actor y empeñarse en el arte del maquillaje; imaginarse en el camarín frente al espejo rodeado de máscaras y disfraces, hablando a público, ataviado de diferentes roles. O lo uno o lo otro, dos maneras de interpelar: en el contexto de lo cotidiano a padres de familia, hijo, hermano, vecino; o en un escenario de ficción, teatro, drama o comedia... Esa, su duplicidad.

SÖREN Y LA COMUNICACIÓN

El ironista siempre esquivo evade la ciencia que busca legitimarlo como pasaje, transición, precursor, continuador, héroe, trompeta absoluta; huye cuando quiere recibirlo al son de trombones como fase, etapa, edad de la razón. Nada quiere

con el sistema que pugna por ubicarlo en alguno de sus escalones.

Todo debe ser duplicidad, ambigüedad, acercarse con paso cauteloso; no imponer opiniones, hacer que el otro se dé cuenta, inducirlo a juzgar sin andaderas. El método indirecto, requiere ejercicio de dedos, practicar las escalas. Como en Sócrates, no importa el contenido, su mensaje es de actitud: un modo de estar parado..., mirar con ojos entornados, a la distancia, con la sospecha a la mano.

Me interesa eso de no buscar que el otro acepte una opinión sino obligarlo a darse cuenta; para Sören esto se aplica a lo religioso pero me suena que andaría bien para lo político donde lo que hay que romper es toda la fantasmagoría creada por los medios.

Adhiero al elogio del bosquejo, ese algo esfumado que en la escena se tambalea y esquiva la objetividad, huyo de transformarme en objeto fijo y contundente, decir esa soy yo y ya. Me abstengo de la ciencia que me daría un lugar seguro donde reposar en casa con pantuflas, envuelta en mi opinión como una gran bufanda protectora. Pongo un oído atento al tema del baile, cuando dice que no baila porque no puede hallar una *partenaire* que lo siga sin tropezones. ¿Tan difícil será...?

Sören también es mi doble.

FILÓSOFOS DEL DIBUJO Y DE LA MÚSICA

Los del sistema y los de la vida. Hegel que todo lo resuelve en un mapa de la realidad, vista panorámica, plano general donde nada se escapa del esqueleto. No que nos pinte una imagen estática, que no se ocupe del tiempo; es el filósofo de la dialéctica, lo cambiante, la gran escuela historicista alimentada y sazónada de romanticismo, amante de lo que brota, crece, se desarrolla y muere. Filósofo que, después de milenios del principio de identidad, del “a es a y no puede ser otra cosa”,

de la imposible contradicción, nos devuelve de Heráclito, el fluir de todas las cosas, el devenir, el nunca más las mismas aguas, aunque sí el río. Por qué, entonces filósofo visual de los grandes relatos —digo— dibujos. Acaso sea clave la diferencia en el tamaño de los relatos; los grandes que requieren de las pizarras, del papel, de expandidos mapas conceptuales, o el trazo mínimo que redondea la semilla, la completa con raíces y tallo, que finalmente se regodea en el coloreado del árbol. La dialéctica como el caminar seguro de sí mismo por el derrotero de las etapas necesarias que encierra la realidad en sistema y la rubrica con el sello de la ley. Todo es historia, la de los grandes relatos, los cantos del pasado, etapas contra etapas y en medio la transición; el ala del futuro esperando que trompetas anuncien los vientos favorables.

Y los filósofos de la vida, un Nietzsche, un Kierkegaard, ellos no necesitan del papel o el lápiz ellos llaman al oído atento de ese ser singular artista, mujer, comediante que se demora en el detalle de una existencia que ha perdido el horizonte, que se ha tragado el mar, pero rebrota en un son de cielos, hombrecito de traje gris y piernas largas, ultra hombre al fin, sabe esquivar las piedras y posesionarse de mil dioses, propios y ajenos. O llaman al oído atento de ese poeta o cantor que se debate en el o bien o bien de las mil posibilidades o demonios que lo arrastran entre zarzas y oscuridades, tambaleante en la desesperación para detenerse alguna vez en el claro, indeciso todavía y afirmarse en la elección. Hay que ser persona, hay que ser personas susurra como un martilleo en sordina, la voz del filósofo, consejero, médico del alma, que sólo habla al individuo y rehúye la multitud. Así la filosofía deviene cuestión de vida; en Kierkegaard la palabra pensamiento es sustituida por la de proyecto, tarea de creación de sí en que se ofrece como cobayo. El maestro acompaña, les habla en silencio, desde lejos, su consejo es no vociferar; luego desaparece no quiere seguidores, copiones, ni partenaires, “aprender la soledad” completa la consigna; la filosofía que echa raíces en la vida se hace baile y aprende a volar.

Contra los historicismos que despliegan la historia en el espacio y la transforman en espectáculo destinado a la contemplación ambos exaltan el instante, momento de la decisión que descuaja la argumentación dialéctica y trae la absoluta novedad. Un algo otro adviene, que rompe con la legalidad y hace de la necesidad un querer. Así fue y así lo quise, es el lema en la puerta de este acto de creación, de los ebrios de enigma y amantes del peligro.

LEER PARA ENCONTRARSE

Tuve que releer a Kierkegaard sobre Sócrates para asegurarme que no lo plagiaría: prueba de la imposibilidad de copiar las ideas. No puedo copiar una idea si no la comprendo pero comprenderla es hundirse en ella, tomarla por la médula, sentirla, empatía al fin..., y entonces imposible copiar porque ya es mía o era ya mía desde los tiempos de los tiempos.

Hallo en Kierkegaard un eco de mi pensamiento. Como Kierkegaard que creía en la necesidad de fundar el pensamiento en algo propio, siento que la fascinación por ciertas ideas me viene de la memoria de haberlas poseído. Posible revertir un probable refrán que dijera “dime cuáles tus lecturas favoritas y te diré quién eres”. Es nuestra personalidad la que determina nuestras elecciones intelectuales. En lugar de adecuar nuestra vida a nuestras ideas como se dice del buen filósofo, lo que hacemos más a menudo es adecuar nuestro pensamiento a nuestra vida.

“DEPORTIVO Y SOCIAL”, O EL ESPECTADOR EMANCIPADO

Una diferencia en el arte de ayer y de hoy. Decía ayer el negro Luis, él tan aficionado a los estilos de los 40, a las orquestas de tango, un Pugliese, un Di Sarli... Se acordaba

cuando de pibe iba al “Deportivo y social” donde el público bailaba, sobretodo bailaba pero bueno después de un tanto la orquesta –y hablaba de Pugliese– subía al escenario y todos se sentaban y sólo miraban y escuchaban, era “la orquesta”, y nada más. Comparo con los redondos, con Callejeros, los recitales, hoy, donde el espectáculo está ahí abajo, en el público, en la multitud. Cuestión de diferencia y semejanza, porque se trata siempre de arte, como unidad de fines y gustos. Ser “fan” supone algo de individual y algo comunitario, y en música, cuando se trata de recitales de rock, supone un estar allí como espectador, compartiendo esa condición del pertenecer, ritualizando el hecho único de la comunión, que plasma para el conjunto una forma de experimentarla, allá abajo, en el *campus*. Que el espectáculo estuviera arriba suponía ese respeto silencioso y grávido con el que se complacen los melómanos disfrutando en la frente ese aire cool de ser entendido que a la vez vincula y distancia sobretodo cuando se trata de música clásica, porque con el tango..., con el tango era otra cosa porque ya no se trataba de melómanos sino de tangueros de pura cepa que se reconocían en el color de la copa y en el sólo estar allí en el “Deportivo y social” los sábados de cada mes.

INSTRUCCIONES PARA SER POETA

El le dijo que no, que ya no. Piaste tarde muñeco. Para poeta tendrías que haber comenzado en la adolescencia, merodear por los bares con tus papeles en acecho, rendirte al ridículo del cuaderno bajo el brazo siempre listo para leerle a la chica de turno, decirte poeta, ropas extrañas, peinados raros, *look* en general, bohemio, punk o variedades. Si sos mujer, peor aún: haber vivido adolescencia torturada, intentos de suicidio, al menos un par, sin lograrlo, porque de lograrlo, chau poeta, te cae la nada. ¿Lo pensaste? Que algún error del destino, porque él no llegó a tiempo, porque en el fondo no

querías, algo falla como a veces, muchas, falla algo también para las cosas buenas y no lo lográs, claro que no te extraña porque es rutina que uno se frustre en lo que quiera alcanzar. En cambio, esto de que uno intente suicidio, no queriendo, en verdad, pero sin embargo logre, da para perplejidades y preguntas sobre el destino y su inexorabilidad, decir por ejemplo, “estaba escrito”, frase que no dice mucho pero cierra el ciclo, consuela allí donde no hay mucho consuelo. También puede ocurrir que se te dé lo del suicidio y lo de poeta como póstumo, claro que ya tendrías que estar reconocido porque no se conoce caso que por sólo suicidarse se consagre poeta. Pero dejemos los casos extremos, lo importante es la adolescencia o la juventud, cuando punza la desesperación, la angustia, la rebeldía, todo lo que inventaron los románticos y aprovecharon generaciones sucesivas de poetas sufrientes o demoníacos en distintos matices según la época. Poetas malditos, los decimonónicos, luego los más cercanos del XX, mezcla de grotescos y paródicos por eso de; la primera vez tragedia, y la segunda comedia, pero al fin funcionando, que ahora todo vale.

No sé cómo Lucía fue a caer a la casa de Hernán Escudero, creo que a través de Julio, a quien pidió seguro que le armara la ocasión de un encuentro ella le conocía la fama y pensaba, como tantos, que en el entorno del genio se expandiría el arte; como tantos pensaba que bastaba codearse con los grandes, para absorber un poco de su savia. Seguro llevó su cuaderno de poemas y se lo mostró con ojos que apenas se sabían suplicantes.

Pero el arte que seguro Hernán Escudero no tenía era el de la complacencia. —No piba, nada que hacer, ¿qué es ese aire satisfecho? Con eso no se hace literatura, y menos poesía, porque para ser poeta o poetisa —palabra denigrante, “poeta—petisa” quiere decir en dialecto machista certificado— hay que ser un ser sufriente, cultivar la tristeza, tener ideas suicidas e intentos que le den marco de seriedad. Eso si se es mujer. Si se es hombre baste con el cuaderno bajo el brazo estorbando a los

que frecuenten el café de los poetas que pueden también ser pintores, artistas de todo tipo o simplemente vagos capaces del ocio necesario para deambular por los sitios de la bohemia y armar sus clubes de renegados.

Si uno escribe cuentos o novelas es diferente, ni falta hace andar por los bares, puede en paz componer en casa y cumplir reglas del pertenecer. Algunos personajes secundarios deben ser feos y desalineados: sea por ejemplo un señor gordo que se le escapa la barriga de entre la camisa y que se pasa un pañuelo sucio por el cuello transpirado y la frente. Puede ser un poco tartamudo o escupir mientras habla. A esta calamidad de la presencia física se puede mechar algo de calamidad moral, algo oscuro a develar, crimen, traición, una simple bajeza sin el brillo de lo diabólico, pues que el diablo tiene su dignidad, nada tiene que ver con miserias humanas. Aquí el escritor se vuelve un tanto detective, quiere descubrir qué hay detrás del hombre gordo que se pasa el pañuelo sucio por el sudor de la frente, o acaso sea el lector el que se vuelve detective de tanto querer saber cómo termina la historia.

LECTOR O ESCRITOR

*A*lgunos se inclinan por poner al lector en primer plano; es el que sabe escuchar. Estaba Borges que decía –ironía tal vez, pero hagamos como que creemos– es casual que yo sea el escritor y tú el lector, y allí se esbozaba un respeto que sólo a medias sonaba como falsa modestia; acaso la frase se le ocurrió a Borges desde su posición de lector. Pero quien tuviera el don de la escucha o la paciencia no doblegada de atravesar farragosas páginas. Ya lo decía el buen Marcel: “*lentement, lentement*”, *voilà* el secreto de la narración, hay que darse tiempo, sin premuras, sólo que la lentitud del autor puede provocar el desquicio del lector. ¿Y el lector ideal...? Alma serena, eternamente disponible o alma inquieta, detectivesca

atropellada por la curiosidad, la de piernas largas, capaz de saltar montañas para llegar a puerto.

AHORA QUE SUFRO

Ahora que sufro, acaso, esta mañana.
Pueda escribir un poema como la gente.
Estoy cansada de ese estar saludable satisfecha.
Andar la calle con aire de luz verde regocijada.
Ahora me place arañarme las yemas para en cada roce
con las cosas, sentir el ardor de las heridas.
O combato por la libertad dañada, por casos reprimida.
O a la inversa lamento su flujo que me aparta del mundo.
Y me priva de sanas resistencias.
Soy como tú poeta, lábrame pues un acta de recepción
en la guarida del desahucio.

YO..., MUJER

Me vuelve el tema que ronda como *leit motiv* en la sinfonía de mi vida. ¿Ser autor o autora? He aquí la cuestión. Continuar en paz en el seno de una mente colonizada por el machismo, sin despertador de conciencia, tapando con la mano las raíces que sostienen la solidez y el desparpajo de una cultura ancestralmente masculina. Mirar alrededor y creérsela, el *boom* de la mujer hoy, ocupando todos los rubros, médicas, abogadas, arquitectas, ahora presidentas. O bien, no confundirse, clavar el ojo, mirar con ojo de hielo, escuchar, la radio, radio nacional, donde a la cabeza está una mujer, y en las cabezas de los muchos programas, tantos varones, rodeados de mujeres, locutoras, comentaristas, voces varias feme-

ninas pero en la conducción , varones. Entonces era..., no la traba impuesta por varón temeroso que compite con ventaja secular, es la mentalidad colonizada que nos inunda a unos y a otros, machos y hembras, la misma que me ataca cuando tratando de escribir me suenan risas burlonas; los personajes siempre machos, tontos, fracasados, antiestéticos, por momentos un tanto ridículos pero siempre machos como si el mundo no los tuviera más que a ellos, el mundo de la ficción –digo– donde todo se arma con voluntad e imaginación. El mundo real, el de los quehaceres cotidianos, ese sí, se puebla de mujeres, las mujeres de..., las señoras de..., atareadas, cansadas, reverenciando, siempre atentas para el servicio. Cuántos siglos habrán de pasar para que los personajes de novelas memorables puedan ser Ulisas, Quijotas, Adrianas, Mias Cid, la mujer subterránea, o en el teatro, Hamlet, la Reina Lear, Otela, Lady Macbeth con nombre propio. En los mitos más antiguos, sí hallamos heroínas; Antígona, la más bella creación, figura esencial, sustancia ética. Pero Antígona tuvo que morir para realizar su sustancia, para dar lugar al mundo del varón, heroína trágica sacrificada para proteger los “frutos venideros”, viriles, guerreros. Por qué mi imaginación fracasa para figurar un otro mundo. Ifigenia, Clitemnestra, sacrificadas también a las luces del macho.

Dicen los chamanes reunidos en congresos que la mujer es la mejor dotada para la brujería, dice Nietzsche, que los filósofos deben imitar a los artistas, a los comediantes y a las mujeres que saben alejar y embellecer con la distancia, dice Lacan, que un buen psicoanalista tiene que tener algo de femenino, de bufón y de místico, ha de ser alguien que rompa el orden del varón. Estamos a la espera del momento. Por ahora los varones no saben, no pueden ceder el lugar, dejar que se rompa la ya adelgazada tela de su ordenamiento del mundo. Se saben entrampados pero no tienen el valor, no se atreven. Mujeres al acecho.

CONCILIAR

También me cansé de Ari, ella que se cree buena, tan bobamente tolerante, acaso tenga razón y no hay más que tolerar, pero de todos modos detesto esa manera de estar a disposición, esa inclinación a conceder, condescender, complacer, consentir, conciliar, todas comenzando con “con” cuando en realidad no hay ningún “con” en esta manera de vérselas con el otro cuando sólo de este lado se está para transigir, otorgar, tolerar. ¿Cuántas palabras para designar esa blandura esa aceptación boba de los humores del otro?

LA REPETICIÓN

Cuaderno Rivadavia 11/2/92.

Tirana la memoria nos arrastra hacia atrás como un demonio regresivo. Tentación de volver, pecado capital que la tabla no menciona. Gusto y goce en el manoseo algo mórbido, de horas plenas acabadas, cuya necesidad ya no puede prodigar ahuecamientos futuros.

Quiero ser otra, comenzar la mañana realimentando mis elementos, evitar que el mismo rayo de sol pegue con su oblicuidad cotidiana en el siempre mismo fragmento de mi párpado. No a la repetición, salvo a la gobernada por el azar que nos entretiene en la sorpresa y nos descubre las conexiones del universo. Mucho pienso en abocarme a la tarea de coleccionar coincidencias, extraer de boca en boca como otrora los mitos, bucear en series de hechos casuales y asombrosos; acopiarlos como material para postreros ordenamientos, acaso una enciclopedia futura de coincidencias y hechos bizarros, materia prima para ficciones venideras..., que alguien los invente.

Las repeticiones de las que huyo son las de mi yo, el lugar donde me reconozco, mis ideas recurrentes, no tanto mis cos-

tumbres solitarias sino ese lugar de encuentro con el otro que me torna previsible, mansamente conocida, sin riesgo de ningún lado, sólo un poco de hastío y algo de tolerancia que los otros otorgan con la secreta esperanza de la recompensa.

La cuestión de la doble. ¿Quién es la que escribe?

Viajar por las novelas del mundo y las mesas de la vida para recolectar personajes extraños o cotidianos.

Mariela finalmente se retiró de la militancia, había pedido que no le cuenten nada porque ella de una cantaría, “que no soporto el dolor, no tengo vocación de héroe” dijo y se fue.

EN SON DE EFEMÉRIDES

Septiembre negro, mes lleno de sucesos memorables, no porque merezcan la memoria sino porque ella es no prescindible, no se la puede eludir. La radio, que se apoya en las efemérides, trae a presencia y ahora, cruza, combina, híbrida dos acontecimientos alejados en el espacio-tiempo: 11 de septiembre del 73, 11 de septiembre del 2001. Ambos marcan virajes en la historia: latinoamericana, el primero; mundial, el segundo; virajes también en la historia personal. Derrocamiento de Allende en Chile, dictadura sangrienta, miles de muertos nunca se sabrá cuántos. Anuncia el comienzo del fin de una época; luego vendrá a la Argentina, el terror vestido con botas negras. El otro..., derrocamiento también, el nombre vira a “derrumbe”, el de las torres gemelas. La radio conversa los detalles en la voz de sus testigos. Ari escucha a Wainfeld que relata sus vivencias, cada uno de nuestra generación tiene sus recuerdos, nítidos en la pantalla de la memoria, pese a las advertencias de Mike de que no es posible, que hay que cuidarse de esos recuerdos como del demonio porque pueden arrojarnos en el abismo de la falsedad. Ella en cambio, pien-

sa que renunciar a los recuerdos es quedarse por dos veces huérfana de alma, como una mónada hueca navegando en el espacio. ¿Quién recordará conmigo los juegos de la infancia, los dichos y las historias de mamá, los que a veces aparecen un tanto dislocados por el uso o el desuso, quién conmigo recordará las pasiones y los rencores? Ella recuerda, 11 de setiembre del 73. Cómo olvidarlo si ya Manuel recién regresado de Santiago había arreglado todo para ir a trabajar al sur ni bien naciera Fede. Cómo olvidar si aún deambula en el recuerdo el peso del bombo no del bombo peronista, el bombo a secas que también era peronista y socialista y latinoamericanista, con toda esa carga y peso –que ya estaba por parir y se sentía– caminando la distancia desde Plaza de Mayo hasta la embajada chilena. Wainfeld en la radio recuerda, hasta las siglas que se cantaban, “hermano, chileno, no bajes la bandera, que aquí estamos dispuestos a cruzar la cordillera”. ¿Para emular al libertador? Pero no cruzamos la cordillera, atravesamos apenas esa distancia mínima que para Ari y el bombo ya era demasiado, y más bien fueron ellos, los chilenos, que cruzaron la cordillera, como pudieron, para refugiarse y contar sus historias de coincidencias afortunadas, las mismas que les dieron la chance de poder contar. Recordaba al chileno, padre de los mellizos que contaba su insólita historia de cómo salió de La moneda ante un susto mayor, locas peripecias y algún descuido carabineero, verdadero o voluntario. Los que pudieron llegar hallaron hospitalidad porteña, y lazos de amistad se tejieron al son de esas historias milagrosas. Desde aquí, sólo más tarde cuando también nos alcanzaron las botas, algunos cruzamos la cordillera con destino a Perú, todavía zona de bonanzas. Imposible de olvidar porque fue realmente traumático, mezcla de dolor y de alegría por la espera del hijo, y en pocos días el nacimiento. Que los recuerdos no se matan ni quedan suspendidos en espera del permiso de la teoría. Todos los 11 después del 10, se revive el suceso como se reviven los mitos cada año con una versión que repite y varía los detalles que no el núcleo del sentido. Ari recuerda especialmente esos 11 porque venían des-

pués del 10, su cumpleaños, y la memoria se le desliza a los 11 de setiembre de la infancia, asueto escolar por día del maestro, y la fiesta escolar con mamá, bailes, cantos y el regreso a casa cargada de regalos. Ari siempre se preguntaba por qué si el cumpleaños era de ella los regalos los recibía la madre. Por cierto estos recuerdos de infancia afloran en los años menos conflictivos como este en que tranquila escucha por la radio las interpretaciones varias de los hechos que se repiten –decíamos– como los mitos.

11 DE SETIEMBRE DE 2011

*A*hora se cumplen 10 años del 2001, el de las torres gemelas, acaso por eso se recuerde con más intensidad que el del 73. Y no sólo por eso, los medios que son ajenos suelen olvidar el golpe chileno. Y todo se mezcla; uno no puede dejar de recordar el momento en la TV de los aviones impactando sobre las torres, era martes a la mañana, Ari no se olvida ni olvida lo que representa esa fecha en su vida personal, ella que dice tener varias vidas como los gatos, una fecha que como la del 73, pone un hito. Entonces era el comienzo de su ser madre, en el 2001, el comienzo de su vuelta a la vida solitaria cuando Manuel ya se ha ido y los hijos comenzaban a abandonar el nido. Año traumático que marcó el comienzo de una nueva política imperial, antiterrorismo explícito, y un acomodamiento en lo privado, por eso del disolverse y luego la soledad. “Pero si vos siempre estuviste sola” –observaba Gastón– haciéndole consciente una realidad no advertida que sin embargo podía fácilmente asumir como muy íntima. Porque hay los que nacen para solos y en esa carrera se galardonan y hay los que nacen para acompañados y en eso se empeñan con feroz terquedad aunque como decía el primo Rafa, “más vale solo que solo acompañado”.

11 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Este año la fecha redonda es la del golpe chileno, 40 años, por lo que ahora tiene prioridad, al menos en los medios cercanos. Hoy Chile es noticia: actos, homenajes, publicaciones, programas en todos los medios, perdones, tardíos, por cierto, Chile hace catarsis 40 años después, dice un título de *Página 12*. Y entre todas las historias que se cuentan y recuerdan una que bien viene traer al aquí y ahora por las semejanzas. Semejanza de atropellos imperiales, oportuno recordar, porque siempre hay un nuevo caso, por lo de Siria, digo.

SOBRE ANTE LA LEY DE KAFKA

Como las parábolas de Jesús, esta interpela al individuo. Alguien comentaba que desde un punto de vista marxista serían los campesinos, como colectivo, que se agolparían frente a la puerta para vencer los obstáculos, las sucesivas puertas y guardianes: el número y la decisión vencerían, la unidad haciendo la fuerza. Sin embargo, las parábolas, como las de Jesús, interpelan al individuo. Esta enseña que las puertas en tanto escollos para llegar a la ley, son múltiples, como piedras en el camino de la vida; que la ley como algo extraño y lejano cuyos códigos ignoramos, se exhibe desafiante y procaz en su obscena arbitrariedad. Pero la parábola, cual envoltorio enigmático, debe esconder un mandato, un consejo. El hombre puede quedar a la espera de que su actitud humillada y pasiva conmueva y venza a ese poder entre burlón y cínico. Puede circular distraído perdiéndose por los pasillos y las historias ajenas como K... de *El castillo* o empeñarse terco y tenaz en los salones de la ley como K... de *El proceso*. Hay una puerta que le será destinada, una vía entre mil, una para cada hombre que hay que descubrir, adivinar, conquistar. Los personajes de

Kafka no llegan, quedan en la periferia; hay una distancia inconmensurable, abismo innavegable, no más que un intento, no más que un sobrevolar, planear por las superficies sin tocar las intenciones ocultas de la Ley.

Acaso los tres personajes simbolicen estadios en el camino de la vida. El campesino expectante, hombre de fe, el místico que espera todo de afuera como premio a la contemplación. El de *El proceso*, el hombre ilustrado que todo lo espera de la razón y el empeño. El agrimensor de *El castillo*, el posmoderno que se abandona a su propia deriva.

INCERTIDUMBRE

Edgar Morin reflexiona sobre la necesidad del hombre de todos los tiempos de apoyarse en certidumbres, necesidad que fue primero satisfecha por las religiones y luego por la razón científica, y se pregunta si podemos imaginar una humanidad que acepte la incertidumbre, con todos sus riesgos de angustia. Haría falta una gran mutación en nuestro modo de sentir y pensar.

Sin embargo la incertidumbre, nos rodea aunque no signifique que tengamos que vivir sin arraigo, sin mitos, sin esperanzas que están relacionadas, como decía Pascal, con la fe religiosa, y la mira en la trascendencia. El hombre se procura todo aquello de que carece y se llena de cielos y de soles. Cobijar, pues, el arraigo en el espacio y el tiempo; no vivir el presente al día, sino volver a las fuentes del pasado. “La herencia que tienes de tus padres —dice Goethe— tienes que reconquistarla”, habremos, entonces de proyectarnos a un futuro, no ya prometido, sino deseado...

LA BUFANDA PROTECTORA

En su trilogía *Esferas*, Sloterdijk ensaya una teoría de la intimidad, o del espacio interior, para explicar su concepción general del mundo y de la historia. La diferencia ontológica de las aves y de los reptiles con los mamíferos –y entre estos también el hombre– es que se constituyen como seres en la coincidencia del nido con el cuerpo materno, la caverna confortable y protectora, una utopía biológica que el ser humano intenta recrear fuera del cuerpo de la madre, por medio de construcciones científicas, ideológicas o religiosas. En el libro habla de las microsferas íntimas, de las parejas no eróticas, sino ontológicas, los gemelos, la relación feto-placenta, individuo y colectividad, alma y Dios.

En el tercer volumen desarrolla la teoría de que el hombre ya no puede construir el todo a partir de su posición en el mundo, de su exigencia de intimidad, porque allá donde mira encuentra la extrañeza, absoluta e inquietante. Muerto Dios y hecho añicos el cosmos, han caído todas las bufandas protectoras, adviene el vacío de sentido. ¿Naúsea...?

Sloterdijk ve al hombre hoy como una persona, que vive no en casas, sino en una suerte de prolongación de la piel humana. Individuos que viven cómodos en el interior de una burbuja en una sociedad individualista en la que se da un corto circuito narcisista: el hombre que no necesita recurrir al otro, creándose la ilusión de formar pareja consigo mismo.

Sloterdijk desmitifica la novedad de la idea de globalización. “Primero fue la globalización metafísica, la cosmogonía griega, después, a finales del siglo XV, la globalización náutica; el cosmos era la Tierra, el globo terráqueo y la esfera celeste, hasta que en el siglo XX la esfera celeste desaparece y la Tierra se queda sola. La tercera, sería la globalización informática en la que los hombres superan las distancias, y el mundo vuelve a hacerse pequeño. Pero si la segunda etapa generó el cosmopolitismo, la tercera globalización produce un provincianismo global.

Qué puede ser esto de provincianismo global, reminiscencias de medioevo. Feudalismo, no por tratarse de vida aldeana sino por estar todos ligados a un sistema común dentro de límites regionales que le imprimen rasgos propios. Porque la informática produce un efecto vinculante pero la extensión espacial del sistema produce el efecto opuesto de separar. Los miembros están simultáneamente vinculados y separados: dos muchachos que chatean en países remotos, disponen de un canal que los vincula y a la vez inauguran una separación radical en relaciones que eran cara a cara. Antes los que conversaban podían olerse, tocarse, mirarse a los ojos, escuchar la voz, ahora eso está vedado. La situación se invierte: en la vida aldeana estamos separados del lejano y más vinculados cara a cara con el cercano; con la informática somos más cercanos al lejano que al vecino de al lado.

IN MEMORIAM

*F*ebrero de 2012.

El artista y el revolucionario siempre se reservaron ese lugar privado, de exilio, silencio, estar por encima de todo. Los del siglo pasado, llamados poetas malditos: Lautreamont, Rimbaud... Ahora en éste, los beatniks, aquí, los beatniks argentinos, que no quieren nada, sólo los dedos manchados de nicotina, las pastillas, el desborde, oler su aliento a alcohol, ser escritores que no escriben y artistas que no artistan, ser no más, sin aditamentos, en la pura rebelión a todo, el no por principio y por final, revista Opium. Sergio Mulet Marsella. 1942, Rumania 2006. Impacto de ver escrita esa segunda fecha cuando uno anda buscándolo como vivo, actuando como sea, todavía en un presente. Dice el cronista, pese a las ciudades extranjeras figurando en los confines de su recorrido, era más porteño que el obelisco. Beatniks..., entre el 62 al 68, seguidores de Kerouak y luego del 68...? Visto desde hoy, una antigüedad, Kerouak, todavía. Lo encontré en Lima-Perú, quince años

más tarde, 78 o 79, seguía jugando al ajedrez, portaba su linda sonrisa, dientes perfectos, no sé qué más, fue como una postal detenida en el tiempo, aunque pasó unas cuantas horas en la casa del malecón Osma, frente al mar, ruido de mar. Lo que no le gustaba a la Pavlova.

“Asomados a la confusión de Buenos Aires, nuestro pan cotidiano, sintiendo todo el peso del hemisferio sur, del caos, aparecemos nosotros y OPIUM; nosotros (sátiros-cínicos-borrachos-enamorados hijos de la decadencia de Occidente) gritando y cantando con los dedos manchados de nicotina apuntando; nosotros amigos hasta que dejemos de serlo (entretanto nos dedicaremos poemas); nosotros oliendo nuestro propio aliento alcohólico. Nosotros: OPIUM”.

DE LA IMPOSIBILIDAD DE BORRAR

Otra vez el *o bien o bien*, o escribir o hablar, duda metafísica, o darle con la pluma que ya no es pluma sino dedos contra las teclas y divagar con las palabras que por escritas son más silenciosas y discretas porque siempre deja la posibilidad de no responder, y hacerse el que no, que no la vio, no la recibió, bienaventurado fingimiento. Que no es posible eso con la oralidad de las llamadas donde el otro se ve un tanto obligado, comprometido, que se le escapa a uno la respuesta, que no se puede evadir, que sale así nomás, incontrolable. Y todo del dominio del círculo, todo eso que vuelve como la fuerza de la rueda. Alguien que por caso se pinchó un dedo y duerme por años y años, al despertar encuentra todo igual. Juro que se muere, esta vez de vergüenza, a causa de la repetición. Y ella... que quiso dormir para olvidar. Lo mismo que esos amantes de la película, que para olvidar las maldades que se habían, recíprocamente, cometido fueron cada uno a su turno –y no al mismo tiempo, puedo asegurarlo– a borrarse la memoria.

Pero la rueda de la fortuna que por rueda es también redonda y da vuelta sobre lo mismo, les jugó una mala burlada, porque ahí mismo olvidaron y volvieron a cometer, suicidio simbólico, nuevamente enamorarse y recíprocamente flagelarse.

ENTRE EL CONVENTO Y LA SERVIDUMBRE

En ocasión de la ronda de repuestas provocadas por Pepe con su pregunta de cómo Etelvina había devenido sirvienta, disparada de sobremesa, Ariadna se quedó cavilando. Por suerte alguien intervino y la conversa viró para otro lado porque ella quería responder pero cómo sintetizar todo lo que la pregunta movilizó en su pensamiento y su memoria. ¿Podría resumirlo en una palabra? Libertad. Comprenderían, eso de buscar libertad en un trabajo de sirvienta. Y sin embargo, era tal cual. Es que había visto un par de películas, pero no sólo eso, era una inquietud permanente. ¿Libertad de qué? De compromisos que limiten el goce de “mi” tiempo todo “entero”—lo pronunciaba así con un acento en el posesivo y en el “entero”. Primero había pensado lo de monja, entrar al convento como una escapada, no del mundo del pecado y de la carne sino de compromisos y afanes de lo cotidiano que te ata con cadenas invisibles y te vende la esclavitud en nombre de la libertad. Ari pensaba que allá en el convento al servicio del dios todopoderoso, aunque no contara con la palabra, ni por tanto con los regaños que de tenerla pudiera provocar, estaría a sus anchas. Ocupada en la plegaria a ese dios discreto y distraído, en paz su alma, entretenida en el uso y libre distribución de su tiempo entre lecturas, pensamientos y ese estar en posición para el mero acto de mirar el techo. Pero nada..., después sospechó que no sería tan fácil: el tiempo detalladamente distribuido hasta en los míseros minutos, las madres superiores pasando por los pasillos, las lecturas rigurosamente vigiladas... Entonces, fue que se le ocurrió lo de sirvienta. Se acordó de la

película de Losey, aunque ahí la cosa se fuera desvirtuando porque todo derivaba hacia el sirviente –un Dick Bogarde apetecible– que se metamorfoseaba, que devenía amo, que esclavizaba al amo, y aunque de eso no se tratara, le fascinó la idea y se quedó en ella, degustando, relamiendo confundiendo el entero asunto.



ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA

SUEÑO CON PALABRAS

A parece en un sueño, escrita a máquina, la frase “acaeece la angustia”. ¿Qué es esta burla? El sueño de un ironista. Sólo él puede transformar al sueño cuya esencia es expresarse en imágenes, en sólo dos palabras escritas en letra de imprenta, ¿imagen de la palabra? Entonces desperté, eran las seis de la tarde, no recordaba nada del sueño gráfico, todo quedaba por interpretar. Trazos nítidos, yo me complacía en la contemplación, voluntad de desbrozar la red de simulaciones y ocultamientos; por el momento nada puedo agregar.

Soñar para saber lo que pienso, quién soy, qué travesías me angustian, anhelo reiterado. Pero ante la imposibilidad de conducir los sueños –aunque algunos dicen haberlo logrado, caso el demonio de Adrián Leverkühn– estoy ahora fascinada con el nuevo juego, semejante al invento de Alejo, “escribir cien preguntas sin respirar, perdón, sin pensar”. Y este arte de narrarme para desenvolverme, descubrir de qué tela está hecha la materia de mi vida...

ESPEJOS O CAMPAÑAS DE MEDIANOCHE

*O*el hechizo de ese mundo con príncipe azul donde la cenicienta redimía su vida entre cenizas, o la quimera de un pasado cercano donde celebridades literarias tejen la trama de lazos vinculantes y un clima de película. Aquí el recurso a la fantasía se da como un mecanismo de defensa frente a la pátina de convención, conformismo y *ennuie*, con que la vida

burguesa cubre todas las cosas. El fracaso del artista y la indiferencia del mundo buscan reparación en la invención de una esfera mágica de encuentros memorables a los que convoca la medianoche. Desde el comienzo el personaje Gil, no encaja: ni en la conversación con el padre de la novia, curtido en los restos de un conservadurismo decadente, ni en el derrotero cultural que programa el varón de la pareja amiga –naturalmente posicionado como autoridad– para recorrer los sitios obligados de la gran París. Cae la mirada de ella entre compasiva y escéptica con tenue sugerencia de abandonar por algo más seguro su ya vano empeño por consagrarse como escritor. Pero él es un soñador. Acaso esa presión envuelta en papel-sutileza, sea la que a modo de resistencia no consciente, lo lance a ensoñar, a entrar en ese mundo maravilloso donde no hay que dar cuenta ni a esposas ni a suegros.

El motivo es recurrente tanto en la literatura de todos los tiempos, Don Quijote, Peter Pan, Alicia, como en la misma filmografía de Allen, *La rosa púrpura del Cairo*; siempre el *ennuie*, aburrimiento, malestar, motivado más que nada por el no encajar. Nada se nos dice sobre lo que pasa por la cabeza de Alicia, pero hay en la película de Allen un preámbulo introductorio que habla de las inquietudes de Gil. Gil quiere consagrarse en el mundo de las letras, quiere pertenecer. Alicia, que nada dice antes del ensoñar, también anda en busca de su identidad, del tamaño de sí misma, por eso lo de los bizcochos, probando y probando. La diferencia es que Gil se envuelve en un clima de ensueño cada noche buscado, mientras que Alicia lo vive todo como pesadilla. Esa sensación tan familiar a Ari de no encontrar su talla, ni su pertenecer, de que nadie se percate de su partida, ni extrañe su presencia. Uno a uno desfilan por su sueño seres incomprensibles lindando en la locura, el conejo, siempre retrasado, la liebre y el sombrerero festejando eternamente los no cumpleaños, el gato que por momentos, apenas es una sonrisa. Comer el bizcocho o atravesar el espejo como vía a un mundo de fantasía que desemboca en la decepción y el retorno al hogar para huir de la pesadilla. En las tra-

vesías de Gil por las medianoches de París todo es a la inversa. Todo ocurre según lo soñado, el encuentro con los escritores de los años 20, el encuentro con un posible amor; la desventura será retornar al mundo burgués y convencional de su novia a la que ya no ama. Pero el regreso al pasado de la *Belle époque* ansiado y vivido con igual tenacidad por su nuevo amor, provocará una vuelta de tuerca: la ruptura, el alejamiento y la comprensión al fin de que no se puede dar la espalda a la propia época. Ni del lado del pasado idealizado, ni en el presente de frívolo materialismo hallará reposo; comprende al fin que la propia verdad es camino a realizar, movimiento o aventura por las mil posibilidades que ofrece su tiempo.

LA HORA, EL SUEÑO Y LA VIGILIA ES

Ahora que todavía es de noche, aún no miraste la hora, sospechás que han de ser las siete, por lo del reloj interior, pero no te levantás, se te pasa la hora en ese estado medio limbótico en que no sabés si estás dormida o de vigilia porque las imágenes se suceden y deshilvanan al estilo de sueños que no podemos reconstruir. Ya se ha instalado el otoño con sus trajes dorados, algunos fríos esporádicos, ganas de enfundarse en las cobijas, blando goce de un rato más porque total es igual y sólo puede decidirte el olor de un café, de una tostada, aunque todo puede esperar y te complacés en esa situación de puente, en ese esfuerzo casi inútil de permanecer en el umbral del sueño, y aún más, de volver a entrar en ese mundo de fantasía donde puedas acaso encontrar a un conejo siempre apurado, a un sombrerero malhumorado, o a una sonrisa sin cuerpo. Otros personajes más cercanamente tuyos con sus entornos extraños: la casa que no cabe en el espacio, tan grande que no puede ser habitada ni apenas recorrida y los intrusos adentro con sus gestos deslucidos, sus palabras inaudibles, tu sorda indignación y tu pequeña impotencia. Todos son mu-

ros de silencio o huecos vacíos de impertinente bullicio. Y de pronto aparece él como una figura de magullante extravío, repicando su ronca letanía porque no ves cómo sos, demandás pero no recepcionás porque yo te mandé la música y vos no la escuchaste, y tantas cosas me pediste y después nada, porque estás distraída, y egoísta sos, y no se sabe egoísta por distraída o distraída de tan egoísta”.

Hay aromas y sabores que hacen a las pequeñas felicidades, las madalenas de Marcel, el olorcillo a café de las mañanas porteñas, son desplazadores de angustia, te acordaste de Hebe “yo hoy me la saco. La angustia. Con un café con leche con medialunas”, decía evocando sus torturas adolescentes, otras con menos suerte desaparecen con preocupaciones más vulgarmente cotidianas, dolor quita, dolor dice o debería decir algún refrán.

El sol se asoma por encima del árbol; marca la hora, o todavía no. Pensaste que dentro de poco ya sabrías la hora por el lugar exacto por el que el sol se va mostrando; un poco más de observadora atenta, y pensaste dibujarte un reloj de sol al menos en la cabeza y asombrar a un cualquiera que por caso se hallara en el patio de tu casa en esos momentos especiales cuando le dijeras la hora exacta con sólo mirar alguna baldosa secreta y asociarla a las cifras de horas y minutos inscriptas en tu memoria: el arbolito, el macetero, la terraza de aquel edificio más sobresaliente, la reja del vecino.

A VECES CUANDO SUEÑO

A veces cuando sueño creo que estoy despierta.
 Y me ocupo en cuestiones cotidianas.
 Me empeño en la cortina.
 para que el sol no me encandile.
 Para que el calor no me abrume
 cuando quema en la tarde.

Pero en mi casa el sol no quema por la tarde.
Será entonces otra, la casa de mi sueño.
O no seré yo sino otra, la persona que se empeña.
O será otra la cosa que la ocupa.
O será inútil la cortina, el sueño, toda la entera historia.

LO UNO Y LO MÚLTIPLE

Un crucero, a bordo unas treinta personas entre, brasileños, argentinos, y un francés, andaba dando paseos por las islas del sur de Chile. Llevábamos quince días por rincones y lugares de insospechada belleza; habíamos hecho amigos en pequeños grupos, aunque todos nos tratábamos con simpatía. El día dieciséis viró la suerte, comenzó nuestra mala luna, luna menguante, luna miserable, completa oscuridad. Los pasajeros dormíamos o estábamos a la espera de que el sueño nos visitara; muy pocos permanecían en cubierta redondeando las despedidas. Entonces se desató una tormenta; esas cosas siempre asustan en alta mar y nosotros nos asustamos. Teníamos razón, al rato sentimos un golpe, un ruido, nada ni nadie quedó en su lugar, todos salimos un poco magullados, por suerte nada grave. Noche de terror; empezamos a preguntarnos por el capitán, sin atrevernos a expresarlo todos temíamos lo peor, pero estábamos paralizados y no atinábamos a nada. Finalmente aparece, está pálido, voz irreconocible. —Señores hay que abandonar el barco, hemos encallado y se han producido averías, imposible permanecer a bordo.

Era noche cerrada, Ari dirigió la mirada a ese pedazo de tierra que se nos había destinado: islote desierto en medio del océano, ni la mínima luz de vela decía de la presencia humana. Varios preguntaron —¿dónde estamos? El capitán no respondía, allí de pie, imperturbable y mudo, más que humano parecía un fantasma. Después de reiteradas preguntas respondió con voz de tumba. —No sé. —¿Y cómo hemos venido a parar

aquí habiendo tantas islas bien pobladas, por qué a esta, no había otra? –preguntó el vecino del 22, acaso todavía no cayendo en la cuenta de lo bizarro de la situación, y con cierta expectativa de comprender, de lograr una respuesta acorde con la lógica cotidiana. No hubo respuesta, sólo la frase con voz de mando moderada del capitán repitiendo. –Hay que abandonar el barco. Nos miramos con una mezcla de inquietante interrogación e inmensa desolación. El barco no parecía estar tan mal y la noche de lobos no invitaba a pasarla en la intemperie. Nadie se movió, algunos intentamos indagar en los motivos. –¿Qué ocurrió, cuál es el problema, no es posible permanecer en los camarotes? afuera podemos morir de frío. –No es posible –fue la única respuesta– tienen que salir, hay que dejar el barco– reiteró. No sé si nos dimos cuenta de la inutilidad de insistir con las preguntas, lo cierto es que uno tras otro comenzamos a enfilarnos a nuestros camarotes en busca de abrigo. Pero ahí arremetió el capitán. –¿Adónde van? No pueden entrar a los camarotes. El del 22 que todavía habitaba el territorio de lo razonable, hizo ademán de discutir pero al ver la mirada fulminante del capitán se quedó con la palabra a mitad de camino. Éste ya había dispuesto una escalera para poder acceder a una zona rocosa que hacía de bajada natural. Allí permaneció un rato controlando, luego se retiró regresando con dos carpas que entregó a los más jóvenes para que las armaran ni bien llegaran a tierra. Abajo, la tarea llevó una hora larga durante la cual tuvimos oportunidad de enfriarnos y resfriarnos. Ya tarde el capitán arrojó unas mantas que mucho no hicieron por revertir la situación. La noche transcurrió terrible, varios apenas dormimos y de lo poco que pudimos, despertamos al alba. El día asomó sereno con el sol por detrás de la única montaña, pero nosotros bullíamos de inquietud. El capitán no había bajado del barco, desde allí impartía órdenes y arrojaba la materia prima para cumplirlas. Muy temprano nos mandó panes, café, mate para el desayuno; más tarde cañas de pescar para preparar el almuerzo. Pescamos, cocinamos, comimos, pasaron los días y siempre pescado, olor único

que nos rodeaba, nos impregnaba, olor a mar, gusto a mar, sensación de mar, visión de mar. Pasaron seis días en ese plan de incertidumbre y régimen militar; los que no se percataron de ello fueron las dos parejas de recién casados que burlando la vigilancia del capitán aprovechaban las salidas pesqueras del rebaño para refugiarse en las carpas a hacer el amor, ellos parecían ajenos a nuestras desventuras, ellos encontraron la forma de disfrutar. Al séptimo día, el mismo en que Dios descansó, algunos de nosotros comenzamos a despertar. El del 22 convocó a asamblea a las tres de la tarde en la carpa blanca, después de almuerzo y tareas de limpieza. A esa altura de la historia después de tanto cumplir órdenes a ciegas, sospechábamos que estábamos a merced de un loco perdido en algún túnel de tiempo. Rouco el del 22, que hasta entonces se había mostrado como el menos encandilado por lo extraño de los sucesos que nos envolvían, acaso desde otro túnel del tiempo, proclamó:

–¡Independencia!” –todos lo miraron fijo sin saber todavía adonde apuntaba– tenemos que deshacernos del loco. Y entonces todos ovacionaron, aclamando.

–¡Independencia! –gritaron al unísono–, ¿y cómo lo haremos?”

–Tomaremos el barco, los controles, trataremos de comunicarnos con prefectura, pediremos que nos rescaten.

–¡Vamos ya!, tomemos el barco dijeron unos cuantos.

– No todavía, calma, hay que pensar los detalles no podemos fallar, pensemos qué puede aportar cada uno para optimizar las acciones, y reunámonos esta misma tarde a las siete.

Todos estuvimos de acuerdo, había caras que si no eran de felicidad, bastante se le parecían, al menos caras de alivio, algo se había relajado. Acordado el encuentro nos dispersamos a diferentes rumbos: visitas a parajes recomendados, caminatas para la recolección de frutos exóticos; sin duda se habían hallado encantos en medio de los infortunios. Los que en cambio nos quedamos por ahí comenzamos a ver movimientos y cuchicheos, en poco más de una hora ya se había organizado

otra asamblea en la carpa azul. El brasilero del 15 estaba en la organización. –Hay que desconfiar de Rouco –dijo– ya se ha visto que en varias ocasiones repartió mal las raciones de pescado, o se quedó con más de lo que le correspondía, el francés de turno exigía que por haber pescado no se le cobrara por el arroz. En esa quedó un grupo numeroso debatiendo intereses. La asamblea de las siete no se pudo realizar, ya todos estaban opinando parcialidades y subdividiendo el problema infinitamente. Los días pasaron provocando nuevas divisiones y reagrupamientos sin fin; mientras tanto el fantasma –digo– el capitán siguió por meses vigilando y ordenando, desde lejos, sin bajar del barco, casi sin palabras, sin preocuparse tampoco de las razones o los motivos.

TRILOGÍA



I. ALIVIO

La casa era demasiado grande, pero estaban ellas; las intrusas que salían y entraban de las habitaciones. Me habría gustado tenerla para mí sola; eso de las puertas que se abrían y cerraban, eso me molestaba. Tenía ganas de ir al baño pero el baño no tenía puerta, lo peor es que había una persona sentada, varón para colmo, cuidando no sé qué, como esas que suelen estar en los baños públicos, pero no era público, no entendí qué hacía ahí, ni sé como me las arreglé para hacer mi pis. Lo que sí noté es que no se me fueron las ganas. Allí estaba yo esperando que se fueran todos, las intrusas y el hombre ese del baño, se suponía que tenían que irse y que la casa quedaría para mí sola, pero, ¿cuándo...? Yo había hecho una cita con X, no me pregunten para qué, ni quién era X, porque no sé –en los sueños nunca se sabe– y quería que se fueran todos pero mientras tanto si no se iban para hacer tiempo me

iría al río ahí nomás a nadar un poco. Y ahí estaba alistándome cuando comencé a escuchar una música y vi que ellas, las intrusas, estaban dando una clase de danzas y todo era joya que me cautivó y ahí nomás me puse a hacer la clase y todo era tan perfecto que no me iría nunca, pensé. Y en seguida se vino lo otro, la culpa, el pensar en la cita, pero a mí qué me hace. Si no sé ni con quién ni para qué. Es que ella, la culpa, viene siempre porque sí, con el placer son como hermanas gemelas que siempre andan juntas. Por dios y que no se me habían ido las ganas de hacer pis y allí pensaba yo cómo ir a la cita, cómo saber la hora de la cita, si el otro estaría. Qué sé yo, ya eso me angustiaba e insistía en la danza pero no, había algo que no iba, ahí me desperté, me alegró no tener que pensar en la cita. Y me fui corriendo al baño.

II. LAS REDES DEL SUEÑO

Estaba que me adormilaba con el traqueteo, estado de abandono sin resistencia; me complacía la marea del sueño que me abrigaba como un paño tibio. Son las cosas que en el tren se hacen posibles tras la monotonía del paisaje y el desgano de las horas, cuando los músculos se aletargan y la escucha se hace más alerta, momento propicio para descubrir motivos, ese acechar la realidad para alimentar a la ficción, eterno sueño del artista.

En la estación, el interrogante, de si me quedaba sin asiento, apurarse para subir, no distraerse, por suerte ese lugar del lado del pasillo, cazado con una maniobra certera. Enfrente, esa pareja madura superando los 64. ¿Habrían bailado al ritmo de *When I'll be sixty four*? Cuánto camino habrán recorrido desde aquella legendaria juventud cuando uno aún no se preguntaba, cuando los 64 eran algo ajeno y lejano. A mi lado un muchacho silencioso.

Me quedé dormida entre las páginas de *Casa tomada* y tras el vapor del sueño escuché los bordes de una conversación. Hubo una simbiosis, algo enredado, entre el texto del cuento y la charla a media voz de mis compañeros de asiento. Comenzó como un zumbido de mosquito que arruina el silencio y amenaza con atacar el plácido sueño. Pero no me atacó; le ganó el movimiento brusco, repentino, que atinó a atajar el libro que se me deslizaba de las manos. Entonces la charla que iba creciendo desde el zumbido se hizo un lugar entretejida a la historia de la *casa tomada* y a la historia de mi sueño.

–¿Y ahora qué? El país atendido por sus dueños bien apoltronados a los dos lados del mostrador. –dijo y se respondió ella misma, la señora.

– Ni así se van a conformar, ya va a ver usted, todo lo de ellos es sentarse y rapiñar – agregó él.

Fueron las últimas palabras que sonaron con un tono arrullador hasta que entré al territorio del sueño donde lo real se trasmuta y confunde. Yo vi a los dos hermanos volver a casa con paquetes en las manos. Ella traía una bolsa donde asomaban ovillos de lana y unos hilos colgaban ahora ensortijados y reanimados de la vieja tristeza, él llevaba bajo el brazo tres libros de literatura francesa. Estaban tal cual el día que se fueron, el tiempo no los había tocado. Desde el zaguán forzaron la puerta cancel y comenzaron a ocupar. Los primeros días, tímidos todavía, se quedaron en el recibidor y un cuarto cercano que adaptaron para dormitorio. Nosotros nos fuimos arrinconando por el pasillo hasta atravesar la puerta de duro roble y ahí nomás comenzó ese no tan lento proceso por el que ya nos íbamos despegando del centro de la escena. Por fortuna, en un descuido logramos rescatar la vieja radio transformada en reservorio de amigos virtuales. La que al comienzo nos brindó servicios de conexión y ventana al mundo. Poco a poco las voces amigas comenzaron a ralear y apagarse como las velas de un funeral. De a ratos, ellos, los protagonistas, los retornados escuchaban pisadas de retirada y se animaban a avanzar; poco a poco recuperaron habitaciones y pasillo; nosotros finalmente nos escurrimos por la puerta de servicio y todo volvió a comenzar...

– Qué esperabas, es así, la llaman “alternancia”, algunos dicen la “alternancia necesaria” –escuché que decía el señor que a esta altura ya la tuteaba a la señora. La frase la oí como en sordina, en el mismo umbral del sueño y la vigilia. Se ve que no había siquiera abierto los ojos porque sentí que alguien me tocaba el hombro y decía, llegamos a Retiro.

Enero 2016.

III. EXTRAÑOS AL AMANECER

Esa mañana Ivana Matus se debatía en el terreno resbaladizo entre sueño y vigilia, cuando no sabe uno si lo pensó o lo soñó y decide al fin según se aleje o no de la lógica cotidiana. Hacía meses que al despertar cavilaba en torno a esa diferencia, y ratos se quedaba separando, como quien ordena papeles disparados por el viento: sueño, realidad, sueño. Y así hasta que no sabía donde encajaba ese momento mismo del ordenar.

Escuchó ruidos como en sordina, murmullos apenas audibles. Aguzó los oídos, ¿serían reales o estaban metidos en el sueño del que aún no había despertado? Hoy, sábado: cita con la señora Valdez –se dijo, para ordenarse un poco– le prometí el proyecto terminado, tengo tiempo hasta las 11. Piensa en el desayuno; ya transformarlo en imágenes visuales y olfativas es parte del goce, pero no hay gesto de levantarse; disfruta también de esos momentos de remoloneo previos a la rutina. Algo la perturba, un recuerdo borroso, la señora Valdez descontenta, exigiendo modificaciones, como en la época de estudiante, el estrés de las entregas. El malestar la obliga a esforzarse, rearmar el recuerdo, es en vano, cuanto más intenta más se aleja la cosa, queda la realidad nuda del instante y se diluye entonces la inquietud. Todo debió ser parte del sueño, pues todavía no ha ocurrido el encuentro, es más, está contenta con el proyecto, orgullosa..., seguro le va a gustar a la señora Valdez.

Recuerda que hay que darle unos retoques pero sobra tiempo, recién son las siete.

Nuevos ruidos..., murmullos..., imposible pensar que vienen de otro lado, suenan cercanos, de ahí nomás, del cuarto de al lado. Pero..., no espero a nadie, imenos a esta hora, todavía en pijama, sin desayunar!..., ni siquiera estoy de humor. ¿Estaré soñando? Hace ese gesto que le da resultados para espantar pesadillas, movimiento de hombros y de cadera tal como para sacarse algo de encima, no hay caso. Hay algo ciertamente no-onírico en el clima, un olor a realidad que hace a ese movimiento inútil. Se levanta de un salto, acerca el oído a la puerta: murmullos..., pero no alcanza a identificar palabras que armen una oración, las voces no son conocidas, ningún detalle alivia su inquietud. Pega el ojo a la cerradura sin mejores resultados: ve pasar una espalda, un brazo, un algo que bien podría ser un cuadro o parte de una mesa. El lenguaje fracturado, la materia fragmentada, el espacio mínimo enfocado a través del cerrojo; sintió añoranza de la totalidad y del sentido. Educada por “las Luces” en la búsqueda de las razones y las causas, e influida por el psicoanálisis en el descubrimiento de los motivos recónditos, tuvo la sensación de ser una nave sin rumbo en la inmensidad del océano. ¿Qué significaba todo eso, los ruidos, los movimientos? Prefirió interpretar desde lo subjetivo, en el fondo pensaba en alucinaciones, todo quedaba íntimo, era preferible para no abonar su ansiedad. ¡Estaba alucinando, que duda podía haber, si todo era tan ridículo!, ¿cómo pensar que eso era real, ese manojo de disparates? Que alguien se hubiera metido en su casa y estuviera conversando como si nada, ahí nomás, en la habitación de al lado. Y sin embargo..., el mismo hecho de estar pensando todo esto, evaluar que se trataba de disparates, alejaba la posibilidad de que estuviera soñando. Porque... cuando uno sueña no razona, no percibe lo absurdo de la situación, todo le parece normal: que los muertos vivan, que estén ahí preguntando pavadas: si ya se acabaron las naranjas, si funciona el calefón, si escuchaste el noticiero, cualquier insignificancia. No es que tengan que

decir frases solemnes. Bueno, no son seres solemnes son gente del común, sólo que se han muerto pero siguen hablando como antes, cosas intrascendentes, sin ningún tono especial. En estas estaba Ariadna elucubrando sobre el estar despierto o dormido, cuando escucha un ruido seco que sobresale en ese volumen de rumor apagado. Se acercó a la mirilla, una espalda corvada que se deshizo en una sombra, eso le pareció ver; nada más cayó en el recorte visual tras el hueco de la cerradura. Su inquietud no cedía: poco veía, poco escuchaba pero crecía la certeza de una, tal vez dos, presencias extrañas. Lo normal habría sido abrir la puerta y cerciorarse, descubrir a los tales *infraganti...*, y sin embargo algo la paralizaba. ¿Miedo?, miedo y algo más. Quizás esa misma sensación de los sueños de querer hacer algo y no poder, como tener los músculos dormidos, la necesidad de ese movimiento de hombros o cadera que saque de esa trabazón de los cuerpos. Finalmente siente como un empujón en la espalda que la destraba y puede abrir la puerta. Allí estaban ellos, una pareja de mediana edad, cincuentones ambos, muy ocupados acomodando bártulos.

–Ey, hola, ¿qué hacen?–Apenas se inmutan, siguen concentrados en la suya. Ariadna insiste.

–Ey, ustedes, ¿qué hacen?–Ambos levantan la cabeza con aire de ser importunados.

–No ve lo que hacemos, acomodando nuestras cosas.

–No señores, no pueden instalarse aquí, es mi casa. Y además ¿cómo entraron?

–Por la puerta, por dónde sino, como civilizados; los salvajes entran por la ventana, los papás Noel por la chimenea, pero aquí no hay chimenea, ni somos Papá Noel.

–Qué tiene acá que ver Papá Noel.

–Sólo le explicaba Como usted preguntó.

–Yo preguntaba por la puerta, ¿quién les abrió la puerta?

–Dejemos eso, qué importa ahora quién nos abrió la puerta. Más bien me presento, Aníbal Foster, y ella Hilda Gómez de Foster.

Ariadna les tendió la mano, sintió un cierto alivio, no venían con aire beligerante, se ve que no eran asaltantes, parecían amigables. Se quedó pensando: ¿eran amigables? Mientras tanto ellos retomaban sus tareas sin sentirse obligados a dar explicación. Optó por el sí, no trataría de averiguar cómo habían entrado pero en todo caso, les haría comprender que no podían permanecer. No sabía cómo pero al fin se atrevió.

–Señores Hilda y Aníbal quería decirles, disculpen, es que , bueno, no sé que estarán pensando, pero yo , ya ven, no hay lugar, esta es mi casa..., y..., no tengo mucho espacio.

–Esta casa es muy grande y nosotros no necesitamos mucho espacio, este cuarto nos basta –se apresuró a responder el Sr. Foster en tono poco amistoso.

–Pero esta es mi recepción.

–A quién está pensando recibir.

–Por ahora a nadie.

–Ahí ve, no la necesita, en cambio para nosotros es vital. Pertenece a la compañía de teatro –Rondando por el mundo– y hace un mes que andamos en busca de un espacio como este. No imagina lo que nos costó y al fin cuando lo encontramos usted nos viene con que es su casa. No tenemos intención de quitarle su casa sólo queremos usarla, u-su-fructuar-la. Oyó hablar de eso, es un derecho natural del que gozamos todos los humanos sin distinción de raza, color, religión , todos, ¿comprende? derecho de usufructo, es lo único que pretendemos.

–Es que..., es que... es mi sala de estar.

–Que estar o no estar, aquí no estaba nadie cuando llegamos, recién me decía que era su sala de recepción, en qué quedamos. Está confundida, y aparte le diré: lo suyo, si lo junto todo, me suena un tanto egoísta.

–¿Egoísta? Cómo se atreve.

–Sí, egoísta

–Es que ...

–No se excuse, valore la diferencia, nosotros somos una compañía de teatro que necesitamos el espacio para ensayar

y luego presentar algo para la comunidad, usted en cambio quiere estar, ¿haciendo qué? Tejiendo, leyendo un libro, mirando al techo, todas actividades individualistas. Cero de pensar en los demás, cero de espíritu comunitario.

Ariadna se quedó pensando, acaso, el señor Foster –porque la señora, no abrió la boca– tuviera razón y su punto de vista fuera un tanto egoísta. Oscilaba entre indignarse, o prestar atención a sus palabras, a lo que pudieran tener de razonable, y para evitar roces, optó por escuchar y considerar, acaso lograra alguna ventaja. A ella le interesaba el teatro y ahora el teatro llegaba a su casa. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Parecía un regalo del cielo, ¿cómo iba a rechazarlo...? qué tonta, casi a punto de espantarlos, tenía que congraciarse, cambiar de humor. Verdad que ellos tampoco lucían buen humor, pero..., había que revertir, dar una mano, eso es, una mano. Mientras esto pensaba los extraños seguían en lo suyo acomodando cosas... Ariadna un poco avergonzada y arrepentida se acercó.

–No piense así, soy una persona solidaria. Es que me tomó desprevenida, pero quiero colaborar, pueden quedarse y es más, pidan lo que necesiten. Quizás estén cansados y quieran comer algo, tomar algo...

–No vendría mal, vos que decís Hilda.

–Sí, tengo hambre y también sed.

–Traiga, traiga nomás.

Ariadna salió para la cocina, un poco más animada, casi contenta, después de todo, la visita de los intrusos no le venía mal. Vio su imagen en la casa, esa casa que acaso tuvieran razón era demasiado grande para ella sola, se vio con todos sus sueños a cuesta, sus sueños incumplidos, sus frustraciones. Sin duda la llegada de los artistas era el premio por alguna buena acción que ahora no recordaba, no importaba, por eso mismo, debía ser solidaria. Ivana gustaba de indagar en las causas, era una manera de sentirse protegida por un orden y darse un sentido. Ahora la tenía clara, casi una misión, alimentar a esa pobre gente que seguro llegaba cansada y hambrienta de

un largo viaje. No puede ser un desayuno frugal, en la cocina comienza a sacar cosas de la heladera, de la alacena, quesos, aceitunas fiambres, nueces, avellanas. Cruza de una escapada a la panadería a traer panecillos recién horneados y en menos de veinte regresa a la sala con una picada completa, jugos y café. Los huéspedes comen con gusto y los ánimos se relajan, conversan de teatro, parques todavía, tiran apenas puntas sobre el proyecto. Ivana se excita, “Es mi oportunidad”. Le viene en mente la imagen de anteriores decepciones. El jodido de Saúl que no supo o no quiso defenderla en la lucha a muerte con Marisa, su competencia. Finalmente salió desplumada, pero eso está lejos. ¿Había sido causa de su alejamiento de las tablas...? Tal vez, pero nunca declarada. Ella se escondía tras la máscara de desinterés, de la pérdida de interés. Ahora sabe de su autoengaño: las uvas que estaban verdes, las frustraciones que la habían alejado. Mientras conversa con los intrusos que ya no son tales sino los excelentes huéspedes, ya nomás esta cavilando sobre el qué y el cómo le contaría a Lucía de los visitantes interesantísimos que estaba hospedando, enviados... probablemente por ellos, la gente de *Teatro por dos*: Marcelo, Saúl y Marisa también, pese a todo..., seguro querían reparar y, bienvenidos, no les guardaba rencor. Tantos años de amistad no se iban a ir por la canaleta de celos y contracelos.

Los visitantes han abandonado sus tareas, ahora comen voraces mientras Ariadna se empeña con la conversación.

–Y entonces, ¿qué es lo que van a presentar?

–“Las tres llaves del cielo”

–¿Y cuáles son esas llaves?

–Una el arte, las otras, los caminos para el arte, en verdad vías a investigar.

–¿Investigar?

–Sí..., teatro de investigación.

–¿Teatro de investigación? Nunca escuché de ese género.

–No se trata de género, es el antigénero.

Ariadna piensa en responder pero queda a medio camino siente que andan por canales contrapuestos, otra lógica, otras derivas, mira los platos casi vacíos y pregunta.

–¿Están satisfechos, gustan algo más? Ellos se preguntan con la mirada, tratan de no ser el único responsable de la respuesta.

–Bueno si no es molestia, un poco más de jugo y tal vez de paté, lo que tenga –se anima la mujer.

Ariadna se desubica, no esperaba esa respuesta, la pregunta era puramente retórica, se sentía en el tono una cadencia de puro formalismo. Tenía la certeza de que no quedaba nada de nada pero no quiso decepcionarlos. “Voy a ver que tengo”. En viaje a la cocina tuvo tiempo de pensar: opción uno, pobre gente, están muertos de hambre; opción dos: ¡qué angurria por Dios! nunca vi tanta voracidad; tres: qué fue de mi desayuno, que estuve deseando, degustando en mente cuando aún no sabía de los visitantes. Ya a esa altura de la mañana se sentía desfalleciente y había donado todas sus vituallas a los extraños. Llegó a la cocina y confirmó el estado de escasez, pero no se dio por vencida. ¿Decirles que no le quedaba nada? Sería un papelón –pensaba mientras revisaba aquí y allá en acto inútilmente reiterativo. Finalmente busca dinero y se apura al almacén, ni se van a dar cuenta, como cuando fui por el pan. En el camino los mismos pensamientos: pobre gente con hambre, pero..., acaso sean aprovechados, angurrientos. No..., que va, son artistas, consagrados al arte. Me acuerdo de Gialeri, que no aceptaba dádivas, de arte me alimento –decía– como los enamorados. Pero Ariadna no quería juzgar, ni hacer comparaciones. Tendrán sus razones –pensaba– mientras regresaba llena de paquetes, y se disponía a desayunar cuando o cambió de idea, desayunaría con ellos aunque lo suyo era de otro estilo, más frugal, una fruta, una tostada, unos mates. ¿Tomarán mate? Seguro –se dijo– y comenzó a prepararlo. Desayunaré con ellos, así tendré la oportunidad de conversar, de sus proyectos..., los míos. Que yo también soy gente de teatro. Todo esto pensando y preparando, el operativo llevaba 30 minutos, Ariadna había optado por relajarse y tomar su tiempo. Diez

minutos más y llega al salón con una gran bandeja de tostadas, mermeladas, quesos, y el mate.

Pero..., sorpresa...! de todo lo servido, no queda nada y ambos, el señor Foster y señora, duermen en los sillones. Decepcionada, vuelve a la cocina, se sienta a desayunar, eso necesitaba, lo que tanto había deseado y por momentos olvidado, el desayuno, como una bufanda protectora que la repusiera de tanto traspies. ¡Qué voluble la mente humana, cómo vira fácilmente. El desayuno la reanima y devuelve al campo de la rutina, de las pequeñas cosas de los días. Recordó que tenía cita con la señora Valdez: llevarle los bocetos, hacer los últimos retoques, pero no lograba interesarse... Pensar que ayer tenía tantas expectativas; al fin con esfuerzo pudo ponerse en obra: completar los detalles, alistarse. El resultado no alcanzó para conmoverla, su cabeza estaba en otro lado. Se consoló pensando que de todos modos sus visitantes dormían, seguro podría charlar con ellos a su regreso, descansados y acaso de mejor humor.

En la calle constata que la ola de lluvias intermitentes de los últimos días hizo que el otoño descienda abruptamente sin transición, también su abrigo no es suficiente. Regresa por más y aprovecha para echar otra mirada, ellos siguen durmiendo plácidamente; eso la tranquiliza, confirma que su decisión de cumplir con la cita es acertada.

A la casa de la Sra. Valdéz llegó con retraso de 20 minutos. La mucama dijo que la señora había salido, que dejó dicho que la esperara. La hizo pasar, le ofreció té o café.

—Con gusto, respondió aceptando la invitación sin especificar.

—¿Té o café? —insistió la mucama.

— Lo que sea —respondió.

Sola en la salita abrió su carpeta con intención de revisar detalles, pero nada, la cerró abruptamente. Se quedó mirando los cuadros, sin ver. Puro gesto, no lograba concentrarse; su cabeza estaba en casa, con los huéspedes. Se habrán despertado, qué pensarán que los dejó solos. Su pensamiento oscilaba entre sentirse descortés por haberlos abandonado o juzgarse

descuidada por dejar unos extraños en su casa. Al fin su inquietud estalla, recoge sus cosas, sale disparada. Y en la calle otra vez, ¡qué me está pasando! Abandono mi casa a unos extraños, dejo plantada a la señora Valdez, descuido mi trabajo. Por una parte no dudaba, apresuraba sus pasos, casi corría a la parada del colectivo; sentía la urgencia de regresar, cuidar de sus huéspedes; todo el resto ocupaba un lugar secundario. Por otro, ya alcanzado el colectivo, los músculos en descanso, la atacaba ese sentimiento nauseoso de estar autoboticotéandose, quemando las propias naves en una carrera desbocada con peligro de colisión. Pero no había vuelta atrás, así fue y así lo quise, se dijo para afirmarse en lo hecho. Ivana era de esas personas que abominan de la duda, del arrepentirse; lo que fue, fue, y adelante. Ahora estaba segura que los huéspedes estarían por despertar y era su deber estar allí para recibirlos, eso es hospitalidad. Deseaba no haber salido de su casa, que el colectivo acelerara, pero no le quedaba más que la paciencia. Mientras tanto cavila sobre todo lo que preguntará o contará: su paso por las tablas, sus éxitos, sus problemas; no, eso no por ahora, no sus fracasos. La posible charla sobre teatro la llenaba de adrenalina y le inflaba la camiseta, le gustaba esa imagen que había escuchado a su amigo el Toro, “inflar la camiseta”, o acaso fue Fanego en la radio el que lo dijo y le evocó esa imagen con viento propio. En esas estaba cuando el ómnibus llega a Villa Urquiza, su parada. Ahora el ritmo dependía de ella, abandona el diálogo interior, todo era no más que acelerar y acelerar mientras crecía el sentimiento de que ya era tarde. ¿Tarde para qué? Podría preguntarse..., pero no podía, porque la respuesta era algo vergonzante. ¿Tarde para estar allí cuando ellos abrieran los ojos? Ya no faltaban más que dos cuadras, mente en blanco, una sola obsesión: llegar. Al fin llega, busca la llave, se frena; hay que respetar los tiempos del otro, no sorprenderlo y opta por golpear pero nadie responde, entonces abre con su llave. Adentro la escena es otra, otra disposición de los muebles, más bolsos y maletas, una pajarera, un gato y dos personas más conversando animadamente con

los Foster. Nadie se da vuelta para saludarla, en verdad no se han percatado de su presencia; cuando la ven, la saludan, claro, son educados, hola, dicen a destiempo como un eco que se propaga en tono de lejanía. Ivana parada en medio de la sala, se siente un tanto ridícula... ¿Qué está haciendo ahí, mientras los artistas están trabajando? ¿Qué hace en medio del ensayo? De haberse quedado más al costado podría pasar desapercibida, Pero Ivana era rápida para reparar, se fue corriendo a un costado para ocupar una silla y allí quedó mirando tratando de no molestar; el gato también miraba, al menos ya eran dos, porque en verdad no quería quedar como una entrometida. Oscilaba entre ese pensamiento y el otro: bueno, pues es mi casa como no voy a poder mirar, y además que les he dado de comer, no se pueden quejar. ¿qué hace que mire? Y se acomoda satisfecha con la expectativa de disfrutar del ensayo. Tiene hambre, porque su desayuno estuvo accidentado, porque tampoco ha almorzado, son las tres de la tarde, pero no quiere moverse para no perturbar y romper la magia. La compañía de teatro *Rondando por el mundo*, ahora en su casa, no se puede pedir más, es lo máximo y allí se acomoda esperando que comience. Los cuatro conversan supone que de la obra, no quiere ni preguntar el nombre, espera. Al rato comienza la duda, ¿de qué hablarán? No parece que de la obra, algo discuten, o sólo cambian opiniones... ¿Por qué suponer que ya comienza el ensayo? Entonces fue que el señor Foster se da vuelta y pregunta, ¿dónde se puede instalar esta gente? Ahí sí, se los presenta. Él es David y ella, Vivian. Ari, desconcertada se queda muda, la pregunta la desborda: dos huéspedes más y el gato y los pájaros... Pero enseguida reacciona, el arte por encima de todo, era tal su ansiedad que... Ya veremos, ya lo arreglaremos, sigan ustedes con su trabajo. Pero el Sr. Foster se queda mirando como si le hablara en chino. ¿De qué trabajo me está hablando? Bueno del ensayo, no estaban ustedes ensayando. No señora esta gente recién llega, necesita descansar, espero que pueda ubicarlos, necesitan una cama, quizás un baño, algo de comer, vaya a saber cuándo han co-

mido. Ariadna casi tartamudeando quiere explicarle que ya no tiene nada para comer pero el señor Foster ya se ha alejado y está otra vez conversando con los nuevos visitantes. Entonces reacciona, se da cuenta de que no puede ser tan “pusilánime”, vocablo de reciente adopción –se lo había escuchado a su amiga Raquel quien también se lo aplicaba a sí misma en casos de debilidad de carácter. No puede ser que todos la tomen de punto, se acerca al señor Foster y lo encara.

–¿Señor, no comprendo, de qué se trata, puede aclarar?

– Lo que dije, esta gente necesita descansar, comer algo,.

–Pero yo no puedo hospedar a todo el mundo, no tengo espacio, y si lo tuviera...

–¿Sí lo tuviera qué? Insinúa que tampoco los hospedaría. Ya quedamos en algo, que la casa es grande, que sí hay lugar, hasta usted se definió como solidaria, ya no puede retroceder. ¿Conoce el valor de la palabra? Piense en el payador, lo que se jugaba en la payada el hombre de nuestras pampas, le aseguro que no era juego. Haga el favor de cumplir con su palabra.

Ivana se asombra de que tanto le tome la palabra porque cuando le hablaba no sentía que él escuchara. Quiere responder, abre la boca pero nada, hace esfuerzos por no tartamudear, peor porque se paraliza y no sale sonido. De todos modos nadie espera su respuesta, el señor Foster se ha alejado y conversa con los recién llegados. Se burla, me bardea –medita en una mezcla de indignación y parálisis muscular– siente que tiene que ganar tiempo. No exactamente ganar, dejarlo pasar, esperar a que esa sensación la abandone para retomar la acción y al mismo tiempo disimular, que no se note. En medio de la sala, puesta en ridículo cae en paradoja: no puede quedarse ahí parada y sin embargo no puede moverse. De pronto se anima, está la silla, la de antes, se abalanza a ocuparla, se pone a buscar algo en la cartera; el gato se le acerca, se franelea entre sus piernas. Mientras , piensa qué hacer , todo no es más que un ardid, salir más o menos recuperada del mal rato. Finalmente saca papeles, lapicera, anota unos números, puro simulacro nada más para darse tiempo. Pero su cabeza

no puede resolver el problema del qué hacer. Pregunta que otrora preocupara a los revolucionarios, ¿qué hacer? Tema de la praxis, no tanta teoría, señores, praxis, praxis, cuestiones de táctica o estrategia. Todo esto piensa Ivana, repasando temas de Política I. Acaso no es momento de estar repasando teorías, la misma exigencia de praxis se lo está cantando, pero es lo que se da, no atina a nada, transpiran las manos, la frente, frenados cuerpo y mente, siente que nunca se destrabará. Repasa en busca de otras lecciones, de yoga, de control mental, de respiración consciente: inspirar, uno, sostener, dos, tres, cuatro, exhalar cinco. En sus diferentes tipos: pulmonar, diafragmática, la que sea, pero profunda, lenta, concentrada, no distraerse. En esas estaba casi al borde de la desesperación que el uno, dos, tres no vencía, cuando ve que el muchacho el de la última pareja recién llegada se le acerca arrastrando una silla y se sienta a su lado. Ivana siente que su respiración vuelve a fluir, que el cuerpo se destraba, puede mover los pies pero no lo hará, sería una descortesía ya que el muchacho vino a sentarse a su lado. Todo va al pelo. No recuerda su nombre pero no importa, seguro él tampoco, mucha gente comienza a hablar sin saber el nombre del otro.

–Hola, ¿qué tal, usted también está para el *casting*? Ivana estuvo a punto de negarlo y explicar que era la dueña de casa pero se paró en seco.

–No, bueno sí, estoy esperando.

–¿Y sabe si se ha presentado mucha gente?

–Acabo de llegar, después de ustedes. –Ivana entendió que el debía saber más y era su oportunidad. ¿Usted sabe de qué se trata?

–Creo que buscan para los papeles de *Fedra* de Racine.

–¿La mujer que se enamora de su hijastro?

–La misma, y a usted qué le parece?

–¿La obra?

–Bueno..., que ella se enamore de su hijastro.

–No me parece nada... es arte..., el arte no juzga.

–Pues, a mí no me parece.

–¿Qué es lo que no le parece?

–Que se enamore de su hijastro. En verdad, no me apetece que la mujer que está ahí Lo que quiero decir es que si se tratara de usted, sería otra cosa pero que esa se enamore de mí no me gusta.

–¿Pero cómo, ustedes no son pareja?

–No, ¿qué le hizo pensar eso?

–Que llegaron juntos.

–No llegamos juntos.

–Me pareció.

–No quiero saber nada con esa mujer, no me gusta.

–Y si quiere el papel tiene que atenerse a lo que decida el director.

–Espero que el director la elija a usted.

La cara de Ivana se ilumina con una sonrisa, hace tiempo que no escucha voces seductoras, pero vuelve la inquietud, cómo salir del engaño, en cualquier momento va a quedar al descubierto. En ese no saber se deja llevar por la simpatía del muchacho que hasta le propone matar la espera pasando letra... Astuta lo arrastra a la salita contigua para evitar comentarios del director que la deschavaran. En ese refugio íntimo leen, ubican los personajes, ensayan largo rato entre charlas y bromas, mechadas por *raptus* en que ella se queda como en suspenso, pensando como zafar de esa situación en que ella ya no es dueña de casa, sorprendida por intrusos, sino artista en un *casting* donde ensaya con uno de los aspirantes al que ha engañado sobre su identidad.

–Ey, ¿qué pasa, en qué estás pensando?

–Es que... me olvidé el texto.

–Parece que estuvieras en Marte... o... en Venus.

Poco a poco los escrúpulos comienzan a ceder. Al fin y al cabo cuál es el engaño; ser dueña o no de la casa no hace a mi identidad, y se enfrasca en la tarea, el ensayo ocupará el centro de su mente, y apenas, de vez en cuando, la pregunta distraída, ¿quién será el dueño del gato y el pájaro? Ojalá no él y ahí recordó que no sabía su nombre pero no era momento

de preguntar, la vida empezaba a fluir, la adrenalina inflaba la camiseta. Los demás, los Foster y la otra aspirante, estaban en la suya, ¿conversaban..., discutían...? Vaya a saber, tampoco le interesaba, en la salita se sentía íntima y a salvo.

A las siete de la tarde Foster golpea con el bastón, ¡A ver los del *casting*!! Los recién llegados se arremolinan, David la apura ¡Vamos, quiero auditar con vos! –Ivana paralizada– ¡Vamos, dale! No sabe qué hacer, todo se irá al diablo, descubrirán su mentira, el señor Foster le dirá algún impropio y la mandará a la cocina a servir café. Y David que insistía, finalmente la arrastra del brazo. Dos parejas ya instaladas, esperan su turno. Extrañamente Foster no dice nada, le parece natural que ella esté ahí, nada dice tampoco cuando comienzan a actuar. Al final, sólo mencionó un *dejen sus datos que los vamos a llamar*. El tono sonaba a que había gustado, buen signo, no importaba el qué sino el cómo se decía; también David se mostraba entusiasmado; por suerte ya se iba, estaba apurado. Entonces se relajó, todo fluía; adoptó un movimiento lento y distraído, se quedaría a curiosear. Pero la inquietud no tardó en reactivarse. ¿Qué le pasa a Foster que ni reconoce quién soy, o acaso es su ardid para caerme luego. O acaso soy otra y tiene razón en no reconocermé? ¿Cuántas personas soy? El tema de la mentira había pasado a segundo plano; empezó a pensar que su ser se había desdoblado. Tal vez se había producido alguna transformación física, buscó un espejo sabiendo que no había, tanteó cerca de la nariz su pequeño lunar, allí estaba, no había cambios corporales, pero un lunar no hace mundo, podría haber otras marcas, otra nariz, otro color de ojos, los labios, ¿cómo serán ahora los labios, carnosos, sensuales?, ¿serán los labios los que enamoraron a David? De repente había recordado el nombre, el baúl de la memoria siempre guarda saberes que en cualquier momento pueden despertar, cosas que el cuerpo escucha cuando la mente está en dilema. Sabía que el espejo más cercano estaba en el baño, pero no quería mirarse, temía ser la misma, exacta nariz, lunar en el pliegue de la mejilla. Cero cambio, todo en su lugar; pero temía también ser

otra, se sintió al borde de un pánico de identidad. ¿Ser o no ser sí misma? Esa es la cuestión. Ambas cosas tenían su atractivo. Recordó el “yo soy otro” del joven Rimbaud. Recordó los anhelos de su padre espiritual: transportarse a otro lugar y empezar de nuevo, aprender a expresarse en idioma extranjero, o de aquél otro “pelear en las filas del enemigo”. Distanciamiento, ser por siempre extraño y gozar de esa no pertenencia. Desapego del sí, el colmo del desapego, renuncia a la identidad. Yo soy esta y la otra, ambas dos en un repliegue de la propia historia. Pero había una diferencia entre esa voluntad de renegar de sus papeles y quedar desnuda a la intemperie, y ese golpe de suerte que le había caído, la bufanda calentita, protectora. Lo suyo no era el acto heroico del despojarse e inmolarse en la pira de la anomia para rebobinar y partir de cero, lo suyo era la recepción pasiva de una ventaja inesperada: ser esto o lo otro según la conveniencia. Acaso lo malo de su nueva condición era el haberla logrado sin combate, acaso sin merecerla. Sintió un poco de vergüenza pero al mismo tiempo una alegría agradecida. Nuevamente el impulso de mirarse al espejo, nuevamente se dijo no, mejor la intriga, no quería mirarse, pánico del espejo, síndrome de Dorian Gray. Qué podía descubrir tras el espejo: el testimonio de una maldad, como las de el siniestro Dorian, o un mundo de maravillas como el de Alicia en la mesa del té de los locos de la espera, o tal vez de pesadillas, en la ruta de la reina roja y su ejército de barajas. Ari sintió que su imaginación había despegado; alto vuelo en un viaje de no retorno. ¿Cómo hacer para regresar a tierra y no colapsar? Volver a la rutina, los dulces baños de lo cotidiano. Pero, ¿era posible la rutina en esta situación de casa tomada, rebajada a persona de servicio, luego alzada a calidad de artista..., qué puede haber de menos cotidiano, en este estado de excepción?

Ivana recorre todos los pensamientos habidos sobre cambios de identidad, desdoblamiento, alienación. ¿Se trata acaso de un doble? Por lo que tenía entendido, en la literatura vigente, el doble era una especie de usurpador y ella no sentía que alguna de las Ivanas lo fuera. Ella se reconocía en el corazón

de ambas, siempre ella misma, con sus anhelos y temores. La duplicación venía, sin duda, de afuera, del director que no la reconocía. Pero su duda persistía, ... ¿y si la duplicación no fuera algo sentido por el propio duplicado? Sabía Dr. Jekyll, de la existencia del Dr. Hyde, o acaso se trataba de un ser indiviso que sólo los de afuera percibían como desdoblado. Pensando en ellos de algo estaba segura: ella era un ser pacífico, incapaz de hacer el mal.

Con todo, y el *casting*, se han hecho las nueve de la noche, se han ido casi todos. Ivana recorre con la vista todos los rincones de la sala buscando a la muchacha, al pájaro y al gato. Como una letanía se repite “que no estén”, “que no estén” Y en verdad no están, alivio..., se dispone a ordenar la sala, piensa que así podrá acercarse al señor Foster y entrar en conversación. No es fácil, por eso de las identidades, pero al fin se anima y mientras recoge unos papeles... ¿Qué tal el *casting*? Ah..., usted..., la estaba buscando, podría ubicar a Vivian, ver si necesita algo. ¿Vivian, quién es Vivian? ¿Acaso no se la he presentado? Dijo señalando con la cabeza la salita donde se hallaba la muchacha en el sofá con la jaula a los pies y el gato acurrucado a su lado. Ari echa una mirada de desazón, lamenta su falsa ilusión; otra vez entrampada. –Como no, veré que puedo hacer– responde mecánicamente. De ahí en más todo es movilidad y diligencia, preparando un sanguche, adaptando la salita, disponiendo un dormitorio para los Foster; se esmera en cooperar, ser buena anfitriona. Pero, ¿era eso realmente, anfitriona, o era más bien persona de servicio, al menos, para el tal Foster, porque... qué decir de su esposa que casi no opinaba, o de la pobre muchacha que parecía más bien un objeto entre la jaula y el gato.

En verdad, sólo le interesaba el director, y el expresarlo, aunque fuera para sí le permitió corroborar lo que venía sospechando: que le estaba demasiado sometida. Qué es eso de obedecer como una autómatas; eso se llama servidumbre o acaso hipnosis. Seguro tiene poderes hipnóticos y es él quien maneja mis cambios de identidad, y me hace ser esto o aquello.

Ivana no quiso pensar más, de golpe le cayó el agotamiento –había sido un día largo, lleno de sucesos extraños, e interrogantes sobre su persona– y se retiró a su dormitorio. Lo primero fue tomar una ducha; necesitaba que el agua la atravesara arrastrando todo resquicio de malestar o duda; el agua limpiando cuerpo y alma. Luego en la cama eligió zambullirse en las páginas del libro que no le provocara pensar esas cosas, quizás otras igual de complicadas, pero al fin otras: la velocidad de la luz, el origen del universo, el big bang, el porqué mundo más bien que nada. Paradójicamente esa lectura y pensamientos tan alejados de los habituales le permitieron dormir.

Al otro día despierta con la mente limpia y buenas ondas, gozando de los futuros aromas, café, tostadas, combinación mágica, desayuno en el jardín y complacerse con los colores de la primavera y el concierto de las aves. Se pone la bata y corre a la cocina donde ya se encontraba el señor Foster manipulando con torpeza tazas y platos. –Qué bueno que esté usted aquí, ¿podría servir café y tostadas para mí y las señoras? Ivana no lo podía creer, ¡tan temprano...!Tuvo ganas de pararlo en seco, pero algo la paralizó, esos efluvios hipnóticos que le hincaban en el cuerpo..., y para sus adentros, como un motivo que le devolvía dignidad. “Acaso algo se me retribuya en el mundo del arte”. Y apenas si respondió.

Mientras manipula en las tareas encomendadas comienza la retahíla de autopreguntas y cavilaciones. Qué es lo que me hace a estas horas mujer de servicio. Hecha una mirada a su ropa y un gesto de no, no es la ropa; son las señoras de la casa, no las criadas las que usan bata. Renuncia al café y las tostadas, sabe que los aromas no compensarán su mal humor y no está para rituales. Tampoco quiere complacerse con el canto de los pájaros y la paleta de la primavera. Regresa al cuarto, recorre su vestuario; había que reforzar con cábalas y fetiches. Pero tampoco es cuestión de vestirse siempre igual, la cosa es dar con un estilo, prueba combinaciones varias, todo en vano, finalmente, ¿será lo mío cuestión de guardarropa? Le sale un

gesto de escepticismo, siente vergüenza por ese pensamiento tan frívolo. Su conflicto no podía ser tan trivial; guarda la ropa que había sacado y se tira en la cama mirando el techo, cero distracción con los objetos, toda la concentración en el pensamiento de las profundidades, de los conflictos, de los misterios. Por momentos se duerme, despierta no sabe qué hora es, está a punto de bajar a desayunar pero recuerda que ese momento ya se había frustrado; le viene la imagen de la cocina amenazada por los intrusos, y opta por la cama, su bufanda protectora, el dormitorio, su búnker. Pero no había reposo, su pensamiento se aceleraba, ¿búnker o prisión... bufanda protectora o cadena? ¿Sabiduría por alejarse de los conflictos o cobardía? Tenía que abandonar el refugio, la situación no daba para más, debía afrontar lo que sea. Praxis..., praxis..., el pensar no alcanza. Corre las cortinas, ve que ya es de tarde, ¿cómo pudo dormir tanto? Ni había almorzado, pero tampoco tenía hambre, se ve que el sueño había sido reparador. Mientras baja las escaleras siente más ruido del habitual, en la sala, escucha a dos grupos conversando. No quiere detenerse no sea que alguien la vea como personal de servicio y le pida algo. Pero nadie la para, atraviesa el espacio libre entre los corrillos y va a parar justo al lado de David que está conversando con un desconocido, David que como siempre la recibe exultante.

–Hola, hace rato que te busco temí que no vinieras a la cita, ¿dónde te habías metido?

–Recién llego –mintió.

–Preparate que nos toca, hacemos la misma escena, ahora con texto completo.

Ivana no tuvo tiempo de nada cuando se dio cuenta ya estaba en escena arrastrada de un brazo por David; su actuación fue sorprendente en primer lugar para ella misma ya que no se había preparado ni estudiado la parte. Sintió que habitaba una tierra de maravillas.

Terminada la escena, entre los desconocidos que conversaban en corrillos, ve la cara de Marisa, su antigua rival, a la que ya no guarda rencor, la misma a la que en un principio pensó

contarle orgullosa que estaba alojando en su casa a un grupo teatral de excelencia y trabajando con ellos. Verdad que no le guardaba rencor, pero tampoco esperaba encontrarla ahí, en su casa. ¿Haciendo qué? Esperando para una prueba y en esa situación en que ella se hallaba de no saber quién era. ¿Qué le iba a decir, y qué pasaría si David estaba a su lado... se descubriría el engaño? Sus miradas se cruzaron, Ivana sintió que le hacía una mueca amenazante. Sintió un sudor frío y se apuró a buscar un asiento, David se sentó a su lado. El paso siguiente fue la muestra de Marisa que no estuvo mal, Ivana se carcomía de celos al comprobar que David no le quitaba los ojos de encima y todo con un aire de asentimiento, sí..., ella tenía el poder de leer todo en las caras. Cuando la escena terminó no fue más que la búsqueda de estrategias para evitar que su histórica rival se topara con David y cruzaran palabras. No, no es por celos se decía y no se creía ni ella misma, es porque así se descubriría su mentira, lo que también era cierto. Tampoco le daba la imaginación para evitar el encuentro porque el espacio era pequeño y David una persona super sociable que se daba con todos, y ella dale que dale con la conversación, y preguntarle cosas tontas, inútiles para que no tuviera tiempo vacío para ocupar en Marisa. Pero fue en vano en el primer descuido ya los vio conversando y, encima ella se tenía que ocultar! Hasta en mi propia casa Más cuándo ya se sentía liberada de las viejas broncas que consideraba pasadas y pisadas, ¿cómo puede ser este reflujo, este lodo que me regresa? En estas estaba cuando ve que David señala para su lado. Seguro le está hablando de mí –pensó– y ahí nomás comienzan a acercarse, David la trae de la mano. Vuelta el sudor frío, las piernas se le aflojan, apenas atina a sentarse, agacha la cabeza como buscando algo en el bolso en primer lugar para ocultarse, de paso para ver si la sangre le volvía. Pero ellos ya estaban allí parados.

–Te presento a Ivana, mi *partenaire*, ella es Marisa. Ey, te sentís bien.

–Sí, todo ok. Hola. Respondió Ivana levantando apenas la cabeza.

–Hola, respondió Marisa sin inmutarse.

Pero entonces no me reconoce, soy otra, como Rimbaud, yo no soy yo; ni tampoco antes me había hecho un gesto amenazante, todo fue una mala interpretación. Demasiado para la pobre Ivana que cuando quiso levantarse, ya segura de no correr peligro, así de simple, se desmayó. Al despertar, no tenía ni idea de dónde estaba, ni la hora, le costó ubicarse y cuando lo logró halló que David estaba a su lado. De Marisa ni se acordaba, había perdido toda la memoria reciente.

A medida que fue recuperando el contexto, supo que eran las ocho de la noche, por el silencio intuyó que ya no quedaba nadie. David le alcanzaba un café que él mismo le había preparado, en “su” cocina. Por suerte, no era aficionada a llenar la casa de fotos, ningún indicio pudo revelar su secreto.

–Tomalo, te sube la presión. Ari lo tomó con gusto, se sentía aliviada, las cosas estaban saliendo bien. Los celos habían desaparecido, claro, que junto con Marisa, y David, ahora, sólo para ella.

–Cuando te sientas del todo bien te acompaño a tu casa.

Nuevamente le atacó el pánico.

–Esperemos, todavía no me siento bien –se apresuró a decir para darse tiempo a salir del embrollo. Tuvo suerte porque al rato David corrige.

– Mejor venite a casa que preparo algo de comer y te cuido hasta que te repongas del todo.

Ivana, se quedó sopesando pros y contras, no quería abanzarse a la proposición.

–¿Qué te quedaste pensando?

– No, que...mañana tenía que... Bueno dale.

La velada no pudo ser mejor; él tenía comida semipreparada, hubo algunos *aproxches*, vino y música. Como de película, él le dejó su cama y se amañó un sofá. Se supone que porque ella estaba delicada o porque ninguno de los dos quería mostrar ansiedad desmedida, aunque, sin saber ambos cuándo se había producido el cambio, terminaron juntos en la misma cama. Ivana sentía que se enamoraba y lo que es más que era

correspondida, toda una rareza. Sólo quedaba ese conflicto de identidades, la de ella porque, él era él. Seguro de sí mismo, soberano. Por la mañana desayunan café, tostadas, todas esas cosas que despiden aromas seductores, todas las que ahora en su casa le estaban vedados.

En estas cosas cavila mientras regresa a eso del mediodía, después de quedar con David entre besos y abrazos de encontrarse por la tarde en el teatro, bueno..., su casa. Todo, mientras camina las 15 cuadras que median de la casa de David a la suya en el barrio de Villa Urquiza. Se alegra de la cercanía, de la posibilidad de surcar la distancia caminando; tomar un micro, habría roto la magia del encuentro, disuelto el olor de él, ensordecido el timbre de su voz. Goza de sentir en la cara el aire fresco de esa mañana todavía primaveral, y reproducir en el recuerdo cada minuto de esa noche. No sabe bien qué es pero se parece a la felicidad. Al llegar a la cuadra diez siente una sensación corporal extraña, como la de la vuelta carnero, como si su cabeza diera un giro de 180 grados, acompañada esta vez, con otra sensación como si la sangre se fuera para abajo. Tengo que acelerar se dijo, para que circule, me recorra, me devuelva el alma. Y tenía razón, ahora todo se hacía más vivaz, imágenes, y pensamientos se agolpaban en su cerebro: la cara del director, su voz, el pájaro, el gato, Marisa, otros personajes que cruzaron su vida y en ese momento estaban opacados, fuera de foco, en segundo plano, algunos algo perversos. ¿Qué hacían ahora ocupando su mente, por qué volvían? Si no los había llamado, siempre había tratado de mantenerlos lejos, era una maratón de imágenes, había que desacelerar, comenzó un caminar más acompasado y tuvo buenos resultados; las imágenes comenzaron a desvanecerse desde las más borrosas hasta que quedó sólo la del señor Foster. Sin embargo, su mente no reposa, la asedian dudas, interrogantes; el más incisivo: ¿quién soy? “Yo soy otra” se repite, como quien busca, para ver si le sale un poema. Pero no, estaba seca, toda su mente ocupada por esa pregunta, ¿quién soy? Soy la que conozco, propietaria de una casa señorial en Holmberg

1846, con veleidades de actriz pero ya alejada de las tablas, arquitecta, pero tratada como sierva, molestanda y humillada por extraños, o soy esa otra que no conozco, la actriz exitosa, enamorada de David, bien correspondida pero paria, nómada, sin sitio en el universo, desterritorializada. Escarba en el túnel de las posibles explicaciones: se trata de castigo por culpa desconocida, o premio por mérito igualmente desconocido, o bien se trata de destino, designio de los dioses, y entonces no hay nada qué hacer más que buscarle el lado bueno. O acaso los hechos no provenían de fuerzas exteriores sino de algo íntimo, una voluntad involuntaria, lo querido desde el inconsciente, un querer que a uno le muevan el piso, un sacudón silencioso. Todas las opciones merecían investigación, pero no había tiempo, ya había atravesado la mitad del camino; le quedaban, unos 10 minutos, no quería entrar en profundidades, prefería pensar cual sería el recibimiento al entrar en su casa, cuál su reacción; tenía que estar preparada, qué hacer para no dejarse avasallar. Abandonaría por el momento el ahondar en profundidades del inconsciente, trazar, en cambio, un cuadro de la situación. ¿Con quiénes se encontraría, con David no, que estaba en su casa y acababan de despedirse ¿Con Marisa? Probablemente tampoco, en general los actores llegaban pasadas las seis. Seguro con los Foster, tendría que hablarles decirles que se vayan. No, que en ese caso no vería más a David, que todo bien, se pueden quedar, pero que se procuren sus cosas, que ella no era sierva de nadie. Eso les diría, se repetía, como una letanía. Así caminaba, cavilando del derecho y del revés, tratando de ralentar la marcha, darse tiempo, sabiendo que era en vano, nada nuevo se le iba a ocurrir: especulaciones inútiles, en el momento todo se decidiría sin intervención de su voluntad. Al fin llega y coloca la llave y antes de abrir, cinco veces se dice: “que no haya nadie”, “que no haya nadie”. El tiempo se hace infinito, le da para imaginar que por la tarde recibirá a David, se mostrará asombrada de que no haya nadie en el teatro y se quedarán juntos a vivir de ocupas en su propia casa con título de propiedad escondido bajo llave. Ya se

las arreglarán después para dar con otra compañía de teatro, mientras tanto vivirán de su trabajo de arquitecta y de algún otro que tenga David. En ese momento se dio cuenta que poco sabía de él. Finalmente abre, entra de incógnito, en silencio. Pero el señor Foster está ahí, escucha sus pasos. –Ey, usted, podría servirnos algo para comer, Hilda y yo estamos desfallecientes. –Enseguida. –responde mecánicamente y se dirige a la cocina. Mientras abría la heladera para ver qué podía darles, un lagrimón le corría por la mejilla derecha.

DEL QUE YA NO DESPIERTO

*F*ranquear las avenidas embotelladas.
Como andar patinando sobre hielo.
Caminar por el mar, saltar un cerco.
Cómo saber donde estoy iluminada.
A veces en el sueño, sueño que estoy despierta.
Entonces no hay salida y desespero.
Del laberinto se sale por arriba.
Alguien sabio lo dijo, y lo rubrico.
Pero de la realidad por donde salgo, digo
si la vigilia no es ese otro sueño
que sueña que no sueña
Sino ese raro sueño
del que ya no despierto.

LA FISIS

*S*oñar con un concepto, el de *fisis*, el brotar, el surgir por sí mismo. Lo vegetal. Lo animal, también y lo humano, lo vegetal tan sólo como gesto del dejar ser sin avalancha del apresar. ¿Cómo..., eso de soñar con un concepto? Otra vez fue-

ron dos palabras escritas en la pared. ¿Qué es eso de soñar con palabras escritas en la pared? No las tengo. Pura borra de café que no interpreto. Presumo, trazaba secretos lazos familiares, o descubriría mundos ocultos, pero no recuerdo.

DÉJALO SER

Deshacer y rehacer el camino de la metafísica, el de la lógica de Occidente, el de la telaraña y el animal de presa. Oponerle el *let it be*, la anamnesis de la naturaleza.

Durante años en ocasión de introducir a mis alumnos en el pensar heideggeriano, ese pensar desde otro lado la relación con la naturaleza, todo envuelto en el concepto de *anamnesis* como mirada piadosa a lo que es en tanto es y a su devenir en tanto quiere ser, se me dio traer la frase de los Beatles, pensé que aludía a esa idea, el *let it be*, *dejar ser* a las criaturas y a lo que brota de la tierra y se desarrolla en el aire nuestro de cada día. Después de todo Lennon había estado en Oriente y bebido de sus aguas. Pero nada que ver, ni Lennon había compuesto la canción ni era resabio de su incursión en ese mundo. El autor era Paul McCartney inspirado en un sueño propio ocurrido durante la grabación tensa de *Get Back*, en el que su madre –muerta cuando tenía 14 años– se le aparecía y le decía “Todo va a estar bien déjalo estar”. Paul cuenta que, feliz de volver a conversar con su madre, se sintió bendecido y escribió la canción. Ya no doy clases de filosofía pero la frase me sirvió, y sospecho que de seguir enseñando volvería a usarla. El *déjalo ser* aparece como el mandato disimulado de no andar a la caza de entes como telaraña o animal de presa. Después de todo yo tenía mi propio sueño..., con el concepto de *fisis*, naturaleza que es mucho más que naturaleza y abarca todo el mundo humano y divino de ayer y de hoy. Enganchar entonces con la tarea de rehacer el camino, *anamnesis*, movimiento de retroceso que rememora la historia de la metafísica, pregunta

por el ser que es pregunta por la nada y de por qué mundo más bien que nada.

En el comienzo, entre los griegos, era... No el *verbum* sino *fisis*, lo que se muestra y crece, una fuerza que brota y permanece: desde las plantas hasta los dioses incluyendo el destino y la historia de los hombres. El mundo..., escenario donde nos movemos entre iguales para ver y actuar, lo mismo que para ser visto e interpelado. Y la vida..., drama que se desarrolla en el teatro del mundo, donde ser es mostrarse, y dejar ser cada uno a su propia deriva. A la inversa entonces del sujeto moderno que pretende dominar la naturaleza y tenerla atrapada en su telaraña, cazada y muda.

POR EL VIENTO O LA OLA

A veces cuando llueve sobre la ventana
pienso en el infinito.

Eso otro que no somos pero se nos enreda en el pelo.

Y nos desenvuelve los oídos.

A veces pienso en la muerte, esa quietud.

O se me aparece vestida de novedad,

como aquello, ¿qué será?

lo otro de la vida; como el loco Sócrates

tocado de la curiosidad.

Y luego llega mamá silenciosa como de entrecasa

y me azuza y regaña mi melancolía.

Ella quiere hacerme feliz, pero digo yo

que no puedo o no quiero.

O que acaso sea esta mi felicidad, este barruntar la ola

o dejarme llevar por el viento.

PÁJARO DE PATAS AZULES

Antes y ahora, una y otra vez espuma, y nada más
–me pregunto sobre vos.

Se me fue pasando toda la mañana
escuchando canciones de nostalgia
El grande de Favio me pasea por todas las vidas
de ese “nosotros” amplio y fragmentado
que mira para atrás y va armando cañamazo.
El pasado nos tiende un farol
para alumbrar este presente
empeñado en el sentido.
Pero acaso no quiera comprender sino sólo recordar
y llenarme de memoria como me lleno de esa música
saturada de aromas y costumbres.

Te la consagro esta mañana de escucha
aunque no seas más que espuma derramada
en los dedos, los tuyos,
que levantaron la copa del reencuentro.
Te espero esta noche a entretenernos
juntando pedazos de recuerdos
Acaso te distraiga un pájaro de patas azules
y no llegues
O en cambio te arrime un viento fuerte
del cual cobijarte
Acá un abrazo ancho, hospitalario.

QUIÉN ES UN LECTOR

Se expande en variadas gamas.
El que se enfrasca, y paciente, redunda

O el que va derivando en la web,
como quien se monta a la ola.
Escribir una lectura, misma tarea de traductor.
Traductor, *traditore*,
maniobra de transformista, se hace otro, se hace autor.
Plagiar, citar, arrancar el aura,
hacer uso y abuso, profanar.
Mirarla desde atrás, desde el revés, al alma,
al alma muda, otra vez profanar
Despegar el aura cosida a las entrañas
descoso, vuelvo a armar, hilvano, tenso el hilo.
Hacer uso y abuso de los libros,
Arrancarle las hojas una a una
como uñas de la carne por ver como funcionan.
Cómo leer,
como Borges nos invita
a su mesa de lectura:
Recuerda que es casual –dice–
que tú seas el lector y yo el que escribo,
una literatura difiere de otra
no por cómo está escrita
sino por cómo es leída.
Las épocas diseñan diferentes maneras.
El lector de vanguardia buscando relaciones
en libros desvinculados que se daban la espalda
Qué es leer, qué cosa..., entender un relato.
En Borges, en Onetti, el narrador no sabe,
vacila entre los muchos desenlaces posibles.

PÁJARO LABORIOSO

*M*e pregunto si será posible un poema.
De tan sólo el desayuno

como bien codiciado al despertar.
 Esa fuerza que nos tira de la cama
 con la promesa del mate.
 Y después el patio de la casa donde me siento
 a mirar al pájaro laborioso.
 Van seis días que se atarea con el nido,
 cuántas veces se posa sobre el faro
 con su ramita armada,
 para enlazar al árbol que eligió de morada.
 Seis, siete, ocho, infinitas veces durante la mañana.
 De los varios días en que lo estoy mirando.
 Mi ocio contrastando con la laboriosidad del pájaro.

EL TEATRO

El teatro es vida –me decía– no hay como el teatro. Y yo que le daba con lo de la repetición, tantas veces lo mismo. Y él que no, que nunca es idéntico; cada noche una alquimia diferente de ese encuentro de tres: actor, público, escenario. El personaje que se va conformando en la trama del texto, como fotos en la bandeja del revelado, siempre trayendo novedad, llega cargado de adrenalina, mientras el viento sopla y te infla la camiseta: éxtasis dionisiaco. Acordate de los griegos, que con su teatro nos entregaron un ritual, toda su religión.

Por momentos te sentís en un túnel, ya no sos vos, tu voz no es tu voz, ella va por la máscara, el *per-sonare*. La persona es la no persona, la persona es un otro. Éxtasis dionisiaco, estar fuera de sí, perderse; como con la droga, te hacés adicto. A la noche siguiente querés más, te atás al ritual. ¿Que si quiero verme? ¡Nuuunca! Se trata de algo de adentro, o quizás lo contrario, algo que no te pertenece pero, sí, querés pertenecer, querés estar; claro que no te podés ver, si te mirás se rompe la magia, como Euridice.

Como si fuera que entrás a otro estado de inocencia. La consigna es desaprender, no sólo de lo informativo, también de la memoria vital, volver al caos originario, estado de abierto que se traduce en mareo existencial. Eso es el teatro. Un acto de revelación, saberes que trascienden todas las ciencias. No es información almacenada sino comprensión de causas y principios que se manifiestan en mitos; acto de creación que ve más allá de lo cotidiano; y un desafío de trascender lo real más allá de modas y épocas.

Como estrenar ojos nuevos, cómo mirar desde otro lado, tras los pliegues del telón. Hay que tensar el hilo para ver lazos invisibles; eso es poesía, el teatro es poesía.

ESCRIBIR POR ENCARGO

La idea a Ari le vino con la española, la garbosa, que dijo “me gusta escribir por encargo y hasta un poco presionada, dos o tres cosas en mano..., así trabajan los actores”. Primero se le escapó un gesto de desprecio, y luego, ¿por qué no? Pero acaso tengo algún encargo. Si nadie me encarga nada. Total..., que se animó a buscar un tema, como un autoencargarse, un golpe de inspiración. En ésas estaba, a la espera de alguna idea, un tobogán por donde caer en algún comienzo. Será ya esto un comenzar... o sólo preámbulos, prolegómenos, todo eso que empieza con pro o pre, pero no da con el comienzo.

Ayer tenía una idea, pero se esfumó. Hoy que retomo el tejido... –ya sé..., ya sé que no tejo, me refiero al tejido literario. Hoy no hay nada, síndrome de la página en blanco, página–en–blanco, terror. Julián Goría solía decir, cuando algo se te olvida no desesperes, concéntrate esperando que regrese. Al fin, qué es la memoria. Yo la tengo como un gran baúl..., lleno de ovillos..., hay que cazar una punta y comenzar a tirar y , ahí nomás salen, ni te imaginas cuántas cosas podés recordar y hasta revivir. Pero todavía no vuelve la idea de ayer. Recuerdo

que me ordené “no puede ser el tema de las relaciones matrimoniales,” tema remanido; tantas y tantas relaciones decadentes, devastadas por la rutina..., Y hoy..., de nuevo rumiando su posibilidad..., al menos probar y descartar. Era Julián que machacaba “lo de los matrimonios desavenidos o cansados ya no va; tema gastado” ¡Qué estupidez! Cómo que no va, si hay tantas..., infinitas maneras en que se expresan los hartazgos. *Escenas de la vida conyugal, ¿Quién le teme a Virginia Wolf? Danza macabra. Diatriba de amor contra un hombre sentado.* Recordemos, pero sólo recordar, nada de copiar, nada de plagiar. Te vi los ojitos entusiasmados como quien encontró el mapa del tesoro. Nada de eso, nada de copiar. Digamos “apropiarse”, como se usa ahora, él decía eso, “apropiarse”, hacerlo suyo, pero ojo, apenas una idea, no abusar que entonces se llama plagio, nos advertía. Que una cosa es captar al vuelo una idea y desenvolverla para otro lado y otra cosa muy diferente, copiarse tal cual. Que no te vayas a creer eso de Pierre Menard que se copió *El quijote* y resultó su obra más auténtica que el original. Son inventos de Borges que siempre se ha reído un poco sus lectores, sobretodo de los que lo tienen como un dios. Yo no lo tengo como un dios.

Pasaron dos días que no salió nada, ni una gota, ¡qué aridez...! Me puse a la espera, piadosa, como de retiro espiritual. Te escribo las palabras de ella en *Diatriba de amor*. Me gusta porque él está sentado leyendo el diario y no responde. Es lo clásico, que no responda, el silencio y las palabras resbalando como de la cima de un cerro. “A mí me resbala”, dice el dicho. Y es lo peor, porque que te discutan, te peleen, vaya; lo otro, el silencio, es la muerte. No me refiero al bueno. Al silencio interior, que frena el bullicio del trajinar, sana y potencia, el del yoga o esas cosas. Me refiero al que te deja en soledad de a dos, cuando se mueren las palabras y se llevan el amor. Qué amor se puede tener por un hombre sentado. Fijate que ella habla y habla pero es puro reproche, no hay otra. Ella dice, “nos sobraba de todo menos el amor”. Pero yo no quiero hablar del hombre sentado que no contesta, allá él. Yo quiero hablar de la relación, que por ser relación, ya es de al menos dos.

Ella había llegado sin equipaje después de un mes de ausencia, se ve que no había ido para quedarse y él la recibió sin estridencias; ni indignación, ni asombro, pura rutina; pocas palabras. Recién al día siguiente, ella con su rollo; lo agarró sentado, leyendo el diario. Otra cosa hubiera sido tomarlo parado, otra cosa parado y en calzoncillos. ¿Imaginan...? Maru decía que cuando de alguien se le caía la imagen, trataba de imaginarlo en calzoncillos para que terminara de caer. En ese caso tendría que haber ido corriendo a vestirse. Porque en el fondo de los fondos cualquiera soporta que le desnuden el alma pero el cuerpo no, eso no. Del alma nuda nos protegemos y cubrimos con el diario. Con tal de no ver y fingir no oír, todo fluye; varón sentado, leyendo el diario..., es sordo y mudo, impermeable a la palabra del otro. Pero el cuerpo nudo, con sus pliegues, sus flojedades, eso no lo soportamos, nos avergüenza más que las mezquindades del alma, que el egoísmo, la maldad. Que no, que la maldad no nos avergüenza. Que viste bien, da un aire de elegancia, con el bastón basculando, con el sombrero inclinado. Y dale, que te conozco, no pienses que me la creo, no soy tonta, tú finges, yo finjo, nosotros fingimos, ellos fingen, sé que me escuchas, que te fatigo que ya no me aguantas que me ahorcarías, es un decir, no lo harías. Porque en el fondo me quieres, son las cosas del amor que viene siempre mezclado: amor odio, amor odio. Que, dale, siempre se confunden. Varón sentado, toda una simbología condensada, agregar pizca de “leyendo el diario”, porque otra cosa sería leyendo una novela, captar la diferencia: varón sentado leyendo el diario, típico, vos sabés, podrías dar cátedra. El diario es , que te digo..., como un escudo. A veces lo sorprendí leyendo dos veces la misma página, ojo, que no se divulgue. Me hago la que no veo..., hombre sentado descubierto en sus manejos..., un peligro. En algunos casos, era yo que fingía, me hacía la distraída para que él siguiera fingiendo y no nos molestáramos, ya para entonces lo mío no era más que un monólogo interior, una rumiadera. Ocurría que en tardes de verano, mi tono monocorde, la presión baja, el mismo esfuerzo de fingir, terminaban adormeciéndole, y mi voz se iba apagando hasta que

lo escuchaba roncar y ahí nomás me relajaba; era realmente un respiro, darme el gusto del silencio, parar el demandar; yo bendecía ese momento de reposo.

En los primeros tiempos evitaba el ruido por amor o delicadeza, para cuidar su sueño, con el tiempo lo hacía para que no despertara; nos habíamos transformado en extraños y prefería no tener que ver con extraños a la hora del desayuno.

Recuerdo aquella tarde que llegó Jerónimo para charlar nomás, se vino con un vinito de esos y una picadita. Cuando lo vio tirado en la mecedora con el diario a punto de deslizarse de sus dedos, los ojos cerrados, la boca semiabierta, roncando Yo lo iba a despertar para que atendiera al amigo, pero Jero me hizo un gesto, el clásico, el del índice cruzando los labios, el de la enfermera, ya sabés y se me vino encima como un oso caliente, no sé cómo –todo fue tan rápido– en el sofá del living. Yo esperaba que el tiempo parara, que el sueño del varón sentado retozara en la eternidad, seguro Jerónimo también. Tuvimos suerte, casi media hora en que no despertó, tuvimos tiempo de arreglarnos los atuendos y preparar la picadita, yo le agregué tomates cherries y trozos de apio fresco. Nos encontró joviales y formales, los ropajes prolijos, amigos entrañables, la culpa ni noticias.

A PROMETEO

Dios rebelde que andabas buscando
entre ropajes en desuso
y herramientas oxidadas del distraído padre.
Más te hubiera valido no hallar el ansiado fuego.
El pecho abierto y dadivoso
te enamoraste de los hombres.
Más te hubiera valido... no haberte enamorado.
Habrías evitado el eterno castigo,
el águila gozando de tu negro manjar.

Por los tiempos de los tiempos
contados por océanos.
Más te hubiera valido...
Pero el amor te tiró el lazo
en que te jugaste para siempre
¿Qué compasión casi humana te llevó al sacrificio?
...Y con todo jamás claudicarías.
Ser amigo de los enemigos no es una deshonra.
Pero no es cuestión de inmolarse por futuros traidores.
Sabías que en las tantas vueltas de la vida.
Los hombres suelen ser crueles como dioses.
Al fin unos y otros se inventan, a mutua semejanza.
Alguien sabio dijo que si las vacas
tuvieran manos y supieran pintar
harían a los dioses semejantes a las vacas.
Vacas, hombres y dioses, brindis entre fusiles,
les gusta regodearse entre raras hazañas.
¡Oh!, Tú, dios subversivo, ¿qué buscabas robando?
¿Amor o rebeldía?

APRENDER LA SOLEDAD

Quién puede compartir conmigo esta soledad
este sentirse ajeno en casa propia.
No sabía que hay soledad de a dos
y tristeza de infinito.
Me quedo en la parada esperando
que el silencio se haga agua con brotes de palabra.
Pero el silencio es torrente que la horada.
Cómo se fue la tarde jovial y entró la noche cerrada
cuando sólo las estrellas murmuran
palabras indiscretas.

Aquí llego con las venas abiertas
orando a algún demonio fugitivo.
Al fin el dolor triunfante, consagrando
las dotes del artista.

Primero busco un ritmo, luego coloco el personaje.
Hay que aprender la soledad, conocerle los pliegues,
cada cicatriz detrás del pliegue,
un oficio todo de artesanos.
Hay que acertar la música, el tono justo,
detenerse en los objetos
que siempre tienen algo que decir,
despejados el color, el ritmo, las texturas.

Habito una soledad de 86 metros cuadrados y vista al río.
El río me habla de otros sueños en que era pájaro
y llevaba el orgullo de las alas.
Eran tiempos remotos de otras encarnaciones,
amiga de los peces y hamacada por olas.
No es verdad, mudos son los peces,
otra cosa las aves con cantos y gorjeos
que hasta en el cortejarse se parecen a humanos.
Pero quise parecerme a los peces
en su pertinaz indiferencia.
Total..., que deliro,
todavía no he aprendido la soledad
a la que lleno de música y voces de radio.
No se está solo hasta que le aplasta a uno
el silencio como una carpa derrumbada.

Ahora mismo, voy a escuchar la radio.
No puedo evitarlo.
Es tanta la angustia por todo lo que pasa.
Que tengo que consolarme entre los cables.

No puedo estar sola con toda mi penumbra.
La radio..., se ha hecho amiga.
Hay que estar alerta, o hacerse el distraído.
Uno oye lo que quiere oír.
Uno va arrastrándose entre espinas.
Corre para ver si se engañó.
No es posible saltarse el aviso, a pesar de la nota.
Todos dicen que ya luego volverá.

No, no estoy sola, ¿quién lo dice?
Tengo el desayuno a la mañana, que es buena compañía.
Tengo el gato que me mira con cara de sabido.
Tengo voces radio
con que me lustro las neuronas y me hastío.
Tengo al fin la voz de la conciencia
que me ronda..., ronda por las tardes
como mosca indignada que se sabe nula
que no sirve para nada
sólo para molestar como una mosca.

¿Qué les digo a mis hijos?
Les digo tantas cosas.
Que está bueno que seamos distintos.
Que pobleemos el mundo con Otros en mayúsculas.
Cada cual con su marca, componiendo un estilo.
Dibujando en la yema el ardid de una vida.
Yo les digo que es posta contra el aburrimiento
tener los filamentos de la antena prendidos.

LEYENDO DIARIOS

Leo tres a la vez, un poco uno, un poco otro, el de Emilio Renzi, el de Roquetin y el de Alexis que no es diario pero se le parece, por ahora puro preámbulo. Promete empero una gran revelación, exige sobretodo paciencia. Hay de varios tipos: el de Renzi se ocupa de los hechos, narra sobrevolando, siempre de superficie, especie de crónica de los días y las horas, los libros que lee, las películas que ve, los amores furtivos, el abuelo. El de Roquetin es el de un desesperado o bien nauseoso, obsesivo que se detiene en la descripción de los mínimos detalles de los objetos y de los sonidos, también puede ser la náusea, lo que causa esa observación minuciosa de las cosas y los hombres. Pero no es diario. El de Alexis..., todavía no lo tengo.

Llegan otros Hemingway con su *París era una fiesta*, Pavese con su *Oficio de vivir*. Voy abandonando algunos, me queda siempre el de Renzi con quien rememoro mis propios días, las cosas olvidadas, las que recuerda mi doble. Es un género fácil, se va leyendo de a pedazos uno cada día, acompañando, reproduciendo un recorrido y descubriendo una vida en los pliegues de la otra.

DE POR QUÉ ESCRIBO POCO

Estoy leyendo un libro de Vila Matas, *Bartleby*, donde el tema es los personajes que dejaron de escribir y por qué. Juan Rulfo dice que porque se murió el tío que le contaba las historias, otro porque aprendió inglés y se embarulló con complejidades que le destruyeron la inspiración, de repente empezó a pensar cosas en que antes no había reparado y ya no le cayó ni una idea. A mí no me pasó que dejé de escribir, pasa que escribo poco ya por naturaleza, a un ritmo que llamaría espasmódico, dos o tres empujones seguidos de largos silencios. Por eso me pregunto si seré una escritora, el caso es que

después de un libro es como si hubiera terminado una casa. Necesito descansar, habitar la casa. También corregir, es que me gusta más corregir que escribir. Por suerte ayer leí en otro de Vila Matas, que Paul Valery, decía que escribir es corregir, entonces sí, alivio, entro en la clase, soy escritora. Pero no sólo por necesidad de corregir, escribo poco, también porque no me gusta cargar un fardo demasiado pesado. Como que no me gusta tener muchas cosas, que no sé donde ponerlas, que me falta lugar, en la cocina, en el placard, que amo los espacios despojados, los mentales también. Arte de despegarse, despegarse. Qué hacer con tanto escrito, con tanto pensamiento. Pienso en Borges que decía que se escribía demasiado, y tenía razón. Hay quienes escriben un libro por año. No sirve, no pueden seleccionar, como *Funes el memorioso* que de tanto recordar, no recordaba nada. La cosa se define por sus límites, las culturas por su diferencia, el infinito no tiene entidad, menos que menos, identidad. Algunos pensarán que es la teoría del perezoso, del falto de inspiración, del que no se quiere jugar. Piensen lo que quieran, yo me quedo descansando y corrigiendo. Me quedé pensando en Goethe que se demoró sesenta años para escribir su *Fausto*, toda una vida.

Me acuerdo también de Nietzsche que decía algo parecido de la lectura: no leer de mañana porque embota la mente. Él salía a caminar por la selva negra con su libretita en el bolsillo donde escribía lo que se le ocurría y era hombre que de eso sabía porque desde joven sufría de la cabeza, dolores digo, aunque al final también en el otro sentido.

ENTRE TODAS LAS MUJERES

Vila Matas no distingue entre realidad y ficción, en su *Historia abreviada de literatura portátil* nombra a más de un centenar de hombres de las letras y las artes, conté 124, muchos, casi todos reales, pero no hay mujeres, sólo dos. Rita y otra más. No importa el nombre, puras ficciones del autor.

Ergo, hay que reinventar la historia de la literatura, buscar las mujeres por donde sea, debajo de los sillones, detrás de las puertas, entre el polvo de las bibliotecas, escondidas en el armario. Que no existen, bueno, pero que las hay, las hay. Los varones, ellos son literatos, son amigos, ellos escriben, ellos se encuentran en los bares, forman parte de la bohemia de cada tiempo, son ellos. Cualquiera se ha codeado con Hemingway, Picasso, Dalí, Duchamps, todos pasaron por París, *París era una fiesta, París no se termina nunca*, ellos hablan de literatura. Esgrimen el ojo crítico, arman sus cánones. Nosotras, ¿dónde estuvimos? Tanto tiempo perdido; hay que rehacer la historia de la literatura, que ya no la hagan los varones a su gusto y semejanza, que no son dioses, carajo.

Hay una nostalgia de lo que no fue, descubro cuando leo el diario de Piglia que habla de sus amigos de los 60, de los 70, tantos que yo también conocía, nostalgia, de lo que no ha sido, haber pasado así de largo como en el poema de Pessoa, y no haber visto, no haber conocido la amistad, siempre leve, evasiva, no estar, pasar. Varonera desde la infancia, por no querer entrar en la edad de comportarse. En la edad del ya no, no correr por la calle como niña y el vecino de al lado que me miraba con ojos de censura, que ya no va... Entrar en las polleras angostas y los taquitos, que limitan, ponen freno, los pasitos cortos, el caminar temblequeando, para rubricar el paso inseguro por la vida. Luego en los 20: la vida de café, el Coto, las tantas sucursales del barrio de Filo o de Corrientes y las tardes de charlas, las charlas trasnochadas. Breve tiempo que no dejó huellas en amistades, todos pasaron los varones. Las mujeres, diferente. Las charlas de mujeres no me iban. Machismo inconfesado. Tiene razón Cacciari, la diferencia entre feministas y varoneras, tuve razón yo antes que él, cuando confesé. Qué cosas les envidio a ellos, el culto de la amistad o la amistad no más, sin culto, que se les da como natural, complicidad de siglos, encuentro de compinches, territorio prohibido, impenetrable; charlas sin otro rumbo que romperse en la orilla como el oleaje del mar. Eso le envidio a Piglia, no sus precoces y juveniles publicaciones, sino esos encuentros de largas charlas,

que acaso le dejaran un gusto amargo pero invisible para los ojos que los miran. Los que ven desde acá, desde el afuera. Ella que se creyó en un momento pertenecer, pero no, todavía no, y ya nunca más. Llegó el ser esposa de... y confinada. Mueble tal vez, aguante cultura macha. La amistad entre mujeres hecha de otra tela, entre desahogos y el “te comprendo”, el chisme siempre cosiendo y enhebrando.

Como escritora logré cierta libertad; a veces soy hombre, a veces soy mujer, a veces soy yo, a veces la otra o el otro. Es la alternativa que encontré ante mi perdurable preocupación por pensarme varón como efecto de mi mente colonizada, siempre tenía que volver, hasta que decreté con voz propia que podía hablar desde cualquier lugar y desde entonces mi género, en el decir y el pensar se me hizo cercano, como de familia y pude fluir mujer, atravesando puertas y ventanas con desenvoltura mundana.

LA OTRA INTRUSA

A mí no me lo contó nadie, lo pude vivir en cada gesto, en los vaivenes de la mirada, en los humores tornadizos de la Juliana, aquella que en el cuento no tuviera nombre, la intrusa nomás –la nombra–. Y ella que estaba plena de marcas singulares; invisibles –claro– para los ojos que no ven. Juliana habló aquél día volviendo del mercado por el camino que costea el río. Nos tomábamos nuestros descansos en los bancos de la rivera. Descanso de la carga y solaz, momentos de recreo para la puesta al día recíproca de lo acontecido y lo deseado, hechos y sentimientos. Yo me expandía en mis ires y venires con el Teo, en historias innumerables sembradas de incertidumbres y vacilaciones. Ella más parca escuchaba atenta hasta la cadencia de cierre. Aquél día, primero de mi relato, dijo escueta y certera “Me anda rondando uno de los Nilsen, Cristián, el mayor, creo que me voy a rejuntar, pero a mí me gusta el otro”.

Pasaron varios meses en los que en el mismo banco bajo el sauce, hilábamos nuestras historias; ya luego, fue en la casa entre mate y mate, que se entrelazaban su historia y la mía hasta que un día quedó la de ella prevaleciendo, breve y rotunda. “me junto con el Cristián –dijo– pero a mí me gusta el otro” y contenía la frase una promesa de estrategia. Aquel día comprendí que debiera haber sido mucho más escucha y menos parlante. Poco la conocía a la Juliana pero ya se me iba manifestando como guerrera siempre en acecho, sus frases como dardos que anunciaban desafíos. ¿Por qué? me preguntaba no haber rodeado cada palabra con un halo de doble atención.

Pasaron meses, la Juliana, acompañada de su hombre, exhibía su orgullo por las fiestas, o a la hora del chismorreó en la plaza del pueblo: ahora tenía macho. El otro, Eduardo, andaba como fantasma probando aquí y allá por los rincones del patio donde se armaba la milonga, y no se quedaba con ninguna. Se lo veía inquieto, como salido de su vaina: el cuerpo cercano, la mirada lejana, finalmente enlazado en la soledad de la copa.

Entretanto, la Juliana se pavoneaba entre el orgullo desgastado del mayor y el deseo nervioso del menor. Ella lo miraba con esos ojos tan ardientes... que una tarde de ausencia detrás de alguna puerta, sucedió lo que tenía que suceder. Algún indicio debieron haber dejado porque, descontado, que Cristian sabía –en pago chico todo es sabido– y perturbado por el descuido que lo había permitido permaneció ofuscado en su dejar hacer y así cayeron los tres en prácticas de triángulo que poco encajaban en sus modos más bien de rancia y conservadora tradición. Pueblo murmuraba tras el paso de los hermanos Nilsen y ella la Juliana gozaba hasta de la malicia pueblerina. Pero el juego de tres no podía durar; los celos se hincaban en las cervicales, Cristian no se lo bancaba, la desesperación, tan necesaria a la vida como la duda a la especulación, llegó un día silenciosa pero eficaz.

Una mañana después de los mates y preparar los caballos, le hizo juntar sus cosas a la Juliana, y los tres enrumbaron

para Morón a la casa de la madama. Algunos dicen que la vendió, otros que la regaló, para el caso es lo mismo, los hermanos regresaron solos, cabizbajos, meditando, sin duda, cómo se la arreglarían sin la Juliana, imaginando las rondas del recuerdo y del deseo; impunemente confabulados, ambos estarían maquinando la ruptura del mudo pacto. Más rápida la Juliana se apresuró a sellar su propio trato con la madama: no atendería más que a los hermanos, y para compensar les pediría fortunas. Luego a ellos les tocó esmerarse para no coincidir en las visitas.

DE LA MECEDORA A LOS APENINOS

Lucía mira al padre de humor casi ausente que se hama-
ca con automatismo desganado. Piensa en la mecedora, ese objeto antiguo ¿cómo habrá llegado, qué recorridos habrá transitado? No recuerda que estuviera en la casa de la infancia; acaso sería un legado, u objeto rescatado de una feria, cuando alguien quiso deshacerse de esas cosas ya acopladas al pasaje de lo útil a lo molesto. Mira al padre mecerse con la vista perdida apenas atento a lo circundante, y piensa ..., “se está yendo, cuántas cosas ya no pueden interesarle”. Recuerda las tantas veces que en sus visitas periódicas regresó con esa desazón de lo inaprensible. No que el padre no respondiera por desconocimiento o por olvido, siempre hubo la respuesta solícita y correcta, él aún gozaba de sus facultades intactas, sólo que había un aire de educado y respetuoso desinterés. A papá ya no le conmueven los trajines de lo cotidiano ¿qué estrella estarás mirando...? Aquél día Lucía sintió que no había vuelta atrás de esa mirada al infinito; ocurrieron otros encuentros acompañados de sensaciones similares, ningún indicio que contradijera su escueta conclusión.

Pasaron semanas, ella estaba atareada en la composición de un documental sobre la II Guerra Mundial, tarea infinita de recolección de archivos, registros fotográficos y videos; en ello

dejaba la vista que por la noche reponía con paños fríos y descanso. Un día de tantos cazó la foto, no de papel en sus manos, sino imagen digital bajo esa mirada nublada por el cansancio: Regimiento II de infantería, Trieste. Había algo que allí resonaba, reminiscencia de aquellas historias, fragmentarias, contadas por el padre en noches de verano cuando el calor retrasa la hora del sueño, salpicadas al azar, sin plan ni orden, como refranes oportunos que buscaban ilustrar alguna sabiduría. No observó los detalles de los nombres o los rostros, sólo copio los datos de la página y cerró la computadora.

Ese mismo domingo le tocaba visita. El padre la recibió con su disimulada y cortés indiferencia, pero antes de que atinara a cobijarse en el silencio de la mecedora, Lucía lo arrastró hasta el escritorio, “Sorpresa”, anunció y le mostró la página mágica. Los ojos del padre se quedaron fijos, “este soy yo”, “este es Francisco...”; la mente anciana de fulgor intermitente se esforzaba con los nombres y apellidos, que poco a poco fueron aflorando al ritmo del vaivén que las páginas iban imprimiendo a esa loca carrera de los recuerdos. Ese día no abandonó la computadora más que para el almuerzo que Lucía preparó con especial esmero; estaba excepcionalmente locuaz, aportando detalles que –pensó Lucía– podría ella aprovechar para su documental.

Desde entonces, no más la mirada perdida, ni el saludo amable del que no se conmueve con nada. El la recibía con esa urgencia reprimida por la espera, le pedía instrucciones de uso para esos artilugios de “la internet” mientras lanzaba sus cataratas de relatos y asociaciones varias; cada día descubría nuevos apellidos y nuevos destinos; ahora se comunicaba con algunos sobrevivientes y conocía acerca de algunas muertes. La tarea poco a poco fue deviniendo una adicción incontenible. Un día Lucía lo encuentra en tareas de equipaje, me voy a Italia –dijo– me encuentro con Isabella un viejo amor. Ella miró la mecedora vacía, luego la computadora sobre el escritorio, por último las dos valijas muy cerca de la puerta: historia en tres estadios se dijo para sí, y sólo se le dibujó una sonrisa.

DICE SLOTERDIJK, EN *HAZ DE CAMBIAR TU VIDA*:

Ra no más religión, ni ética, ni rituales. Ahora, tiempo de inmunidad biológica construida a través de entrenamiento.” Pienso en, ejercicio de dedos, al modo de Kierkegaard, también huelo parentesco con las tecnologías del yo, pero distinto, porque aquí el espíritu que otrora se imponía sobre los artilugios del cuerpo abandona el campo de batalla y sólo queda el ejercicio de dedos como una rutina que se arma en el entorno del nido. Relación con lo abierto sólo en ese fragmento de espacio; cada uno protegido en su entorno-nido y la vida como ejercicio. No sé si entiendo porqué dice que Sócrates habría descubierto esto cuando dijo: el hombre es el ser potencialmente superior a sí mismo. ¿Cultura ascética..., porque apunta a una ascesis, a algo por alcanzar...? Suena raro, la única manera de leerlo es la de no empecinarse en el comprender sino tirar para adelante y proyectar la imaginación. Superior a sí mismo debe ser porque el ejercicio tiende a perfeccionar. El animal llega ya con todos sus instintos al descubierto.

Nostalgia por la filosofía como Piglia por la historia y sus estructuras complejas y largas temporalidades. Yo, de la filosofía añoro los altos vuelos y trato de volver pero leo a Sloterdijk, que me disuelve el espíritu en los bajos llanos del entrenamiento físico.

Por fin llega Markus Gabriel a decirme: “Yo no soy mi cerebro” y a hablarme de espíritu y llenar el cielo de dioses y de colores.

PENSAMIENTO DEVALUADO

Me gustaría hacer como Cortázar en algunos de sus cuentos..., que se explaya..., largos preámbulos del narrador que nada tienen que ver con el cuento. De cómo le

hubiera gustado que Bioy escribiera esa historia, probablemente mejor que él, o hablar de un texto de Derrida que no entiende y por tanto no sabe qué decir. O sobre las excelentes propiedades de la fotografía que debiera enseñarse en las escuelas, y ese personaje que sonaba a Annabel Lee, pero nada tenía que ver. A mí me hubiera gustado, pero yo no soy Cortázar ni gozo de libertad para romper las reglas del género; sucumbo ante las miradas críticas de ni siquiera críticos, seres ya transformados en fantasmas o voces ilusorias que dicen “directamente a la acción”, “nada de rodeos”, “mmmm, eso está lleno de reflexión”, gente a quien no se le puede discutir por ser presa del canon, o quizás, simple tozudez, o tal vez porque son fantasmas.

En el teatro también; dale que dale con la acción. Que el teatro es acción y ojo que la palabra no es acción. Qué hacer entonces con Shakespeare, más allá del matarse y morir que son acciones contundentes, qué hacemos con los largos monólogos de un Hamlet, para eso el mimo y ya.

Me gustaría hacer como Saer que *s'en fout* –por no decirlo en criollo que es mucho más grosero– en el gusto del lector o del crítico, a él no le importa gustar, a mí sí. Pero a mí me gusta mi gusto y el de Cortázar cuando se da esas libertades porque puede, claro, porque nadie le discute. Los grandes escritores son el canon. A mí me gustan esas largas digresiones, monólogos interiores que me dicen del que narra. Hay quien dice: “yo busco una historia”. A mí no me importa la historia, a mí me importa qué piensan los personajes. Los hechos son vacas dijo Nietzsche y debe ser cierto porque la frase me queda resonando y hace mucho que la leí.

Y ahora que lo pienso, y no porque sí, de casualidad, sino porque lo releí, ayer después de meses; *Diario para un cuento*, lo de Derrida no era poca cosa, ni tan incomprendible. Hablando de una nada que se sabe nada y goza de sí, como el gato que no es más que gato pero está cómodo y maullante en su entidad gatuna. Ese reconocimiento de que no hay objeto, ni

sujeto y puedo desinteresarme de eso y del mismo predicado gozando de una existencia que se sabe finita. Y no importa si es eso lo que quiere decir Derrida, ni siquiera si es eso lo que interpreta Cortázar porque de repente algo me resonó, hubo un encaje de las piezas, y me quedé complacida en ese dar y recibir y devolver lo recibido en el “déjalo ser” y fluir también, con preguntas sin respuestas y telares sin hilo.

DIARIO PARA UN CUENTO

En primer lugar plagio, por lo de diario, copiado de Cortázar que razón tuvo en llamarlo “diario para” porque, él dice que no tiene nada, un hueco de cuento, que tiene que arrancar e ir haciéndose, aunque vaya a saber si es verdad o él también miente. En segundo lugar, trampa, porque yo sí miento, no es diario, apenas prólogo, de esos que se escriben después, sobre un cuento ya terminado, que no me convence, hecho de puros hechos, que “son vacas”, dice Nietzsche, y yo asiento. Puros hechos mudos, y eso que estaban rodeados de circunstancias, no la historia misma aunque también, sino la hechura del cuento. El tema, Bartleby, un cuento perdido de Melville que se ha puesto de moda y ahora todos tienen algo que decir. No más, los famosos: Deleuze, Agamben, Borges, la máquina me subraya Agamben, se ve que no lo conoce, sí a Deleuze, es razonable, también a Žižek me lo subraya, Vila Matas y ahora yo, qué atrevimiento..., no me preocupa, esta bien..., todos tenemos derecho. El tema me fascinó, o a lo mejor el personaje, el señor del no, que no le importan las reglas, que no le importan las pautas, ni la tradición, ni desde cuando rigen... Él se mueve como pez en el agua, reverso de los K de Kafka, criaturas inclinadas que añoran la cualidad de atravesar erguidas todas las puertas del mundo.

Engaño, doble trampa, porque no hay un hueco de cuento, sino cuento, macizo, que salió mal formado, que reclama,

que día a día retoco, cincelo, una labor escultórica de sacar y poner. En el teatro, romper la cuarta pared. Aquí, ¿qué rompo? La máscara, la ilusión en el lector de que todo salió como por un tubo y que el cuento es joya parida sin dolor. Hay que mostrar los reverses de la tela, el camino y las piedras, la burla del personaje en pugna con el autor. Alguien tiene que transformarse..., pero cómo, dónde, cuándo, no puede ser tan rápido, esperar el tiempo de maduración. Y luego, la cuestión del quién, al protagonista ya lo tomo transformado, no puede morir. Dejarse morir, es blandura que no tiene la potencia del no ni del sí, puro abandono amorfo y gris. No me gustó como quedó: soso, pura acción sin la sal del pensamiento; había comenzado bien porque el secretario pensaba en voz alta, pero después esa voz se pierde, la rumiadera, digo, lo que salva a las vacas de ser puramente vacas. Yo quería que se alternaran en la escena las meditaciones de los personajes, una polifonía de voces interiores que reflejara el meollo de la historia; lo inverso del estilo objetivo, una moda pasajera, francesa tenía que ser, que no dejó huella. Yo quería que esa alternancia variara los protagonismos como el movimiento natural de un balancín, pero no fue, hubo que corregir. Tarea posterior, meditación *post factum*. Que quede claro: no se trata de diario, ni de esos prólogos que se escriben después, de epílogo tampoco..., apenas algo que se queda flotando como promesa de rehacimiento en un combate feroz entre personajes y autor.

Al fin lo fui cincelando y así quedó: pueden leerlo en mi blog *Los caminos del habla*.

HOY MURIÓ FIGLIA

Lo dijo Mario Wainfeld en la radio y después lo vi en *Página 12*, se esperaba..., y me pregunto, pero no quiero saber, por eso no pregunto de su enfermedad: una rareza, una especie de saqueo en vida. Quedo conmocionada, vuelvo des-

pués de algunos días ausente, a los diarios de Renzi, ahora los leo distinto como de alguien que ya murió, es diferente. El veía las mismas películas, leía los mismos libros, se sentaba en los mismos bares, en nuestras juventudes que corrían por los mismos años. Miro la portada de *Página*, una caricatura de Piglia con sus libros en la cabeza. Tengo una ocurrencia, quizás para un cuento, un cuento que podría haber escrito el mismo Piglia. Un escritor famoso está gravemente enfermo, sabe que se va a morir muy pronto y pide un último deseo como si se tratara de un condenado a muerte: ver la tapa de los diarios del día después de su muerte. Pensé que le habría gustado ver la tapa de *Página*, esa cabeza de Piglia coronada de su obra; es el eterno tema de los homenajes *post mortum*, ¿por qué siempre tienen que ser post? Hoy Piglia llena toda la página de mi pensamiento. Entonces lo *googleo* para ver si aparece mi ensayo. Pongo dos palabras, tres: Piglia; fábrica; lector, y sí, aparece, *Piglia, la fábrica del lector detective*. Es mi homenaje. Mil gracias al maestro de lectura, al buscador de secretos, al que nos enseñó a rastrear los sentidos ocultos, siempre prometidos y lejanos, eternamente desplazados; al que nos enseñó a buscar en cada historia su historia escondida, como muñecas rusas, una dentro de la otra, historia embarazada y parturienta.

AEROPUERTOS

Aeropuertos, la palabra deja un gusto salado, no amargo, salado porque uno se lo quiere sacar al gusto, lo de amargo es más metafísico. Ari piensa en Marc Augé que los llama los “no lugares”..., distintos de los antropológicos. Extraña manera de definirlos, eso del no, el “no” sospechoso, eso de empezar por lo que no es, entonces qué son: ¿vacas, sillones, libros? Vaya a saber. Augé habla de lo cercano, lo lejano, que la antropología debiera ocuparse de lo cercano, no tanto de las sociedades exóticas; por eso se me ocurrió..., lo del aeropuerto..., y porque acabo de pasar por uno. Eso dice Augé

que son lugares de paso, como el tren, el super, el consultorio, por donde uno pasa y no deja huella. Pero yo quiero hablar del aeropuerto como “no lugar” de excepción, pongo acento en lo “de excepción”, porque no es que no deja rastro y ahí nomás te olvidás. Yo no me olvido, lo recorro, en su inmensidad, lo vivo como dispositivo de ablandamiento, de colocar a uno en su lugar. Pienso en el “gracias por elegirnos”, qué responderle, nada; no “de nada”, solamente nada, o sea, muda. Y..., completo, no se trata de aeropuerto sudaca, subdesarrollado, perdido para estos tiempos de aceleración, con sus deshilachadas aerolíneas, se trata del aeropuerto de Los Ángeles, moderno, inmenso, a más no dar y su prometidora United Airlines.

Uno llega con la idea de la cola, colas como serpientes enroscadas, que uno no sabe cuántas vueltas te irán acercando al chequeo. Pero ya no, estamos a un paso más de lo posmo, el que te recibe las valijas ya no mira tu pasaporte. Tu pasaporte sólo lo mira la máquina antes de la cola, ella mira y te da el asiento, ya no podés elegir, te lo da la máquina y la mina o el tipo del despacho sólo despacha y te manda a embarcar.

Ahí estás hace una hora, porque es sabido, hay que ir dos horas antes. Cuando ya te toca *por fin* empieza una voz en inglés que no entendés, y para qué tanto inglés desde chica, y mamá decía “que te abre las puertas del mundo”, y los tantos años desde primaria. Dale con el inglés –si ahora no entendés una jota. Pero esto es inglés..., este americano. Vos que aprendiste en la Cultural Inglesa, el puro *british*. Aunque de algo te das cuenta porque todo el mundo empieza a moverse, impacientarse. Todos los “se” del reflexivo, aquí en los aeropuertos, “no lugares”, donde sólo está el sí consigo mismo de la cultura individualista... Eso quiere decir Augé donde la gente no se conecta sino pasa, sólo pasa. Pero en verdad, a veces los asustados se solidarizan. El problema es que no sabés qué puto idioma hablan y ya todos se fueron disparados. Entonces me acerco, pregunto a la gringa esa de la *gate* –porque preguntar sí sé– con mi *British* me arreglo, el problema es que no entiendo lo que me responden, que además lo dicen rápido y confu-

so, para que no entiendas y no puedas protestar. Pasa que el avión no sale, eso le entendí a la gringa que encima, la remata “no tengo avión”, aclara impunemente, como si fuera ella la que tiene que traer el avión en la cartera. Y que hay que ir a la *gate* 24 para reprogramar el viaje. Y que las distancias..., podés caminar cuadradas y cuadradas, y nada, y que te podés perder y nadie se hace responsable. En verdad estas sólo. No como dice Augé que estos lugares fabrican soledad de a dos porque hay muchos pero estás sola, eso también, pero sobretodo porque todo lo resuelven las máquinas, y las personas..., personas no hay, y hasta dudás si sos persona o una especie de entidad indefinible entre animal o robot manejada a control. Estás sola porque a nadie importás un carajo y como la señora no tiene avión te mandan a la *gate* 24 para desligarse de tu problema. Ahí la gringa, más gringa que la otra, de esas que la gozan porque no entendés una jota y te vas a joder. La reprogramación que entendí pero se lo hice repetir seis veces para ver si por cansancio la cambiaba, era viajar a *New York* a las 6 de la tarde –entonces eran las 11 de la mañana– pasar allí la noche y al día siguiente tomar el mismo avión que saldría de Los Ángeles, suponiendo que la señora no se lo hubiera olvidado en casa; el alojamiento te lo daban pero de la comida nada. Por supuesto no me lancé a semejante safari. Volví a casa, regresé al día siguiente, callada, sumisa, total a quien iba a reclamar con mi desahuciado *british*.

Al otro día había avión, salió a horario, el que se atrasó fue el de la conexión. Zafada la primera barrera, pasé a las colas de los bolsos de mano y los zapatos en la caja, descalza que se me enfriaban los pies era como estar en ropa interior, manipulada, humillada. Al fin pasé, levanté los brazos, me toquetearon, y me dejaron esperando todavía sin zapatos. Cuando ya me tocaba, ¡isorpresa!, el hombre encuentra mi *Ipad* en la mochila y me señala como si fuera sordomuda, que tiene ir afuera, se ve que me vio cara de no entender su *american*. Ni imaginan..., mandó mi caja al final de la cola y me hizo señal, todavía en mudo, de volver a hacer la cola. Yo le respondí con gesto de

agarrar mis zapatos, pero no, fue una maniobra rápida y me quedé con la mano tendida, doblemente humillada, por la *recola*, por lo descalza, por otra vez la espera. Pero siempre que llovió paró, mi caja al fin llega, mi furia se diluye, no dije ni mu total para qué si ya tenía mis zapatos, me quedé con esa especie de sosa satisfacción de los pequeños logros. Sólo restaba buscar la *gate* y sentarme a esperar. Dulce espera, después de tanto obstáculo, sobretodo dejar pasar a los ansiosos, que quieren subir primero para esperar después, maniatados en el tamaño inverosímil de los asientos. La suerte fue breve porque ni bien me senté, anunciaron otra demora, esta vez para cargar gasolina; tal cual, el desarrollo..., el imperio..., aviones demorados –una hora– para cargar gasolina. Total si llegamos tarde para la conexión, y uno que se pregunta, por qué no calcular, la gasolina –digamos– no es un imprevisto. Para entonces ya estábamos en familia, última conexión, tono argentino, olor a argentino. Yo estaba tranquila porque no sabía nada de los horarios, no había estudiado los detalles pero alguien me olió y pregunto si iba a Buenos Aires y me dijo que llegábamos tarde, que teníamos apenas 15 minutos. Y los espacios eran inmensos..., quince nomás para ir de una *gate* a otra con trencito y todo, en carrera, detrás de la muchacha que me asustó, cordobesa ella –acaso más asustada porque su serie de conexiones continuaba más allá– que corría como loca. Yo siempre atrás, pero la alcancé y llegamos. Las dos primeras, sin aliento, ya sentadas con aire de triunfo. Otra vez la sosa satisfacción, pensando: ¡pobres los que perdieron la conexión! y entonces escuchamos, ya no en el *american way* sino en el español, clarito, castellano como decimos por acá que la voz nos dice: “Señores pasajeros..., informamos que hay mucha gente que necesita reprogramar y vamos a demorarnos para ubicarlas en en este vuelo –otra vez no dijeron cuánto, finalmente fue otra hora– y..., “gracias por su paciencia”. Tampoco les dije de nada, total para qué, no tenía como. Así son los vuelos de los países desarrollados, los de los imperios.

A LA NEGRA SOSA

Tu presencia, Negra, saludo con sombrero,
Orgiástica catarata de emociones.
Se derrama, y sacude el aire preñado de tu voz,
tu bombo llamando desde leguas y lenguas.
Cada palabra familiar tiembla en el ritmo,
se vuelve extraña..., relámpago de asombro.
No es tu presencia suma de música y palabras,
es pedazo de vida, tu paseo, las palmas levantadas,
tu andar acompasado, tu gracias por venir, canción al viento.
Madre, mujer de este pueblo esperanzado,
gracias negra por estar por los tiempos de los tiempos,
por hacer que ya nada me sea indiferente
No me quejo de olvidos.
Lamento algunas borrosidades.
Y cierta palabra inefable que aún no sintonizo.
Sé que el tiempo aún me depara incertidumbres.
Mientras tanto me complace la búsqueda de tu voz,
la frase en que una nota suena hoy más alta
que lo horadado por la costumbre
Sé que este deletreo obstinado es una tarea casi inútil,
pero ando por recuperar una forma de tu ser
donde distraída pueda acaso reposar la mía.

EL ZEN Y EL BUDA

Hoy día el budismo apropiado por Occidente hace la crítica al capitalismo sobretodo por su apego a los bienes materiales pero termina diciendo que si uno le sigue los pasos a Buda va a tener más éxito en los negocios.

LA INÚTIL REBELIÓN

Para qué la rebelión si es posible ser una misma elevándose distraída por encima de todas las cosas que no queremos ser, no como un desafío sino como un ir despejando la potencia escondida en un “déjalo ser” que no sabe de palos en la rueda. No crecer en contra sino dejándose llevar por la ola y los vientos a favor... La ola silenciosa, Baudrillard, la ironía femenina

Pretendo, como dice Adorno, no parlotear por encima o debajo de una filosofía sino zambullirme en ella, ir en pos de su utopía, perderme como Baudelaire por las calles de París, u Homero Manzi por la calle Corrientes para reencontrarme en algún sitio y volver a perderme pues no es otro el método de hallar camino.

CUADERNO GLORIA, AÑO 1991

Gaminaba por Córdoba, altura de Suipacha, cuando la vista se clavó en la escalinata todavía igual a sí misma de la Alianza Francesa, *madelaine* que evocara aquel tiempo de la infancia: colores, olores tal vez, esa moda adolescente de las faldas plato, a pintitas verdes; las tonalidades de una tarde en que Madame Miniussi la despedía con augurios de éxito “Monique est très jolie” y también, “...la poussière, tantot de poussière— solía decir, mientras soplabla la tapa de los libros que como artículos de magia ofrecía al ávido de saber. Examen final de francés, los santos idiomas, que te conectan al mundo, decía mamá. Un viento fuerte revolvió su memoria conectando dos momentos lejanos, y algo de decepción. Desde el presente que entonces era futuro hasta —hacia atrás— las utopías de los comienzos que ahora ante los espejos se muestran, desteñidas, sabiéndome la misma pero diferente, ni fracasada ni genio, tenue gris medio según la lógica de lo estándar. No somos más que esas marcas en la mente del otro. Fama, talento,

dinero, en proporciones numéricas mensurables nos definen desde otro lugar; la mirada del otro –concepto con que otrora Sartre nos circunvalara, en una época en que todavía era posible esperar que el *Eros* se entrelazara en el *affaire*– no es más que la mirada social, rudamente racional, presta a silenciarnos toda vez que con tono personal pretendamos discurrir sobre lo que ya es *facta* bruta.

LAS ARTES DEL SECRETO

La vida ama el secreto, hay que saber sopesar sus habilidades. El secreto vincula con lazos irrompibles, ata, crea complicidades altamente fecundantes. Va de la mano con la distancia que embellece, el mirar las cosas desde lejos o hasta con los ojos entornados como dice Kierkegaard.

Otro ironista, Kafka, escondido tras la máscara de todos sus personajes, tan pronto, cosa, animal, humano, abierto a todas las interpretaciones. Y Adrián Leverkühn, en *Doctor Faustus* quien gustaba de jugar a equivocarse para que el profesor le señalara sus errores –llamar la atención, tal vez– y se deleitaba en la contemplación de sus partituras borroneadas como ante un espejo de sí mismo. En suma, voluntad de juego donde a la vez nos ocultamos y exponemos; sólo el secreto puede salvarnos. Kierkegaard otro artífice de esta doble faz; sólo un ironista puede sufrir esa compulsión irresistible de explicarse a sí mismo como lo hace en *Mi punto de vista*, tantas páginas para decir que no se lo debe interpretar como un esteta sino como un religioso. No logra sin embargo persuadirnos; como en el cuento del pastor que pide socorro ante el lobo.

El ironista siempre guarda un secreto, y como Kierkegaard, artífice del engaño, más se oculta cuanto más se explica. En Adrián el silencio del ironista sólo es desenmascarado por el diablo, su doble al cual insiste en negar. Tú no existes, eres sólo el producto de mi fiebre y porque conoces mi secreto puedes adoptar esa entidad neblinosa del sueño. Desde esta cae-

mos en la ilusión de irrealidad porque nos aterra la verdad de nuestro inconsciente; el alivio del despertar no es más que la renacida posibilidad de volver a ocultarnos.

Cada día Ari va confirmando en su pensamiento que su enfermedad es el secreto. El alivio llega con la madurez aunque no hay remisión completa. El remedio, homeopático, es más de lo mismo, hacer como Kierkegaard la apología del secreto. Aunque, acaso él no guardara ningún secreto, después de todo escribía, se mostraba y gustaba del escándalo, mientras que para el enfermo de silencio la simulación es puro instinto. Tiene que ver con la vergüenza –Sócrates habla de la vergüenza– esa reacción instantánea que ilumina la zona oscura de nuestras fallas; provoca una desesperación vulgar que pretende expiar el pecado de orgullo.

NI PARA LA NOSTALGIA

Esa tarde tenía que andar por el centro, plaza San Martín, Florida, lugares de la infancia, tenía que “hacer tiempo” frase curiosa, tener la posibilidad de fabricar, tiempo, aumentar el caudal y hasta detenerse a contemplar. Doble motivo para rebuscar, remover los cimientos, dar con algún pantallazo de nostalgia, tiempo de infancia y adolescencia. Era la zona de mis andanzas, la Cultural Inglesa, la biblioteca Lincoln, ese lugar mágico donde me entretenía en la caza del tesoro, el libro exacto, y aquella vez un negro, el único negro de esta ciudad hecha más bien de italianos, españoles..., los llamados turcos como nombre genérico que abraza nacionalidades varias. Y luego el Coto donde fuimos a parar aquel día con el negro que se esfumó con la misma magia que había aparecido. Toda una vida atrás, la de Ariadna, ella, que había subdividido la vida en períodos de 12 años, como los siete del gato, filósofa, madre, dramaturga, y algunos que se enciman como este de escribir memorias y relatos, o el de madre, porque madre no

es una profesión aunque acaso debiera serlo, tantas cosas para aprender..., pero que no se aprenden con los libros, sino con tropezones, golpes, llantos, sazonado todo con una pizca de felicidad instantánea, imprevista, furtiva como un relámpago. Pero volvamos a la ciudad a esa que quiero agarrar por las astas y se me escurre como pez. Yo pensaba esa tarde que tenía que hacer tiempo, que era buena excusa para andar esos sitios lejanos del tiempo. Tenía la ilusión de sentarme en esos cafecitos de ventanas discretas y voces apagadas. Tantos años hacía que no estaba por esos lugares. Primero la Galeria del Este, es increíble la fuerza de la memoria, el modo como las madalenas abren abanicos de recuerdos, hasta me acordé de aquella pasada de vista al álbum de afiches de autor de aquella última vez en la galería. La atravesé para salir del lado de Florida pero no encontré nada, estaba vacía hasta los huesos, víctima de un gas letal que no deja rastros de vida. Del otro lado de la travesía, nada estaba igual, ya no estaba la Biblioteca Lincoln, ni los viejos cafés, tuve que sentarme en un Starbucks, sin ventanas a la calle con corredor angosto, frío, impersonal: pagar, esperar el pedido e ir con la bandejita, atrás, más atrás, la luz artificial, chau calle, no queda ni para la nostalgia.

FILÓSOFOS FRANCESES

Derrida, deconstrucción, esa manía de los filósofos franceses de decir que cada cosa es lo contrario de lo que es... Y no es que las cosas no existan sino que son otra cosa de lo que son. El amor es dominación, la amistad interés. La relación con el otro no es porque sino no es otro, por lo que entonces me digo el otro habría de ser yo, siempre el mismo y entonces pensamiento único, hombre único, cada uno en su mónada, bien acomodado. Filosofar es desaprender. Y cómo lo haremos si todavía no acabamos de aprender. Es que dejamos todo por la mitad en el camino de la realización y destapando

el engaño decretamos el no ser de cada cosa. ¿El perdón...? que viene de don y per = todo, algo así como el don infinito tampoco es. Porque el don infinito no puede ser, el perdón es perdón de lo imperdonable, no el perdón tonto de aquello que no hay problema en perdonar, por lo tanto no es, porque lo imperdonable no se puede perdonar. Total, el absurdo.

LEYENDO A BEAUVOIR

*M*emorias de una joven formal, me la pasé esperando cuando hablaría de Sartre, había comenzado buscando eso, quizás no, pero por cierto espiaba las hojas para ver si aparecía el nombre mágico. Y nada, pasaban las hojas y nada; a la mitad me entero que hay otros tomos. En verdad la parte de la infancia resulta larga, no me aburría porque me mueve una curiosidad infinita. Y comparo, furtivamente comparo: nos une el amor a los libros, la marca solitaria, la no rebelión. Nos separan casi cuarenta años, las edades del mundo, los lugares de nacimiento, la vieja Europa, se confirma mi sentimiento en tiempos de viajera; todo allá es más viejo, *voilà la poussière* de Mme Miniussi, prejuicios y normas cubiertos y preservados por un velo de polvo, señal de que no se sacuden los muebles. Es ella que se califica de joven formal; agrego, en el seno de una familia burguesa. Alguien que reseña el libro se pregunta, “cómo se acuerda de tantas cosas, yo no me acuerdo tanto de mi infancia”. La misma pregunta me hago pero no sólo que no me acuerdo sino que no las pensaba, las tantas cosas, no tenía tan claro qué hacía, quería, sabía...; hay un detallismo de los sentimientos y las emociones que no parecen de una niña. El estilo de narrar tiene semejanza con el Sartre de *Las palabras*, sólo que en Sartre hay una sola idea que se expresa de mil maneras, mientras que en Simone, un minucioso desarrollo de los años de formación con vaivenes y cambios minúsculos, paulatinos, como una marea que no tiene norte,

parecida al *recaminar* una vida, el punto de mira perdido en la multiplicidad de las vivencias. La miro, me miro, confronto en paralelo como el revés de la trama, positivo-negativo, voy descubriendo, lo diverso, la otra de mí misma, la diferencia de época, 40 años no es poco, latitudes y longitudes, las edades de los pueblos. En América todo es más fresco, menos programa, espontaneidad de lo aún no formado, memorias informes, memorias de una joven informal. Y sin embargo en el fondo de los fondos como un animal dormido, lo común, que aún no se define, lo comparable aunque sea por omisión. Ser la faz negativa, eso que no hay, ese fárrago de conciencia, esa catarata de palabras; aquí, tan sólo silencio y contemplación. La frase que me quedó sonando fue la del padre “la vida no es tan complicada”, es verdad, para mí la vida fue siempre un dejarme llevar por la ola, fluir sin prisa ni demora; tampoco pena ni llanto desesperado, todo así, luz verde, arroyo intermitente. Y de repente pienso, los 40 años que nos separan son los que separan mi generación de la de mi madre, curiosidad entonces por conocer aquí en la Argentina, porcentaje de mujeres universitarias, no lo encuentro, google no me informa. Retrocedo en el pensamiento, ¿acaso ella, Simone, no es una niña prodigio, una muchacha excepción, a qué entonces comparar? A mi gusto la hallo fundida en la seriedad, una seriedad que no se opone a la risa ni al humor, aunque también, sino a la liviandad, la insoportable liviandad del ser –o la insoportable es más bien la seriedad– vuelve la frase del padre “la vida no es tan complicada”. Y sin embargo, hay una diferencia, porque liviana no es la vida burguesa, sino lo que se opone a ese aire circunspecto de lo burgués, tan seguro de sí mismo que sabe atravesar con desenvoltura mundana todas las puertas. Lo mío es un estar siempre al margen, como distraída, “hacerse chiquitito y esperar”, decía Kafka. La veo a ella de muchacha fundamentalista de la moral y el sentido de la vida y me apabulla su pregunta, ¿para qué ser feliz o no pasar hambre, para qué la sociedad de bienestar si la existencia misma es vana? La veo a ella en *youtube*, antiquísimo en blanco y negro, tan ins-

talada, hablando del desaliño de Sartre, como madre, maestra normal, capto la franqueza de su confesión en el título de sus memorias. Toda la batalla de los años de formación neutralizada en la dama adulta que sentencia, juzga, tono y cadencia de experta que pontifica.

Ya por la mitad de la lectura, sabiendo que Sartre no aparecía que había otros tomos, comenzó a crecer el interés en la historia propia de Simone, más que si se tratara de una novela. Cuando dejó de apabullarme la seriedad mental, el registro detallista de recuerdos, hechos, sentimientos de la niña Simone, pude abandonarme a la curiosidad llana por el personaje, la adolescente, la joven, ahora sí rebelde, contradictoria, una entre las desesperadas por el sentido de la vida, pero siempre marcada por un toque de mujer madura, marca indeleble, arrastrada desde la infancia, capaz de diluir hasta la desesperación en el agua turbia de la seriedad burguesa.

LA MUERTE RONDANDO

Viaje exprés, llego a Ezeiza a las 8 de la mañana y ya me espera el llamado; venite directo al Cemic, ya falleció. La muerte otra vez dando vuelta, después de muchos años ausente, día de duelo, ellas están allá dándole los últimos adioses. Ya venían los días y las noches salpicadas o inundadas de recuerdos, dulces recuerdos de momentos felices, amargos por lo que tienen de pasado que no vuelve; hipersensibilidad. El mínimo toque me brota, se me escapan los lagrimones. Se me mezclan las tristezas. Tantas..., aquellas cosas cuyo recuerdo no podremos compartir, aunque tampoco podíamos porque vos te habías ido, la ausencia y la lejanía ya nos habían tocado. Aquellos, los gratos, de los primeros años, cuando los chicos eran chicos, ahora quedan para compartir las cosas que ellos se acuerdan, las mías ya no. Badiño caminando por la playa con su toalla al hombro, Marita cargando los bultos, comida para cinco y todos los aditamentos playeros, ella de brazos

fuertes, él..., brasilero. Afloran los recuerdos de la playa. Tenía que ser así, los felices, también una frase volada entre los vahos del delirio, pero yo no estoy ahí, así lo quisiste, no llegué tampoco para el adiós, tampoco leerás estas páginas. Así fue.

12 DE AGOSTO

VOLVEMOS

El día siguiente –33 años que murió mamá, el recuerdo en medio del torbellino– el día siguiente del triunfo, no esperábamos por tanto, y hasta la duda y el miedo de engañarnos otra vez. Pero se olía en el aire, difuso pero constante, como si los otros se hubieran escondido; ahora resonaban nuestras voces, los gestos cómplices, los dedos de la V, pensar que la mitad de la gente que en la calle pasa, está de nuestro lado. Ya no hace falta convencer, las mentiras se disuelven en la voz de los hechos. El recuerdo del presagio a veces con tono triste y vacilante “vamos a volver” despertando la alegría del estar ahí. Tanto abrazo, tanta gente en la calle, tanta esperanza cumplida. Estamos llenos de mares, de caricias; el aire que se puebla de música y colores. ¿Es poética la alegría? Sólo sé que la tristeza vence, el pueblo alegre jamás será vencido. Habrá que componer una tercera versión de *Casa tomada*.

CUADERNO RIVADAVIA 11/2/92

Tirana la memoria nos arrastra hacia atrás como un demonio regresivo. Tentación de volver, pecado capital que la tabla no menciona. Gusto y goce en el manoseo algo mórbido, de horas plenas acabadas, cuya necesidad ya no puede prodigar ahuecamientos futuros.

Quiero ser otra, comenzar la mañana realimentando mis elementos, evitar que el mismo rayo de sol pegue con su oblicuidad cotidiana en el siempre mismo fragmento de mi párpado. No a la repetición, no a la que gobernada por el azar nos entretiene en la sorpresa y nos descubre las conexiones del universo. Mucho pienso en abocarme a la tarea de coleccionar coincidencias, extraer de boca en boca como antes se hiciera con los mitos. Bucear en series de hechos casuales y asombrosos; anotarlos, dejar material apto para postreros ordenamientos, quizás hasta una enciclopedia futura de coincidencias y hechos bizarros, materia prima para ficciones venideras..., que alguien los invente.

Las repeticiones de las que huyo son las de mi yo, el lugar donde me reconozco, mis ideas recurrentes, no tanto mis costumbres solitarias sino ese lugar de encuentro con el otro que me torna previsible, mansamente conocida, sin riesgo de ningún lado, sólo un poco de hastío y algo de tolerancia que los otros otorgan con la secreta esperanza de la recompensa.

SER OTRA

*H*oy compré un vestido nuevo y me lo puse
por ver si me trocaba
No quiero verme repetida.
A ver si por ahí encuentro ese gesto diferente.
Cómo saber qué hacer, elucubrar una respuesta.
Sin que sea calcar una mueca sobre naipes marcados.
Cómo darme un chapuzón en lo otro de mí misma.
Sin diluir mi tinta en agua de bautismo.
Estoy parada en el filo de mi nombre.
Compro promesas y piedras de colores.
Espera al fin ataviada de utopías.
Aún no respondo.

11 DE NOVIEMBRE DE 2019

Todo para atrás: en un día se revirtieron las esperanzas. Recuerdo de aquel 11 de septiembre, del 73, con bombo propio, de 9 meses, y el hijo por venir. Marcha a la embajada de Chile, hoy a la embajada de Bolivia, otra vez los golpes duros, nada cambia, a pesar de la canción, los mismos formatos para destruir de un saque años de construcción. Latinoamérica se vincula por signos como hilos invisibles, la L de Lula libre, dice Dilma que a la L ellos le agregaron nuestra V, la de “volver”, la de vamos a volver. Evo también promete que volverá.

SUEÑO

Redundante, que retorna, yo parada sobre el mapa de Sudamérica, en la cordillera, visión panorámica, no de la realidad, sino del mapa de la realidad. Tantas veces me pregunté sobre su sentido; rumores de la patria grande, sueño bolivariano que renace y se apaga, despierta y vuelve a dormir un sueño tenaz y redundante.

LA VIDA...

Hora tras hora, de este transcurrir
sin puntos ni comas,
Ni un reclamo por el continuo obcecado
y sin tregua.
Hay quien habla de monotonía y aburrimiento.
Pero es en cambio caja de sorpresas, Pandora de malas y buenas,
todas bienvenidas.

Qué es eso la vida, mezcla abarrotada de alimentos para la risa y el llanto.

“No es fácil la vida.

No me lo dijo papá.

Me lo dijo la vida.

Que todo esto es la vida”.

Cuenta la niña, ya curtida, de tres años.

Pasto y piedra.

Para los que hambread.

Jugos extraídos de los días sucesivos.

De todos los colores y matices

Cáscara y nuez, todo incluido.

En el plato del *gourmet* más exigente.

Pero sobretodo, vida, toda pintarrajeada.

Como el regalo de todos los regalos.

La vida es un milagro, lo dijo Kusturica.

Y la felicidad nada más que la suma de aventuras que cargamos modelando sentidos venideros.

Que acaso se aprenda más del dolor que de la dicha

NARRARSE PARA NARRAR AL OTRO

Mi generación , una explosión de ideales, la mira puesta más allá del horizonte, esperanza no como demora sino como teniendo ya acá el porvenir. La libertad y las tantas formas de vivirla. Yo, manteniendo mis distancias, de la academia, que formaliza, seca, mata; rebeldía silenciosa, sin palabras, sin la inflamación de las venas, ironía femenina, sabia indiferencia. Narrarse ahora para narrar al otro, la época, la generación, los ideales.

Sobre la filosofía , ni contrafilosofía como dice Aleman, ni construcción de conceptos como para Deleuze. Ari prefiere la clásica de la etimología, amor, deseo, ansiedad de saber, to-

car, aún con celos y recelos. Y saber que no se llega, filosofía impresionista –dije– como manchas de color, tonalidades que hacen a la diferencia. El pintor ya tiene sus borrones que armará, cincelará.

Siempre me sentí como transportada en olas de 12 años, ciclos de 12 años, número arbitrario que no se cumple pero había que inventar un número. Las pasiones y los vaivenes, siempre con las olas, fluyendo sin resistencias. Y después la comunicación indirecta que el otro no se dé cuenta. Los muchos dioses y el labrárselos uno mismo.

8 DE ENERO DE 2020

Pasaron justo 20 años desde aquél día que comencé estas Memorias, era el 2000, comenzaba un siglo, un milenio también, había irrumpido Ernesto, –qué será de su vida– enero abigarrado de coincidencias. Cómo pasan de rápido los años..., cada vez más, como un viento indiferente

Hoy leí en una novela de Bizzio una frase exactamente igual a la mía en *Escribir por encargo*: un matrimonio que mutuamente se hacen los dormidos para no tener que hablar o contestar un algo preguntado sin convicción, por apenas llenar el aire de algún sonido. Y luego –dice Bizzio– que sus novelas las comienza con una idea, que en realidad al comienzo no sabe adónde va, que luego se va haciendo al ritmo de las ocurrencias. Que detenerse en detalles aparentemente insignificantes en una intención de irse yendo o derivando por un no pasar nada, le dio en cambio el resultado de estar ocurriendo muchas cosas y muy bizarras; muy parecido también a los modos de mi escritura. Todo empieza con una idea y luego va derivando por caminos impensados recogiendo pequeños hechos que me ocurrieron o me están ocurriendo. Digo yo, dice Sergio. Qué sino, fue esa idea de un alguien llamado OO, gastado por sus cumpas..., que se me cruza luego con aquel velorio,

inventado, no por mí que de verdad ocurrió, sino porque no había sujeto u objeto de velorio, pura escenografía, actores, público –sea pasivo o esquivo– todos los aditamentos para la representación, especie de *happening*, estilo Marta Minujín. Y luego..., la triste verdadera historia de Diego muerto en la guerrilla salteña. Al comienzo, por supuesto, no sabía a donde iba, sólo el repiqueteo de las burlas a OO, como una letanía, síntesis universal de todas las burlas juveniles. Dice también y digo, que le gusta corregir, me gusta más que escribir agrego, ponerme frente e interpelar lo escrito, no como juez sino como lectora al servicio de lo mejor. Pero confiesa Sergio que nunca corrigió *Rabia*, ni siquiera lo releyó, nunca..., qué raro.

13 DE ENERO 2020

Nací entre bibliotecas, muchas eran en ese cuarto inmenso que llamábamos “escritorio”, el otro inmenso era el comedor, separados por tres cuartos menores, aunque todo en esa casa era grande, casa larga, chorizo, nombre plebeyo, como el choripán, todas igualitas al frente el balcón, arriba la terraza, y también el vestíbulo con vidrios esmerilados y el zaguán como el de la casa de *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, diseñado para prácticas clandestinas. Ahora algunas modernizadas, los arquitectos de moda se las disputan para hacer sus experiencias creativas. Pero nosotros la vivimos en estado bruto, como Dios las mandó al mundo, sin modificaciones, nunca, tuvimos la pileta que era la única innovación que yo anhelaba. Total nada sabía de esa moda de las reformas. La vendimos como terreno para volver, pero nunca volvimos. Se esfumó en el recuerdo, sin pena ni gloria, para regresar tantos años después como nostalgia. ¿De la casa...? ¿De la infancia...? Era la misma cosa, la infancia era la casa grande. La del verdulero en la puerta. Nosotros no íbamos al verdulero, el verdulero venía a nosotros como la montaña a Mahoma, y también el lechero y el hielero. La compu no sabe del hielero,

me lo subraya, claro ella es muy joven, de otra época, quién sabe ahora del hielero, pucha que vieja soy. Quién sabe que todos los días teníamos que comprar una barra de hielo, todos los santos días. Pero bueno no tan malo porque todos venían a casa o todo estaba a una cuadra.

Y el tranvía, el tranvía me hace acordar a esos fríos de invierno avanzado esperando en el boulevard, que se nos helaban las rodillas, ...que las polleras cortas de las niñas y las medietas. Y también al cuento de Cortázar *Después del desayuno*. El tranvía, el grande, el noble, no tendrá nunca un semejante.

Las bibliotecas estaban allí como testigos mudos, como una promesa. No era cuestión de mirar por detrás como hiciera con la radio aquel día que quise descubrir los hombrecitos miniatura que nos hablaban. Sólo esperar para lo que se me diera, los libros como paredes que se me abrirían en el futuro. Yo crecí entre bibliotecas y el cuadro de Hegel que papá había enmarcado, había otro que no recuerdo, sólo Hegel, quedó gravado en la retina para reavivarse tantos años más tarde, el filósofo del sistema, del dibujo, de las grandes etapas anunciadas al son de los trombones; y mi frase “nosotros..., pensamos en hegeliano”, como si se tratara de un idioma de los tiempos.

LA CASA GRANDE

Ro no pierdo mi pasado, esa casa tendida a mis pies como enorme pantera dormida que no puedo recorrer, o baúl lleno de papeles de donde algún *daemon* atrevido de vez en cuando arranca uno y me lo revolea por la frente marchita como una suerte de provocación.

Yo no pierdo mi pasado.

Pero es verdad que a veces me extravío.

Por esa casa inmensa de los mil compartimentos.

En la que ando oscilando como en un laberinto.
Por algunos pasillos llego a otros pasillos.
Cuyos pasos secretos me quedan escondidos.
En éste te recuerdo y en aquella te olvido.
La puerta tras la que un día descubrimos el llanto.
La esquina en que de tanto en tanto nos brindamos la risa.

DÓNDE ESTÁS INFANCIA

En las sillas de la tarde con mate en la vereda de Lucho
el de la cochería.

En las baldosas del patio de la casa grande, esta sí, y esta no,
como un juego de prohibiciones y estrategias, ajedrez viviente
y movidas inteligentes.

En el café con leche con pan y manteca de la tarde.

En el viento sur que resistía a las puertas de los hoteles largos
como lagartos, lamidos por mar y pinos en tierras de Chapadmalal.

En el caballo cansado del verdulero apostado en medio de
la cuadra.

En el trac trac del tranvía y el cuento de Cortázar *Después
del almuerzo*.

En la terraza de las siestas como campo de juego y distribución
de territorios propios y ajenos.

En la voz repicante de la Peti, la vecina de la esquina, enfurruñada
por mis preferencias aquel día que cambié de colegio y perdí una amiga.
¿Mejor que La Anunciata, mejor que La Anunciata?

En la plaza San Martín como cuota de verde-parque, igual
que el Rosedal, y papá en el paseo.



INDICE

Prólogo. Una máscara autobiográfica <i>por Juan Albín</i>	7
Ariadna en la ciudad	11
La ciudad y el tiempo	15
La voz en el teléfono	16
Penélope... eterna... Gea... por siempre tierra	20
Cuestión de ritmo	21
Sustancia acuosa.	22
Jóvenes líquidos	26
Los vaivenes de la angustia	27
Los tantos compartimentos	29
El túnel del tiempo...	31
Primeros tiempos	36
La valijita de mimbre	36
El día en que yo nací	37
La casa grande	38
Recuerdos ajenos	40
De tías y velas	44
Leyendo a Puig	45
Cara de tonta.	46
Alma solitaria	50
Sobre comienzos y regresiones	50
La del Salvador	53
El Coto y sus sucursales.	56
De activos y reactivos	63
La felicidad	64
Energías no renovables	66
Leyendo Ulises	66
Oficio encuestadora	68
Días de náusea	70

El dilema de OO	74
La pregunta de Piglia	93
Del exilio	96
París no era una fiesta	96
<i>Chambre de bonne</i>	99
Norte-Sur	100
Más Norte-Sur	101
De plagios y robos	103
Vendiendo biblias	105
Como de película	106
Lima, primera impresión	111
Los ojos de Marito	111
Ramas y ramales	121
Ruido de mar... y la Pavlova	124
Lima..., algo más	127
Amor mudo	128
Trenes rigurosamente vigilados	128
Como una misa de Bach	131
Del lado de acá	135
La novela	135
De sombreros y manifestaciones	135
Colombia y la memoria	137
Carta a Uli	139
El arcón	140
De chamanes y filósofos...	141
Poder de la risa	141
Aprender a reír	141
Eleicer	142
Tiempo de comedia	143
Masculino-femenino	145
Los modos de la energía y los ojos nuevos	146
Y dónde colocamos a Sócrates	147
Otro personaje, el guerrero del infinito	148
Silencio interno	149
El narrarse	149
Leyendo a Sartre	150
Sobre el papel de los intelectuales	150
La tarea del pensador	151
El pensar	152

Mudanzas	154
El alma de las cosas	154
Las palabras	155
La ciudad alienada	155
Soledad	156
Más sobre mudanzas	156
La culpa de la rata	157
El alma de las cosas	158
Mapuches	159
La vida, glosa sobre motivos nietzscheanos	159
La poesía	160
Cuidado de sí	161
Últimos tiempos	162
Tanto he viajado	162
Ateísmo	162
La liebre y Dios	163
También Sartre... ..	167
Desapego	168
El camino del medio	171
El gran Brasil	171
La ética del psicoanálisis	174
La mirada de los otros	175
Pájara de frías alturas	175
El Tomi de los jueves	176
La cosa en sí	179
El secreto encanto de los académicos	184
Variaciones semánticas sobre la libertad	188
La inútil rebelión	189
Público o privado	189
La fe en la importancia	191
Cuestión de tierras	195
Chestov, la dialéctica y la ironía	199
Borges, los patios, las higueras, ...y yo	200
De por qué no novela	200
El chino y la música de las palabras	201
Cien días de telenovela, la 125	202
Del apoyo crítico y otras yerbas	203
La opo... qué pena	204
Me acordé de los mapuches	205
La posmo	209

El tiempo perdido.....	210
Libertad de estilo	210
Cosa de peso el ritmo.....	211
Buscar un ritmo.. y la cuestión de los pares	211
Sören de cuerpo entero	213
O bien, o bien	216
Sören y la comunicación	216
Filósofos del dibujo y de la música.....	217
Leer para encontrarse	219
“Deportivo y social” o el espectador emancipado.....	219
Instrucciones para ser poeta.....	220
Lector o escritor	222
Ahora que sufro	223
Yo..., mujer	223
Conciliar	225
La repetición.....	225
En son de efemérides.....	226
11 de setiembre de 2011	228
11 de septiembre de 2013.....	229
Sobre Ante la ley de Kafka.....	229
Incertidumbre.....	230
La bufanda protectora	231
<i>In memoriam</i>	232
De la imposibilidad de borrar	233
Entre el convento y la servidumbre	234
Entre el sueño y la vigilia	236
Sueño con palabras	236
Espejos o campañas de medianoche	236
La hora, el sueño y la vigilia	238
A veces cuando sueño	239
Lo uno y lo múltiple	240
Trilogía	243
I. Alivio	243
II. Las redes del sueño	244
III. Extraños al amanecer	246
Del que ya no despierto	268
La fisis	268
Déjalo ser.....	269
Por el viento y la ola.....	270
Pájaro de patas azules	271
Quién es un lector	271

Pájaro laborioso	272
El teatro	273
Escribir por encargo	274
A Prometeo	277
Aprender la soledad	278
Leyendo diarios	281
De por qué escribo poco	281
Entre todas las mujeres	282
La otra intrusa	284
De la mecedora a los Apeninos	286
Dice Sloterdijk en... <i>Haz de cambiar tu vida</i>	288
Pensamiento devaluado	288
Diario para un cuento	290
Hoy murió Piglia	291
Aeropuertos	292
A la negra Sosa	296
El Zen y el Buda	296
La inútil rebelión	297
Cuaderno Gloria, año 1991	297
Las artes del secreto	298
Ni para la nostalgia	299
Filósofos franceses	300
Leyendo a Beauvoir	301
La muerte rondando	303
12 de agosto - Volvemos	304
Cuaderno Rivadavia 11/02/92	305
Ser otra	306
11 de noviembre de 2019	306
Sueño	306
La vida... ..	306
Narrarse para narrar al otro	307
8 de enero de 2020	308
13 de enero de 2020	309
La casa grande	310
Dónde estás infancia	311

SOMOS GENTE DE PALABRA

Tomamos de ella su capacidad de construir comunidad, conciencia y una cultura de hermandades.

Palabra escrita hecha libros/semilla que nos ayuden a transitar el camino hacia una sociedad más justa e igualitaria, rumbo al Buen Vivir. Palabras puentes y no muros.

Corren tiempos en los que se las manipula para el desencuentro, la división, la xenofobia. Se las usa como excavadoras para ensanchar y profundizar grietas; como señuelos consumistas que enmudecen el daño a nuestra casa común.

Si la verdad nos hará libres, el engaño premeditado persigue esclavizarnos, colonizarnos. Palabrerío irresponsable de pícara impostura, enfermando el entendimiento común de los sentidos, martillando informaciones falsas. Naturalizar la posverdad no es otra cosa que la celebración de la mentira. Nosotros somos los que le gritan al rey desnudo.

Queridos lectores: reciban y circulen los libros de CICCUS como una buena nueva, más allá de la temática que aborden, como un don para el discernimiento, la paz y el amor a la vida, que no es poca cosa.

CONSEJO EDITORIAL:

Juan Carlos Manoukian, Mariano Garreta, Hugo Chumbita, José Muchnik, Diana Braceras, Héctor Olmos, José Luis Coraggio, Roberto Benencia, Nerio Tello, Federico Giménez, Pablo Medina, Adrián Scribano, Gabriela Merlinsky María Miguel, Enrique Del Percio

EDICIONES
ciccus

CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD



*La presente edición está impresa
en papel obra de 80 grs. de producción nacional.
Se utilizó tipografía
Myriad Pro cuerpo 12 con interlínea 14.*

Se terminó de imprimir en febrero de 2020
en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.
Wenceslao Villafañe 468,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
alsur@speedy.com.ar